

«Te mantendrá en vilo hasta la última página».
BOOKPAGE



RECONSTRUYENDO A
AMELIA

KIMBERLY McCREIGHT

Traducción de Daniel Sarasola

 NOCTURNA
EDICIONES

KIMBERLY McCREIGHT

RECONSTRUYENDO A
AMELIA

Traducción del inglés
Daniel Sarasola

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Reconstructing Amelia*

© de la obra: Kimberly McCreight, 2013

Publicado por acuerdo con la autora a través de Marly Rusoff Literary Agency,

Bronxville, New York, USA

© de la traducción: Daniel Sarasola, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición: mayo de 2018

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-54-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Tony, mi faro particular

*Pretendamos de nuevo que la vida es una
sustancia sólida, en forma de globo, a la
que damos vueltas en nuestros dedos.*

*Pretendamos que podemos elaborar
una historia sencilla y lógica...*

VIRGINIA WOOLF,

Las olas

RECONSTRUYENDO A AMELIA



gRaCeFULLY

5 DE SEPTIEMBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

¡Hola, zorras!

Ah, el comienzo de otro año escolar. Y ya estoy de vuelta con toda la mierda que no es apta para publicar...

Mientras vosotros habéis estado desperdiciando el verano en Southampton o en Nantucket o en el sur de Francia, perfeccionando vuestra manera de jugar al tenis o vuestro pas de deux, entrenando para vuestra primera maratón o deleitándoos con vuestro último campeonato de ajedrez, yo lo he pasado tras la pista de nuestro querido cuerpo docente, de acá para allá. El señor Zaritsky fue a Berkeley para dar clase en el campus de Ciencias a cerebritos chiflados. Corre el rumor de que los padres no pararon hasta expulsarle la segunda semana porque «olía». La señorita Pearl se echó un amante latino y aprendió a bailar a lo loco en Miami. Bromas aparte, obviamente no se echó un querido. ¿Quién querría acostarse con ella?

Oh, nuestro dulce y delicioso señor Woodhouse. ¿Quién no desearía

encontrárselo en bañador en algún sitio? Por desgracia, se desconoce su paradero durante estos tórridos meses, aunque sé de buena tinta que ha pasado al menos un largo puente arrimándose a Liv, nuestra querida profe de Lengua, a lo que sólo puedo decir: ¡bravo!

Por lo que se refiere a todos vosotros, os hago un resumen estival según me vayáis poniendo al día en gracefullyblog@gmail.com. Porque aquí estamos, otro año más en el que cualquier perdedor tiene la oportunidad de ser guay y las chicas gordas, de quedarse escuálidas.

Y las mismas preguntas de siempre. ¿Confesará la pequeña y preciosa Dylan a quién se está tirando? ¿Admitirán alguna vez Heather y Rachel que follan juntas? ¿Permanecerá Zadie fuera de la cárcel lo suficiente como para graduarse? ¿Con qué chica de último año se acostará primero Carter, nuestro residente buenorro de segundo? ¿Y quién es ese tal Ian Greene? ¿Es tan espectacular como sugieren las fotos de su Meet Book? Mi bola de la suerte particular revela un futuro incierto. Pero seréis los primeros en saberlo.

Entretanto, mantened relucientes esos zapatos nuevos y que brillen esas sonrisas. Y abrochaos el cinturón. Porque va a ser un viaje de escándalo...



AMELIA

14 DE SEPTIEMBRE, 07:37

Amelia

cuándo lo supiste?

Ben

saber el q?

Amelia

que te gustan los tíos

Ben

no sé. supongo q desde siempre

Amelia

venga ya

Ben

es cierto, en serio

Amelia

y se lo contaste sin más a todo el mundo

Ben

algo así. a quién le importa lo q piense la gente

Amelia

no me imagino siendo tan confiada. ni tan valiente

Ben

puede q t sorprendas a ti misma

Amelia

nah

Ben

eres más fuerte de lo q crees

Amelia

grax. q haría yo sin ti para animarme?

Ben

morir? me gusta pensar q algunas vidas dependen de mí

Amelia

jaja. cuándo nos conoceremos de verdad?

Ben

esto no es de verdad?

Amelia

ya sabes a q me refiero

Ben

puede q vaya a NY en unas semanas, mi padre tiene un viaje de negocios

Amelia

y podremos vernos?

Ben

claro

Amelia

OMG! en serio? me muero de ganas!!!

KATE

24 de octubre

Kate sabía que Victor no estaba contento antes de despegar la vista de sus notas y comprobar cómo la ira se iba instalando en su cara en una densa nube. La estancia estaba en silencio; todos —cinco abogados de Slone & Thayer y diez de Associated Mutual Bank— esperaban a que dijera algo. Pero él se recostó en su sillón de la sala de conferencias con las manos entrelazadas meticulosamente sobre su regazo. A pesar del evidente enfado, estaba guapo y circunspecto, con su pelo entrecano y su traje escrupulosamente cortado a medida.

En medio de aquel inquietante silencio, a Kate le sonó el estómago. Se aclaró la garganta y cambió de postura en la silla, albergando la esperanza de que nadie lo hubiera oído. Aquella mañana había estado demasiado nerviosa como para comer nada. Tenía esa reunión, pero también tocaba discutir con Amelia; ya estaba mentalizada. La discusión nunca llegó a producirse. Al contrario, su hija había ido al colegio con una sonrisa y un gesto jovial, dejando a su madre con un exceso inusual de adrenalina y a punto de llegar tarde al trabajo.

Echó un ansioso vistazo al despliegue interminable de panecillos y fruta y dulces que había en el carrito. Pero cuando lideras una reunión con un cliente y sustituyes a Jeremy Firth, el querido experto en litigios de Slone & Thayer, no puedes levantarte y abalanzarte sobre un refrigerio en mitad del asunto.

—¿Se da usted cuenta —empezó, señalándola— de que acceder a esa

citación invalidaría cualquier protesta posterior?

—Entiendo su frustración, Víctor —dijo Kate con calma—, pero la Comisión de la Bolsa de Valores está en su derecho de...

—¿En su derecho? —espetó—. Indemnizar en exceso es más que eso.

Ella aguantó su mirada fija, que había mutado casi en un relámpago. Vacilar ahora, incluso en el menor detalle, podría ser fatal. Seguro que Víctor pediría ver a Jeremy. Por mucho que fuera socia, todavía era junior. Tenía que ser capaz de gestionar eso sola.

—¿Y el mérito? ¿Acaso no...?

Antes de que Víctor pudiera finalizar, sonó el teléfono en la sala, sobresaltando a todos. Rebecca, la asociada junior, se precipitó con diligencia sobre él mientras Víctor le daba la espalda.

—Quiero que nuestras objeciones formen parte del acta oficial, y también un presupuesto de todo este lío, antes de que nadie abra una sola caja de documentos. Hacedlo y recibiréis una recompensa, ¿de acuerdo?

Como si ella se estuviera embolsando las ganancias extras del bufete. De hecho, no ganaría nada, aparte del aprecio de Jeremy. Desde luego, eso tenía su trascendencia. Seguir siendo una de sus discípulas preferidas importaba. Y mucho.

—Por supuesto, Víctor —dijo—; lo haremos lo mejor que...

—Perdón, Kate —susurró una voz en su oído. Cuando alzó la mirada, se topó con la cara de Rebecca, temerosa por tener que interrumpir—. Lo siento, pero tu secretaria está al teléfono. Dice que hay una llamada que tienes que atender.

Kate sintió que se sonrojaba. Atender el teléfono en mitad de una reunión con Víctor Starke era mucho peor que abalanzarse sobre un panecillo. Beatrice, su secretaria, jamás la habría interrumpido, pero estaba de baja por enfermedad. Kate le había dicho a la sustituta que no la molestara a menos que

se tratara de una emergencia, pero la expresión de la chica era tan distante que parecía colocada. Por desgracia, no responder tampoco era una buena opción: confiaba en que un empleado del juzgado le confirmase una orden de alejamiento que había solicitado para otro cliente.

—Discúlpenme un momento, por favor —dijo, intentando evidenciar que esperaba la interrupción—. Sólo tardaré un segundo.

La sala se quedó en silencio mientras se dirigía hacia el auricular. Sentía que era el blanco de todas las miradas. Por fortuna, cuando apretó el botón intermitente de la llamada en espera, la conversación se reanudó. Los asociados de Victor reían serviles, probablemente por uno de sus chistes.

—Kate Baron al habla.

—Sí, señora Baron —respondió una mujer al otro lado de la línea—. Soy la señora Pearl, decana de los estudiantes de Grace Hall.

Una llamada que tenía que atender. ¿Cómo no había pensado en su hija ni por un segundo?

—¿Amelia está bien? —Su corazón se aceleró.

—Sí, sí. Perfectamente —dijo la señora Pearl con una pizca de fastidio—. Pero se ha producido un incidente. Ha sido expulsada tres días con efecto inmediato. Tendrá usted que venir, firmar un acuse de recibo y llevársela a casa.

—¿Expulsada? ¿Qué quiere decir?

Amelia no se había metido en problemas en toda su vida. Sus profesores decían que era una delicia: brillante, creativa, reflexiva, centrada. Destacaba en atletismo y participaba en cualquier actividad extraescolar que hubiera bajo el sol. Trabajaba de voluntaria una vez al mes en CHIPS, el comedor benéfico local, y ayudaba con regularidad a organizar los actos del colegio. ¿Expulsada? No. Amelia, no. Pese a la barbaridad de horas que trabajaba, conocía a su hija. La conocía *de verdad*. Tenía que tratarse de un error.

—Sí, Amelia ha sido expulsada tres días —repitió la señora Pearl como si contestara a su pregunta—. Por razones obvias, sólo podemos entregársela a un padre o tutor. ¿Sería un problema para usted, señora Baron, venir a recogerla? Somos conscientes de que trabaja en Manhattan y de que su padre no está disponible. Pero, lamentablemente, la política del colegio es la política del colegio.

Kate intentó no ponerse a la defensiva. Ni siquiera estaba segura de haber percibido crítica en la voz de la decana... Pero había aguantado durante años su ración de preguntas incómodas, miradas burlonas y reproches velados. Hasta sus propios padres seguían creyendo que continuar con un embarazo no deseado cuando todavía estaba en la Facultad de Derecho respondía a alguna depravada modalidad de insania criminal. La decisión no iba con su carácter. Durante toda su vida, Kate había hecho lo correcto en el momento adecuado. En todo, menos en lo relativo a los hombres. La verdad era que su criterio con el género masculino siempre había dejado mucho que desear. Y quedarse con la niña no había sido una decisión tomada a la ligera. Aunque tampoco lo lamentó.

—Voy ahora mismo. De inmediato. Pero ¿puede al menos decirme qué...?
—Hizo una pausa. La abogada que había en ella le hizo comprender de pronto que debía elegir sus palabras con cuidado. No estaba dispuesta a admitir la responsabilidad de su hija—. ¿De qué se acusa exactamente a Amelia?

—Me temo que hay ciertas cuestiones disciplinarias que no pueden tratarse por teléfono —señaló la señora Pearl—. Existen trámites, normas de confidencialidad que las regulan. Estoy segura de que lo entiende. El señor Woodhouse, nuestro director, puede proporcionarle todos los detalles cuando llegue. ¿Cuándo será?

Consultó su reloj.

—Estaré allí en veinte minutos.

—Si cree que eso es lo más rápido que puede llegar —el tono de la decana sonaba como si quisiera decir algo mucho menos complaciente—, está bien.

Veinte minutos era una exageración monumental. Victor se opuso a voz en grito cuando Kate intentó terminar pronto la reunión. Al final, no le quedó más remedio que avisar a Jeremy.

—Odio tener que hacer esto —se disculpó en el pasillo. Y de verdad que detestaba la idea de marcharse. Algo que Daniel (su competitivo compañero de Derecho, ahora socio junior y colega, divorciado hacía tiempo y sin hijos) jamás habría hecho aunque tuviera una hemorragia interna—. Pero han llamado del colegio de Amelia. Tengo que ir a buscarla.

—No hay problema. De hecho, me acabas de salvar: tenía una cita con Vera y los contratistas en el nuevo apartamento. Me entrevistaré con Atila el Huno para hablar de muros de carga cualquier otro día —dijo él con una de sus características sonrisas. Se atusó con rapidez el cabello prematuramente plateado. Era alto y atractivo y, como de costumbre, estaba elegante con su camisa de rayas rosas—. ¿Va todo bien?

—No lo sé —reconoció ella—. Parece que Amelia se ha metido en algún lío, cosa que no tiene sentido. Ella nunca se mete en líos.

—¿Amelia? Acabo de hacer un panegírico sobre ella en esa recomendación para la escuela de verano de Princeton. Puede que no sea objetivo, pero, desde luego, no me lo trago. —Por un instante, colocó una mano amistosa en el hombro de Kate y sonrió de nuevo—. Ya sabes, colegios privados: arrojan la piedra y preguntan después. Pase lo que pase, sé que habrá una explicación razonable.

Y, sin más, Kate se sintió un poco mejor. Así era él: siempre con el comentario perfecto. Además, había sonado auténtico incluso para ella, que era demasiado sensata para creerle sin más.

—Victor no está muy contento —dijo, señalando la puerta cerrada de la sala—. Me siento como si te echara al foso de los leones.

—No te preocupes. —Jeremy hizo un gesto de indiferencia con la mano. Podía trabajar hasta el alba en el juicio de un caso perdido y enfrentarse a un adversario nervioso y a un cliente insatisfecho sin perder jamás su aire de «aquí todos somos amigos»—. Puedo apañármelas con Victor Starke. Tú preocúpate de tu hija.

Se decidió por el metro para evitar el tráfico que se formaba en el centro; aun así, se demoraba cuarenta y cinco minutos cuando el tren número 2 dio una sacudida y se detuvo de forma inexplicable justo antes de Nevins Street. Se retrasaría cincuenta, cincuenta y cinco minutos, cuando llegara a Grace Hall... si tenía suerte. Seguro que el colegio lo interpretaría como el síntoma de una educación negligente: madre que llega tarde, niño ignorado. Era una conclusión ineludible.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que aquello de lo que acusaran a Amelia debía de ser malo. Grace Hall se enorgullecía de ser un centro liberal, sin prejuicios, estimulante para los alumnos. Fundado doscientos años antes por un grupo de intelectuales (dramaturgos, artistas y políticos), era venerado por sus excelentes profesores y un plan de estudios enfocado a las artes sin igual. Aunque a menudo se le citaba junto a la vieja vanguardia de los colegios privados de Manhattan (Dalton, Collegiate, Trinity), estaba en Brooklyn, cosa que le daba un pedigrí más bohemio. El colegio rechazaba los libros de texto y los exámenes en favor de un aprendizaje práctico. Dada la escasez de reglas oficiales, Kate no podía imaginar que se expulsara a una alumna.

De pronto, el tren silbó y renqueó unos metros más antes de volver a detenerse bruscamente. Miró su reloj. Al menos, una hora y cinco minutos

tarde. Todavía quedaban cuatro paradas. «Maldición». Siempre llegaba tarde a todo. Se puso en pie y anduvo dando vueltas junto a la puerta, víctima de una duda que la carcomía.

Últimamente le daba la impresión de que Amelia estaba distraída, incluso algo temperamental. Tenía quince años y los cambios de humor formaban parte de la adolescencia, pero ahí aparentaba haber algo más. Por ejemplo, aquellas preguntas sobre su padre. Al parecer, la explicación de reserva de Kate sobre su padre —que, después de un breve encuentro, se había largado a enseñar a los niños de Ghana y jamás había regresado— ya no le bastaba. También recordó cuando Amelia le pidió, justo la mañana anterior, que la dejara acudir a aquel absurdo curso de seis meses en el extranjero.

—¿No puedes estarte quieta y escucharme un minuto, mamá?

Su hija se había apoyado con los brazos cruzados sobre la piedra caliza de la estrecha encimera de la cocina. Con la melena rubia ondeándole sobre los hombros y aquellos increíbles ojos —uno azul, el otro color avellana— brillando en la cálida luz matutina, se le había antojado mucho mayor y más alta de lo que sólo un día antes le había parecido. Era una chica preciosa, con los pómulos pronunciados y la cara en forma de corazón de su madre. Ahora también resultaba atractiva con esos pantalones de talle un poco alto y esa camiseta ajustada y sin mangas. Por suerte, todavía seguía siendo ligeramente masculina.

—Sí, Amelia. Puedo escuchar un minuto —había dicho Kate, intentando no perder la paciencia. A juzgar por la expresión avinagrada de su hija, el viaje a las Bermudas durante el día de Acción de Gracias que le acababa de sugerir había sonado igual que si le hubiera ofrecido un fin de semana para arreglarse los dientes—. Siempre estoy dispuesta a escuchar.

—Quiero pasar el próximo semestre en París —anunció Amelia.

—¿París? —Embutió su portátil y un puñado de carpetas en su bolso; luego

siguió buscando su móvil, que creía haber dejado sobre la encimera. Se atusó el cabello con una mano mientras Amelia la taladraba con la mirada. Todavía estaba húmedo, aunque hubiera jurado que se lo había secado—. ¿Un *semestre* entero? Y París está tan lejos...

Aunque estaba intentando mantener la compostura, empezaba a perder la paciencia. Era difícil no interpretar que Amelia insistía aposta en mantener la conversación a sabiendas de que ya llegaba tarde. A veces se preguntaba si su hija no ponía en práctica más estrategias de las que suponía. Había accedido a muchas cosas —salidas nocturnas hasta las tantas, dormir fuera de casa, fiestas— porque Amelia se lo pedía cuando ella estaba estresada o iba con prisa. Sin embargo, un semestre en Europa era muy distinto. No iba a ceder sólo porque fuera más fácil... Pero lo habría sido. Mucho, pero que mucho más fácil.

—¿Y acaso importa? —Amelia emitió un sonido gutural de fastidio—. Si de todos modos nunca estás aquí.

Ella no solía quejarse de que trabajara demasiadas horas. Kate siempre había asumido —*esperado*, más bien— que eso se debía a que tener una madre soltera con una carrera exigente era la única vida que su hija conocía. Pero siempre descubría que Amelia aún sentía vacíos, pese a sus frenéticos esfuerzos por colmarlos de afecto.

—Vamos, Amelia, eso no es justo. Además, pasar un semestre fuera es propio de la universidad, no del colegio.

—Será instructivo.

Kate le lanzó una mirada con la esperanza de detectar una pizca de humor en torno a sus ojos. Nada de eso. Lo decía completamente en serio.

—Ojalá pudiera librarme de la reunión y quedarme para hablar de esto —y lo había dicho con total sinceridad—, pero de veras que no puedo. ¿Podemos hablarlo esta noche cuando regrese a casa?

—¡Limítate a decir que sí, mamá! —gritó Amelia, sobresaltándola. Su hija nunca alzaba la voz y, desde luego, no *a ella*—. Es muy fácil, escucha: sí. Tal cual.

«Ya está —pensó Kate—. Es oficialmente una adolescente. A partir de ahora, ya no seremos nosotras contra el mundo, sino ella contra mí».

Lo peor de la discusión fue que Kate había terminado llegando demasiado tarde —otra vez, siempre tarde— la noche antes para hablar de aquel semestre en el extranjero. Pero estaba preparada cuando se levantó a la mañana siguiente..., aquella mañana. Hasta había madrugado más, a pesar de que aquella reunión con Víctor prometía ser una de las más estresantes de su carrera, para tener tiempo de hablar con Amelia sobre París. Había planeado mantenerse en sus trece, pero ofrecer a cambio un viaje juntas a dicha ciudad por Navidad. También había planeado pedir disculpas por no estar más en casa, sobre todo últimamente. Hasta ahora se las había apañado para mantener la cena con ella de los viernes y la noche de cine de los domingos. Aunque sus salidas de fin de semana habían sido mucho más escasas.

Desde que su hija era pequeña, Kate siempre había intentado asegurarse de que hicieran, al menos, un plan cultural cada fin de semana: un espectáculo de Broadway, una exposición del Metropolitan, la fiesta de los cerezos en flor en el jardín Botánico de Brooklyn o el desfile de sirenas de Coney Island. Pero el caso Associated Mutual Bank, que se reproducía como una metástasis, se lo había puesto difícil. Por no mencionar los compromisos de la propia Amelia: hockey sobre hierba, club de francés, voluntariado y amigos. Estos días también ella parecía ir siempre disparada a alguna parte.

Kate seguía de pie junto a las puertas del metro, escrutando su reflejo en la ventana alargada, cuando una voz automática irrumpió por megafonía:

—«Nos hemos detenido momentáneamente por exceso de tráfico de trenes

—anunció—. Por favor, tengan paciencia».

Al final, no había mantenido ninguna conversación con ella, ni sobre su trabajo ni sobre París ni sobre nada en absoluto. Tras tanta preparación e inquietud, Amelia había bajado sin más las escaleras con aire despreocupado, rebosante de jovialidad y encanto, anunciando que ya no quería ir a París. Desde luego, aquel repentino cambio de entusiasmo ahora se le antojaba sospechoso. Todavía no podía creer que hubiera hecho algo lo bastante malo para merecer una expulsión. Pero, a juzgar por la forma errática en que se había comportado los dos últimos días, quizás hubiera hecho algo un pelín malo.

Miró de nuevo el reloj: una hora y diez minutos tarde. «Mierda». Era una madre horrible. Esos eternos juegos malabares entre el trabajo y la educación de su hija, sin ayuda de nadie, la superaban. No tenía margen de error. Existían otros trabajos legales que le habrían supuesto más flexibilidad... y también menos ingresos, aunque ambas se las habrían apañado con mucho menos. De todos modos, el dinero no era la razón por la que conservaba su trabajo: le gustaba y era buena, y eso le hacía sentirse capaz y segura. El éxito —primero académico y luego profesional— le había hecho encontrarse así: a salvo. Y aquello no era baladí, dado que no había ningún príncipe azul en el horizonte.

No es que Kate estuviera disponible para que cualquiera llegase y la rescatara. No estaba disponible y punto. Había tenido algunas citas a lo largo de los años, más que nada porque creía que debía hacerlo. Además, sus amigos insistían a menudo. Pero nunca le había ido bien en las relaciones, ni siquiera en los últimos años de colegio ni en la universidad ni en la facultad. De hecho, su relación más saludable había sido con Seth, quien descubrió gracias a ella que era gay. Antes de él, había tenido otros novios, por lo general del tipo emocionalmente distante. Al menos, era lo bastante mayor para reconocer que su mal gusto para encontrar pareja se debía a su

educación, aunque saberlo no implicaba que pudiera cambiarlo.

Ahora ya era difícil distinguir si los hombres con los que salía no eran los adecuados o si, entre Amelia y su trabajo, no había sitio para ellos. Fuera como fuese, nada —nadie— había permanecido a su lado demasiado tiempo y la vida casi parecía más fácil así. Excepto que ahora, a los treinta y ocho años, «la hija accidental de Kate» —como la llamaba constantemente su madre, incluso cuando Amelia fue lo bastante mayor para entenderla— podría ser la única. El hecho de tener una sola hija no le resultaba extraño, pero tenía un punto *imprudentemente* económico.

Cuando el tren entró en Grand Army Plaza, iba con una hora y cuarto de retraso. Se levantó como un resorte cuando las puertas se abrieron con un silbido. Su corazón se aceleró al correr hacia las escaleras de la estación.

Ya en la acera, parpadeó de nuevo en la claridad. Se protegió los ojos con una mano y echó a andar con brío, torciendo hacia Prospect Park West. La calle, de una sola dirección y con dos carriles, estaba tranquila a aquella hora y sus zapatos de tacón alto, especiales para reuniones, repiqueteaban sonoramente en el hormigón. El parque, con sus arcos en tonos vivos de finales de octubre, quedaba a su izquierda, al otro lado de la calle. Las hojas habían comenzado a caer en una tupida hilera a lo largo del muro que cercaba el parque, al que no había entrado en años.

Tras quince años en Park Slope, Kate se sentía más cómoda en su oficina que en su barrio de Brooklyn. Había deseado un lugar acogedor, de vecindario amable y sin prejuicios, para criar a Amelia y, desde luego, Park Slope tenía todo eso. Pero los voluntarios que recolectaban comida para distribuir, las pilas de artículos reciclados dispuestos para que alguien los recogiera y los grupitos de familias con ropa elegantemente gastada que se apiñaban en los patios adyacentes a sus millonarias casas de piedra caliza aún se le antojaban detalles encantadores de una forma de vida que no era la suya.

Justo enfrente, distinguió a dos madres típicas del barrio, atractivas y urbanas, sin estar del todo a la última, charlando mientras salían del parque. Cada una empujaba un coqueto cochecito bamboleante con un niño aferrado a cada mano libre y una botella de agua ecológica sujeta en los cierres de la capota. Reían mientras caminaban, sin preocuparse de los pequeños que les tiraban de los brazos. Al observarlas, Kate tuvo la sensación de que jamás había tenido una hija propia.

Siempre había deseado una familia. Dos niños, por lo menos; incluso tal vez tres. En un principio, había querido evitar tener uno solo, dada su propia infancia solitaria y poco menos que infeliz. No obstante, había comprendido que tener «sólo uno» no implicaba que hubiera que tratarlo desde la cuna como a un adulto en miniatura. También había asumido que, independientemente de la cantidad de hijos que algún día tuviera..., sería más tarde. Pero mucho más tarde. Primero se centraría en su carrera y algunos progresos, como Gretchen, su madre —profesora emérita de Neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chicago—, le había inculcado. La carrera profesional, primero; los niños, si había tiempo.

Pero su vida había dado un giro inesperado. Y al final no había querido aprovecharse de ninguna de las «opciones» con las que Gretchen le había presionado para «gestionar» su «desafortunada situación». Porque quizá Kate admirara el éxito profesional de su madre, pero no deseaba imitarla en ningún otro aspecto. Al contrario, se tomó su embarazo como una señal que se disponía a ignorar por su cuenta y riesgo. Y también como una oportunidad para algo más.

La maternidad había sido dura, desde luego; en especial por tratarse de una madre soltera de veinticuatro años que estudiaba en la Facultad de Derecho. Pero ella..., ellas habían sobrevivido. Leelah, la niñera que había cuidado a Amelia durante quince años, fue la salvación de madre e hija. Habían sido su

calidez, compasión y excelente manera de cocinar lo que les había permitido mantenerse a flote. Kate había reducido, lamentándolo mucho, la jornada de Leelah hasta limitarla a cocina y limpieza mientras la niña estaba en el colegio. Amelia llevaba insistiendo desde el pasado otoño en que era demasiado mayor para seguir teniendo niñera y a Kate le habían faltado las fuerzas para continuar peleándose con ella. Sin embargo, ambas la echaban de menos: Amelia, más de lo que quería admitir; Kate, más de lo que a veces podía aguantar.

Se detuvo mientras las dos mujeres de los cochecitos cruzaban la calle frente a ella; luego las siguió por Garfield Street. Observó sus estrechas caderas, sus pantalones de yoga y sus coletas altas a juego, balanceándose a derecha e izquierda.

—Mira todos esos camiones de bomberos —dijo una ahogando un grito. Y se detuvo tan de golpe en la esquina opuesta que Kate estuvo a punto de estamparse contra su trasero perfectamente esculpido—. ¿Están en el colegio?

—Dios, espero que no —replicó la otra, poniéndose de puntillas para ver mejor—. Bueno, no van demasiado rápido. Será una falsa alarma.

Kate miró hacia los camiones de bomberos que bloqueaban la mitad de Garfield Street. Se hallaban aparcados frente a una entrada lateral de la Escuela Secundaria de Grace Hall, una mansión antigua y ornamentada que parecía una biblioteca pública. Varios coches de policía se encontraban delante de la Escuela Primaria de Grace Hall, dos edificios adyacentes en piedra caliza, adquiridos hacía tiempo y reformados con un estilo similar. Los bomberos merodeaban por la acera, conversando en grupo o apoyándose en sus vehículos.

También había una ambulancia con las luces apagadas y las puertas cerradas. Si se había producido un fuego o algún otro tipo de emergencia, ya había terminado. O tal vez había sido una falsa alarma.

Amelia no podía haber activado la alarma de incendios, ¿verdad? No, sólo los delincuentes juveniles hacían cosas así. Fuera cual fuese el estado de ánimo actual de su hija, tratara de lo que tratase esa estupidez de pasar el tercer año en el extranjero, o por muy profundas que hubieran sido sus repentinas crisis existenciales por no tener padre, no era y nunca sería una delincuente juvenil.

Inspiró profundamente y espiró con fuerza, lo que provocó que la madre más alta de las que estaban delante pegara un respingo y se girase con brusquedad. Acercó de un tirón a su niñita con cara de querubín y chaleco rosa acolchado. Kate sonrió incómoda mientras se adelantaba entre ellas. Intentó ver más allá de la ambulancia. Allí, en un lateral, había un oficial uniformado hablando con una mujer mayor de pelo gris y jersey largo marrón. Estaba paseando a un diminuto y tembloroso perrito y se abrazaba con fuerza a sí misma.

Jamás se interrogaba a la gente sobre alarmas de incendios. Alzó la vista hacia las ventanas de las clases. ¿Y dónde estaban los alumnos? ¿Acaso sus caras no deberían verse pegadas al cristal, husmeando en aquel alboroto? Se acercó más casi de manera inconsciente.

—¿Así que usted oyó primero el grito? —preguntó el policía a la señora del pelo gris—. ¿O el ruido?

Grito. Ruido. Kate observó a dos oficiales de policía salir por la puerta frontal, bajar los escalones y torcer luego hacia el patio lateral del colegio. Cuando aguzó la vista más allá, pudo al fin percibir que era allí donde la acción real tenía lugar: había, al menos, una docena de oficiales reunidos en un gran pelotón. Y, aun así, no se movían con prisa, cosa que no parecía buena señal. De hecho, estaba empezando a parecer una señal horrible.

—Señora —una voz fuerte se instaló justo en el oído de Kate—, tiene usted que volver al otro lado de la calle. Necesitamos mantener el área despejada.

—Colocó una mano poco amistosa en su hombro y la asió con fuerza. Ella se giró y se topó con un corpulento oficial de policía, que se erigía como una torre ante ella. Tenía un rostro pálido y aniñado—. Lo siento, señora —añadió un poco menos enérgico—, pero este lado de la calle está cerrado a los peatones.

—Pero mi hija está dentro. —Le dio la espalda para mirar el edificio. Una amenaza de bomba o de ántrax, un tiroteo en el colegio... ¿Dónde estaban los alumnos? Su corazón se aceleraba—. Vengo a buscar a mi hija. Me han llamado para eso. Ya llego tarde.

El policía la escrutó un buen rato entrecerrando los ojos para aguzar la vista, como si quisiera hacerla desaparecer.

—Bueno, supongo que puedo ir a comprobarlo —aceptó finalmente con aire escéptico—. Pero usted tiene que esperar allí de todas maneras. —Señaló al otro lado de Garfield Street—. ¿Cómo se llama su hija?

—Amelia. Amelia Baron. Me han llamado del despacho del director para decirme que la habían expulsado. Que tenía que venir a recogerla. —De inmediato, deseó haber omitido esa parte. Tal vez el oficial tuviera menos ganas de ayudar si se enteraba de que Amelia era conflictiva. Tal vez incluso podría haber causado este conflicto—. Espere, antes de que se vaya —lo llamó—, ¿puede decirme al menos qué ha pasado?

—Todavía estamos intentando averiguarlo. —Arrastró las palabras mientras se giraba para contemplar el edificio por un segundo. Luego le dio la espalda y señaló de nuevo—. Ahora diríjase allí. Regreso en un instante.

No fue adonde le había indicado. En cambio, se puso de puntillas para ver si podía vislumbrar qué ocurría en el patio trasero. Consiguió atisbar que más de una docena de oficiales —unos en uniforme, otros con traje oscuro— estaban agrupados, formando un círculo junto al lateral del edificio, como un parapeto de espaldas agachadas. Como si estuvieran escondiendo algo. Algo

espantoso.

Habían herido a alguien o algo peor. Ahora estaba segura de ello. ¿Se habría producido una pelea? ¿Una bala perdida? Estaban en el Brooklyn de las casitas calizas, pero era Brooklyn al fin y al cabo. Esas cosas pasaban.

Tan pronto como el policía que la había detenido cruzó la puerta principal del colegio, salió disparada hacia la verja del patio lateral. Los oficiales se protegían los ojos mientras alzaban la barbilla hacia el tejado. La mirada de Kate se detuvo en el mismo punto. Lo único que vio fue la fachada escrupulosamente cuidada del viejo edificio de piedra.

Cuando bajó la cabeza, los oficiales habían cambiado de posición. Y allí, en el centro de su círculo protector, había una bota. Negra, de tacón plano, tosca, tirada sobre un costado como un animal abatido. Pero también había algo más, algo mucho más grande. Algo cubierto con una sábana.

Su corazón latía con fuerza mientras sus dedos rodeaban los barrotes de la verja de hierro forjado y los apretaban. Miró de nuevo la bota. Era del estilo que muchas chicas llevan con vaqueros ceñidos o leotardos. Pero las de Amelia eran marrones, ¿no? Debería saberlo. Debería saber el color de las botas de su hija.

—¿Señora Baron? —Una voz masculina le llegó entonces. Se giró como un resorte, lista para escuchar de labios del mismo policía con facciones infantiles que no estaba donde le había ordenado. Pero ante ella había un hombre atractivo, aunque de aspecto rudo, con vaqueros y sudadera con capucha. Tenía la edad de Kate, más o menos, una mandíbula fuerte y cuadrada, la cabeza minuciosamente afeitada y la hirsuta energía de un boxeador... o de un criminal a punto de cargarse a alguien. Llevaba una chapa colgando de un cordel alrededor del cuello—. ¿Es usted Kate Baron? —preguntó, acercándose un paso más.

Su acento de Brooklyn era fuerte y rasgado, muy acorde con el resto,

aunque intentaba parecer dulce. No le gustó que tratase de ser delicado con ella. La ponía nerviosa. Tras él vio al policía uniformado con el que había hablado antes; aguardaba de pie sobre los peldaños, junto a una mujer de pelo gris y gafas rojas de lectura. La estaban mirando fijamente.

—¿Dónde está Amelia? —se oyó gritar a sí misma. ¿O había sido otra persona? Había sonado como su voz, pero no había percibido que las palabras salieran de su boca—. ¿Qué ha pasado?

—Soy el detective Molina. —Alargó una mano para tocarle un brazo, pero se detuvo en seco. Por una manga de la sudadera le asomaba un tatuaje en el antebrazo: una cruz—. Por favor, ¿puede acompañarme, señora?

No era justo, no quería ir a ningún sitio con ese detective. Quería que la enviaran fuera de allí, adonde mandaban al resto del público irrelevante.

—No. —Kate se quitó de en medio abruptamente. Su corazón se aceleró—. ¿Por qué?

—No pasa nada, señora. —Le aferró con fuerza el codo y la arrastró hacia sí. Ahora su voz era más baja, más cautelosa, como si distinguiera en su cabeza una terrible herida de la que ella no fuera consciente—. ¿Por qué no viene aquí conmigo y se sienta?

Kate cerró los ojos y trató de recordar los pies de Amelia cuando salió alegremente por la puerta esa misma mañana. Se suponía que las madres saben qué tipo de zapatos llevan sus hijas. Se suponía que lo comprobaban. Se sentía aturdida.

—No quiero sentarme —respondió, presa de un pánico creciente—. Dígame qué ocurre. ¡Dígame ahora!

—Está bien, señora Baron, está bien. —El detective Molina bajó la voz—: Ha habido un accidente.

—Pero Amelia está bien, ¿no? —preguntó, apoyándose contra la verja. ¿Por qué no tenían prisa? ¿Por qué estaba allí la ambulancia aparcada sin

más? ¿Dónde estaban las luces de sirena?—. Tiene que estar bien. Quiero verla. La necesito. ¿Dónde está?

Debería correr. Estaba segura. Necesitaba ir a algún sitio lejos de allí, donde nadie pudiera decirle nada. Por el contrario, se hundía, se resbalaba hacia abajo por la fría y dura acera. Permaneció sentada, agarrándose las rodillas y con la boca apretada con fuerza contra ellas, como si se preparase para un aterrizaje forzoso.

«Corre —se dijo—, corre». Pero era demasiado tarde.

En un último y largo instante sólo percibió los latidos de su corazón. La presión del ceñido talle de sus pantalones.

—Su hija Amelia... —ahora el detective estaba en cuclillas cerca de ella — se ha caído desde el tejado, señora Baron. Está... Desgraciadamente, no ha sobrevivido a la caída. Lo siento, señora Baron. Su hija... Amelia ha muerto.



gRaCeFULLY

12 DE SEPTIEMBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

¡Hola, zorras!

Aquí, con toda la mierda que no es apta para publicar...

¡Ah, los clubes! El lugar donde puede que todos vosotros, trepas desesperados, por fin pongáis vuestros escurridizos pies un peldaño más arriba en el escalafón. Sólo recordad que no hay mucha honra en que midan vuestras tetas o vuestras pichas para elegirlos en vez de a otro no iniciado, por muchos cientos de años que lleven haciéndolo.

Claro que siempre podría opinar esto por estar a la espera de que alguien me dé un toque.

Se dice por ahí que los Tudor y los Devonkill intentan aumentar su reputación de modernos con novatadas a saco, que las Urracas piensan de forma innovadora —ja, ja— a quién invitar este año y que la Puerta del Lobo mantiene bajo vigilancia una invasión británica.

Hablando de invasiones británicas: ¿con cuánta gente se irá Ian Greene a la cama? Sólo llevamos dos semanas de clase y, por lo que he oído, se

aproxima a la cifra de dos dígitos y con muchas hermosas damas más haciendo cola para echar un polvo... Nuestras rameritas residentes Sylvia Golde, Susan Dolan y Kendall Valen, por nombrar a tres.

¿Y Dylan Crosby? ¿Nuestra querida, bella y misteriosa Dylan? No, no es una de ellas. No estoy segura de con quién está, pero no es de las que hacen cola para nada.

Se dice que George McDonnell y Hannah Albert por fin han consumado su obsesión de más de una década. Y Carter Rose le ha echado el ojo a una estudiante de segundo de medias ceñidas. ¡Oh, pobre Carter! Ni te molestes. Ese cinturón de castidad no se abrirá de golpe a ningún hombre.

Y todo el mundo al loro. Tengo primicias alucinantes sobre la lista de gente a punto de ser expulsada por su bajo rendimiento académico... Creo que voy a largarlo todo en la próxima entrada. O sea, si no podéis levantar cabeza en un chollo de colegio como este, merecéis hacer el ridículo.



facebook

14 DE SEPTIEMBRE

Amelia Baron

no se puede creer que dejara que su mejor amiga la convenciera para llevar vaqueros ajustados en plena ola de calor

A George McDonnell y a 2 personas más les gusta esto

Sylvia Golde no se puede creer q su mejor amiga no sepa NADA de moda.

Sabes? Deberías agradecermelo...

AMELIA

14 de septiembre

Hacia la mitad de la escalera principal, ya distinguía a Sylvia esperando donde siempre: la esquina más cercana, Garfield Street con la Octava Avenida. Ella vivía en Berkeley, entre la Séptima y la Octava, a la vuelta de la esquina del señor Wolton y a una manzana de Ozzie, la cafetería que a veces rellenaba gratis las tazas de chocolate caliente y casi todos los días tenía un surtido enorme de galletas de muestra. Sylvia y yo llevábamos cuatro años quedando en el mismo sitio para recorrer juntas las últimas dos manzanas hacia el colegio. Hace cuatro años —cuando teníamos once—, fue el primer año que su madre la dejó ir sola a clase. Aunque, previamente, la había sometido a todo tipo de pruebas sobre cómo proceder en caso de emergencia, a quién dirigirse en busca de ayuda, qué hacer si alguien intentaba propasarse con ella...

También mi madre dijo que podía ir andando sola al colegio cuando cumplí los once. Me impuso sus propias pruebas, aunque creo que se inspiró en las de la madre de Sylvia. La quiero, pero saca sus ideas de cómo ser una buena madre de otras. Siempre que Sylvia tenía permiso para hacer algo, yo iba detrás.

Pero Sylvia nunca tuvo niñera, así que deshacerse de Leelah fue cosa mía. Me gustaba y demás, pero ¿qué estudiante de secundaria tiene niñera? Ese fue más o menos mi argumento. Y ya me había mentalizado cuando mi madre aceptó. Ahora que las clases habían empezado, en cierto modo echaba de

menos a Leelah. Nunca se lo reconocería a mi madre; no quería que se sintiera mal ni nada, pero era raro estar sola.

Saludé a Sylvia con una mano y ella alzó dos dedos; uno de sus «demasiado guay para saludos de colegio». Era la segunda semana de septiembre y aún hacía ese asqueroso calor pegajoso de Nueva York que te hace sentir como si atravesaras una red al caminar y todo huele a basura y a pis. Ni que decir tiene que Sylvia no iba a dejar que unos grados de más le impidieran romper con sus nuevos modelitos de otoño. La ropa era para ella lo que los libros para mí: lo único que realmente importaba. Así que ahí estaba, una esquina más arriba, con vaqueros ceñidos, sandalias con plataforma y un jersey largo sin mangas. Sin mangas, sí; pero seguía siendo un jersey. Me lo había enseñado la tarde anterior. Era de un color berenjena violáceo genial, con un cuello grande y suelto. Moderno y un poco raro: el tipo de cosa con la que yo habría parecido estúpida, pero que a ella le sentaba de maravilla.

Le devolví el saludo con la mano mientras metía en la bolsa *El cuento de la criada* para terminar de leerlo en el almuerzo. Por primera vez, Sylvia y yo coincidíamos los viernes a esa hora. Siempre podía sentarme con Chloe o Ainsley o con alguien del equipo de hockey sobre hierba... Sylvia no era mi única amiga ni yo la suya, pero tampoco teníamos una pandilla como otros chicos. Tampoco nos habían pedido nunca que nos apuntáramos a uno de esos clubes. No es que quisiéramos. Los clubes eran una gilipollez, con todos esos secretos a voces y novatadas estúpidas. Habían existido en Grace Hall más o menos desde los años veinte hasta entrados los ochenta, cuando un chaval de primero, miembro provisional de un club sólo para chicos, intentó hacer *train surfing* mientras estaba borracho y se decapitó. Después de eso, el colegio prohibió los clubes.

Hace un par de años, alguien intentó ponerlos de moda otra vez.

Woodhouse, el nuevo director, perdió la cabeza y dijo que iba a expulsar a gente y cosas así. Luego, silencio sepulcral. Se rumoreó que algunos padres de los chavales de los clubes le habían pagado para que cambiara de opinión porque les preocupaban las solicitudes de acceso a la universidad.

De todos modos, Sylvia y yo habíamos hecho un pacto: jamás nos apuntaríamos a uno... a menos que nos invitaran a ambas. Y, aun así, tampoco. Teníamos otros asuntos. Ella tenía sus novios y yo, mis libros y a Ben, mi nuevo amigo. Pero sobre todo nos teníamos la una a la otra. Siempre había sido así. Puede que a alguna gente le pareciéramos raras: yo, la atleta y sabelotodo virgen; y Sylvia, la cachonda reina de la moda. Pero nos parecíamos en lo que de verdad importa, en especial a eso de los cinco años, que fue cuando empezamos a ser íntimas amigas. Nos conocimos en el jardín de infancia; ambas detestábamos disfrazarnos. Yo pensaba que ese rollo tan de chicas era una idiotez. Sylvia lo odiaba porque las prendas eran siempre malas. Así éramos nosotras: terminábamos en el mismo lugar, sólo que por razones diferentes. Además, compartíamos un pasado. Vaya que sí.

Desde la esquina, Sylvia se atusó el escote del jersey, fingió mirar su reloj inexistente y me hizo gestos para que acelerase. Seguro que estaba sudando la gota gorda bajo ese estúpido suéter. Pero se habría sentido fatal si le hubiera dicho que parecía idiota con aquel calor. Luego habría soltado una maldad. En eso era como un cangrejo: si la pinchabas, te atenazaba un dedo de inmediato.

Además, Sylvia tenía buen aspecto. Puede que no fuera demasiado práctica, pero era estilosa. Leía la edición inglesa de *Vogue* y varios blogs, como *Style Rookie*, y soñaba con convertirse en el próximo fenómeno de la moda con sólo quince años. Ugh..., eso era lo que yo pensaba de todo ese estúpido rollo. Pero ella creía que los libros que leía yo por diversión eran pretenciosos. Y no se equivocaba del todo. En fin, era mejor mantener la boca cerrada y no ver la paja en el ojo ajeno, teniendo la viga en el propio.

Intenté apretar el paso antes de que le diera un aneurisma, aunque entre la bolsa de hockey, la mochila y las piernas, que me empezaban a sudar bajo los vaqueros pitillo, era difícil moverse deprisa.

—Por Dios, qué lenta —comentó cuando por fin llegué hasta ella.

—Son estos vaqueros —dije, pellizcando la pegajosa tela—, que..., ¿tengo que recordártelo?, fueron idea tuya.

Sylvia sonrió.

—Te hacen lenta y te marcan todo, pero te sientan bien. —Luego frunció el ceño y señaló mi camiseta—. ¿Y esa camiseta tan ordinaria? No es lo que te dije que combinaras con los vaqueros.

—La otra no me quedaba bien. —Mentira. Ni siquiera me la había probado. Cuando Sylvia me la dejó, supe enseguida que no me la pondría ni muerta—. Tenía esos... fruncidos en los hombros que me hacían parecer, no sé...

—¿Una chica? —Sylvia se cruzó de brazos.

—Iba a decir *un mantel*.

—Tu problema es que confundes feminismo con desaliño. ¿Has visto alguna foto de Betty Friedan? Era maravillosa.

—¿Cómo sabes quién era Betty Friedan?

—No soy idiota. —Puso los ojos en blanco mientras echaba a andar en dirección al colegio—. Me gusta el activismo social con un poquito de estilo.

Volvió a colocar los libros sobre su estrecha cadera. Iban atados con su habitual lazo marrón de raso. Por principios, se negaba a llevar cualquier mochila. Supongo que albergaba la secreta esperanza de crear tendencia. Había intentado muchas, aunque de momento ninguna había cuajado. Pero tampoco nadie en Grace Hall se había reído de ninguna de sus descabelladas declaraciones sobre moda —ni de sus disparatados sombreros ni de sus gigantescas gafas de sol ni de sus monederos forrados de Skittles—, lo cual

era algo así como una victoria. Sin más. Puede que yo destacara más como estudiante y deportista, pero a Sylvia siempre se le había dado mejor ser ella misma.

Cuando torcimos hacia Prospect Park West, la acera estaba atestada, como todas las mañanas. Y siempre era un rollo atravesarla. Había padres estresados que te estampaban sus carritos en los tobillos o te gritaban al oído mientras tiraban de sus pequeños hacia el colegio. Había chavales de secundaria en Vespa que se estrellaban contigo y con toda la enseñanza media, e iban por la manzana intercambiando gritos, la mayoría tacos. Como si eso pudiera convertir a esos niñatos ricos de preparatoria en los matones de Brooklyn que anhelaban ser.

Ese tramo de Prospect Park West que conducía a la puerta principal del colegio era donde tenía lugar gran parte del drama real de la secundaria.

La gente se separaba, se metía en peleas, hacía planes para enrollarse con alguien. Y, cuando sucedía algo malo de verdad —como cuando George McDonnell le causó una hemorragia nasal a una chica de primero al golpearle con la mochila persiguiendo a otro idiota por la acera—, lo primero que hacía la señora Pearl, que se moría de ganas por encontrar la excusa perfecta para echar la bronca a todo el mundo, era abalanzarse sobre el sistema de megafonía.

«Mala conducta de camino al colegio equivale a mala conducta *dentro del recinto* —chillaba con estridencia, como si así captara más nuestra atención—. Una vez dejada la custodia paterna, considérense bajo la supervisión del centro. No se tolerarán las peleas ni las payasadas que incluyan contacto corporal indecoroso. Se impondrán castigos por semejante comportamiento, según el Código de Conducta del estudiante de Grace Hall».

No es que fuera una experta, pero ni siquiera se me antojaba constitucional. La primera vez que oí a la señora Pearl decir aquello, intenté quedarme

despierta hasta tarde para poder preguntarle a mi madre su opinión profesional, pero me quedé dormida esperando a que volviera a casa.

—¡Ay! —aullé cuando aún estábamos a una manzana del recinto. Me agarré la nuca. Algo me había golpeado.

Cuando alcé la vista, Carter Rose me devolvió una sonrisa. Señaló con un dedo en mi dirección; luego salió como una flecha hacia el colegio. Así coqueteaban los chicos de segundo: atizándote en la cabeza.

—¿De verdad Carter me ha pegado un manotazo en la nuca? —pregunté, con los oídos todavía zumbándome.

—Le gustas. —Sylvia sonrió burlona mientras observábamos cómo se zambullía en la multitud que aflojaba el paso ante nosotras—. Deberías darle una oportunidad. Es muy mono y un jugador de lacrosse. Tenéis tanto en común...

—Yo juego a hockey sobre hierba. Son dos deportes completamente distintos. Lo sabes, ¿no? —pregunté con cierto fastidio. Sylvia estaba siempre empujándome hacia los chicos. Hacia cualquier chico—. Además, Carter es como un perro hiperactivo. No, gracias.

—Sí, pero un perro hiperactivo *muy* mono.

Con su cuerpo desgarrado, su espeso pelo rubio y sus pómulos pronunciados, Carter levantaba pasiones. Pero no en mí. Todavía no estaba segura de cuál era mi tipo, sólo de que él no lo era.

—Ya. No, gracias —refunfuñé—. Cuando necesite una casamentera, te avisaré.

—Como quieras. —Se encogió de hombros mientras avanzábamos hacia las escaleras del colegio, a cuyo alrededor la multitud se apiñaba.

Will, el guardia de seguridad, gesticulaba desde arriba con sus rollizas manos para indicar a todos que entrasen. Al aflojar el paso y detenernos justo antes del pelotón, Sylvia me aferró con fuerza el brazo y me empujó contra los

arbustos.

—¡Ay, Sylvia! ¿Qué haces?

—Perdón —se disculpó. Su voz se puso tensa de golpe y sus ojos saltaron de un lado a otro como si quisiera asegurarse de que nadie estaba escuchando—. Iba a guardar el secreto para no gafarlo, pero no puedo aguantarme más. Tengo que contártelo.

—¿Contarme qué? —Debía reconocer que ese comienzo era prometedor... Aunque no debía hacerme demasiadas ilusiones: Sylvia era capaz de montar un drama por la manera en que alguien se paraba a atarse los zapatos.

—Le dije hola ayer. —Se inclinó todavía más cerca—. ¡Y no te vas a creer lo que ocurrió!

—¿A quién? —pregunté. Por lo visto, tenía que saberlo... Pero entonces me volví suspicaz. Se estaba comportando como una auténtica pirada sin venir a cuento y la última vez que lo hizo fue por una mala razón—. ¿No te habrás vuelto a tomar un lorazepam de tu madre? No deberías ir a clase si...

—¡No me he tomado nada! —Pegó semejante alarido que un grupo de gente, madres en su mayoría, se giró para mirarnos.

—Da igual... Perdón —mascullé. Me crucé de brazos y me puse fuera de su alcance para que no volviera a zarandearme—. Sólo intentaba ayudar.

—No necesito tu ayuda, ¿vale? Yo sí que tengo una madre, ¿recuerdas?

—Vale, uf.

Así era Sylvia. No tenía pelos en la lengua. Soltaba auténticas maldades: sobre mi padre, desaparecido en combate; sobre mi madre, siempre ausente de casa. «Amelia la huerfanita», llegó a llamarme una vez. Lo hacía cuando tenía la impresión de que la habían herido antes. Aquel no era su mejor rasgo y en ocasiones le gritaba por eso. Pero ahora intenté hacer la vista gorda sobre su comentario porque supuse que tendría envidia. Mi madre era todo lo que tenía y no pasaba mucho tiempo en casa; pero, cuando estábamos juntas, era genial.

Y cuando no estaba, deseaba que estuviera. A veces nos peleábamos por chorradas, pero en todo momento sabía que me quería. Lo sabía de verdad. Julia, la madre de Sylvia, me parecía fantástica, pero ella casi la odiaba. Jamás he entendido por qué.

—Sólo intentaba contarte algo que ha sucedido. —Ahora Sylvia destilaba amargura—. Es importante para mí, pero si te importa un bledo...

—Me importa —admití, tragándome la pullita sobre mi madre. Sylvia no podía evitar ser Sylvia—. Venga, dispara. Soy toda oídos.

Miró a su alrededor con el gesto torcido por un instante, como si cupiera alguna posibilidad de que no fuera a contarme su secreto. ¿Y a quién más iba a decírselo?

—De acuerdo, allá va —empezó. Su cara se transformó en una gran sonrisa traviesa—. Ian Greene —musitó—. Por fin le saludé ayer, y adivina qué pasó.

Estaba más obsesionada con Ian Greene de lo que jamás había estado con cualquier otro chico. Y eso quería decir *mucho*.

La primera vez que le vimos fue una semana antes de empezar las clases. Estábamos tumbadas codo con codo en la cama, con mi portátil sobre las rodillas mientras registrábamos el recién publicado Meet Book de Grace Hall. Ian Greene era nuevo. Con su pelo perfectamente imperfecto y sus oscuros ojos de mirada huraña, estaba bueno, sin duda. Hasta yo lo advertía. Además, ponía «Hampstead Heath, Uk», bajo su nombre, lo que implicaba que tendría acento. Y Hampstead Heath sonaba elegante; noble, incluso. Por lo poco que sabíamos, podía ser de la realeza.

—No seas estúpida —dijo Sylvia cuando sugerí tamaña posibilidad. Ella había estado en Inglaterra varias veces—. Hampstead Heath es como el Brooklyn de Londres, sólo que allí todos viven en minimansiones de tropecientos mil dólares. —Luego se volvió hacia mí y sonrió—. Pero nunca se sabe. Puede que sea una especie de conde o algo así.

Evidentemente, Sylvia no era la única persona alterada por la llegada de Ian Greene. La mitad de las chicas de la Escuela Superior de Grace Hall le habían echado el ojo antes de empezar el curso. Y, al verlo en persona, hasta yo tuve que admitir que era lo más de lo más. Tenía un carisma natural de chico malo y una fugaz sonrisa aviesa que te impedía dejar de mirarlo. Además, tocaba la guitarra y escribía canciones, pero su verdadero talento era la fotografía. Como su padre, cuyas fotos se exponían supuestamente en el MoMA. La familia Greene se había mudado a Brooklyn porque la madre de Ian había aceptado el cargo de conservadora jefe en el Museo de Brooklyn.

Tampoco el hijo había perdido el tiempo para sacar provecho de toda la atención femenina; pero, en cierto modo, la discreción que mostraba al acostarse con toda chica que se cruzara en su camino hacía que todo el asunto pareciera más civilizado.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar? —dijo Sylvia, mirando de reojo hacia las escaleras de Grace Hall.

—¿Preguntarte el qué? —Había perdido el hilo por completo.

—Lo que pasó cuando le dije hola a Ian —bufó, estampando un pie en el suelo.

—¡Ah, sí, ahora caigo...! ¿Qué pasó?

Entrecerró los ojos por un instante.

—Se vino a mi casa —proclamó por fin—. Y... —Miró de nuevo a su alrededor; el gentío disminuía y la mayoría de los estudiantes, los más puntuales, había entrado en tropel. Abrió los ojos de par en par mientras se ponía una mano en los labios—. Y nos besamos a tope.

—¿De verdad? —Fingí entusiasmo, pero lo cierto es que me sentía más bien irritada. Ni siquiera sabía por qué—. ¡Alucinante!

Tenía que reconocérselo. Muchas veces exageraba, pero esto era impresionante. Ian Greene tenía un surtido de chicas a su disposición y había

elegido a Sylvia, al menos para una tarde y para besarse. Bueno, tampoco es que fuera muy sorprendente que ella hubiera captado su atención: siempre gustaba a los chicos. Era guapa y de curvas pronunciadas, pero muchas jóvenes de Grace Hall lo eran. Sylvia tenía algo más... Tenía un punto algo salvaje que le daba un aire divertido e imprevisible, un poco peligroso. Y era eso mismo lo que terminaba por espantar a los tíos. Después de todo, hay una línea muy fina entre salvaje y perturbada total.

Y si lo de Ian era una noticia tan gorda, ¿por qué me sentía molesta? Por Dios, ¿podía estar celosa? Pero no de que hubiera besado a Greene. Era como si me diese envidia que ella lo quisiera besar y lo consiguiese. No podía imaginar sentirme así por alguien, ni mucho menos actuar con la normalidad suficiente para metérmelo en el bote.

—Lo sé... Es una locura, ¿no? —Sylvia asintió deprisa, mordiéndose un labio. Parecía nerviosa—. No voy a saber cómo actuar cuando lo vea. ¿Me comporto como si nada hubiera sucedido? Si me muestro demasiado agradable, pensará que soy una perdedora. Pero tampoco quiero que piense que soy una bruja. —Parecía apenada—. Sé que no tienes ni la menor idea de este rollo, pero... ¿crees que debería abordarle?

—Hum, no, no deberías..., cómo decirlo..., perseguirle —dije, intentando adoptar un tono convincente—. Pero tampoco lo ignores. Ian es el típico chico que pensará que eso es otra estupidez.

—Eso no me ayuda nada, Amelia. Necesito detalles. —A medida que se acercaba, yo reculaba. Me preocupaba que me volviera a tirar de un brazo—. Tienes que decirme qué hacer exactamente.

—Antes que nada, respira. —Por mucho que hubieran brotado en mí aquellos extraños celos, se habían desvanecido tan rápido como habían venido. Ahora estaba allí en cuerpo y alma para ayudar a mi amiga. Le apoyé las manos en los hombros hasta que respiró profundamente una vez y luego

otra—. Es algo bueno, ¿recuerdas? No te habría besado si no le agradaras.

Sylvia bajó la mirada y arrastró los pies de acá para allá. Se hacía tarde. Quedaba poca gente en la acera. Will seguía junto a la puerta principal abierta; echaría el cierre en cualquier momento y, cuando lo hiciera, oficialmente llegaríamos tarde. Probablemente podría retrasarme durante seis semanas antes de que la dirección se planteara hacer algo al respecto, así que intenté no preocuparme... Pero me preocupaba mucho. En especial porque no había llegado tarde *de verdad*.

—¿Y qué si lo besé? O sea, me acompañó a casa y estuvimos hablando de fotografía. Luego nos sentamos en las escaleras de la entrada y charlamos sobre música y moda, por supuesto, y entonces... Yo sólo... —Volvió a ponerse una mano sobre la boca, se giró y me miró con ojos desorbitados—. ¡Dios mío! ¡Creo que lo hice! ¡Lo besé!

—Y él te devolvió el beso, ¿no?

—¿Y si no lo hizo? —Su voz sonaba aguda y chirriante.

—Vamos, lo habrías notado si no te hubiera besado.

—¿Y tú qué sabes? —espetó, y bajó la mirada—. Lo siento, pero es verdad. De todos modos, aunque lo hubiera hecho, puede que fuera por educación.

Aquello estaba empezando a resultar enervante. Sabía que la única salida era darle lo que quería: un empujoncito a su ego. Básicamente, eso era lo que más ansiaba ella en la vida.

—Ian Greene me parece listo. Estoy segura de que comprende lo fantástica que eres. Todo lo que debes hacer ahora es no revolotear como una friki a su alrededor.

Enlacé mi brazo con el de Sylvia y la arrastré hacia la puerta del colegio. Will entornó los ojos en nuestra dirección. Le hice una seña con la esperanza de que esperase. Se inclinó hacia adelante, protegiéndose la vista con una

mano; luego negó con la cabeza y empezó a hablar consigo mismo. Tiré de ella un poco más fuerte.

—¡Lo siento! ¡Ya vamos! —grité, y la empujé para fulminarla con la mirada—. Venga, llegar tarde no va a ayudar.

—Una falta de puntualidad no es suficiente para que no te dejen entrar en Harvard. —Sylvia puso los ojos en blanco—. ¿Acaso no estuviste pintando caretos de niños o alguna chorrada así durante la Fiesta de la Cosecha el pasado finde? Tengo la impresión de que te has ganado un pase libre de al menos una semana.

—Ayudé en la organización, eso es todo —expliqué, aunque sí le había pintado la cara a un niño... y resultó menos divertido de lo que parecía—. Y por otro lado, ¿Harvard...? Puaj, ¿quién ha dicho nada de...?

En ese momento, mi móvil vibró: un mensaje. Traté de seguir caminando mientras lo sacaba de mi bolsa. Era de Ben.

olvidé decírtelo: eres impresionant tal y cmo eres.

—¡Qué asco! —dijo Sylvia por encima de mi hombro. Estaba mirando la pantalla—. ¿En serio te hablas todavía con ese friki?

En primer lugar, nunca debería haberle hablado a ella de Ben. En realidad, no le conté nada. Dos semanas antes, me cogió el móvil —sin preguntarme— y leyó un mensaje suyo mientras yo estaba en el baño.

—¡Vaya! ¿Guardando secretos, eh? —Husmeó, rodando en mi cama con el teléfono en alto—. «Tengo la sensación de que nadie me comprende como tú». Debo decir que me siento directamente insultada, Amelia. A no ser que te estés tirando a ese tal Ben, en cuyo caso, mis más sinceras felicitaciones. Aun así, sigo ofendida porque no me lo has contado.

Me quedé en el umbral de la puerta de brazos cruzados, apretando tanto los dientes que tuve la sensación de que iban a partirse. No quería explicarle lo de Ben. Sabía que me haría sentir como una estúpida. Se irguió en mi cama como un resorte.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo has hecho! ¡Te has acostado con ese tío!

—No, no lo he hecho, Sylvia. Para ya, de verdad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Y tanto que lo has hecho! ¿Quién es? ¿Qué aspecto tiene? No me lo puedo creer. Mi chiquitina ya es toda una mujer y me ha mantenido al margen de todo. —Sonaba como si de verdad le hubiera dado un subidón—. Vale, estaré encantada de perdonarte por no habérmelo contado antes *si* me cuentas todo ahora mismo. Empezando por una foto de ese tal Ben. Tienes una foto del chico que te ha desflorado, ¿no? Es ese que trabaja en Packard, el que conociste en el partido de hockey sobre hierba, ¿verdad?

Fui hacia ella y le arranqué el móvil de la mano.

—No. No es ese chico —dije, embutiéndome el teléfono en el bolsillo trasero—. Y no me ha desflorado, cosa que, por cierto, es lo más ordinario que has dicho jamás.

—¿Ordinario? —repitió Sylvia, cruzando las manos sobre el pecho y haciéndome ojitos—. Perder la virginidad es algo hermoso. ¡Ay, chiquitina mía!

—¡Sylvia, para ya! —chillé—. ¡Que tú seas una guarra no quiere decir que todo el mundo tenga que serlo! —Me oí gritarlo, pero no podía creer que de verdad lo hubiera dicho.

—¿Una guarra? —Me miró como si la hubiese abofeteado—. Muy bonito. Gracias, amiga.

Lo peor es que era cierto: se había acostado con nueve chicos desde que perdió la virginidad en séptimo. La mayor parte del tiempo se comportaba como si le importara un bledo. Pero a mí no me engañaba. Yo era su mejor

amiga. Y aunque me soltara maldades sin parar, no significaba que ella soportase probar su propia medicina.

—Sabes que no quería decir eso —musité—. Sólo que... no quiero que te burles de mí.

—No me burlaba de ti —contestó enfurruñada—. Pero no puedo creer que tengas un rollo con un chico y que no me lo hayas contado. Yo te lo cuento todo.

—Sólo es un amigo —aseguré, y Sylvia puso los ojos en blanco—. En serio, no nos hemos visto en la vida real.

—¿Qué quieres decir?

—También se ha inscrito al curso de verano de Princeton —expliqué, alerta a su posible respuesta—. Nos mandamos correos, mensajes y cosas así. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Se había quedado con la boca abierta—. ¿Mantienes correspondencia electrónica con otros chicos que hayan solicitado participar en esa fiesta de lunáticos de la informática?

—No. —Yo también puse los ojos en blanco—. Ben es el único que se ha puesto en contacto conmigo. Imagino que pidió los nombres de gente de Nueva York que se haya presentado al curso.

—Uyyuyuy —dijo con una mueca de suficiencia—. ¿Cuánto te juegas a que no se escribe con nadie más de la lista?

Lo peor de todo era que al principio sí que me había hecho ilusiones de que tal vez Ben y yo acabáramos saliendo en plan novios. Nunca me había sentido capaz de hablar con un chico de la forma en la que lo hacía con él. Y comencé a recapacitar: «Guau, por fin ha llegado. Después de todo, no soy una friki, sólo tenía que conocer al chico *adecuado*». Y como si él supiera exactamente lo que había estado pensando, al día siguiente me confesó que era gay.

—Sylvia, déjalo ya. —Me estaba empezando a cabrear. Siempre tenía que

meter las narices en todo—. En serio.

Podía haberle revelado en ese momento que Ben era homosexual. Probablemente la conversación se habría terminado por completo. Pero, no sé por qué, me apetecía que pensara que había rollos míos que no conocía.

—Uyyuy, ¿a qué colegio va esa personita llamada Ben? —Puso tono de considerarse con potestad para darle el visto bueno como amigo mío, siempre y cuando reuniera ciertos requisitos... Como ir a un colegio aceptable. Los de Packer, Trinity y Santa Ana contaban con su aprobación, pero todos los de Collegiate y Dalton eran gilipollas, cosa que significaba que se había acostado con más de uno de esos colegios y que habían terminado por plantarla.

—A uno público de Albany.

—¿Vive en Albany? —dijo Sylvia como si tuviera herpes—. ¿Estás de coña? Si casi no es Nueva York. No puedo creer que vayas a tener algo así como una historia de amor a distancia con un impresentable de Albany.

—Por última vez, Sylvia: ¡sólo somos amigos! —grité—. ¿Por qué no podemos ser amigos sin más? ¡A lo mejor ni siquiera quiero tener novio!

Hasta que aquellas palabras no salieron de mi boca, no me di cuenta de lo ciertas que eran.

Dos semanas después, seguía sin apetecerme tener novio. Y no había nada malo en que una chica de quince años no quisiera tener pareja. Como había dicho Ben, no me pasaba nada malo. Por mucho que a Sylvia le chiflaran los chicos, nada iba a cambiar. El problema era suyo, no mío.

—Por enésima vez, Sylvia: Ben es mi amigo —repetí, deteniéndome por un instante al pie de las escaleras de Grace Hall para responder al mensaje—. Y como ya te he dicho unas trescientas mil veces, es gay, ¿recuerdas? —Porque para entonces ya se lo había contado. Me había estado mareando demasiado como para no hacerlo.

—¡Voy a cerrar la puerta en treinta segundos! —gritó Will.

Pero yo podía llegar tarde, Sylvia tenía razón. Y si no contestaba ahora a Ben, no podría hacerlo en todo el día. Mientras tecleaba, ella resopló y empezó a subir las escaleras. Estaba celosa. Y supongo que tenía sus razones. No es que me gustara Ben más que ella; Sylvia siempre sería mi mejor amiga, pero a veces era mucho más fácil ser amiga de él.

—Vas a llegar tarde por su culpa, ¿eh? ¡Y luego soy yo quien prefiere a los chicos antes que a ti! —Movi6 la cabeza con desaprobaci6n mientras seguía andando—. Nos vemos luego, supongo. Puede que entonces tengas más tiempo para mí y mi aburrido drama con Ian. Y, por cierto, no me creo ni por asomo que ese tal Ben sea gay. Me da igual si te envía una foto suya haciéndolo con otro tío.

Sylvia se escurrió dentro justo cuando Will echaba el cierre. Ya no había prisa alguna, era oficial: tenía una falta de puntualidad, cosa que me resultaba extrañamente liberadora. grx —respondí a Ben—. no sé q haría sin ti.

Di a enviar y esperé.

Cuando mi móvil volvió a pitar, miré para ver qué había contestado, pero el mensaje no era suyo, sino de un número oculto.

**Prospect Park Long Meadow, 15:00. Estate allí. Pero sólo los
pájaros de un mismo plumaje vuelan juntos... Ven sola
o no vengas.**

KATE

5 de septiembre de 1997

Me he hecho ocho pruebas en total y el pequeño signo de más en la ventanita nunca cambia. Da igual que sea entrada la noche, por la mañana temprano o después de tres copas de vino; todas y cada una de las pruebas siguen dando positivo.

Hoy, el médico del campus lo ha confirmado con otra prueba de orina. Una parte de mí —la ridícula parte que tomó todas las decisiones que me han conducido aquí— pensó que tal vez el número nueve pudiera ser el truco. No lo fue. Los médicos del campus me derivaron al ginecólogo.

Este me confirmó el «embarazo» con un ultrasonido; no dicen «niño» porque piensan que puede que no quieras estar embarazada. Podrías decidir no continuar.

Estoy de nueve semanas aproximadamente. No pueden asegurarlo, y tampoco yo. Porque no ha sido cosa de una vez. Ha sido un verano de malas decisiones provocado por una vida con exceso de buenas. Parece que sólo conozco una forma de pifiarla: a lo grande.

De pequeña, tocaba el piano sin que me lo dijeran y siempre conseguía los puntos extra. Saqué las mejores notas en mi elegante escuela preparatoria de Chicago. Me gradué en Duke con matrícula de honor y fui a la Facultad de Derecho de Columbia. ¡Si hasta formo parte del equipo de redacción de la Columbia Law Review!

Por supuesto, es un currículum, no una persona. Una persona es lo que

está creciendo dentro de mí. Y a ese diminuto embrión de él o ella le importará un bledo todo esto. Sólo deseará que yo lo quiera.

¿Y cómo no hacerlo si es lo único que he ansiado de verdad? Desde luego, a mis veinticuatro años, el amor es lo único en lo que nunca he estado a punto de triunfar.

Así que tal vez no pueda prometerle a este niño que le querré como se merece, pero sí puedo prometerle que lo intentaré.

KATE

26 de noviembre

Eran las ocho y media cuando Kate salió del ascensor de su oficina. La mayoría de las luces estaban apagadas y reinaba un silencio sepulcral. Sólo una alumbraba el mostrador vacío de la entrada, proyectando un haz fantasmagórico sobre el enorme jarrón de azucenas que reposaba encima. Era una broma de mal gusto que aquellas flores fueran lo primero que viera en su primer día de vuelta. Gretchen, su madre —en su único y simbólico esfuerzo por resultar útil—, había elegido lirios para el funeral de Amelia. Eran preciosos y elegantes. Terribles.

Al contemplarlos, un picor familiar se reavivó en su garganta. Uno que, en aquellos días, siempre precedía a la carrera enloquecida al baño, donde pasaba los diez minutos siguientes acurrucada sobre el lavabo, vomitando o presa, con más frecuencia, de arcadas secas. Casi cualquier cosa podía desencadenar las náuseas: la simple visión de los cereales favoritos de Amelia en la tienda, un catálogo de equipaciones de hockey sobre hierba que llegaba por correo, unas botas de adolescente... Si acaso, evitar la comida era lo único que parecía ayudar. Durante el mes transcurrido desde la muerte de su hija, Kate había perdido casi seis kilos y medio. Se había visto obligada a llevar ropa holgada para disimular su esquelético cuerpo.

—¿Cómo te las apañas para estar tan estilizada, querida? —le había preguntado una dulce anciana dos días antes en la farmacia.

«Muy sencillo —había tenido ganas de responder—. Ya estoy muerta».

Pero, en cambio, apretó con fuerza los labios hasta llegar al borde de las lágrimas mientras echaba mano de las recetas que su terapeuta le había asegurado que le ayudarían con las náuseas y el insomnio. En realidad, sólo le habían hecho sentirse como si anduviera bajo el agua. Siguió tomándolas con la esperanza de acabar ahogándose.

Regresar al trabajo había sido una mala idea. Como mínimo, necesitaba salir del vestíbulo y meterse en su oficina. Pero no podía apartar la vista de las flores. Paralizada en el banquito del ascensor, al menos no se arrepentía de haber decidido llegar pronto. Así, si vomitaba en el suelo, le daría tiempo a limpiarlo. Y a lo mejor ni siquiera tenía que cruzarse con nadie. Ese era su plan: encerrarse en la oficina con el alivio de saber que, tras su puerta cerrada con llave, había gente sana y salva, gente viva que respiraba.

Desde luego, en ningún caso iba a ser capaz de intercambiar comentarios con nadie. ¿Qué podrían decirle? ¿Lo siento? Siento que tu hija haya muerto. Siento que saltara del tejado del colegio cuando ibas a buscarla. Siento que llegaras tarde. Qué pena que vayas a tener que revivir ese fallo el resto de tu miserable vida.

Del mismo modo que ella no quería hablar con nadie, seguro que los demás también querrían evitarla. Nadie tenía ganas de conversar con una madre cuya única hija se había suicidado. Kate podía haberles ahorrado a todos semejante incomodidad quedándose más tiempo en casa.

—Tómate tres meses de descanso, al menos. Luego puedes trabajar un par más desde casa —le había ofrecido Jeremy en el funeral. Sus ojos estaban húmedos y enrojecidos. Por primera vez, Kate tuvo la sensación de que todos los acercamientos cariñosos de aquellos años no habían sido una pantomima. Nadie era tan buen actor. Flanqueándole a ambos lados se hallaban Vera, su preciosa mujer de ojos llorosos, y sus tres altísimos hijos, que se miraban fijamente los zapatos. Al verlos juntos, tan guapos, conjuntados y bien

avenidos, casi estuvo a punto de arrodillarse—. Sabes lo mucho que todos te quieren en la empresa, Kate, pero podemos defender el fuerte sin ti tanto tiempo como necesites.

Cuando Vera se adelantó para abrazarla, Kate se aferró a ella sepultando el rostro en su larga y fragante melena. Fue demasiado, incluso inapropiado, dado lo poco que se conocían. Pero aquella mujer se rodeaba de tanta vida... A Kate le horrorizaba pensar qué pasaría cuando la soltara.

Quedarse en casa terminó por ser más fácil de decir que de hacer. Pasó los primeros días tras la muerte de Amelia acompañada de sus tres íntimas amigas de la universidad. Llegaron como una avalancha y le brindaron su apoyo, asegurándose de que comiera, se aseara y respirase. Pero todas ellas tenían una familia que las esperaba y se marcharon poco después del funeral. Hasta Seth —su novio de la Facultad de Derecho y ahora su mejor amigo, que había estado tan dulce y maravilloso— iba cada vez menos. Hacía tiempo que los días de su relación pseudoconyugal —tan cómoda como imposible— habían terminado. Ahora él tenía un marido llamado Thomas y una hija que requerían su atención.

También habían estado sus padres. Llegaron estratégicamente algo más tarde: la víspera del funeral, para que lo más turbulento de su dolor amainara. Siempre habían desdeñado los grandes despliegues emocionales —ira, desesperación, dicha, amor— en cualquiera, pero sobre todo en su única hija. Kate había aprendido enseguida lo valioso que era tragarse sus sentimientos. Pero la muerte de Amelia debió de hacer sospechar a sus padres que esta vez no habría control, así que esperaron sabiamente un par de días antes de llegar a Brooklyn, perdiéndose la parte en la que ella se arañaba los brazos hasta hacerse sangre y sollozaba con tanta fuerza que llegó a romperse varios capilares de la cara. Tampoco se quedaron mucho. Probablemente, decidieron marcharse cuando fue evidente que no iba a recuperarse de la noche a la

mañana.

Una vez que sus padres se fueron y que sus amigos regresaron a sus vidas tan plenas, se quedó sola. Otra vez. Como siempre lo había estado antes de Amelia.

Se pasó dos semanas sentada en el silencio sepulcral de su casa de ladrillos rojos, inmersa en su dolor y en su culpa, con la sensación de que la piel se le caía a tiras como hojas de celofán. Se quedó con la vista clavada en el techo y sollozó hasta que el estómago se le convirtió en una cáscara consumida. Pensó hasta qué extremo su vida sin su hija no sería más que un vacío inexplicable. Nada más que ella misma. Sola. Para siempre.

Las noches en las que conseguía quedarse dormida, soñaba que caía — desde el tejado de Grace Hall, desde la ventana de su oficina, desde lo alto de la escalera— y se despertaba con sobresalto justo antes de estamparse contra el pavimento. Y cada mañana, al levantarse, subía en un impulso hasta el último piso de su casa, abría la ventana, se asomaba con las manos apoyadas contra el marco y miraba abajo fijamente. Obligarse a ver lo que Amelia había visto en sus últimos segundos no era castigo suficiente. Nada sería jamás castigo suficiente.

Porque, sin duda, era culpa suya que su hija estuviera muerta. Que se hubiera *suicidado*. El trabajo de una madre consistía en proteger a una hija, incluso de sí misma. Y había fracasado absoluta, completa y estrepitosamente.

También ella había pensado a menudo en suicidarse. En cómo hacerlo (con sus muchos tranquilizantes), en dónde (en su cama) y en cuándo (de inmediato). Pensar que el castigo a sus catastróficos fracasos era seguir viviendo con la culpa constituía la auténtica razón por la que no lo había hecho. Por eso volvió al trabajo cuando ya no pudo seguir allí sentada, esperando a descomponerse lentamente. Y ahí se quedó, en una de las muchas zonas de recepción de la ilustre Slone & Thayer —cuatro semanas, dos días y

dieciséis horas después de que Amelia saltara del tejado de Grace Hall—, preguntándose cómo era posible que alguna vez le hubiera importado lo que pasara en ese lugar. Porque no le importaba. Ya no. Ni lo más mínimo. No le importaba nada.

Un sonido de campanilla anunció que el ascensor llegaba a sus espaldas, de ahí que saliera dando bandazos por el pasillo hasta meterse en su despacho antes de que alguien emergiera por sus puertas. Apretó el paso al doblar la esquina, cuando una luz se encendió en una de las oficinas que había justo al final. Por muy pronto que llegara, debería haber previsto que ya habría alguien. Siempre era así en un sitio como Slone & Thayer.

—¡Eh! —le gritó alguien justo cuando iba a abrir la puerta.

Kate dio un respingo y se le cayeron las llaves. De todos, tenía que ser Daniel Moore. Supo que era él sin levantar la vista. Era la última persona que le apetecía ver en ese momento. Se acercó como una flecha y cogió las llaves del suelo antes de que ella pudiera agacharse a recogerlas.

—No pretendía asustarte. Sólo estaba... Me sorprende verte. Creía que ibas a trabajar desde casa una temporada. —Su tono era de decepción, pero intentó disimularlo. A Kate no le sorprendió. Para Daniel, un socio junior menos era uno menos con quien competir. Huelga decir que su relación no era tan simple como la de ser socios colegas. Desde que se conocieron, la primera semana en la Facultad de Derecho de Columbia, se habían movido entre el respeto distante, la hostilidad declarada y algo más (algo sustancialmente más humillante), que Kate se había esforzado por olvidar durante mucho tiempo. Y puede que, sorprendentemente, lo consiguiera a menudo. Pero en aquel instante, aquel feo y viejo historial se cernía sobre ella.

—Sola en casa día tras día... Necesitaba ir a algún sitio —dijo, encontrándose con los ojos de Daniel por vez primera mientras él le tendía las llaves. Llevaba una corbata floja y la camisa arrugada. Iba sin afeitarse y tenía

los ojos enrojecidos, como si hubiera estado levantado toda la noche. Sin embargo, aquello le favorecía. Para ella, entre los rasgos menos atractivos de él siempre habían figurado su pelo rubio perfectamente cortado y su impecable ropa de pijo. Pero no eran *lo menos*. Lo menos atractivo de Daniel era su absoluta falta de compasión—. Tienes pinta de haber pasado aquí toda la noche.

Daniel se miró la ropa y sonrió avergonzado.

—Digamos que el tema de Associated ha estallado. —Intentó poner tono de que se trataba de algo malo, pero un destello en sus pupilas delataba lo contrario.

Las carreras de Kate y Daniel en Slone & Thayer habían discurrido al unísono desde que entraron en el bufete haciendo prácticas en el periodo estival. Una década y media más tarde, ambos eran socios litigantes muy respetados. Aunque sólo ella era una de las discípulas de Jeremy, una injusticia que parecía desquiciar sigilosa aunque totalmente a Daniel.

Gestionar el tema de Associated en su ausencia había sido una oportunidad para él. Kate juraría que Daniel se moría de ganas por darle más información. Pero a ella le importaba un bledo si la gran noticia era que la Comisión de la Bolsa de Valores se había venido abajo y había sometido a un cacheo a Victor Starke.

Jeremy había llegado a extremos inauditos para asegurarle que no tenía que preocuparse ni por Victor Starke ni por Associated Mutual Bank mientras estuviera de permiso. Y no lo había hecho. Ahora que estaba de vuelta, era incapaz de obligarse a que le importara, por mucho que lo intentase.

—Estallado —se oyó repetir. Era más una afirmación que una pregunta. Aun así, detestaba dar a Daniel la satisfacción de percatarse siquiera de que sentía curiosidad.

—No de mala manera —replicó Daniel, ansioso—. Resulta que nos

anularon la citación para declarar. Por supuesto, la Comisión de Bolsa de Valores apeló. —Se encogió de hombros como si aquello fuese una mera rutina—. A lo largo del día nos dirán por qué. Llevo media noche sin pegar ojo e informando a Jeremy por teléfono. Ya lo conoces; es lo bastante hábil para pasarse toda la noche currando desde casa y no tener una pinta asquerosa cuando llegue. Por cierto, debería darme una ducha... Ha dicho que yo podría defender parte del caso. No quiero darle motivos para que me deje plantado en la puerta del juzgado.

—Vale. —Kate intentó sonreír, pero no lo consiguió. Quería alejarse de Daniel cuanto antes—. No te retengo más. De todos modos, supongo que debería ir entrando... No es que esté lista para el público.

—De acuerdo —dijo Daniel, frunciendo el ceño como si estuviera a punto de añadir algo y luego se arrepintiera—. Es fantástico verte, Kate. Me alegra que hayas regresado. Nosotros..., el bufete te ha echado de menos. Ya me dirás si puedo hacer algo por ti.

Estaba siendo todo lo agradable que era capaz. Su intención era buena —o, al menos, no mala—, aunque no hubiera nada en la tierra que él precisamente pudiera hacer por ella.

—Te lo agradezco, Daniel —contestó—. Ahora deberías irte. Buena suerte.

—Gracias. —Desinfló un poco sus mofletes de aire—. La necesitaré.

Kate cerró la puerta de su oficina y se apoyó en ella un instante antes de impulsarse hacia adelante y arrojar las cosas sobre su mesa. Se esmeró en no mirar por el ventanal el revuelto paisaje urbano que se extendía a sus pies. La oficina se encontraba en la planta veintiocho, casi haciendo esquina. Si se asomaba y miraba hacia abajo, distinguía la calle Cuarenta y tres y la Séptima Avenida. Pero hacerlo desde tan alto, imaginando —como seguramente haría

— la sensación que debió de experimentar Amelia mientras caía, sólo le provocaría más náuseas.

El ordenador no había llegado a iniciarse del todo cuando sonó el teléfono. En la pantalla de identificación de llamadas se leía Universidad de Chicago, seguido del número del Campus Principal. En teoría, podían ser o su padre o su madre. Con muchos años de ilustre trabajo en sus respectivos terrenos, Gretchen Deal y Robert Baron eran profesores. Su madre, en la Facultad de Medicina, y su padre, en la de Comercio. Pero Robert —el más distante, aunque más cálido de los dos— nunca la llamaba. Le escribía correos electrónicos de vez en cuando y mantenían charlas agradables cuando se veían una vez al año por Navidad. Para él, el teléfono era muy íntimo e implicaba demasiada premeditación.

Kate clavó la vista en el aparato y se debatió entre dejar o no que la llamada fuera al buzón de voz. Pero Gretchen era implacable. Si quería que su hija oyera algo, le daría caza hasta que escuchara todas y cada una de sus cortantes y perspicaces palabras. Al final, respiró hondo y cogió el auricular.

—Kate Baron —musitó con suavidad, fingiendo que no sabía quién estaba al otro lado, como si pudiera trocarla en alguien diferente por arte de magia.

—¡Estás ahí! —gritó su madre alegremente—. Tenía la esperanza de que lo conseguirías.

Gretchen había sido el adalid principal de que Kate volviera al trabajo cuanto antes. A poder ser, de inmediato. Dejó claro que era porque tenía la sensación de que salir de casa, estar distraída, era lo mejor para ella. Pero conocía a fondo a su madre: en realidad, le preocupaba más que Kate perdiera alguna oportunidad importante de ascenso.

—Sí, aquí estoy —dijo con un suspiro—. Lo he conseguido.

—Y yo creo que es para bien, Katherine, de verdad —comentó Gretchen en su habitual y fulminante *staccato* racheado, que a Kate siempre le recordaba

una alarma a punto de saltar—. Seguro que han echado en falta no tenerte ahí; en especial, Jeremy. Depende más de ti de lo que imaginas.

—Trabaja con dos docenas de socios junior. Depende de todos nosotros —replicó lacónicamente.

Le molestaba que ese fuera el motivo de la llamada, aunque le molestaba aún más estar enfadada. Ya debería haberse habituado a que su madre considerara su trabajo lo más importante. Desde la muerte de Amelia, la llamaba cada dos días y en todas y cada una de las conversaciones se había mostrado mucho más preocupada por el estado de su carrera que por su dolor.

—Seguro que ha sobrevivido sin mí.

—Yo no estaría tan segura —observó su madre, alzando la voz con sonsonete de «te lo dije»—. En cualquier caso, es un progreso importante, un impulso hacia adelante, mirar el lado positivo de las cosas.

Kate sintió un latigazo en el estómago.

—¿El lado positivo?

—Sí, Katherine, de este terrible desastre.

—¿Desastre? —Como si el recuerdo de Amelia se pudiera barrer y tirar al cubo de la basura.

—Te vas a enfadar conmigo por decirlo, pero alguien tiene que hacerlo.

Gretchen siempre era capaz de erigirse en heroína y mártir a la vez. Incluso en situaciones que no tenían nada que ver con ella.

—¿Decir el qué? —se oyó preguntar, a pesar de que no quería saberlo.

—Amelia ya no está, Katherine. Y es una tragedia espantosa —espetó con vehemencia—, pero también es ley de vida. Una vida que, la última vez que lo comprobé, todavía seguías viviendo aquí y ahora. Personalmente, creo que te sería más fácil pasar página si aprovecharas un poco tu recién recuperada libertad.

—¿Libertad? —La palabra le resultó untuosa.

—Venga, cielo, no seas tan deliberadamente obtusa —rogó—. Yo también he sido una madre trabajadora, ¿recuerdas? Conozco la tensión de sentirse desgarrada entre el trabajo y la casa. Quiero decir libre de eso. Quién sabe, puede que ahora hasta tengas tiempo para conocer a alguien. Cosas más raras se han visto. Podrías empezar de nuevo. Y Amelia así lo desearía. Querría que fueras feliz.

El corazón de Kate martilleaba en sus tímpanos. Podía haber imaginado que, en alguna esquina oscura y recóndita de su corazón, su madre veía la muerte de Amelia como una oportunidad para que siguiera por el buen camino. Pero decirlo en voz alta era monstruoso, incluso para Gretchen. Apretó el auricular con tanta fuerza que creyó que iba a partirlo en dos.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño? —sonaba satisfecha, como si haberle brindado esa brutal percepción hubiera sido un gran acto de caridad desinteresada—. ¡Oh, espera! No cuelgues. —Se oían voces de fondo al otro lado—. Lee acaba de llegar. Tengo a un periodista del *Times* por la otra línea. Parece que acepté que me entrevistara. Ni siquiera recuerdo sobre qué. —Soltó una risa jovial—. ¿Qué ibas a decir, en cualquier caso?

—Vete a tomar por culo, mamá —respondió muy tranquila—. Eso es lo que iba a decir: vete a tomar por culo.

Kate depositó el auricular suavemente en su horquilla y se quedó mirándolo, a la espera de que estallara. No lo hizo. Nada sucedió. Resultaba liberador y extrañamente embarazoso que le hubiera llevado tanto tiempo plantarle cara, decirle lo que sentía. Pero ya basta de hacer feliz a la gente, de portarse bien, de ser educada. Ya basta de ser una buena chica.

Espiró larga y profundamente con los hombros caídos hacia adelante. Su ordenador se había iniciado por fin y la bandeja de entrada de su correo se desplegó ante ella. Sólo había unos cuantos mensajes nuevos desde que los

comprobara la noche anterior, y muchos menos de los recibidos en los días previos a la muerte de Amelia. Aunque ahora que había regresado a la oficina, puede que la gente se lo tomara como una invitación para dejar de andarse con miramientos. Por una parte, anhelaba que la vorágine laboral se la tragara, incluso aunque su trabajo ya no significara nada para ella. Seguía con la vista fija en la bandeja de entrada cuando el móvil la alertó de la recepción de un mensaje.

—Ya estamos —masculló mientras rebuscaba en su bolso.

Gretchen no iba a soportar sin más que la mandara a tomar por culo.

Por fin, echó mano al móvil y lo sacó del bolso de un tirón. Miró el mensaje de la pantalla.

Amelia no saltó.

Cerró los ojos de golpe. No, ese mensaje no decía lo que ella creía que decía. No era posible. Apretó más los ojos antes de abrirlos definitivamente. No obstante, cuando bajó de nuevo la mirada hacia el teléfono, el mensaje seguía allí: «Amelia no saltó». Lo leyó tres veces más, pero las palabras eran las mismas. El corazón le latía con fuerza mientras dejaba el móvil en el centro de la mesa.

Luego se alejó muy despacio moviendo la silla para poder observar el aparato a una distancia prudencial.

«Por favor —sólo era capaz de pensar eso—. Por favor, no me hagas esto. Por favor, no me tortures».

¿Por qué iba a gastarle nadie una broma de tan mal gusto? ¿Y quién?

Se había pegado un susto demasiado grande como para comprobar de quién era el mensaje. Estaba inclinada sobre su escritorio examinando el teléfono en busca del remitente cuando se abrió la puerta del despacho. Se incorporó

como un resorte.

—¿Qué demonios? —exclamó Beatrice, su secretaria. Se quedó mirando fijamente a Kate como si hubiera perdido la cabeza—. Estaba punto de llamar a seguridad al ver las luces encendidas. ¿Qué haces aquí?

—Beatrice, me has asustado —resolló Kate con una mano en el pecho.

—Eso ya lo veo. —La escrutó de arriba abajo con ojos de desaprobación. Beatrice, madre de seis hijos, la trataba a ella y al otro abogado a su cargo como si fueran el séptimo y el octavo—. Creía que habíamos llegado a un acuerdo y que al menos estarías otras seis semanas trabajando desde casa. ¿No habrá salido Jeremy con uno de sus «anda por favor, tienes tanto talento, eres única» y ese tipo de sandeces? ¿O sí? Porque juro que...

—Jeremy no me ha llamado —dijo Kate, negando con la cabeza—. Necesitaba salir de casa.

—¿Y te has venido aquí? —preguntó Beatrice—. ¿De vuelta al *trabajo*?

—No tenía otro sitio adonde ir. —Echó un vistazo a su móvil. Pensó por un instante en contarle lo del mensaje, pero sintió que era precipitado. Seguía albergando la esperanza de que fueran imaginaciones suyas.

—Será mejor que mantengas la puerta cerrada —aconsejó su secretaria— o esos buitres te habrán dejado limpio el esqueleto antes del almuerzo.

Luego su rostro se quedó petrificado, como si quisiera volver a meterse en la boca su involuntaria referencia a la muerte. Kate quiso decirle que no se preocupara, que no pasaba nada, pero no podía quitarse aquel mensaje de la cabeza.

«Amelia no saltó».

Era especialmente cruel, dado lo mucho que había tardado en aceptar que se había *suicidado*. La mera idea de que habían pillado a su hija copiando — nada menos que en un examen de Lengua— resultaba absurda. El hecho de que el detective Molina informara a Kate de que todas las pruebas físicas

preliminares señalaban que se había suicidado no le había inducido a pensar lo contrario, al menos al principio.

Más bien había buscado a alguien al que echar la culpa y el colegio se convirtió en su mejor candidato: una cerradura en mal estado en el tejado, supervisión inadecuada, unas condiciones intrínsecamente peligrosas. Incluso había considerado, no muy en serio, la posibilidad de que hubieran empujado a Amelia. Que alguien quisiera hacerle daño era casi tan increíble como que quisiera hacerse daño a sí misma.

Y el detective Molina había hecho sus pesquisas: había rastreado la habitación de Amelia y hablado con sus profesores y amigos. Había examinado su ordenador y su móvil; había buscado indicios de algo que pudiera haber causado una caída, un declive en la superficie del tejado, algo con lo que pudiera haber tropezado. También había buscado pruebas de pelea, pero no había encontrado nada, aparte de la palabra «perdón» escrita en la pared. Una semana después, Molina había llamado a Kate para informarla de que el médico forense había dictaminado el fallo preliminar de suicidio. Y eso era todo: Amelia se había suicidado.

Todo el asunto había durado nueve días. Nueve días para que le dijeran que su mejor amiga, la hija a la que había cuidado y con la que había compartido risas y afecto, era una desconocida. Alguien rebotante de una tristeza tal que le había arrebatado su último aliento. Y Kate no había captado ni un solo indicio de todo ello.

Le dieron una explicación muy socorrida para eso: suicidio impulsivo o automático. Más frecuente de lo que cabría suponer; al menos, eso aseguró la doctora Lipton, la psicóloga del colegio Grace Hall: gente de apariencia normal decidía inmolarse y lo llevaba a cabo en espacio de unas horas, sin regalar sus más preciadas pertenencias ni dejar una nota, como en las películas de cine fórum de después de clase, cuando Kate era joven. Según la

doctora, que pillaran copiando a Amelia podría haber sido el incidente que lo desencadenara, en especial si ya se sentía abrumada por problemas con una amiga, una ruptura o líos en casa. La tensión normal de una adolescente bastaba para provocar una situación así. Y haber discutido con su madre sólo la había conducido a sentirse más responsable.

—¿Seguro que deberías estar aquí? —preguntó Beatrice. Su preocupación iba en aumento porque Kate llevaba allí sentada, con la vista clavada en el suelo, lo indecible—. La verdad es que no pareces encontrarte bien.

Alguien llamó a la puerta del despacho antes de que su secretaria pudiera insistir en que Kate respondiera. La figura de Jeremy se recortó en el umbral de la puerta detrás de Beatrice. Llevaba corbata de rayas y un traje azul marino intenso que resaltaba sus ojos celestes. No lo había visto desde el funeral, pero habían hablado un par de veces por teléfono y él le había enviado varios correos —breves e impecablemente amables— para comprobar su estado.

—Hola —dijo en voz queda sin apartarse de la puerta.

—Hola —respondió ella, tratando de recomponerse.

—Has vuelto.

—He vuelto.

Mientras se miraban de hito en hito, Kate percibía que Beatrice les observaba, desplazando la vista de Jeremy a ella y terminando de nuevo en él. Incluso supo que arqueaba las cejas sin tener que mirarla siquiera. La gente hablaba de Jeremy, de todo lo que hacía y de todas con quienes lo hacía. Siempre había rumores. Se cuchicheaba mucho de que si por aquí se habían asignado demasiados casos, por allí tenían lugar demasiadas cenas a puerta cerrada... Puede que hubiera algo de verdad en las habladurías —en parte la había, sin duda—, pero no en su mayoría.

Entonces, su móvil volvió a vibrar, repiqueteando fuerte sobre la mesa. Un

segundo mensaje. Tomó un poco de aire mientras se inclinaba con cautela para leerlo.

Amelia no saltó. Tú lo sabes y yo lo sé.

Kate se tapó la boca con una mano e intentó no gritar.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó Jeremy mientras atravesaba el despacho. Fue derecho hacia la mesa y cogió el aparato. Frunció el ceño cuando leyó el mensaje—. ¿Quién ha enviado esto?

Recibir mensajes ya de por sí era horrible, pero ¿tener a Jeremy allí plantado, mirándola como si fuera un animal mutilado? Eso era demasiado.

—Ni idea —contestó, intentando tragarse las lágrimas, cada vez más incontenibles—. He recibido otro hace un par de minutos. Algún morbosos, supongo.

—¿Morbosos? No tiene sentido —replicó él escépticamente—. No pensarás que dice la verdad, ¿no?

—¿La verdad? No, no lo creo. La policía... —Negó con la cabeza. A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas se habían abierto paso en sus ojos. Bajó la vista hacia la mesa con la secreta esperanza de que nadie lo notara. Lo peor de todo era que ni siquiera se le había ocurrido que el mensaje tuviera alguna justificación real. Había supuesto que se trataba de alguien que intentaba acosarla—. Pero supongo... No lo sé, sinceramente.

—Bien, es un número oculto —añadió él, volviendo a mirar la pantalla—. Deberíamos averiguar quién lo ha enviado. —Se dio la vuelta y le tendió el teléfono a Beatrice—. ¿No le importaría llevar el móvil a Duncan, el de informática? Seguro que puede ayudarnos a conseguir el número de la persona que lo ha enviado.

—Buena idea —añadió Beatrice, arrebatándole el móvil y saliendo a

zancadas por la puerta—. A la mierda con el número oculto.

Él contempló a la secretaria mientras salía. Luego bajó la vista al suelo. Kate tuvo la sensación de que trataba de averiguar cómo irse con dignidad.

—Te lo agradezco, pero no quiero entretenerte. Seguro que no es nada. Además..., ¿no vas a llegar tarde al juzgado? —preguntó, intentando sacarle del atolladero—. Daniel me ha contado que han anulado la citación para declarar. Victor debe de estar encantado.

—¿Victor, encantado? No estoy seguro de haber llegado a tanto —dijo por fin, alzando la mirada hacia ella. El sol matutino que entraba por las ventanas de detrás tiñó de un azul triste y acuoso sus ojos—. Que conste que yo estaba de acuerdo contigo: la Petición de Anulación era inútil. El consejo que le diste a tu cliente fue sensato; incluso pensé que seguir con ello podría ocasionarnos sanciones. Pero Daniel... —movió la cabeza con desaprobación y tensó la mandíbula—, ya sabes, es un perrito faldero que no calla. Acabó por agotarme. Le dije que él tendría que pagar la sanción de su propio bolsillo. Quiero creer que esa pudo haber sido la razón por la que le di el visto bueno. Eso y que nos mudamos al nuevo apartamento esa misma semana. El agotamiento me volvió vulnerable.

A Jeremy nunca le había gustado Daniel desde que entró como becario en el periodo estival. Iba a la misma clase de Kate y zumbaba a su alrededor como un moscardón insistente. La ambición descarada no era una cualidad que Jeremy tolerase, probablemente porque él era experto en camuflar la suya. Pero el desdén que sentía por Daniel parecía derivar de algo más sobre lo que Kate prefería no reflexionar en profundidad. Además, podía ser sólo su imaginación. De todas formas, su socio junior no iba a ir a ninguna parte por el momento. A pesar de las opiniones personales de Jeremy, era un abogado excepcional, uno de los mejores del bufete. Y a Jeremy le gustaba más ganar de lo que le disgustaba Daniel.

—Parece que ha terminado bien —comentó Kate.

—El hecho de que haya salido bien no significa que poner en entredicho la citación sea un procedimiento prudente. Buena suerte no es lo mismo que consejo sabio. Y, por otro lado, no hay duda de que hoy vamos a perder en la apelación. ¿Por qué crees que tengo a Daniel defendiendo la segunda parte del caso? —continuó con una sonrisa, encantadísimo consigo mismo. Luego, su rostro volvió a ponerse serio—. Puede que me esté metiendo en donde no me llaman si pregunto... De hecho, lo estoy haciendo. Pero con ese mensaje y todo..., ¿estás segura de que la muerte de Amelia fue un suicidio? Sé que hablaron de esa *nota* que supuestamente dejó en el muro próximo a donde cayó. Sólo fue una palabra, ¿no?

—Sí. «Perdón». Esa fue. Le insistí a la policía en que Amelia se tomaba las palabras y la escritura demasiado en serio; que, si hubiera dejado una nota de suicidio, habría sido épica. —Se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Pero puede que me esté engañando a mí misma. Desde luego, eso pensó la policía.

—¿Han confirmado que es su caligrafía? —preguntó Jeremy.

Kate parpadeó. Qué pregunta tan, tan simple... ¿Por qué no se le había ocurrido que analizaran la letra? Había estado tan abrumada, disgustada, vulnerable... Sola. Y el detective Molina se había comportado como si a ella le ocurriese algo raro cada vez que formulaba otra de sus muchas preguntas. Ya de por sí era horrible ser la madre de la cría que se había suicidado. Que se la considerase una madre en estado de negación era sencillamente insoportable.

—Dios, qué estúpida soy —suspiró—. En ningún momento lo cuestioné cuando me dijeron que era de Amelia. Tienes razón. Yo misma debería haber mandado que la analizaran.

—Confiar en la palabra de la policía es razonable, no estúpido —justificó

él con su soltura habitual—. Pero quizás ahora, con este mensaje, haya llegado el momento de prestar más atención a... todo.

—Creo que durante este tiempo me ha dado miedo hacer demasiadas preguntas. A lo mejor me asusta lo que pueda descubrir... No lo sé.

—Amelia era una buena chica —la tranquilizó— y tú eras una buena madre. Nada de lo que descubras va a cambiar eso.

Kate sonrió con tristeza, con los ojos nuevamente llenos de lágrimas. Jeremy siempre tenía la frase perfecta para todo el mundo, acerca de todo. No podía evitarlo.

—Escucha, conozco al comisario general de la policía. Bueno, «conocer» puede que sea una exageración, pero ambos estamos en la junta directiva del Club de Chicos y Chicas. Déjame hacer unas llamadas, a ver si conseguimos que analicen la caligrafía. Empecemos por ahí y veamos adónde nos conduce.

Ella asintió. Una parte de sí misma temía dejar que Jeremy interviniese o que se involucrara demasiado; sobre todo, porque deseaba desesperadamente que lo hiciera.

—Sería fantástico, gracias. —Tenía la sensación de estar traicionando a alguien, aunque no sabía a quién—. Es... He estado... Gracias.

Jeremy se volvió hacia la puerta.

—Por favor —dijo sonriendo, pero con una pizca de melancolía—, es lo menos que puedo hacer.



AMELIA

14 DE SEPTIEMBRE, 12:16

Amelia

debería ir?

Ben

adónde?

Amelia

a lo del parque; ya sabes, pájaros de una pluma vuelan juntos

Ben

no sé, sola? me suena a encerrona

Amelia

tengo curiosidad

Ben

también la tuvo el gato

Amelia

buen argumento

Ben

tu insti está lleno de tarados

Amelia

me estás asustando

Ben

bien. el miedo es + seguro.

Amelia

genial. gracias.

Ben

Sylvia va contigo?

Amelia

no la han invitado

Ben

oh, vaya

Amelia

ya. oh, vaya

Ben

se va a cabrear

Amelia

ajá

Ben

uf, ten cuidado.

Amelia

lo tendré... te quiero!

Ben

y yo a ti. escíbeme luego. byeee!



facebook

14 DE SEPTIEMBRE

Amelia Baron

está coqueteando con el desastre

Carter Rose eso es sexy

Sylvia Golde coqueteando? Perdona, pero a eso voy a tener que decir: y una mierda

Carter Rose besas a tu madre con esa boca

Sylvia Golde q te den, Carter

AMELIA

14 de septiembre

Cuando asomé la cabeza por el sendero que conduce a la Casa de Picnic de Prospect Park, las vi formando un gran pelotón a la entrada de una arboleda. Al menos, me figuré que eran ellas y me quedé algo sorprendida de que estuvieran allí de verdad. Me había convencido de que me vería en la situación de tener que mentir a Sylvia sobre adónde iba y, tras patearme el parque, no encontraría a nadie por ninguna parte. De que al final se trataría de una broma. Pero allí estaban: todas chicas, en apariencia limitándose a pasar el rato bajo los viejos árboles retorcidos. A la espera.

Las Urracas. Tenían que serlo.

Habían vuelto a formarse cuatro de los clubes: las Urracas eran todas chicas; la Puerta del Lobo, todo chicos; y Devonkill y los Tudor, mixtos. Todo el mundo estaba como loco por mantener en secreto quién formaba parte de cada uno y qué hacían. Pero la gente hablaba por los pasillos y en Facebook, y también había cosas sobre ellos en *gRaCeFULLY*. Se decía que las Urracas competían por ver quién hacía más mamadas y que los chicos de la Puerta del Lobo habían irrumpido en el colegio y robado iPads. Pero la gente cuidaba mucho de lo que decía. Nadie quería ganarse la antipatía de los clubes. También circulaban rumores sobre lo que te podía pasar en ese caso.

De ellos sería cierta la mitad... Y eso ya era mucho. En general, se suponía que los clubes servían para lo que cabría esperar: salir, organizar fiestas y tener sexo, además de decidir quién podía entrar y quién no. De hecho,

parecían dedicar casi todo su tiempo a esas ocupaciones. La Puerta del Lobo y las Urracas se componían de jugadores de fútbol y animadoras a lo Grace Hall: los más guais. Los Devonkill y los Tudor eran guais de segunda división.

No es que yo anduviera buscando una invitación para formar parte de uno de ellos. Sus miembros eran fundamentalmente borregos —la mayoría, al menos—, y Sylvia yo habíamos hecho un pacto para no entrar en ninguno: no hasta que cambiáramos de idea y sólo si nos invitasen a ambas. Porque ninguna quería formar parte de un club que no nos quisiera a las dos. Que yo sintiera curiosidad y acudiera no iba a cambiar eso.

De todos modos, ni en un millón de años habría pensado que me iban a dar un toque, si eso era lo que estaba pasando. Y ni mucho menos las Urracas. Por eso no me sentía tan mal por ir a comprobar de qué iba el asunto. Estaba bastante segura de que era una broma de mal gusto, pero tenía que averiguarlo. No es que me importara ser guay, aunque nunca había tenido la oportunidad de serlo antes. Por otro lado, era agradable que me eligiesen por algo que no tenía nada que ver con lo lista que era ni con lo mucho que corría. Si las Urracas me querían, era por mí misma.

Además, no era igual que cuando Sylvia me llevaba con ella cada vez que se echaba un novio nuevo, cosa que yo nunca le reprochaba. Pero a lo mejor ya no tenía que andar sentada por ahí, sola y sin hacer nada, hasta que la tirasen a la basura. Porque a ella siempre terminaban por tirarla a la basura. Y yo siempre estaba allí para recoger sus pedazos.

Un sol cegador me hizo entrecerrar los ojos al torcer hacia la Casa de Picnic; luego me metí las manos en el fondo de los bolsillos. Me temblaban. No sabía por qué. Tampoco es que estuviera *tan* nerviosa.

Una vez más cerca, por fin pude divisar lo que parecían unas veinte chicas —sólo chicas, como yo pensaba— apoyadas o en cuclillas bajo la sombra de una arboleda. Todavía estaban demasiado lejos como para distinguir alguna de

sus caras, pero vi una señalando en mi dirección. Algunas se volvieron para mirar. Alguien levantó una mano. No era tanto un saludo como una señal.

Me estaban esperando, desde luego. Urracas: aves hermosas y despiadadas con la reputación de arrancar los ojos a la gente.

Intenté no acelerar. No quería dar la impresión de estar ansiosa por hacer lo que ellas querían que hiciera. No, yo estaba tranquila, era guay y no me sentía nada estresada con todo ese rollo. Porque una cosa era dejar que las Urracas intentaran jugar conmigo y otra muy distinta, precipitarme a que lo hicieran.

Cuando estaba a mitad de camino, vi a otras dos chicas que venían en dirección opuesta. Era un alivio —y un poco chasco— comprobar que aquel lío no era sólo por mí. Visto desde el lado positivo, si era una broma, al menos no me la estaban gastando sólo a mí.

Casi había llegado. El sol todavía brillaba tanto que no pude discernir del todo quién estaba bajo los árboles, aunque sí vi a cinco personas de pie. Reconocí a una de ellas por su exuberante melena de rizos largos y rojizos. En un colegio con tanta mezcla, ese pelo resultaba salvaje y llamativo. Pertenecía a Dylan Crosby, la preciosa y popular estudiante de tercero. Era la clase de chica que imaginas como el prototipo de Urraca, aunque era tan guay que parecía estar por encima de los guais. Actriz protagonista en casi todas las obras de Grace Hall que yo podía recordar, no parecía importarle lo que pensara la gente, cosa que, por supuesto, hacía que todos quisieran ser sus mejores amigos. Eso era justo lo que Sylvia y yo pensábamos de nosotras mismas, excepto por el hecho de que, cuando nos salíamos del tiesto, nadie intentaba seguirnos.

Dylan nunca había tenido novio en Grace Hall, y eso que era demasiado guapa como para no tenerlo. La mitad del colegio pensaba que era frígida; la otra mitad daba por sentado que debía de tener un amante secreto en alguna

parte, alguien mayor, casado incluso. O famoso. Hasta hubo durante un tiempo una sección en *gRaCeFULLY* llamada «La ronda de Dylan»: todo el mundo contenía el aliento por ver a quién le daba luz verde. Pero la columna decayó porque nunca salió a la luz nada sucio sobre ella. Hasta llegó a extenderse el chisme durante un tiempo de que era virgen, cosa que contaba con mi aprobación personal. Más tarde, la gente decidió que era una estupidez demasiado grande hasta para bromear sobre ello.

Por fin, vislumbré algo en la sombra del sendero y reconocí las caras de las otras cuatro chicas que estaban de pie: Zadie, Bethany, Rachel y Heather. Junto a Dylan, las cinco parecían estar al mando. Tenía sentido. Eran la cuadrilla femenina más popular de último año, excepto Dylan, que estaba a la altura, aunque fuese de tercero. Probablemente porque era la mejor amiga de Zadie: una pareja casi tan rara como Sylvia y yo. Esas cinco eran las chicas que todos los chicos de Grace Hall querían tirarse y las demás chicas aspiraban a ser como ellas. Además, siempre estaban juntas, aunque no parecía que se cayeran especialmente bien entre ellas.

Yo conocía a Rachel y Heather del equipo de hockey sobre hierba. Las dos eran capitanas. Heather era una pija de la vieja escuela con la pinta de la sociedad Mayflower y la pasta de Rockefeller. Pasaba los veranos en Nantucket y las vacaciones de invierno en concursos hípicas de West Palm Beach. Lo más raro era que vivía en Brooklyn y no en Upper East Side. Rachel venía de París y soltaba tacos en francés, característica inequívoca de su condición de guay. Ambas tenían el pelo rubio, liso y tupido —a Heather le llegaba hasta la barbilla, el de Rachel era mucho más largo—, y podrían pasar por gemelas. Eran unas auténticas zorras con los demás miembros del equipo. Por el momento, a mí me dejaban en paz. Ayudaba que yo, aunque estuviera en primero, fuera mejor jugadora de lo que ellas serían jamás.

No conocía personalmente a Bethany, pero sabía que era la graciosa del

grupo. Se aseguró de que todo el mundo en el colegio lo supiera. Chula y un poco bruta, la expulsaban siempre por gastar bromas pesadas. Además, tenía un atroz sentido del humor. Hacía llorar a todos sin parar. Es posible que por eso, en parte, hubiese conseguido entrar en las Urracas: tenían demasiado miedo de dejarla fuera. También se decía que se acostaba casi con cualquiera y en cualquier sitio, cosa que podría ser una fachada para desviar la atención de sus kilos de más en el universo de cuerpos escuálidos de Grace Hall.

Y todo el mundo conocía a Zadie, la mejor amiga de Dylan y la alumna más indomable. Pálida y enjuta, llevaba un piercing de aro en la nariz y el pelo negro, corto y revuelto, tapaba unos ojos de un azul intenso. Además, tenía una larga mecha blanca a un lado de la cabeza, casi como una mofeta. Yo no era la única que se preguntaba si se la habría puesto a propósito, y tampoco la única con miedo a preguntar. Zadie siempre llevaba vaqueros ajustados y una chaqueta militar arrugada, más de alta costura que fabricada en serie. Un pequeño tatuaje asomaba en su antebrazo: CAVEAT EMPTOR. Se decía que los padres de Zadie no eran nada estrictos —o sea, tenía diecisiete años y ya tenía tatuaje—, que hasta le permitían beber en casa y a veces iban con ella a discotecas del centro. Me dejó de piedra verla allí. Yo creía que un absurdo club de secundaria no estaría a su altura.

Cuando me detuve, por fin pude distinguir las caras de otras dos chicas que subían la colina de enfrente: Charlie Kluger y Tempest Bain. Eran de primero y parecían tan nerviosas como yo. Ninguna de ellas gozaba de demasiada popularidad. Tempest, bailarina de ballet, era nueva en el colegio. Era alta como un junco, musculosa y llevaba el pelo azabache cubierto de mechaz violetas. Charlie era menuda y tenía unos bonitos ojos lánguidos. Vestía ropas anchas y se rumoreaba que tenía un fondo de cincuenta millones de dólares, además de un Warhol original en la pared de su dormitorio. Charlie, Tempest y yo nos miramos con la misma expresión confusa y algo asustada, y nos

encogimos de hombros al encontrarnos frente al grupo que se escondía entre los árboles. Lo único que las tres parecíamos tener en común era que todas habíamos tenido la suficiente curiosidad —o estupidez— para dejarnos caer por ahí.

—Por fin, joder —dijo Zadie, aplaudiendo. Miró su enorme reloj de pulsera negro—. Más os vale que la próxima vez no lleguéis tarde.

Cuando eché un vistazo a mi reloj, eran las 15:02, dos minutos más de la hora convenida.

—¿De qué va esto? —contraatacó Tempest, meneando la cabeza como si no pudiera importarle menos quiénes eran Zadie y sus amigas y le estuvieran haciendo perder el tiempo—. ¿Por qué no empezáis por contarme a qué se supone que llego tarde?

Zadie parpadeó; luego inspiró profunda y plácidamente como si inhalara algo delicioso.

—¿Veis? —comentó, mirando por encima del hombro a las demás—. ¿Qué os había dicho? Una bailarina dura. ¿No es genial, joder?

—¿De qué hablas?, ¿una bailarina dura...?

—¡Chist! —la cortó en seco Zadie, poniendo el dedo índice frente a la nariz de Tempest—. Cierra la puta boca. Me gustas, pero no tanto.

Mi corazón palpitaba con fuerza. Allí no me sentía cómoda. Yo no era dura en nada. Todo ese rollo era... No era lo mío. Sentí ganas de salir corriendo y volver a cobijarme en mi pequeño y seguro mundo con Sylvia. ¿Y qué si últimamente sólo me trataba bien cuando un tío la dejaba tirada? Llevábamos siendo amigas mucho tiempo. Tarde o temprano, volvería a ser la de siempre. Y ahora tenía a Ben. No necesitaba a nadie más.

Pero ahora las había visto. Había visto a las Urracas, así que no me iban a dejar marchar sin más. Algún precio habría que pagar... y a saber cómo de caro. Lo único de lo que estaba segura era de que no quería pagarlo.

Entonces, Dylan se adelantó:

—¿Por qué no venís y os sentáis, chicas? —preguntó en tono agradable y sonriendo amigablemente—. Ya sé que tanto secretismo es un poco raro, pero es parte de la diversión, lo prometo. —Esbozó una amplia sonrisa y nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Con el rostro iluminado por el sol y los ojos cálidos y brillantes, era todavía más guapa de lo que yo creía. Cuando sonrió por segunda vez, se dirigió a mí—. Venga.

Sentí que me movía antes de haberlo decidido. Fui hacia la maraña de árboles bajos y gruesos donde las demás chicas estaban apoyadas contra las ramas, sentadas sobre sus mochilas o recostadas en mantas. Me sabía la mayoría de los nombres. Llevaba con ellas casi toda la vida en Grace Hall. Salvo una o dos sorpresas, eran justo las chicas que había imaginado que formarían parte de las Urracas: guapas, populares, bien vestidas y bien relacionadas. Todas ellas me cuadraban. Hasta Tempest y Charlie, a su manera poco convencional. Todas, menos yo. Pero el hecho de que yo no encajara no era ni de lejos tan raro como el súbito deseo que sentí de hacerlo. Lo deseaba de verdad. Y sabía que debería marcharme. Estaba traicionando a Sylvia al quedarme. Estaba traicionándome a mí misma. Pero no quería irme. No podía. Aún no.

Zadie y Dylan seguían de pie al sol, cuchicheando entre sí. Zadie parecía cabreada; Dylan, un poco distraída y repentinamente triste. Los demás hablaban de ellas, de la forma en que Zadie rondaba en torno a Dylan como un *bulldog*. Pensaban que era espeluznante. Y lo era. Era raro.

—En serio —fue lo último que dijo Zadie, señalando con vehemencia a Dylan—, no lo hagas.

La aludida se alejó, sonriendo y parpadeando rápido, mientras se sentaba en una roca pelada y baja. Intentaba parecer contenta, pero no lo estaba. Zadie permaneció en el sendero, al sol, un minuto más. Luego se cruzó de brazos y

frunció el ceño. Miró hacia la derecha y luego hacia la izquierda por las largas veredas que se entrecruzaban por el parque, como si estuviera planteándose largarse por una de ellas. Pero, por el contrario, dio un paso hacia adelante y ocupó su legítimo puesto al frente del grupo bajo los árboles. Heather, Rachel y Bethany la flanquearon a ambos lados.

Cuando por fin Zadie se volvió para mirarnos a las tres, no fue de una forma muy agradable. De hecho, parecía algo asqueada. Yo sólo era capaz de pensar en esa historia que había oído sobre ella: que había obligado a una chica a tragarse un tapón de botella en una fiesta. Eso me hizo preguntarme qué hacían exactamente para conseguir que todas las del club estuvieran tan calladas. Porque con tantas chicas lo normal sería que alguna hablara... A menos que tuvieran una buena razón para mantener la boca cerrada.

—Vale, nosotras somos las Urracas, el club más antiguo y más guay de este patético colegio —comenzó Zadie con cierto tono de fastidio—. Fundado allá por el puto mil novecientos veintitantos, su lema era «Apoyo, hermandad y temple». Ahora que lo hemos rescatado de entre los muertos, yo añado: «o a la mierda». Habéis oído hablar del club, ¿no?

Nos fulminó con la mirada. Una de nosotras tres, no sé quién, empezó a asentir con la cabeza; luego, las demás la secundamos.

—Bien —siguió—, porque de lo contrario tendría que echaros a la puta calle a toda leche.

Vi el cuerpo de Tempest arqueándose hacia arriba, como si fuera a decirle que se fuera a la mierda, pero se quedó muda. Incluso llegó a encogerse un poco cuando los ojos de Zadie echaron un vistazo hacia ella.

—Pero ¿por qué nosotras? —preguntó Charlie con calma—. O sea, las tres somos completamente distintas.

Si de categorías se trataba, desde luego yo era la empollona del grupo.

—Vamos, Charlie, ya sabes que esto es algún tipo de broma de las jodidas

—soltó Tempest, encontrando de nuevo su espina dorsal e impulsándose en el árbol en el que estaba apoyada—. Consiguen que digamos que queremos entrar y luego nos hacen tragar unos diez litros de vodka y gelatina dulce y nos hacen fotos vomitando o algo así. Después, ya estamos en el club y siguen rayándonos con más putadas.

Zadie sonrió con ferocidad.

—Más o menos.

Dylan dio un paso al frente y le puso una mano en el hombro a Zadie.

—No —intervino—. No vamos a hacer eso, lo prometo. El propósito de este club es que sea divertido. Es divertido.

—Un momento. No sé por qué les haces la pelota. Ni siquiera están dentro todavía. —Zadie la fulminó con la mirada y nos dio la espalda—. Vosotras tres vais de culo si pensáis que os vamos a insistir para que entréis. Si no queréis estar aquí, os dais la vuelta y os piráis. Nos vemos.

No sonaba a que nos pasaría algo malo si nos íbamos, lo que significaba que este era el momento en que debería marcharme. Aceptar su oferta al vuelo. Esperé a que mi cuerpo saliera como una flecha hacia la acera, pero no lo hizo. Algo dentro de mí todavía no estaba listo para irse.

—Escuchad. Sé que esto probablemente parece algo extraño —continuó Dylan dando un paso frente a su amiga—. Sabemos que hay otras chicas de primero que tienen más éxito o lo que sea, pero todas ellas nos parecen aburridas. Creemos que vosotras tenéis, no sé, personalidad. No hacéis demasiados esfuerzos para ser nada ni fingís ser lo que no sois. No estáis para nada obsesionadas con ser guais, cosa que *no* es guay.

Sentí que me faltaba el aire cuando súbitamente Zadie viró sus ojos perfilados de negro hacia mí.

—Pero lo vuelvo a repetir; si no queréis estar aquí —siseó en mi dirección —, largaros ya mismo. Moved el culo. Sin malos rollos. —Se acercó a

nosotras, sacó un cigarrillo, lo encendió y aspiró profundamente. Luego exhaló el humo con una bocanada larga y constante hacia nuestras caras—. Porque si vosotras decidís quedaros y nosotras os lo permitimos, ya no podréis marcharos. Al menos, no con facilidad.

Mi corazón latía tan rápido que me preocupaba que Zadie pudiera percibirlo, que saltara al hacerlo. Podía marcharme en ese momento. Ella había dicho que podía y que aquí no pasaría nada. Como si jamás hubiera traicionado a Sylvia ni me hubiera fallado a mí misma. Irme era lo que debía hacer. Lo sabía. No cabía duda. Aunque el mero hecho de pensar en marcharme me desilusionaba tanto...

De modo que seguí allí. Observé a Dylan retroceder y sentarse en su roca baja y gris. Relajada, libre de preocupaciones, a gusto, estiró las piernas al frente y las cruzó por los tobillos. Luego alzó la vista hacia mí como si captara que estaba pensando en ella. Me sonrió una vez y sus mejillas se izaron hasta convertirse en cálidas manzanas rojas.

—Está bien —articuló, y sonrió de nuevo mientras asentía una vez con la cabeza—. Quedaos.

—Entonces, ¿qué va a ser, señoras? —preguntó Zadie, plantándose un cigarrillo entre los labios y aplaudiendo con fuerza—. Hablad ahora o callad para siempre de una puta vez.



AMELIA

14 DE SEPTIEMBRE, 19:36

Ben

parece del estilo de Skull & Bones

Amelia

algo así, supongo. ni siquiera se pueden usar sus nombres en mensajes, hay q llamarlas Urraca 1 y 2, etc., una locura

Ben

sí, vaya locura. En mi insti tenemos un club de informática

Amelia

ja, ja

Ben

y club de francés. es bastante guay, no?

Amelia

pues sí

Ben

para Albany

Amelia

supongo

Ben

hay algún saludo secreto?

Amelia

no

Ben

os gusta poneros máscaras y hacer cosas espeluznantes?

Amelia

todavía no

Ben

era una broma. no t estás riendo... pues sí q andamos exigentes hoy

Amelia

haces q me sienta + estúpida todavía

Ben

lo siento

Amelia

no, no lo sientes

Ben

q sí, de verdad. Suena guay, sólo me da envidia.

Amelia

guay?

Ben

vamos, sabes q lo es. Vives en Nueva York, allí todo es guay.

Amelia

brooklyn

Ben

es lo mismo para los q vivimos en el 5º pino

14 DE SEPTIEMBRE, 19:41

Sylvia

hola? dónde diablos t has metido después del colegio?

Amelia

lo siento! Entrenamiento extra de hockey

Sylvia

por dios!!! esa tía se relaja alguna vez?

Amelia

el campeonato estatal está cerca

Sylvia

estatal? Hablas como una deportista, ugh

Amelia

ya, eso soy. T veo por la mañana a la hora de siempre?

Sylvia

sí, tal vez ENTONCES pueda ponerte al día sobre Ian

14 DE SEPTIEMBRE, 20:03

Número oculto

Ni bragas ni sujetador en las novatadas de mañana, lo comprobaremos. Y llevad falda. En el mismo sitio y a la misma hora.

14 DE SEPTIEMBRE, 20:07

Número oculto

no t preocupes x la Urraca 1. Perro ladrador, poco mordedor. Bss. Urraca 2

Amelia

gracias. Lo necesitaba

Número oculto

cuando quieras. Yo también fui una aspirante. La clave es falda laaarga.

14 DE SEPTIEMBRE, 20:11

Número oculto

quién es tu padre?



facebook

15 DE SEPTIEMBRE

Amelia Baron

se siente prudentemente optimista

A Ainsley Brown y a 4 personas más les gusta esto

KATE

26 de noviembre

Cuando Kate llegó a casa, subió directamente al cuarto de Amelia. Tenía la esperanza de que el rápido impulso podría ayudarle a engañarse a sí misma. No había conseguido poner un pie en su habitación desde su muerte. Seth había cogido la ropa de Amelia para el funeral. Incluso había limpiado y ordenado un poco —había tirado una manzana mordisqueada, recogido la ropa sucia y hecho la cama— para que no tuviese que entrar hasta que se sintiera preparada. Desde entonces, la puerta del dormitorio de su hija muerta había permanecido cerrada y ella seguía sin sentirse lista para abrirla. Y allí estaba ahora, con una mano en el pomo de la puerta y un nudo en el estómago.

Tras recibir el mensaje que decía que Amelia no había saltado, sólo era capaz de pensar en que, desde el principio, debería haberse involucrado más en la investigación. ¿Cómo había podido dejarla en manos de un detective que se preocupaba más por cerrar casos que por averiguar la verdad? Ella misma debería haber rebuscado entre sus cosas. Debería haber pensado más en plantear las preguntas correctas y tener el valor de exponerlas, aunque mucha gente quería que se limitase a portarse bien y quedarse calladita, a pesar de lo culpable que se sentía. Por el contrario, se había replegado en torno a su dolor y había aceptado una explicación de la muerte de su hija que nunca se había creído del todo. Cerrarse en banda había sido más fácil que luchar. Había sido la única manera de sobrevivir.

Pero ahora sí se sentía capaz de hacerlo. Se sentía más fuerte de lo que lo

había estado tras la muerte de Amelia. No mucho, pero algo más. E iba a necesitar estarlo porque, por muy horrible que hubiera sido conseguir aceptar que Amelia se había suicidado, sabía que tal vez lo peor estaba por venir.

Inspiró profundamente y empezó a girar el pomo, pero, antes de que la puerta se abriera, sonó el teléfono fijo. Kate espiró y ahogó un grito de alivio. Luego buscó a su alrededor el inalámbrico del piso de arriba, que no estaba en su horquilla. Cuando volvió a sonar, se dio cuenta de que procedía de la planta inferior, donde debía de haberlo dejado. Corrió escaleras abajo, contenta de alejarse de la habitación. Una vez en la cocina, echó mano del auricular y necesitó un momento para asimilar que ponía «Policía de Nueva York» en el visor de llamadas. Había pasado mucho tiempo desde que alguien la había llamado. Y de todos los días posibles, ¿justo tenía que ser hoy? No podía ser una coincidencia. Quizá la policía también hubiera recibido algún tipo de mensaje.

—¿Hola?

—¿Señora Baron? Aquí el detective Molina.

—Hola, sí. Soy yo, Kate. —Ya estaba mentalizándose. Si bien esperaba que Molina llamara con noticias de Amelia, temía averiguar de qué se trataba—. ¿Hay...? ¿Tiene...? ¿Cómo está usted?

—He estado mejor, la verdad —contestó—. Me estaba preguntando por qué oigo quejas, salidas de la nada, sobre mi trabajo en el caso de su hija. Si a usted le preocupaba algo, tenía mi número de teléfono.

¿Habría llamado Jeremy ya al comisario general? Kate no sabía por qué se sorprendía. Por lo general, él no hacía falsas promesas. Aun así, no esperaba sacar nada en claro de ello; al menos, no en tan pocas horas.

—¡Oh, hum, lo siento...! —se disculpó—. Creo que ha sido mi jefe. Intentaba ser útil.

—¿Útil a quién? —masculló Molina, como si hablara con ella y, en parte,

consigo mismo—. Lo mejor habría sido que me hubiera preguntado y yo le habría respondido sin más. Porque, no es por nada, pero no deseaba entrar precisamente así en el radio de acción del comisario general.

¿Estaba el detective preocupado por sus perspectivas laborales? Esta conversación le recordaba de golpe todo lo que no le gustaba de él. La agresividad con que la había machacado a base de preguntas, como disparos, en los primeros días, por lo que ella se había puesto constantemente a la defensiva, más concentrada en eso que en dar las respuestas adecuadas. Esperó una y mil veces que esa acritud de tipo duro se quebrara y revelase un corazón de oro. Eso nunca ocurrió.

—Lamento que se le haya causado *molestias*. —Kate no se percató de lo profundo que era su enfado hasta que lo percibió en su propia voz—. Pero hoy he recibido un mensaje que decía que mi hija no saltó. Como podrá imaginarse, eso me suscita preguntas para las que francamente querría respuestas. Ya.

—¿Ah, sí? ¿Un mensaje de quién? —preguntó Molina.

—No lo sé. Era anónimo.

Cuando Duncan le devolvió el móvil, sólo fue capaz de deducir que habían enviado el mensaje a través de la web de una compañía telefónica, así que era imposible de rastrear.

—¡Ah!, anónimo, ¿eh? —Su sarcasmo era notorio.

—Sí, anónimo. Lo que no significa que sea falso —añadió, anhelando que sonara más firme y menos a la defensiva, aunque no iba a dejar que él la intimidara. Esta vez no—. Quiero que revisen ese mensaje. Y que alguien analice la letra de la única palabra que había escrito en esa pared. Supongo que usted la fotografió, ¿verdad? Porque no era ninguna nota de suicidio y Amelia no la escribió; lo intuí desde el principio. Tampoco se suicidó; lo he sabido todo el tiempo.

No se había percatado de lo cierto que era hasta ese momento. Amelia no se había suicidado. Amelia no había saltado. Ya no cabía duda.

—Entonces, ¿debo suponer que ya no le importa que los resultados forenses señalaran lo contrario? —inquirió Molina.

—Conocía a mi hija. Sé que no se suicidó —apuntó Kate, tratando de transmitir firmeza a su voz. Pero las compuertas ya estaban abiertas y todas las dudas que había mantenido aprisionadas manaron a borbotones—. Voy a averiguar quién o qué la mató, detective. Puede ayudarme o puede quitarse de en medio, pero juro que no me voy a mantener en silencio sólo porque usted quiera. Ya no.

—¿De veras? —El tono de Molina era de ironía—. En ese caso, ¿por qué no...?

Kate colgó y lanzó el teléfono contra la gran mesa rústica. Se golpeó contra la superficie y luego se estrelló contra el suelo, donde oyó cómo saltaba en pedazos.

—Mierda —bramó con los ojos empañados de lágrimas, y se dejó caer con fuerza sobre uno de los bancos que había a lo largo de la mesa. Enterró la cara entre las manos—. Maldición.

¿Qué estaba haciendo? Su nueva premisa de «se acabó eso de ser una buenaza» debería haberse saltado al detective. Lo necesitaba. Él tenía el expediente de Amelia. Sólo él sabía lo que había averiguado y lo que no había encontrado, y ahora no iba a ayudarla de ningún modo.

Kate reposó la cabeza en el tosco tablero de la mesa. Luego se volvió a mirar las paredes de ladrillo de la cocina, con sus alacenas a la europea y sus accesorios sin mácula. Aunque nunca cocinaba, sus enormes electrodomésticos eran propios de un pequeño restaurante.

Había comprado todo aquello para Amelia. Amelia, la que no tenía padre, pero sí una madre insuficiente. Pensó que, al menos, podría tener lo mejor de

todo lo demás. Qué estupidez. ¿De qué le servía a su hija una cocina de cuatro mil dólares? Y, a partir de ahora, Kate se quedaría mirándola fijamente mientras engullía a solas comida precocinada el resto de su vida. Justo en ese momento, sintió un regusto ácido en la garganta.

Tragó con vehemencia, se incorporó y se dirigió de nuevo a las escaleras que conducían a la habitación de su hija. Tenía un trabajo que terminar e iba a hacerlo. Se lo debía.

Una vez arriba, respiró hondo y abrió la puerta del dormitorio de un empujón. En cuanto entró y encendió la luz, captó un olor viciado, como a muerte. Como si Amelia hubiera muerto ahí y hubiesen dejado su cuerpo en ese cuarto para que se pudriera.

Esta vez, estaba segura de que vomitaría. Cruzó como un rayo la estancia, abrió la ventana de un empujón y asomó la cabeza en busca de aire fresco.

Se estaba imaginando el olor. Su parte racional se dio cuenta, pero eso no ayudaba. Tomó aire fresco una docena de veces más, inspirando profundamente para que la náusea remitiera. Cuando por fin desapareció, se giró y se apoyó en el alféizar. El viento cortante de noviembre entraba a raudales por ambos lados, ensañándose en sus brazos.

Estar en la habitación de su hija era mucho peor de lo que se había imaginado. Allí sentada, la echaba tanto de menos que todo empezó a dolerle: las piernas, las manos, los párpados. Era como si su piel se llenara de moratones mientras sus ojos recorrían las abarrotadas estanterías que cubrían casi todas las paredes.

Amelia había aprendido a leer con cuatro años y desde entonces siempre tenía un libro en las manos. Leía mientras se daba un baño, al caminar por la acera, en plena noche con una linterna. Aunque eran muchas, esas estanterías no bastaban para acoger su biblioteca, y los libros que no cabían formaban

altas pilas junto a las paredes. A veces, a Kate le preocupaba que su obsesión por los libros fuera señal de soledad. Que si hubiera tenido hermanos o un padre —o si ella no hubiera estado siempre trabajando—, quizá se hubiera fijado más en la gente real que en los personajes de ficción.

Ahora parecía estúpido preocuparse, sobre todo cuando desvió la mirada y la dirigió a la única pared sin estanterías. Estaba cubierta de fotografías: su hija de niña con Leelah, con sus compañeras de equipo y sus amigos del campamento. Con Kate. Había una muy grande de Amelia y Sylvia en su viaje de fin de curso de sexto a Washington, adonde Kate las había acompañado. Una de las pocas veces a lo largo de los años que había podido escabullirse del trabajo para ese tipo de compromisos escolares. Y había sido perfecto, salvo por la persistente sensación que tuvo después de que el resto de padres —incluso los que trabajaban a tiempo completo— ya habían ido a esa clase de viajes muchas veces.

Lo importante era que Amelia parecía feliz en las fotos, en todas y cada una de ellas. Puede que su pequeña familia no fuera la que Kate había planeado tener, pero a su hija nunca le había importado. Al menos, hasta dos semanas antes de morir, cuando de pronto empezó a preguntar sobre su padre.

—¿De verdad nunca le has hablado de mí? —Amelia la despertó muy temprano un sábado con esta pregunta—. O sea, que ni siquiera has intentado encontrarlo...

—¿A quién?

—¿Hola? A mi padre. —Y se cruzó de brazos— Ya sabes, el *hippie* de la guitarra que iba de camino a África. Ese al que supuestamente conociste una noche oscura y tormentosa en un garito cerca de Columbia. ¿Había bares en ese barrio por entonces? ¿No era zona bélica y tal?

Kate miró el despertador en un parpadeo; luego a Amelia, luego otra vez al despertador. Las siete y cuarto de un sábado. No tenía ganas de aquello. No

quería que Amelia hiciese aquellas preguntas, ahora no. Siempre había sabido que algún día, cuando fuera lo bastante mayor, la patraña que le había soltado sobre él requeriría más elaboración. Pero era demasiado pronto. Ni siquiera había pensado en qué decir. Soltar la verdad todavía parecía inconcebible.

Una mentira imprecisa a una niña, mantenida durante años a base de silencio, no era lo mismo que otra recién inventada ante su hija adolescente.

—¿Qué haces despierta, Amelia? —quiso saber, intentando ganar tiempo—. Hablemos de eso más tarde. Estoy agotada y tú también debes de estarlo.

—Más tarde, claro. —Sonaba enfadada, pero había algo más en sus ojos: temor, preocupación. A Kate se le revolvió el estómago.

—¿Qué pasa, Amelia? —dijo, y se incorporó en la cama—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. —Y se cruzó de brazos. Apartó la vista de su madre y la fijó en un punto lejano del dormitorio. Ella siguió mirando a su hija con la esperanza de que la presión le hiciera confesar qué le había llevado a hacer esas preguntas al romper el alba—. No pasa nada, salvo que estoy harta de esperar a que me cuentes la verdad.

Pero había algo más, podría haberlo jurado. ¿Quería saber *qué*? No, la verdad. Lo cierto era que Kate no quería.

—Amelia, no sé lo que estás pensando...

—Venga, mamá —insistió con la voz a punto de quebrarse. Se giró para mirar por la ventana del dormitorio. Al parecer, a cualquier parte menos a ella—. ¿Tú sola en un bar? ¿Echando un polvo con un chico al azar? ¿Un accidente que resultó ser «lo mejor que te ha pasado en la vida»? —Amelia negó con la cabeza. Luego por fin la miró. Sus ojos estaban vidriosos—. Imposible, mamá. No me lo trago. Tú no eres así.

Kate clavó la mirada en su hija un minuto; luego volvió a dejarse caer en la cama, se dio la vuelta y apretó una mejilla contra la almohada para que no

viera sus ojos húmedos.

—Nunca he dicho que yo fuera así, Amelia. Esa es la cuestión. Tampoco he dicho nunca que sea perfecta. Por entonces, yo hacía muchas cosas que no estaban lo que se dice bien pensadas —reconoció suavemente, asegurándose con cuidado de no sugerir que Amelia había sido un error—. De todos modos, si tienes curiosidad sobre tu padre, puedes consultarme. Siempre te he dicho que puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Y me dirás la verdad?

—Sí, Amelia —afirmó, con su mentiroso corazoncito golpeándole fuerte en el pecho—; te diré la verdad.

Y en ese momento Kate decidió que lo haría. Le contaría a su hija todo sobre cómo había sido concebida, los errores que había cometido y las cosas que había hecho para taparlos. Porque ella se merecía la verdad. Tenía derecho a su historia, fuese cual fuese el coste. Pero no en ese preciso instante. Necesitaba tiempo para prepararlo.

—Quiero conocerlo —declaró Amelia.

Ella miró a su hija con los ojos como platos, intentando que su rostro permaneciera imperturbable.

—De acuerdo —aceptó por fin y luego decidió mentir un poco más—: Entonces, lo intentaremos. Pero... no puedo prometerte que demos con él.

Cuatro días más tarde, Amelia estaba muerta. No creía que las preguntas sobre su padre estuvieran relacionadas con su muerte ni que no conocerlo fuera una razón para suicidarse. Pero la fecha en la que, sin venir a cuento, Amelia comenzó a sospechar algo resultaba extraña. Lo peor era pensar que había muerto convencida de que su madre le había mentado.

Se obligó a irse del alféizar y acercarse a las estanterías. Pasó una mano por los lomos desgastados: *La Odisea*, *El ruido y la furia*, *Lolita* y, por

supuesto, todos los libros de Virginia Woolf. Virginia Woolf, suicida por excelencia, era la autora favorita de su hija. La coincidencia no le había pasado desapercibida a Kate, pero Amelia no habría copiado en eso a su heroína literaria para convertirse en un penoso tópico, estaba segura.

Dio marcha atrás y se dejó caer en la cama de su hija; luego enterró la cara entre las manos. Aún seguía desplomada cuando oyó que la puerta se abría con un chirrido. Por un segundo, pensó que había sido el viento..., hasta que vio una gran mano que se metía dentro para abrir la puerta de un empujón. Debería esconderse, meterse bajo la cama, correr hacia la ventana...

Pero se quedó petrificada.

—¿Quién está ahí? —gritó tan fuerte como pudo—. ¡Fuera de mi casa!

—No estarás armada, ¿verdad? —dijo una voz al otro lado de la puerta. La voz de Seth.

—¡Joder, Seth! ¿Qué haces espíandome?

La cara de su amigo asomó muy despacio tras la puerta con los ojos abiertos como platos. Llevaba las manos en alto.

—He llamado al timbre —contestó tímidamente. Entró en la habitación arrastrando los pies. Vestía pantalones militares y una camisa desvaída, la clase de modesta e insulsa indumentaria por la que siempre se decantaba, incluso ahora que tenía un buen trabajo como consejero legal adjunto del senador Schumer. El tipo de conjunto que probablemente producía urticaria a Thomas, el atractivo y siempre a la última marido de Seth.

—Nadie contestaba y la puerta principal estaba abierta. Deberías cerrarla con llave, ¿sabes? Cualquiera podría colarse tan campante.

—No me digas —le espetó Kate bruscamente. Su corazón todavía latía.

—Bueno, creo que no es necesario que te pongas así.

—Lo siento —farfulló, dejando caer de nuevo la cara entre las manos.

No debería haber saltado así; él se había portado muy bien con ella. Y no

tenía amigos de sobra; al menos, no en la ciudad. Con su horario laboral y el tiempo destinado a Amelia, no había hecho muchos nuevos en los últimos años. A todos sus amigos íntimos —aparte de Seth— los había conocido en la universidad o en el colegio, y ninguno vivía cerca. Kate alzó la vista hacia él y dio unas palmaditas en la cama junto a ella. Él se acercó y se sentó. En cuanto recorrió con la mirada la habitación de su hija, su semblante se petrificó al comprender dónde estaban.

—Tal vez deberíamos bajar —propuso con ansiedad—. Necesitas un poco de aire fresco.

—Hoy he recibido un mensaje sobre Amelia. Dos, para ser exactos —explicó Kate, ignorando su intento de sacarla de allí—. Dicen que no saltó.

—¿De verdad? —Parecía que los ojos de Seth iban a salirse de las órbitas. Después, se entrecerraron con sospecha—. Espera, ¿mensajes de quién?

—No lo sé. Eran anónimos.

Él arqueó las cejas.

—Anóni...

—No empieces tú también —murmuró ella, mirándole a los ojos—. Por favor.

Por un instante, él volvió a escrutarla con intensidad antes de que su expresión se relajara por fin.

—Está bien. —Pasó un brazo por los delgados hombros de su amiga y apoyó la barbilla en su cabeza mientras la estrechaba—. Está bien.

—Tal vez sea algo bueno —comentó—. En el fondo, nunca me he creído de verdad que se hubiera suicidado, pero si lo decía podría parecer que me negaba a admitirlo.

—Ya, y la policía no...

—La policía comete errores —espetó—. ¿Por qué no esta vez?

—Está bien —repitió Seth con las palmas en alto.

Estaba siguiéndole el rollo, era obvio, pero a Kate ni siquiera le importaba. Paseó la mirada por el cuarto. Tenía que revisar las cosas de Amelia, pero habría sido mejor no tener que hacerlo en aquella habitación tan llena de recuerdos y con ese olor a muerte. Al menos, no necesariamente

—Lo primero que necesito es asegurarme de que a la policía no se le pasó por alto algo de aquí dentro.

—¿Como qué? —preguntó Seth—. ¿Qué crees que pasó realmente, Kate?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. —Inspiró hondo para no dejar que su imaginación se enredara en posibilidades aún más atroces—. Necesito descubrirlo. ¿Crees que podrías echar un vistazo por aquí arriba, en su mesa, en sus cajones, y ver si encuentras algo? Será... mejor que no me quede aquí ni un minuto más.

—Desde luego —asintió Seth, aunque no parecía entusiasmarle la idea—. Pero ¿qué busco?

—Algo que pruebe que Amelia no se suicidó —dijo en voz baja—. O algo que confirme que lo hizo, supongo.

Kate se encaminó escaleras abajo con la raída mochila de su hija. Había comprendido que, lejos de su habitación, soportaría revisar su ordenador y su móvil. Pero ahora, sentada a la mesa de la cocina con la mochila en su regazo, le preocupaba que cualquier pista importante pudiera desaparecer si la abría.

Por fin se las apañó para destapar con un clic la solapa superior. Dentro había un par de libretas, su portátil pequeño, una barrita de muesli, protector labial Chapstick, algún que otro chicle, su iPhone y su cartera. Vacío la mochila y lo depositó todo sobre la mesa: eran las cosas corrientes de una chica que respiraba; ahora, los valiosos utensilios de una difunta.

Primero cogió el iPhone. También estaba muerto: una macabra ironía que le

arrancó una mueca de dolor. Una vez que encontró el cargador en un bolsillo exterior, descubrió que estaba protegido con una contraseña. Habría jurado que Molina le dijo que había revisado el móvil de Amelia. Sin la contraseña —que Kate no sabía—, era imposible. Le llevó dos intentos dar con la combinación exacta de números: la fecha del cumpleaños de Amelia y la del suyo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando dio con los mensajes de texto, no podía creer lo que estaba viendo. Había cientos y cientos de mensajes de un montón de gente guardados. Algunos con nombre; otros sólo eran números, otros estaban clasificados como ocultos o desconocidos. Algunos eran de Kate, otros eran largos hilos de conversación y otros, mensajes sin respuesta. ¿Cómo había tenido tiempo Amelia —con tantos cursos, actividades deportivas y extracurriculares— para enviar semejante cantidad? Y lo más importante: ¿acaso ella no debería haberlo sabido?

Tal vez hasta debería habérselos leído. Algunas madres lo hacían: revisaban al completo su tráfico informático (mensajes, e-mails y perfiles de Facebook). Kate estaba lo bastante familiarizada con el mundo de la maternidad —sobre todo por medio de otras madres de su trabajo— para saber que algunas avisaban a sus hijos de que lo examinarían periódicamente. Otras se aprovechaban de algún descuido para examinar sus *smartphones* sin ser descubiertas.

Ella no había hecho ninguna de las dos cosas. Al contrario, había confiado en Amelia.

O, al menos, eso se había asegurado a sí misma. Porque al estar allí sentada, con los ojos clavados en esa multitud de mensajes, se le antojó que la falta de control era consecuencia de su apretado horario, más que de una política de crianza deliberada. Desde luego, había sido negligente y muy estúpida. Amelia tenía quince años. Aunque hubiera intentado no meterse en

problemas, la labor de Kate consistía en asegurarse de que lo conseguía.

Contuvo la respiración mientras hacía avanzar el texto de los mensajes al azar. La mayoría eran intercambios adolescentes sin trascendencia sobre el almuerzo, los entrenamientos o los deberes. Pero había uno hacia el final del día en que murió Amelia. Era de preguntas y respuestas con un número desconocido que resultó ser de un chico llamado Ben.

Amelia

Quién eres?

Número desconocido

Ben, es el móvil de mi hermano

Amelia

Eh, hola! Casi ni respondo

Número desconocido

Preguntaste lo de París?

Amelia

Síp. No voy.

Número desconocido

Y cambiará de idea?

Amelia

No creo. Alguna otra idea?

Número desconocido

No, la verdad. Es tu madre

Amelia

Lo sé. Toda mía. Q suerte tengo

Kate cerró los ojos y se inclinó hacia adelante con una repentina punzada en el vientre. Estar furiosa con los padres era un derecho inalienable de toda

adolescente, lo sabía. Ella todavía lo estaba con los suyos, y con razón: eran fríos, distantes y limitados. Creía de verdad que era mejor madre de lo que Gretchen había sido jamás, aunque no le hubiera puesto el listón muy alto. Pero ¿y si su relación con Amelia no había sido tan buena como ella creía? ¿Y si no había llegado a conocerla verdaderamente, después de todo?

Sujetó el móvil contra su pecho y cerró los ojos, apretándolos con fuerza para contener el llanto, pero no lo logró. Se dejó ir. Su columna se desplomó y sus mejillas se fueron humedeciendo. Y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Por fin, sorbió fuerte y se frotó la boca y la nariz con la mano. Dejó con suavidad el móvil sobre la mesa. Sabía que al final tendría que hacer frente a todos aquellos mensajes. Tendría que sumergirse en la maraña de afluentes de los chats de Amelia, con la esperanza de no tropezar demasiado con otros que pudieran herir sus sentimientos. Pero no de inmediato. Por el momento, bastaba con saber que había cosas que requerirían una mirada más atenta.

Echó mano de unos clínex para secarse la cara. Después, cogió los cuadernos y comenzó a hojearlos. Deslizó los dedos por las picudas letras garabateadas de su hija, trazando la huella que había dejado sobre el papel. Intentó imaginársela escribiendo. Cuando cerró el cuaderno de Lengua de un golpecito, unas páginas grapadas se deslizaron al suelo. Se inclinó para recogerlas.

«Representaciones del tiempo: *Al faro*», por Amelia Baron. Era el trabajo en el que supuestamente había copiado. Podía ser su oportunidad para limpiar el nombre de su hija. No de Kate en concreto, desde luego. Podía examinar todas y cada una de las páginas y seguir sin saber si había copiado partes. Pero, en su cabeza, ese aspecto del historial de Amelia, que sugería que sí lo había hecho, siempre le había parecido muy peregrino. Su hija sabía todo lo que había que saber sobre Virginia Woolf. Había leído *Al faro* muchas veces y siempre le habían puesto la nota más alta en Lengua, que ya era mucho, dadas

las fantásticas calificaciones que sacaba en general. Su hija no necesitaba copiar, y eso sin contar con que nunca había sido una mentirosa. De hecho, respetaba a rajatabla las reglas y adoraba a Liv, su profesora de Lengua. Nada de eso tenía sentido, aunque saber que no había copiado y probarlo eran dos cosas diferentes.

Kate depositó el examen trimestral sobre la mesa y sacó el portátil de la mochila. Enseguida consiguió encenderlo y abrirse paso examinando los archivos escrupulosamente bien organizados. Los documentos de Word estaban etiquetados con los nombres de las asignaturas y el semestre correspondiente. Sólo había cuatro archivos sueltos: todos con el título de *gRaCeFULLY* y con una fecha diferente. Eligió uno al azar y lo abrió. Tenía un diseño como de revista —márgenes amplios, encabezados en color y fuentes elaboradas— que le daban aspecto de boletín escolar oficial.

gRaCeFULLY

19 DE SEPTIEMBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

Sí, nosotras de nuevo, con toda la mierda que no es apta para publicar...

Y con un montón de noticias que daros hoy. En primer lugar, hemos oído que cierto profesor de Química ha optado por sacar preguntas del Examen Estatal de California para su clase de Laboratorio de Química de primero. Y esas, damas y caballeros, se pueden conseguir ONLINE. O sea, ¿hasta dónde llega la vagancia? ¿El tío no es capaz de inventarse sus propias preguntas...? No es culpa nuestra si es un puto perezoso. Así que yo digo

que manos a la obra. Ahí va un enlace para el examen: caedu/modelosexamenes/quimica.com.

Al parecer, los de sexto tuvieron otra fiesta arcoíris el pasado fin de semana. Por favor, que alguien les diga a esos críos que eso es muy del 2008 y, por cierto, asqueroso.

Ya Tempest Bain que se ponga ropa interior. O sea, todas sabemos que la tía es bailarina y tiene cinturita de avispa y todo ese rollo, pero ¿es necesario que le veamos el chocho?

Corre el rumor de que Bethany Kane está preparada y cachonda. ¡Oh, esperad, perdón! No es nada nuevo. Ya se ha tirado a la mitad del selecto equipo de fútbol.

Han vuelto a fichar a Sylvia Golde en estos días. Todavía no sabemos quién es el afortunado, pero ella estaba en el equipo de gimnasia de pequeña, así que, quienquiera que sea, sin duda no malgastará su dinero.

Y las Urracas han empezado esta semana a dar toques, gente, así que los otros clubes no andarán a la zaga. Si todavía no habéis conseguido invitación, puede que la consigáis. Pero la mayoría de vosotros, perdedores, es mejor que esperéis sentados.

¿Una fiesta arcoíris? ¿Y en sexto? Kate le había oído la expresión una vez a Beatrice, que había visto algo así en *Oprah*. Daba por hecho que lo exageraban para subir el índice de audiencia, si no se lo inventaban por completo. Y este *gRaCeFULLY* llamaba, efectivamente, guerra a la mejor amiga de Amelia. ¿Sería cierto? De pronto, el hecho de que su hija nunca hablara de chicos se le antojó sospechoso. Alguien que se esmeraba tanto en no hablar de algo probablemente tenía mucho que contar.

Kate abrió y cerró deprisa dos archivos más de *gRaCeFULLY*. Uno le soltaba otra pulla a Sylvia —algo sobre que tomaba la píldora— y no había

dudas de por qué había guardado el último.

Amelia Baron ha llegado, damas y caballeros. Exacto, hace cosa de dos noches que ya es toda una mujer. De modo que para todos los que andáis con ganas de pillar a ese mirlo blanco, mala suerte: alguien se os ha adelantado. Y no os creeríais quién es el afortunado ganador... Pero no os vais a enterar aquí. Algunas cosas no deben ponerse por escrito.

Sin quitar los ojos de la pantalla, a Kate empezó a picarle de nuevo la garganta. No le molestaba que Amelia se hubiese acostado con alguien. O quizás un poco. Lo que más le hería era que no se lo hubiera contado. Siempre había imaginado que lo hablarían antes. Llevaba años preparándose discursos sobre el amor, la seguridad y el sexo; sobre ser fiel a uno mismo al relacionarse con otra persona; sobre elegir con cuidado cuándo y cuántas veces te entregas a alguien. Había planeado contarle todas esas cosas, cosas que a ella misma le habría convenido saber mejor. ¿Y por qué no lo había hecho? ¿A qué había estado esperando?

—Eh.

Dio un respingo y alzó la vista hacia las escaleras. Seth descendía muy despacio en dirección a la cocina, como si algo le impidiese llegar allí.

—Has encontrado algo —supuso Kate.

A juzgar por su expresión, así era. Y fuera lo que fuera, no era nada bueno. Él asintió con la cabeza acercándose para sentarse frente a ella. Sacó un papel doblado que se había metido en el bolsillo de la camisa, lo puso sobre la mesa y se lo deslizó sin alzar los dedos.

—Lo he encontrado en un cajón de su escritorio.

Kate intentó sacar la nota, pero su amigo apretó más los dedos.

—¿Estás segura de lo que haces? ¿Y si descubres cosas que preferirías no saber?

—Si le pasaron a Amelia, necesito saberlo. Necesito saberlo todo, Seth.

Finalmente, él hizo un gesto de asentimiento y levantó la mano. Kate desdobló el trocito de papel:

;;;TE ODIO!!!

Las dos palabras vociferaban desde el centro de ese pedacito arrancado de un cuaderno de rayas. Su pecho se tensó. ¿Alguien le había escrito eso a Amelia? También las letras parecían enfadadas, gordas y picudas, como si alguien las hubiera escrito apoyando todo su peso contra el lápiz.

No tenía sentido. Amelia no era la clase de chica a la que la gente odiara. Era inteligente, preciosa y atlética. La clase de persona que suscitaría envidia de no ser tan modesta. No andaba por ahí intentando llamar la atención, como Sylvia. ¿Cómo podría alguien odiarla?

—No entiendo —dijo, más para sí que para Seth—. ¿Quién le escribiría algo así?

La boca de Seth se desinfló mientras fijaba la vista en la madera. Al fin, movió la cabeza con disgusto y rebuscó en su bolsillo trasero. Sacó un montón de notitas, unas dos docenas, dobladas de la misma forma. Cuando abrió las manos, se esparcieron sobre la mesa en un montón desigual y espantoso.

—Todas dicen lo mismo. —Su tono era triste y airado al mismo tiempo—. Las veintidós. Creo que son de personas diferentes. La caligrafía no es la misma.

Las manos de Kate se cernieron sobre el montón, moviendo los dedos con incredulidad.

—Dios mío —susurró, incapaz de apartar la mirada.

—Lo sé —dijo Seth—; suena terrible. Quizá no sea lo que parece.

—Una especie de banda estaba acosando a Amelia. —Se volvió para mirarlo con los ojos tan abiertos que le empezaron a arder—. ¿Qué otra cosa podría ser?

Él negó con la cabeza y bajó la vista.

—No lo sé —aseguró—. No tengo ni idea. Para ser sincero, lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en ir a ese colegio y arrearles una colleja a algunos de esos chicos. Soy incapaz de imaginar cómo te sientes.

—Tampoco yo. —Se apretó el pecho con las manos para comprobar que su corazón seguía latiendo—. Soy incapaz de sentir nada.

—No he encontrado ninguna nota de Amelia. Nada más, en realidad... Salvo una caja debajo de la cama con tus viejos diarios y álbumes de fotos.

—¿Míos? —Kate había escrito religiosamente un diario desde primaria hasta que se graduó en la facultad de Derecho, cuando las exigencias de criar a una hija y forjarse una carrera convirtieron la perspectiva de reflexionar sobre su propia vida (y, en especial, anotar las conclusiones al final del día) en una imposibilidad—. ¿Debajo de su cama?

—Estoy bastante seguro. Recuerdo esas Moleskine negras que siempre llevabas en la universidad. No las he abierto ni nada, pero tu nombre figura en la tapa de uno.

—¿Qué hacía con mis diarios?

A lo mejor Amelia no había preguntado antes sobre su padre porque ya había averiguado todas las respuestas por sí misma. ¿Y qué más podía haber allí que Kate no hubiera querido que leyera? ¿Su dilema sobre si tener a su hija o no? ¿Cómo al principio había decidido tenerla y luego había terminado en la puerta de una clínica resuelta a cambiar de idea, no menos de cuatro veces? ¿Acaso no fueron cada una intentos de no tenerla? ¿Habría leído también que sus dudas sobre si seguir o no con el embarazo se transformaron

en arrepentimiento tras dar a luz? Porque el arrepentimiento quedó rápidamente eclipsado por amor a su hija. Amor profundo, del que desgarrar el corazón y cambia la vida. ¿Habría llegado a esa parte?

—No sé qué estaba haciendo con ellos —comentó Seth—, pero creo que nada de lo que Amelia pueda haber leído cambiaría lo mucho que te quería. Y te quería, Kate. Te quería de verdad.

—Entonces, ¿por qué me siento cada vez peor?

Él alargó una mano y la apoyó sobre la suya.

—Porque eso no cambia el hecho de que ella se ha ido.

Después de que su amigo aceptara a regañadientes regresar a su casa, Kate volvió a coger el móvil de Amelia y miró su lista de contactos: tenía guardados trescientos sesenta y siete, con sus respectivos nombres. En el suyo, Kate debía de tener un par de docenas, incluidos todos y cada uno de sus parientes vivos, todos los médicos y dentistas, tanto de ella como de su hija, y sus tres últimas asistentes. ¿Cómo podía Amelia haber conocido a tanta gente?

Sus ojos discurrieron por la lista de nombres desconocidos. Muchos eran de chicas (la mayoría), aunque también había un montón de chicos: Adan, Aikin, Arden..., o tal vez ese fuera de chica. Sólo reconoció unos pocos. Amelia había jugado al fútbol de pequeña con Bennett Weiss, cuando todavía podía estar en un equipo mixto. A George McDonnell lo había mencionado una o dos veces, igual que a Carter Rose.

Pero había muchísimos más. Casi todos los teléfonos eran locales; había un par de Manhattan que se habían colado. Otros, sin embargo, tenían códigos de área que Kate no reconoció. Volvió a subir un momento en busca del prefijo de Ben y ahí estaba, al comienzo de todos: 518-555-0119.

Seguía pendiente de la agenda cuando alguien aporreó con fuerza las ventanas de la cocina. Dio un respingo y se golpeó la rodilla con la pata de la

mesa.

—¡Perdón! —gritó la voz de una mujer a través de los cristales.

En la oscuridad exterior, era difícil distinguir más allá de una melena oscura. La mujer señaló hacia la puerta antes de que su rostro desapareciera.

Kate se encaminó muy despacio hacia la puerta de la cocina. No estaba de humor para hablar con nadie, pero, por la vehemencia del gesto de la recién llegada, sospechó que no se iría sólo porque la ignorara. Al menos, no al instante. Inspiró profundamente antes de tirar muy despacio de la puerta.

La mujer estaba sobre el par de peldaños que salían del rebajado suelo de la cocina, envuelta en el resplandor de una farola. Su larga cabellera azabache, sus enormes ojos negros y su tez pálida y delicada le conferían una belleza extrema, casi desconcertante. Le tendió una mano con una esmerada manicura.

—Siento mucho haberla asustado —se disculpó con una sonrisa. Su pintalabios era de un rojo intenso, impecable. Se acercó a la escalera principal, que daba a la puerta que comunicaba con la sala de estar—. He llamado al timbre de arriba..., que, por cierto, no creo que funcione. Luego he visto la luz aquí abajo. Y supongo que ahora le gustaría que me identificara y que le dijera qué hago merodeando por su casa. Soy Adele Goodwin. Formo parte de la Asociación de Madres y Padres de Alumnos de Grace Hall.

—Hola —la saludó Kate, tendiéndole una mano. Se fijó en la gigantesca sortija de diamantes y en la alianza a juego de su dedo anular, además de en el reluciente brazalete de su muñeca. En ese momento, Adele se estremeció y se frotó los brazos con las manos. Era la primera noche verdaderamente fría del año—. Lo siento, entre —la invitó a regañadientes—. Fuera hace un frío que pela.

—¡Oh! ¿Está segura? No quiero molestar. Ahora me doy cuenta de que debería haber llamado primero. Yo misma detesto las visitas inoportunas.

«No, no estoy segura», quiso decir. Si ya se sentía incómoda con la congregación de padres de Grace Hall en general, lo que había vislumbrado del AMPA en las veladas de la vuelta a clase hacía que sus miembros fueran de las últimas visitas que desearía tener en casa. Tampoco eran las madres del AMPA de su infancia, con sus pantalones vaqueros malos, sus bandejas de galletas y tiempo libre para coser disfraces de Halloween. La mayoría eran personas creativas, arquitectas, diseñadoras o escritoras; a veces, con carreras de horario flexible, pero siempre extremadamente lucrativas. Vestían a la última y eran poco hospitalarias. Animadoras adultas con currículum impresionantes y cuentas bancarias acaudaladas.

—¡Oh, no! Está bien —dijo Kate sin la menor convicción mientras se giraba hacia la mesa de la cocina y echaba un vistazo a todas aquellas espantosas notas aún amontonadas en el centro. Se adelantó a toda prisa, las recogió y las volcó en un cajón cercano. Resultaba violento y levantaba sospechas, pero no había otra opción. Evitó su mirada y señaló la mesa.

—Tome asiento, por favor. Sólo estaba... Bueno, ¿quiere beber algo?

—No, gracias; ya he abusado bastante —dijo. Se había desabrochado el abrigo y debajo mostraba un bonito vestido esmeralda cruzado y tacones muy altos, a la última. Lucía con elegancia varios collares de cuentas gruesas y en esos instantes estaba contemplando la cocina, evaluándola a las claras, aunque sin manifestar su conclusión abiertamente.

—De verdad que no quiero quitarle demasiado tiempo. Sólo deseábamos hablar de los actos que el AMPA quiere organizar en honor de Amelia. No queríamos seguir adelante sin discutirlos con usted primero.

—¿Actos? —No le gustó cómo sonaba aquello.

Los actos eran fiestas, fiestas a las que tal vez esperaran que ella acudiera. Kate había firmado modestos —que no embarazosos— cheques para Grace Hall cuando le pidieron que hiciera contribuciones económicas, pero siempre

había evitado los actos en la medida de lo posible. Como persona ajena a la red de la asociación de padres, se habría sentido como un pez fuera del agua. Acudir ahora que ya no era madre le resultaba impensable.

Adele agitó una mano y negó con la cabeza, haciendo una mueca.

—Lo de actos, lo siento, suena terrible —confesó y, desde luego, parecía abochornada. Pero también había en su voz una premeditación que a Kate se le antojó perturbadora—. Tiene que perdonarme, ha sido un día muy largo. He tenido varias reuniones, una tras otra, y tengo los sesos derretidos. —Volvió a sonreír, esta vez con un gesto más duro—. Nos gustaría honrar a Amelia en la subasta y dedicarle un homenaje.

—Oh —dijo Kate, aunque lo que quería era negarse. Contestar: «Por favor, váyase»—. Lo siento, pero lo más probable es que no sea de mucha ayuda. Mi trabajo... De verdad, trabajo muchas horas, siempre me ha resultado difícil acudir a actos escolares como la subasta.

Era una excusa tan buena como cualquier otra. Familiar y socialmente aceptable.

—Todo lo que necesitaríamos de usted son fotografías de su infancia y su permiso, claro —explicó con una sonrisa más relajada, más cálida. Tal vez se sintiera nerviosa, incómoda por tener que hablar con Kate de ello—. Y, créame, entiendo a las mil maravillas lo del trabajo. Es usted abogada, ¿verdad? ¿Socia de un bufete?

—Sí —respondió mientras se preguntaba si ya constituía parte de la narrativa que rodeaba a la muerte de Amelia: su madre, la abogada.

—Yo también lo soy. Abogada, quiero decir. Estoy interna en Time Warner; hubo un tiempo en el que era abogada adjunta en el Departamento Empresarial de Dechter & Weiss. —Adele negó con la cabeza mientras cierta rigidez se adueñaba de su rostro—. Mi trabajo no es tan estimulante como lo sería en un gran bufete, pero al menos tengo un horario humano. Y más teniendo a Zadie.

No sé cómo usted consigue conciliar... —Cerró la boca abruptamente. Parecía haberse dado cuenta del paso en falso que había estado a punto de dar: resultaba evidente que Kate no había conciliado nada en absoluto. Su hija estaba muerta, lo que significaba que su crianza no había tenido mucho éxito precisamente. Entrecruzó los dedos sobre su regazo. Luego cambió de postura en la silla—. De todos modos —parecía desesperada por cambiar de tema—, ¿en qué bufete está usted?

—Slone & Thayer —contestó mientras buscaba a la desesperada alguna excusa que hiciera irse a la mujer de inmediato. «No tenemos por qué hacerlo», quería decirle. «Puede marcharse sin más». Deseaba que su móvil sonara, que la alarma saltara—. Soy socia litigante.

—¡Ah, Slone & Thayer! Menudo sitio. Debe de ser... interesante trabajar ahí —comentó Adele con una mueca, ya que el bufete tenía fama de ser despiadado—. Conozco a gente de la Facultad de Derecho que entró directamente. Parece que es una tradición bastante frecuente. De hecho, todavía conozco a algunos abogados ahí. Tal vez usted sepa quiénes son.

—Es un lugar gigantesco. —Le interesaba todavía menos jugar a las adivinanzas con ella que soportar su cháchara—. Somos cientos en la oficina de Nueva York. Si no están en litigios, no creo que los conozca.

—Claro. —La madre de Zadie sonrió y agitó las pestañas. Había captado el mensaje—. De todas formas, debería retirarme ya. Puede enviarme las fotos cuando tenga tiempo. Ah, otra cosa. No queremos pasarnos, desde luego, pero varios chicos han mostrado interés en buscar patrocinadores para una función benéfica de concienciación sobre el suicidio, también en honor de Amelia. Quieren recaudar dinero para una línea directa nacional. Al parecer, puede ser parte importante de su proceso de sanación. Esperamos que...

—No —espetó Kate. Su voz, demasiado alta, casi se asemejó a un ladrido.

—¿No? —Adele parecía sobresaltada, confusa y algo molesta—. Me temo

que no comprendo.

—Lo siento, no pretendía... Sólo... —Vaciló. ¿Qué otra cosa podía decir ahora que no fuera la verdad?—. No estoy segura de que Amelia se suicidara.

—¿Qué? —La mujer se rodeó la garganta con los dedos como para protegerse. Parecía aterrada.

—No, no. —Kate hizo gestos con las manos.

Jamás debería haber dicho nada. Que sus recelos llegaran al AMPA era lo último que deseaba. La policía no se mostraría más benevolente con ella porque un surtido de padres histéricos de Grace Hall aporrearan la puerta de la comisaría.

—Quiero decir que puede que haya sido un accidente o algo así. Todavía hay preguntas sin respuesta, eso es todo. Si pudieran demorar la función benéfica del suicidio, le estaría muy agradecida. Al menos, esa en honor de Amelia.

—¿Qué tipo de preguntas? —Los ojos de Adele se abrieron como platos. No iba a dejar de husmear así como así.

—De verdad, no puedo... La policía... Estoy segura de que usted me comprende —replicó ella, con la esperanza de que no la presionara para saber más. Sus ojos seguían fijos en los de Kate; no iba a moverse ni un ápice, a menos que le lanzaran un hueso—. Algo ha pasado hoy. Puede que no sea nada, pero...

—Puede que sea algo —musitó Adele tranquila. Ahora sus ojos estaban vidriosos y escudriñaban de cabo a rabo el otro extremo de la mesa, como si estudiara algo que allí había escrito—. Desde luego, sí, ya entiendo.

—Entonces, ¿me comprende? —A Kate le costaba creer que no la presionara para obtener más detalles—. ¿Esperará para la función benéfica del suicidio?

—Ah, sí, sí. Desde luego. Sólo tiene que decirnos cuándo podemos seguir

adelante. —Se puso de pie de golpe y se encaminó hacia la puerta a grandes zancadas—. Y gracias por su tiempo, señora Baron —dijo mientras la abría de un tirón. Al girarse, le tendió una mano, exhibiendo una apacible y fugaz sonrisa—. Su hija era una chica preciosa, señora Baron. La conocí a principio de curso cuando trabajó de voluntaria en la Fiesta de la Cosecha. ¡Era tan educada y servicial! Debe de haberse sentido muy orgullosa. Además, tenía unos ojos preciosos, fuera de lo común. ¿Es cosa de familia? ¿Dos colores diferentes?

—No, era un trastorno genético —aclaró Kate, intentando averiguar cómo se habían metido en aquella conversación cuando había estado tan cerca de conseguir que Adele se fuera—. Síndrome de Waardenburg. No está en nuestro historial familiar. A veces se produce sin antecedentes.

—¡Oh, ya veo! Es tan infrecuente... —comentó, mirándola con una fijeza extraña y perturbadora. Por fin, se giró sobre un tacón y empezó a bajar hacia la acera, alzando una mano para despedirse—. Bueno, eran preciosos. Sencillamente, preciosos.



gRaCeFULLY

26 DE SEPTIEMBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

¡Hola, zorras!

Corre la voz de que Charlie Kluger es una de las nuevas Urracas, pero un pajarito nos ha chivado que su novio Yalie está intentando sacarla del apuro. Supongo que él desea que sus herederas lleven ropa interior y qué sé yo.

Ah, y a lo vigía tipo esos muñecos con cabeza móvil: se rumorea que Tempest Bain tiene cita en Renfrew, la clínica para trastornos de alimentación, cosa que prueba una vez más que nadie que mida casi un metro ochenta pesa cuarenta y cinco kilos sin ser víctima de algún desorden alimenticio.

Parece que George McDonnell ha dejado de darle al frasco otra vez. Supongo que porque los chicos de azul lo encerraron el fin de semana por fumar hierba en la calle, cerca de Old Stone House. Eh, George, toma nota: tus padres también son porreros... Fúmate la mierda EN CASA.

Noticias de la facultad: a Liv le han dado plantón OTRA VEZ este finde.

¿Podéis creerlo? Porque no me va ese rollo, que si me fuera, nunca te dejaría plantada, Livy. Tienes que empezar a quedar con hombres con más clase. Deberías echarle el ojo a algún padre. Créeme, ellos ya se han fijado en ti.



facebook

30 DE SEPTIEMBRE

Amelia Baron

tiene la esperanza de que no la pillen

A Chloe Frankel y a 2 personas más les gusta esto

Sylvia Golde haciendo qué? Pelotear demasiado?



AMELIA

30 DE SEPTIEMBRE, 22:12

Dylan

holap

Amelia

q hay

Dylan

t has pensado lo de Zaritski?

Amelia

sí, creo q saldrá bien

Dylan

suenas muy segura

Amelia

de verdad?

Dylan

x lo general, la gente está aterrada

Amelia

tal vez debería estarlo

Dylan

nah, me gustas así. nos vemos

Amelia

nas noches

30 DE SEPTIEMBRE, 22:14

Amelia

despierto?

Ben

síp

Amelia

Dylan acaba de mandarme un mensaje

Ben

de verdad??? Q dice?

Amelia

nada realmente

Ben:

suenan alucinante

Amelia

uf, déjalo

Ben

venga, algo habrá dicho

Amelia

sólo hola y eso...

Ben

más juegos?

Amelia

a qué viene este interrogatorio?

Ben

no quiero q t pique la abeja reina B

Amelia

vamos

Ben

en serio, quieres ser su amiga sólo xq no sabes si ella quiere ser la tuya?

Amelia

no me psicoanalices esta noche. Estoy estresada.

Ben

ah sí, plan de aislamiento mañana?

Amelia

sí

Ben

q no t pillen, querida chica buena haciéndose la mala

Amelia

vaya, gracias. Tengo q irme

1 DE OCTUBRE, 07:18

Ben

lo siento, no pretendía rayarte anoche con lo de ser amiga de Dylan

Amelia

no importa

Ben

no quiero verte mal. me preocupa esa chica

Amelia

a mí también

Ben

eso hace q me sienta mejor. asegúrate de tener cuidado

1 DE OCTUBRE, 07:37

Número oculto

dónde, ay, dónde ha ido a parar tu papaíto?

AMELIA

1 de octubre

El señor Woodhouse seguía mirando la nota del señor Zaritski. Me había hecho llevarla al despacho del director como si fuera un aviso oficial de renuncia a un paquete no deseado. O tal vez fuera el procedimiento habitual. ¿Cómo podía saberlo? Nunca me habían mandado al despacho del director. Y me ponía algo nerviosa estar allí, pero también me aliviaba. No hacer nunca nada malo me suponía a veces muchísima presión.

Él leía con la mejilla apoyada en una mano y los párpados bajos. No me van los tipos mayores, pero era bastante mono. Más incluso que la media; con sus gafas negras de estilo bohemio y un pelo ceniciento lo bastante crespo como para ser urbano. Además, había algo reservado en él; un aire como taciturno, intenso. Debería haberme gustado eso en los chicos. Me gustaba en los libros. Y en la poesía y en la fotografía. Hasta me gustaba la idea en los chicos. Pero en la vida real, nada.

En eso era prácticamente la única. A casi todas las chicas de Grace Hall les gustaba el señor Woodhouse. Hasta había apuestas sobre con quién se acostaría primero. No *si*, sino cuándo. Dylan estaba en la lista. Nadie podía imaginar con quién se acostaba, así que... ¿por qué no con el director? Zadie también era una candidata y, si alguien tenía agallas para cerrar ese trato con él, probablemente sería ella. Hasta había salido a la palestra el nombre de Sylvia, cosa que me daba pena porque era una referencia a la cantidad de gente con la que se había acostado. También me sentía un poco mal por el

director. Era un desastre a punto de explotar.

—¿Es cierto lo que dice aquí? —preguntó por fin, despegando la vista del papel. Aún se sujetaba el rostro con una mano.

—No lo sé —contesté—. La nota va dirigida a usted. No he violado su privacidad leyéndola ni nada de eso.

Parecí más listilla de lo planeado. Se suponía que debía atenerme a los hechos y hablar lo menos posible. Era la Fase I del plan de las Urracas: «Si te pillan, evita que te castiguen». Lo que les interesaba era que las novatas no dijéramos nada de ellas si nos pillaban. Yo lo sabía; no era estúpida. Lo que más les importaba era que nadie descubriera quiénes eran. Ni siquiera se nos permitía incluir nombres ni números de teléfono en nuestros móviles por si acaso alguien intentaba identificarlas a partir de sus mensajes. Así que usaban Urraca 1 (Zadie), Urraca 2 (Dylan) y así sucesivamente, en lugar de sus nombres. Un poco paranoico, pero funcionaba. Por el momento, parecía que nadie conocía su identidad. Por supuesto, yo ya había roto un poco las reglas al añadir el nombre de Dylan en mi agenda. Ni siquiera estaba segura de por qué. Tampoco le di los números de las Urracas a Ben. Se habría burlado de mí si lo hubiera hecho.

—Aquí pone que amarraste la cartera del señor Zaritski a su mesa con bridas de plástico —dijo el señor Woodhouse—. ¿Lo hiciste, Amelia?

—¿Si hice el qué? —Contestar a todas las preguntas con una pregunta.

Él me escrutó durante un rato. Luego inspiró profundamente con cansancio.

—Escucha, Amelia: sé que no nos conocemos mucho, y eso se debe a un motivo. He revisado tu expediente antes de que vinieras y es impecable: notas excepcionales, dos condecoraciones por excelencia, jefa del club de francés, alumna de cuatro clases de nivel avanzado... Ni una falta por retraso. ¿Y ahora esto? ¿Por qué?

Pensé un instante en aquella mañana de hacía dos semanas, cuando Sylvia

me habló de Ian Greene y las Urracas me invitaron por primera vez. Por supuesto que llegué tarde aquel día. Will apuntó mi nombre y todo eso. Alguien de secretaría no debió incluirlo en mi expediente. Sylvia tenía razón: si eras lista, buena, Grace Hall te lavaba los trapos sucios.

—¿Significa concesión de gracia por primera infracción? —Me obligué a sonreír, pero juraría que sin mucho éxito. Fingir no me convertiría en una chica que obraba mal y bromeaba si la pillaban—. En diez minutos tengo un examen de Cálculo que no puedo perderme. ¿Puedo irme?

—No —negó el señor Woodhouse—. No puedes, Amelia. Esto no se arregla yéndote sin más. Al menos, hasta que me expliques qué pasa. La nota del señor Zaritski dice que se fracturó la espalda al tirar de su cartera. Parece que tiene tres hernias discales.

—Claro, cómo no —dije, poniendo los ojos en blanco.

¿A quién intentaba imitar? ¿Tal vez a Zadie? Su estrategia esa de «jódete» era un tanto contagiosa, y una pequeña parte de mí quería ser como ella o, al menos, que me trataran igual. Profesores, administrativos y todos los demás escurrían el bulto ante Zadie, pasaban por alto pequeños deslices, y no porque pensarán que era incapaz de hacer nada mal, sino porque tenían miedo de ella. A mí nadie me había tenido miedo jamás.

—Puede que el señor Zaritski no sea de trato muy fácil, Amelia —continuó el señor Woodhouse. No le gustaba ese profesor. Intentaba disimularlo, pero saltaba a la vista que no—. Pero sigue siendo una persona y tú has atado su cartera a la pata de la mesa con bridas de plástico. ¿Por qué ahora y por qué a él? Sólo has tenido un examen de su asignatura y el resultado ha sido excelente.

Me encogí de hombros. Lo de las bridas de plástico había sido idea de las Urracas, no mía. Era la primera de las tres novatadas que tenía que hacer antes de convertirme oficialmente en Urraca. Fue el azar: saqué esas papeletas de un

sombrero en la última reunión. Las reuniones se celebraban dos veces entre semana y una en el fin de semana, siempre a horas y en lugares diferentes. No era fácil inventarme tantas excusas para Sylvia y mi madre sobre adónde iba, aunque tener un secreto era divertido. Y las reuniones tampoco estaban mal; no eran fiestas, pero casi. Siempre había alguien que traía una botella de vino y la gente salía fuera sin parar a echar un pitillo. De vez en cuando circulaba algún porro por ahí, cosa que yo aún no había probado, aunque había estado a punto. Aún me faltaba un buen trecho para convertirme en Urraca de pluma en pecho. Hasta la fecha, para mi sorpresa, seguía acudiendo a las reuniones y haciendo lo que me decían. Me preocupaba lo que Zadie pudiese hacer si no cumplía. Y, por otra parte, me gustaba pasar más tiempo con Dylan.

De hecho, estábamos intimando bastante. Me gustaba tener una nueva amiga que no tenía que ver con Sylvia. Ella habría pensado que era ridículo que me cayese bien Dylan, y no se debía a que fuera guapa o popular. Al menos, esa no era la razón principal. Puede que fuera una parte minúscula —una parte de la que yo no estaba orgullosa—, pero la verdad es que me gustaba estar con ella, sin más. Dylan tenía una misteriosa energía. Tal vez fuera porque era actriz y eso, porque estabas hablando con ella y de pronto era como si marchase a su propio mundo. Siempre volvía a aparecer justo cuando pensabas que la habías perdido para siempre. Te hacía sentir que el tiempo que pasabas con ella era..., no sé, valioso.

Además, teníamos cosas en común; no tanto porque nos gustaran, sino por cómo nos gustaban. Yo estaba obsesionada con los libros y la escritura; ella, con los números. No era lo que cabía esperar, claro, dado lo guapa que era, pero las mates se le daban de maravilla. Además, la volvían loca. Siempre que yo me zambullía en una novela, Dylan estaba con esos libritos de rompecabezas matemáticos y sudokus para expertos. Éramos como almas gemelas chifladas. Sólo que su locura era mucho más sigilosa que la mía.

Nunca había tratado con nadie como yo en ese aspecto, y quería seguir conociéndola, cosa que estaba segura de que no sucedería si me echaban a patadas de las Urracas por desobedecer órdenes.

Y atarle la cartera a un profesor con bridas de plástico no era nada del otro mundo. Sobre todo si se trataba del señor Zaritski, el de Biología. Se suponía que era un genio, de ahí que los padres lo adorasen. Por lo que a mí y a los demás chicos se refería, se trataba de una masa amorfa de mezquindad impasible. Casi parecía que odiaba a los jóvenes. Además, era un pelmazo quejumbroso: el tiempo, el polen, su sinusitis, sus rodillas, ese hueco tan malo para aparcar que tardó cuarenta y cinco minutos en encontrar. Nunca dejaba de rajar de todo lo malo que había en su vida, como si a alguien le importaran los sentimientos de un tipo que se pasaba los fines de semana arrancando los anuncios de rastrillos caseros e intentando que prohibieran que los cochecitos tándem para bebés circularan por las aceras. Escogí atarle la cartera a él porque se lo merecía.

La siguiente novatada —vaselina en el pomo de una puerta— se la tendría que hacer a alguien de administración. Ya había planeado a quién y cuándo: la señora Pearl se merecía que le pringaran una mano tanto como que al señor Zaritski le ataran la cartera con bridas.

En cambio, la tercera y última prueba... no estaba segura de poder hacerla. Se suponía que tenía que encontrar a un idiota —de los que están muy blancos porque se pasan el día en casa solos con la Xbox— y fingir, por Internet, que me gustaba. Una trampa que supuestamente terminaría cuando consiguiera que me enviara fotos suyas desnudo. No sabía cómo iba a escaquearme sin que Zadie me diera una paliza, pero tenía demasiado en común con esos chicos desvaídos como para hacer algo así.

Aunque también creía que nunca haría nada parecido a lo que le había hecho a Zaritski. Además, había sido bastante fácil, en cuanto a la autoría

intelectual y la ejecución. Le había visto meterse en el baño con su crucigrama. Todo el mundo se burlaba de su paseo matutino: siempre a la misma hora y de, al menos, diez minutos. Había terminado el segundo turno para almorzar, así que los pasillos estaban vacíos. Pero alguien tuvo que descubrirme. El profesor no tardó mucho en culparme de todo el percal.

Woodhouse seguía con la vista clavada en mí, a la espera de que dijese algo. Según las Urracas, sólo tenía que pasar a la Fase II del plan «Si te pillan, evita que te castiguen» —llorando como una histérica— en caso de que mantener la boca cerrada empeorase las cosas. Dado que las cejas le llegaban hasta el nacimiento del pelo, no parecía que la Fase I hubiese sido un éxito. Estaba convencida de que sería incapaz de desenvolverme en la histeria; no estaba disgustada, por mucho que un par de semanas antes jurase que iba ponerme a lloriquear allí mismo, sentada en el despacho del director.

—¿Qué prueba hay de que yo lo hiciera? —pregunté, imitando a mi madre—. ¿No necesita alguna o qué?

—Déjame preguntarte algo, Amelia —dijo a la vez que echaba un vistazo a mi mochila—. Si miro ahí dentro, ¿encontraré bridas de plástico?

¿Por qué no las habría tirado? Pensé que podría necesitarlas para algo más. Era una imbécil. Mi vida de criminal llegaría a su fin antes de empezar siquiera.

—No —asegué, aferrándome con fuerza a mi mochila e intentando imaginar qué haría si él conseguía arrancármela para inspeccionarla.

—Escucha, Amelia: dadas las circunstancias, aparte de lo que yo piense que sea justo o no, el señor Zaritski no va a dejar pasar sin más este asunto. —Apoyó la barbilla en la otra mano. Parecía convencido de que le iba a contar todo lo que quería saber, que sólo era cuestión de tiempo—. Tendremos que idear una manera de que te reconcilies con él, así que empezarás por decir la verdad.

Fase III: «Depón tu actitud, asume toda la responsabilidad y acepta el castigo. Y nunca jamás menciones a las Urracas. Si lo haces, nos enteraremos y tendremos razones para expulsarte, lo que implica algo mucho peor que no seguir en el club».

—Vale. Le diré a Zaritski que lo siento o lo que sea —contesté.

—Es un comienzo —dijo el señor Woodhouse, como si ni siquiera hubiera advertido la parte en la que asumía la culpa—. Pero, Amelia..., tú no eres así. No has planeado esto sola, lo sé.

No me gustaba adónde iba la conversación.

—¿Ah, no?

—No —continuó—. Y no te estoy pidiendo que traiciones a nadie. Sé lo duro que podría ser, pero quiero que reflexiones. Las chicas que te han puesto en esta situación... ¿seguro que son tus amigas? ¿De verdad se preocupan por lo que es mejor para ti?

—Claro —dije a secas. No quería confirmar accidentalmente la existencia de las Urracas—. De acuerdo.

Woodhouse me miró de pronto como si fuese un terapeuta y yo, una muchacha fuera de sus cabales. Así es la vida de una chica buena: primero piensan que jamás harías nada malo; cuando averiguan lo que hiciste, creen que estás atravesando una crisis nerviosa.

—Escucha, entiendo que pasas mucho tiempo por tu cuenta, que tu madre tiene que trabajar mucho y que estáis las dos solas. Esos grupos eligen a personas que andan buscando algo, saben que serán más fáciles de manipular.

—No busco nada. —Y era cierto, aunque, por alguna razón, sonó a una absoluta mentira.

Él frunció el ceño y asintió con la cabeza mientras bajaba la vista.

—De acuerdo, Amelia —dijo por fin. Casi parecía triste—. Pero he dado clase en muchos colegios, en muchos lugares diferentes, y siempre es igual. La

suerte juega en contra de una buena chica como tú para que siga siendo buena. Es cierto. Hasta en un sitio como Grace Hall.

Ahora me estaba enfadando. No había necesidad de que intentara meterse en mi cabeza. Tenía ganas de decirle que me dejara en paz, pero darle la razón era la manera más rápida de cortar aquello y de salir de su despacho.

—Claro. Me da igual, supongo —respondí, encogiéndome de hombros.

—De todos modos, las Urracas no son la respuesta. Algunas de esas chicas... —Vaciló. Alzó las manos como si se rindiera y luego su expresión se dulcificó—. Todas son buenas por separado. Al menos, la mayoría. Pero, cuando se juntan, su juicio está... —hizo una pausa, como si buscara la palabra adecuada— nublado. Quiero asegurarme de que lo comprendes antes de que sea demasiado tarde.

Woodhouse se había estado haciendo el tonto. Saltaba a la vista que lo sabía todo sobre las Urracas. Incluso parecía saber hasta quién estaba en el grupo. Daba la sensación de ser una trampa.

—De verdad, tengo que volver a clase. O sea..., bueno..., puedo pedir disculpas al señor Zaritski..., cumpliré la condena o el castigo o lo que sea..., pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

—De acuerdo, Amelia; puedes irte —convino con aspecto de derrota. Era mi puerta de salvación. Tenía que salir de allí antes de que cambiara de idea. Me puse en pie de un salto—. Hablaré con Zaritski. Puede que con una disculpa no baste, pero será un buen comienzo. Y, por esta vez, no quedará reflejado en las actas. Pero la próxima será otra historia, Amelia.

—Gracias, señor Woodhouse —añadí, y me precipité hacia la puerta antes de que cambiara de parecer.

—Y Amelia... —me llamó—, te digo en serio lo de tener cuidado. A veces es difícil advertir lo rápido que avanza la corriente hasta que no te encuentras sobre la catarata.

A la salida de clase, me senté en una pingosa mesa del semivacío Pizza Roma, esperando a que Sylvia volviera con nuestras porciones. Aún me sentía algo inquieta por lo de Zaritski, en especial tras la majestuosa salida del despacho del señor Woodhouse, en plan misión cumplida. Todos estos años de no levantar cabeza de los libros me habían dado una especie de campo de fuerza Grace Hallificador.

Mi móvil vibró mientras mi amiga venía de camino con las dos porciones. Un mensaje. Me precipité para sacarlo de la bolsa e intentar leerlo antes de que ella llegara. Era de un número oculto; vamos, de una de las Urracas.

Fiesta, @Urraca2. Deja la pizza, furcia estúpida. Estamos a punto de romperte la frutita.

Por mucho que fuera un número oculto, el mensaje era de Zadie. Ya había llamado furcia a Sylvia antes. Mierda, ¿y cómo sabía que era virgen? Pero no, un momento, no podía saberlo. No lo sabía. Probablemente se refería a mi primera fiesta mixta. Tenía que calmarme. Nos había dicho que tendríamos que ir a una fiesta Urraca-Puerta del Lobo después de que todos los novatos hubiéramos superado nuestra primera novatada. Además, Urraca 2 era Dylan y no quería perderme una fiesta en su casa. Volví a lanzar el móvil en mi bolsa.

—¿Por qué tienen que hacerla siempre tan caliente? —preguntó Sylvia, y zarandó los dos grasientos platos de papel hasta ponerlos sobre la mesa y después se sacudió las manos—. Es la mejor pizza de todo el barrio, pero les dices «no-tan-caliente» y ellos te la ponen ardiendo.

Por suerte, Sylvia parecía no haberse percatado de que yo había estado mirando el teléfono. Y ahora que se había sentado, estaba centrada en organizar con sus uñas pintadas de azul eléctrico los cuadraditos cubiertos de queso en los que había seguido cortando sus porciones como si tuviera tres

años. Tras ella vi la fachada del Yogo Monster y la licorería del otro lado de la Séptima Avenida, a través de las flores pintadas en el escaparate frontal de la pizzería. Esperaba descubrir a Zadie vigilándome, pero sólo había un grupo grande de madres con cochecitos y niños.

—Así que ya sé que cuando Ian dice que quiere salir conmigo no es como si dijera que quiere ser mi novio ni nada —soltó mi amiga, retomando su monólogo sobre ese chico justo donde lo había dejado cuando se levantó para recoger nuestra comida. Se metió otro trocito de pizza en la boca y luego revisó sus propios mensajes. Dada su expresión desilusionada, no parecía haber recibido ninguno—. Pero sí le he oído decir que sólo se enrolla una vez con las chicas que van a su mismo colegio. Si se enrolla conmigo muchísimas veces, significará algo, ¿no?

Aparté de golpe la vista de la ventana cuando sentí que me miraba.

—Ah, ya —respondí. Por la forma en la que contraía su rostro, comprendí que no había sido lo bastante entusiasta. E Ian Greene parecía ir a saco con ella. Desde luego, ese salvajismo tan suyo que todos los chicos adoraban todavía no le había hecho degenerar en pirada total—. O sea, sí. Total, absolutamente.

Su rostro se relajó un poco.

—¿De verdad lo crees?

—Desde luego. Nadie se enrolla más de una vez con alguien que va a su colegio, a menos que piense que podría convertirse en algo serio —comenté, como si toda la información que tenía sobre el asunto no procediera de *gRaCeFULLY*—. Demasiado lío, sobre todo para alguien como Ian. ¿Por qué iba a molestarse? Podría encontrar chicas donde le diera la gana.

Ella asintió con la cabeza, aunque parecía algo preocupada. Entonces, mi móvil vibró con otro mensaje. Intenté averiguar de quién era con sutileza, pero Sylvia me observaba.

No llegues tarde.

—¿Quién es? ¿Ben, tu mejor amigo? —preguntó, poniendo los ojos en blanco—. Pues te digo una cosa: ese chico tiene demasiado tiempo libre para mandarte mensajes. ¿Puedes poner «perdedor»?

—Tengo tiempo para responderle —repliqué—. ¿También soy una perdedora?

Sylvia se encogió de hombros.

—Si el zapato encaja... —dijo, y yo solté un bufido—. Mira, no me culpes. Tú eres la que empezaste con el cibersexo.

Me moría de ganas de estamparle el móvil en la cara, de decirle que ella era la perdedora, no yo. Porque las Urracas me habían dado un toque y ellas no contactaban con perdedoras. Claro que, desde luego, no podía contarle nada. Me sentía mal por ello. Hasta me recriminaba por alardear mentalmente del club. Y, además, Sylvia era Sylvia. Cuando estaba descontenta consigo misma, la tomaba conmigo. Era así. Eso me recordó aquellos estúpidos mensajes sobre mi padre. Estaba casi cien por cien segura de que los había enviado ella a modo de broma.

—Por cierto, ¿qué pasa con los mensajitos sobre mi padre? —solté. Mi cabreo aumentó al sacar el tema. Era una broma muy retorcida—. ¿Por qué pensaste que eso tenía gracia?

—¿De qué hablas? —Intentaba hacerse la inocente y le estaba saliendo bastante bien.

—Venga, Sylvia; sé que eres tú.

—Déjame verlos —tendió una mano para agarrar mi móvil—, porque yo no te he enviado ningún mensaje sobre tu padre, obviamente.

De inmediato, dejé caer el teléfono dentro de mi mochila. Después, fingí que me resultaba demasiado agotador ponerme a buscarlo. No podía dejar que

pusiera las manos en mi móvil. ¿Y si llegaba otro mensaje de Zadie?

—No me lo estoy inventando —insistí.

—No digo que lo hicieras.

—El último decía: «Tu padre no es quien piensas».

—¿Y venía de mi número?

—No, de uno oculto.

—Y, aun así, ¿has creído que te lo envié yo? —Parecía muy ofendida—.

Gracias.

—Supongo que tenía la esperanza de que fueras tú. —Cosa que resultaba más cierta de lo que pensaba.

No había sido Sylvia, eso seguro, porque mentía de pena. Si no estuviera diciendo la verdad, me habría percatado enseguida. Podría haber venido de Zadie o de otra de las Urracas. No era ningún secreto que yo no vivía con mi padre, pero que nunca lo hubiera conocido, sí. Sylvia era la única persona que lo sabía.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—¿De qué?

—Eh..., ¿del mensaje? —preguntó, mirándome como si me estuviera haciendo la tonta.

—No se lo he contado —confesé, sintiéndome algo culpable.

—¿Por qué no?

Me lo había planteado, claro, pero primero quería averiguar de quién era. Si venía de Sylvia, mi madre habría querido mantener una humillante conversación cara a cara con la suya. Y si no, habría llamado al colegio para decirles que alguien me estaba acosando. No tardaría mucho en terminar hablando con Woodhouse, quien le contaría todo lo de las Urracas.

—No, porque pensaba que era tuyo.

—Ya, ya. Lo olvidaba. Muy bonito.

—De todos modos, el último es de mi entrenadora —observé—. Me he dejado las botas en el campo. Tengo que volver a recogerlas.

Sylvia parecía algo herida.

—Pero vienes luego, ¿no?

Miré la hora que marcaba mi móvil.

—No creo; tengo un examen de Bio mañana.

—Ah, claro, supongo —dijo—. Pero antes de irte..., ¿puedes, al menos...? Vamos..., que si piensas que debería volver a llamar a Ian. O sea..., ¿debería esperar a que me responda al mensaje?

Dylan vivía en Second Street junto al parque. La casa era muy parecida a la nuestra, de ladrillo blanco en vez de rojo. Y había una escultura entre guay e inquietante fuera, frente a un arbolito con manos al final de las ramas en vez de hojas. Estaba al pie de las escaleras mirándolo fijamente cuando la puerta se abrió. Dylan se hallaba arriba, descalza y con un vestido suelto y muchos collares. Tenía un cigarrillo en la mano que sujetaba con aire extraño, como si fuera de atrezo.

—Vamos, vamos —me apremió, haciéndome gestos con la mano—. Eres una de las invitadas de honor.

Cuando llegué al final de la escalera, estampó el cigarrillo fuera del umbral, me cogió por el brazo y me llevó dentro. Su salón estaba plagado de muebles, abalorios y cuerpos... Chicos y chicas apilados en sofás y tendidos por el suelo. Además, estaba lleno de humo: maría, cigarrillos... La mayoría de la gente tenía una cerveza en la mano. Debí de quedarme parada, porque ella me empujó suavemente hacia la cocina.

—Parece que nunca has visto una fiesta —rió, y se dirigió a la nevera y sacó una Brooklyn Lager.

Ya había estado en fiestas antes... Fiestas de pijamas, fiestas de pelis,

fiestas de cumpleaños, hasta en algunas de chico-encuentra-chica. Nunca en una como esta.

Ella quitó la chapa de un golpe y me pasó una cerveza como quien te pasa un chicle. La agarré, o debí de hacerlo, porque allí estaba la botella, en mi mano. Me supo fría y viscosa y más fuerte de lo que habría creído. La así con fuerza para que no se me cayera sin querer. Había tomado vino por Navidad y Sylvia y yo habíamos pegado un sorbito al asqueroso whisky de su padre, pero nunca había tomado cerveza, no una entera en un fiesta llena de chicos guais. Me quedé mirando la botella cuando Zadie entró dando bandazos en la cocina. Tenía pinta de estar borracha o tal vez sólo más furiosa de lo habitual.

—¡Uuf! —soltó al verme, resguardándose los ojos como si fuera difícil mirarme—. Mira a quién tenemos aquí: Ojos de Loca. Perfecto.

—Sé agradable, Zadie —la riñó Dylan sin molestarse en mirarla—. Dijiste que lo serías.

Zadie agarró dos botellas de la nevera y la cerró con un golpe de cadera. Dylan se puso tensa por el ruido, pero no se giró.

—¿Agradable? —gruñó, fulminándome todavía con la mirada.

Pegué un trago largo a la cerveza e intenté reprimir la arcada.

—Agradable, sí —repitió—. Lo prometiste.

—Nunca dijimos «agradable», sino «menos mala». —Zadie se giró para ponerse junto a Dylan. Se inclinó para decirle algo al oído, pero su amiga siguió manteniendo la cabeza fuera de su alcance—. Y, teniendo en cuenta lo que pienso de la Ojos de Loca aquí presente, creo que estoy siendo encantadora de cojones.

¿Ojos de Loca? Zadie me odiaba, pero ¿por qué? Ni siquiera nos conocíamos. En cada reunión de las Urracas se me hacía más obvio lo mucho que me despreciaba. Sólo cuando Dylan comenzó a ser superagradable para compensarlo, decidí quedarme. Hasta confesó que yo le recordaba a ella

misma cuando estaba en segundo. Puede que fuera por decir algo, pero era agradable pensar que apreciaba lo que teníamos en común.

Bebí otro trago de cerveza y aguanté la respiración para no tener que saborearla.

—A mí no me entusiasma tu Bailarina Ordinaria, ¿sabes? —masculló Dylan, cruzándose de brazos. Ahora parecía enfadada—, pero no la tomo con ella.

Tu Bailarina Ordinaria. ¿Quería eso decir que yo era *su* Ojos de Loca? Porque llevaba tiempo preguntándome quién podía haberme elegido para que me uniera a las Urracas. Zadie andaba todavía cerca de Dylan. Alargó una mano despacio para recolocarle suavemente un mechón de pelo tras la oreja.

—¡No me toques! —espetó Dylan, y apartó de golpe la mano de Zadie.

—Ese temperamento —dijo Zadie con una sonrisa malvada. Luego puso las manos en alto, con una cerveza en cada una, antes de dirigirse con soberbia hacia la puerta—. Ten cuidado, Ojos de Loca: esta muerde.

Entonces, Carter apareció en la entrada de la cocina, con aspecto desorientado y nervioso. Era un alivio ver una cara amiga. Ni siquiera me miró antes de que Zadie arremetiera contra él.

—¡Aquí estás! —exclamó ella, apretando primero sus caderas contra él y luego su boca con fuerza contra la del chico. Carter estaba grogui cuando Zadie paró para tomar aire. Ella le agarró de la mano y tiró de él hacia el salón, sonriéndonos por encima del hombro—. Ya nos veremos, señoritas.

—No es tan mala como parece —comentó Dylan cuando se fue, pero no sonaba muy convencida—. Hay que conocerla. Es mi mejor amiga y muchas veces tengo la sensación de que es mi única amiga.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con una risita, aunque ella no parecía estar de broma—. Tienes un millón de amigos.

—Ninguno me conoce realmente —declaró mientras sus ojos se volvían

vidriosos—, no como Zadie.

—Me gustaría conocerte tal y como eres —expresé, sintiendo que mis mejillas se ruborizaban, aunque contenta por haberlo dicho.

—Ven —dijo ella, sonriendo mientras se aferraba a mi brazo—, quiero enseñarte algo arriba.

La seguí de vuelta por el salón, lleno de humo y antigüedades, hacia la oscura y crujiente escalera. Su casa, con la misma distribución que la mía, no podía parecer más diferente, aunque no en un mal sentido, con ese ambiente tan cargado y atestada de cosas. Parecía el decorado de una película de época. Miré por encima del hombro mientras comenzábamos a subir. Fue entonces cuando atisé a Ian Greene sentado en el sofá. Pero ¿quién estaba con él? Desde luego, era una chica, y hubiera jurado que se trataba de Zadie. Creí reconocer sus botas picudas y su falda escocesa. ¿Y era la mano de Ian la que tenía sobre la pierna? Pero si acababa de estar con Carter en la cocina... No podía haberlo cambiado tan rápido. Era demasiado tarde para volver y averiguarlo: Dylan tiraba de mí para que continuase y él se quedó fuera de mi ángulo de visión.

—Venga —me apremió, entre juguetona y perdiendo la paciencia—, date prisa.

Cuando miré hacia atrás, Greene ya no estaba. Había desaparecido con todos los demás del salón.

—¿Todos los chicos de aquí están en la Puerta del Lobo? —pregunté al llegar al final de las escaleras. Intenté adoptar un tono desenfadado.

—Sí. La mayoría son pasables; algunos, gilipollas. —Su voz manifestaba aburrimiento mientras señalaba una puerta que había a mitad del pasillo—. Entremos aquí.

Nos metimos en un pequeño despacho con un enorme escritorio de caoba y un sillón de cuero. Las paredes estaban cubiertas de libros, de esos

encuadernados en cuero viejo con filigranas doradas y en papel biblia. Y no eran libros nuevos manipulados para parecer viejos. Eran antiguos, libros antiguos de verdad.

—¡Guau! —exclamé, acercándome. Allí estaban los clásicos: *La Odisea*, *Moby Dick*, *La Divina Comedia*—. ¡Esto es alucinante!

—Nadie los lee —explicó Dylan, como si no quisiera que me hiciera una idea falsa—. Mi padre los colecciona. También los originales. —Sacó un libro que estaba expuesto solo en un pequeño estante. Era la primera edición de *Fiesta* de Hemingway.

—Guau... —repetí. Sabía que parecía idiota, pero no podía evitarlo. Ese libro era increíble.

—Pensé que este podía ser tu rollo —dijo, arrebatándomelo y colocándolo de nuevo en la estantería. Se había enfriado de golpe y esa cálida sonrisa que me había guiado escaleras arriba se había desvanecido. La había ofendido, aunque no tenía ni idea de cuándo lo había hecho—. Lo cierto es que tengo que irme. —Se volvió de prisa hacia la puerta—. Tú puedes quedarte y echar una ojeada si quieres; yo tengo algo que hacer. Te veo abajo en unos minutos.

Luego desapareció. Y allí estaba yo, sola, en la biblioteca de Dylan, con una cerveza casi vacía en una mano y un montón de preguntas en la cabeza. No tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Ni mucho menos de cómo arreglarlo. No resultaba fácil cuando, para empezar, no entendía de verdad qué estaba pasando entre ella y yo.

Al llegar a casa, escribí a Ben:

Amelia

Hoy he ido a mi primera fiesta mixta

Ben

Mucho desenfreno?

Amelia

Bastante

Ben

Sexo, drogas

Amelia

Bastante

Ben

Imagino q tú no

Amelia

La verdad es q no, aunque Dylan estuvo muy agradable conmigo

Ben

Eso está bien

Amelia

Luego se largó de golpe

Ben

Q mal! X q?

Amelia

No sé, t lo pregunto a ti

Ben

Y q sé yo de chicas? Estáis todas locas, x eso me quedo con los chicos

Amelia

No eres de ayuda

Ben

:)

Dejé caer el móvil, di unas vueltas sobre la cama y cogí *Al faro*. No necesitaba leerlo otra vez para mi examen de Lengua, me lo sabía casi de

memoria. Virginia Woolf era mi heroína, por así decirlo, y no porque se metiera en el río con piedras en los bolsillos —aunque, como suicidio, hay que reconocer que tenía cierto estilo—, sino porque tenía un talento increíble y fue quien deseó ser, a pesar de que el mundo le decía que fuera otra persona.

¡Qué insignificante se sentía al lado de Paul...! Él estaba radiante y ardoroso; ella, distanciada y cínica; él, a punto de partir a la aventura; ella, amarrada a la orilla...

Dejé el libro y miré el reloj. Eran cerca de las diez. Tenía un mensaje de mi madre de las ocho, diciéndome que llegaría pronto a casa, que me adelantase y cenase. Había encargado suficiente sushi para ella. Si no encargaba la comida, se iba a la cama sin probar bocado.

Como Leelah ya no estaba, solía comer sola, normalmente tres o cuatro veces por semana: platos japoneses, chinos, tailandeses... Nunca indios; me habrían hecho añorar demasiado los guisos de la niñera. La mayor parte del tiempo no lo pasaba mal: la gente de los restaurantes de comida para llevar se sabía de memoria mi dirección y decía cosas como «para ti, lo que quieras».

No culpaba a mi madre por tener que trabajar. Tenía un empleo y debía hacerlo bien. Casi siempre me sentía orgullosa, excepto en las ocasiones en que me sentía sola. Pero eso no quería decir que estuviera «buscando algo», como había dicho el señor Woodhouse. Yo estaba bien como estaba.

Además, seguíamos manteniendo nuestra cena de los viernes, que ambas teníamos terminantemente prohibido cancelar. También intentábamos almorzar juntas los sábados y veíamos una peli acurrucadas en el sofá los domingos por la noche. Y hacíamos otras cosas los fines de semana, dependiendo de mis deberes, del horario de los partidos de hockey y de la cantidad de trabajo que tuviera mi madre. Y, ahora, de mis reuniones con las Urracas. Íbamos a

museos o a que nos hicieran la manicura. Una vez fuimos a una visita guiada por pastelerías de Manhattan. En verano, siempre pasábamos una semana en alguna playa: Fire Island, Block Island o Nantucket. Y sé que habría pasado más tiempo conmigo si hubiera podido.

Oí que la puerta principal de abajo se abría unos minutos después. Mi madre subía las escaleras con sigilo por temor a despertarme. Cuando al fin abrió la puerta de mi dormitorio y asomó la cabeza, llevaba el pelo rubio oscuro recogido en una coleta baja y las gafas de carey, esas que me parecían tan guais para una madre. Tenía pinta de estar molida, con dos grandes sombras oscuras bajo los ojos azules, pero guapa. Mi madre siempre estaba guapa. No en plan «madre cañón»..., eso habría sido humillante. Era una madre normal, pero guapa. Saludé con una mano, con la cabeza todavía sobre la almohada, para que viera que seguía despierta.

—¡Eh, hola! —dijo con una sonrisa, sorprendida—. No te he despertado, ¿verdad?

—No. —Me incorporé sobre la cama y dejé el libro en la mesilla de noche—. Estaba leyendo.

—¿No has leído *Al faro* ya un montón de veces? —Y esa era mi madre. Podría haber estado mucho más en casa y haberse dado cuenta de muchas menos cosas. Quizá no todos fuéramos como la familia de la serie *Leave It to Beaver*, pero lo que teníamos bastaba.

—Sí, unas diez veces. Tenemos que hacer un trabajo para Lengua. Estaba echándole un vistazo para decidir sobre qué lo voy a hacer.

—¿No deberías estar en otra clase de Lengua? —preguntó—. Ya sé que pensamos que sería demasiado solicitar otra más para estudiantes avanzados, pero aburrirse tampoco es bueno. —Parecía preocupada—. Pagamos mucho dinero en ese centro y deberían ser capaces de ajustarse a tus necesidades.

—Mamá, la asignatura está bien, de verdad. Liv es, cómo decirlo..., mi

profesora favorita. —Me encogí de hombros. Mi madre se ponía... intensa con esas trivialidades. Se sentía culpable por no estar en casa, ansiosa por dar la cara por mí en todo, incluso cuando no necesitaba ayuda—. Además, tengo algunas ideas sobre cómo hacer el trabajo más interesante.

—¿Prometes avisarme si las cosas dejan de estar *bien*? —me instó muy seria—. Es decir, las clases o todo lo demás.

Entonces pensé en mi padre. No creía que quienquiera que hubiese enviado esos estúpidos mensajes supiera nada realmente sobre él ni sobre mí, pero me había hecho preguntarme quién era y dónde estaba mi padre.

Se suponía que mi madre lo conoció una noche hacía quince años. «Un chico en un bar», lo llamó ella, que hacía voluntariado y se dirigía a África cuando se cruzaron. Era genial pensar que mi padre fuera así, aunque no encajaba como el tipo que a ella le habría llamado la atención. Seth sí era de su estilo —muy agradable, listo y reservado—, pero era gay. De hecho, nada de esa historia tenía sentido. Ella nunca iba de bares y apenas bebía. No sé cuándo dejé de tragarme aquello; supongo que sucedió con el tiempo, poco a poco, y también porque antes nunca me había importado averiguar la verdad. Imaginé que si mi padre merecía la pena, me habría localizado hacía mucho.

Y luego vinieron los mensajes.

Por mucho que no quisiera darle vueltas, me ponían nerviosa. Me sacaban de quicio. Tenía ganas de decirle a mi madre que ya no tenía que protegerme, que podía soportar la verdad sobre él, pero al ver sus ojos fatigados, la manera en que me sonreía, como si quisiera transmitirme su afecto a través de los dientes, me sentí incapaz de hacerlo. No podía hacer explotar así la bomba. No quería que pensara que ella no bastaba para mí. Y también me preocupaba un poco que lo que me contara me molestase... con ella.

Además, quería hablar de otras cosas importantes. Necesitaba su consejo. Sería una tontería comentar lo del club secreto: mi madre habría arremetido

contra Grace Hall en mitad de la noche y desmontado el sitio ladrillo a ladrillo, y habría vuelto a contratar a Leelah en el acto. Y se acabarían las Urracas y Dylan. En lugar de eso, tendría que hacerle las preguntas con mucha mano izquierda.

—¿Formaste parte de alguna hermandad en la universidad? —quise saber.

Hermandad, club secreto. Era un modo seguro de encajar la mayoría de mis preguntas.

—¿Una hermandad? —Su expresión pareció confusa por un instante y luego algo abochornada—. Sí, me temo que sí. Tengo que decir en mi defensa que casi todo el mundo en Duke pertenecía a una. No había muchas alternativas.

—¿Era divertido? O sea..., ¿estabas contenta?

—¿Contenta? —Arrugó la frente y se tocó los labios con un dedo—. No creo que esa sea la palabra. Digamos que sobreviví a ello.

Era divertido imaginar a mi madre en algo parecido a una reunión de las Urracas. Si yo era una mojigata, mi madre era una santa.

—¿Qué tipo de novatadas tuviste que hacer? —Sentía que este extraño secreto se vinculaba con ella.

—Espera, ¿a qué vienen tantas preguntas sobre hermandades, Amelia? —Entrecerró los ojos al mirarme—. No estarás pensando emigrar antes de tiempo a la universidad, ¿no?

—No —dije, esforzándome por inventarme una excusa—. Estoy escribiendo un trabajo sobre las hermandades para mi clase de Controversia Moral en América.

¡Guaau! ¿De dónde me había sacado eso? Estaba mejorando en eso de mentir.

—¿Controversia Moral en América? ¿He oído hablar de esa asignatura antes?

—Sí, estabas allí cuando la elegí.

—¿Sí? —Parecía confundida—. ¿Tienes asignaturas normales, como mates?

Puse los ojos en blanco.

—Venga, mamá.

—Bueno, si es para un trabajo... Seré sincera: creo que las hermandades son malas. Terribles, de hecho. Consiguen que las chicas se sientan fatal consigo mismas bajo esa supuesta fraternidad.

No sonaba bien. Y ni siquiera estaba haciendo énfasis aposta por echarme la charla. Era su opinión objetiva. Pero, claro, un club secreto no era *exactamente* una hermandad. Para nada. Eran muy, pero que muy diferentes. La enseñanza secundaria y la universidad eran muy distintas.

—Aunque para que conste: si terminas en una hermandad, no te lo echaré en cara. —Me puso una mano en la frente—. ¿Estás segura de que te encuentras bien? Te has puesto pálida.

—Estoy bien —aseguré, apartando la cabeza—. ¿Y qué edad tenías cuando saliste con chicos por primera vez?

Mi madre desinfló un poco las mejillas.

—¿Cuando quise —dudó— o cuando salí de verdad? Siempre me pasaba más tiempo pensando en los chicos que con ellos. Como sabes, los líos amorosos nunca han sido mi fuerte.

—¿Cuándo te empezaron a gustar los chicos?

Últimamente me había preguntado si el retraso de mi despertar sexual podría ser genético.

—Antes de responder a eso..., ¿estás saliendo con alguien? Porque nuestro trato era a los quince, pero después de que lo hablásemos. Te prometo que no me enfadaré. Puedes contarme todo, sea lo que sea.

—No estoy saliendo con nadie, mamá —respondí, asegurándome de mirarla a los ojos—. Te lo diría, lo juro. Sólo investigo para el mismo trabajo.

—¿El mismo trabajo? —dijo, mientras bajaba las cejas hasta fruncirlas. Había sido una mala mentira. Ni siquiera tenía sentido.

—Sí. Es una movida.

Ella seguía con expresión escéptica.

—Ajá. De acuerdo. Veamos. Supongo que puede que tuviera trece —comenzó, haciendo un gesto con la mano, como si pudiera haber sido aún más joven—. Es difícil de recordar con exactitud. Pero estoy segura de que nunca besé a nadie hasta los quince, *como mínimo*. Tal vez hasta los veinte.

Me miró como si estuviera intentando enfatizar sus palabras y luego sonrió. Uno de sus aspectos fantásticos como madre era que siempre sabía cuándo se ponía un poco ridícula.

—Ah, bueno —dije, sintiéndome de pronto algo incomprendida. Trece era menos que quince. Sólo dos años de diferencia, pero parecían dos largos años. Tal vez algo fallara en mí... Y no es que esperase que mi madre me reconfortara cuando ni siquiera le había explicado de qué estábamos hablando—. Gracias. Eso es todo lo que necesitaba saber.

Se inclinó hacia adelante para abrazarme y murmuró entre mi pelo:

—Siento no haber llegado a casa para cenar, Amelia. Me disponía a salir por la puerta y, entonces, me puse al teléfono y...

—No pasa nada, mamá —aseguré—. No es como si quisieras quedarte en el trabajo, lo sé.

Y claro que lo sabía, aunque a veces me fastidiara. Sus ojos se pusieron vidriosos mientras se incorporaba para sonreírme. Cuando estaba exhausta, era toda una llorica. Me deslizó una mano por la mejilla.

—Eres una chica muy dulce, Amelia.

Me besó en la frente; luego se apartó de mi cama y se encaminó hacia la puerta. Estaba a punto de marcharse cuando me di cuenta de que no quería que se fuera. Necesitaba hablar más con ella. Necesitaba contarle todo.

—Mamá —la llamé.

Se giró en el umbral.

—¿Qué, cariño?

—Me dieron un toque las...

Entonces sonó su móvil y se palpó los bolsillos del abrigo para buscarlo. Cuando por fin lo sacó, pareció enfurecerse al ver quién era.

—¡Uf, lo siento! —se disculpó, volviéndose para responder—. Hola, sí. Perdona sólo un segundo. —Se volvió hacia mí mientras tapaba el teléfono con una mano—: Víctor está en Tokio y piensa que el mundo funciona según su zona horaria. Debería cogerlo, hoy me ha llamado cuatro veces. Amelia, ¿puedes esperar?

Clavé la vista en el móvil que tenía en su mano y en su gesto de «lo estoy intentando». Si en ese preciso momento le hubiera dicho a mi madre que necesitaba que colgara, lo habría hecho. Lo sabía. También sabía que haría cualquier cosa para asegurarse de que ni las Urracas ni Dylan me hirieran y que podía confiar en ella para cualquier cosa. Pero quizá yo no estuviera lista, después de todo. Al menos, no hasta que comprendiera lo que había que contar.

—Puedo esperar.

—¿Estás segura? —preguntó—. Es tu tiempo, no el de ellos.

—Lo sé, mamá. —Significaba mucho para mí que dijese eso. Lo significaba todo—. Estoy segura.

KATE

30 de abril de 1998

Tres semanas, cuatro días y cinco horas: ese es el tiempo que ha pasado desde que nació Amelia.

Tengo la sensación de que debería resultar más fácil. Pero no.

Y eso que los primeros días fueron los más duros. En el hospital, cuando trataba de averiguar cómo darle el pecho en mitad de la noche. Al intentar salir de la cama, porque me dolía todo. Al cogerla y sacarla de la cunita de plástico.

Es tan pequeña y suave, como si tuviera los huesos de esponja... Es una broma de mal gusto que la naturaleza los haga tan indefensos.

Por suerte, hoy viene la enfermera que ha contratado Gretchen. Le estaría agradecida si estuviera aquí; mi madre sólo le pagó para salir corriendo de la ciudad, al cabo de tres cortas noches en Essex House. Y todavía tuvo la cara de ponerse a lloriquear al marcharse. Lágrimas de desilusión, lo más probable.

Madres. Ahora yo soy una. Eso es lo más gracioso del asunto: yo, una madre. De una persona viva, real.

Las enfermeras del hospital no paran de decirme que debería enviar a Amelia a la sala de puericultura para que yo descanse. Me prometieron que la traerían para darle el pecho. Sé que no dejan de ofrecérmelo porque estoy sola. Mi compañera de habitación, que tiene un marido que le ayuda con el bebé durante todo el día, no ha mandado al bebé a ninguna parte.

Así que yo tampoco. Amelia no va a tener menos porque sólo esté yo. No aún. Ni ahora ni nunca.

KATE

30 de junio de 1997

Hoy me ha llamado a su despacho para decirme que el memorándum de litispendencia era el mejor que había leído de todos los becarios de verano. Es como si el presidente saliera del Despacho Oval para darte una palmadita en la espalda. Eso nunca pasa.

Ahora puedo confirmar que la mejor manera de superar lo de Seth no será otro tío, sino convertirme en la mejor becaria que se haya visto jamás en Slone & Thayer.

KATE

27 de noviembre

Kate estaba en la cocina, dedo en ristre sobre la cafetera, cuando alguien llamó a la puerta. Apenas había luz: eran las siete de la mañana pasadas. Apretó el botón y se dirigió hacia las ventanas. Al mirar, descubrió a Kelsey, su vecina, saltando en el mismo sitio de un pie a otro, en pantalones para correr. Llevaba una sudadera de Nike amarilla y una gorra de punto bien encasquetada en su pelo corto como de duende.

Tenía gemelos de seis años, a los que cuidaba a tiempo completo en casa, y un guapísimo marido brasileño tan visiblemente dedicado a ella como Kelsey lo estaba a sus hijos. Era la viva imagen de la perfecta maternidad; conseguía que ella se sintiera como una inepta. No ya por nada de lo que hiciera, sino por lo en paz que parecía estar consigo misma. Quería ser madre a tiempo completo y lo era. No había ni tira ni afloja ni numeritos de precario equilibrio de los que alguien (o Amelia o Kate o su trabajo) saliera siempre perdiendo.

Cuando los amigos de Kate se fueron a casa, Kelsey había sido su salvación durante las semanas que siguieron. Se dejaba caer con guisos, compraba provisiones y hacía la colada, todo sin que se lo pidiera y sin esperar ni un gracias a cambio. Casi se sintió desilusionada cuando Kate le dijo que iba a volver al trabajo y que ya no necesitaría su ayuda.

—¿Te has dejado las llaves dentro? —le preguntó al abrir la puerta.

—No, no, estoy bien —contestó su vecina, saludando con una mano.

Todavía seguía saltando sobre sus tonificadas piernas—. Sólo quería saber cómo te había ido en tu primer día.

—Ah, ya. Ha sido... —Kate vaciló, incapaz de recordar nada de lo que había pasado en la oficina.

Tras recibir el mensaje de que Amelia no había saltado, todo se había vuelto difuso y difícil de retener. Tampoco había ayudado mucho que se quedara en vela media noche leyendo los mensajes de su hija. Había comenzado por la conversación entre Amelia y Sylvia, ya que parecía menos susceptible de resultar molesta. Se había quedado maravillada de la intrincada banalidad de sus charlas. Una espinilla sinvergüenza, la mala elección de zapatos de alguien, un roce espontáneo en el pasillo con un chico concreto, los detalles sobre el extraño sueño que alguna había tenido la noche anterior... Todos eran temas dignos de disección en él, en apariencia, imparable flujo de mensajes que circulaba entre ambas. Había tantos que costaba creer que las chicas hubieran estado alguna vez físicamente en la misma habitación. Pero lo habían estado, casi hasta el final.

«Lárgate, yo te cubro», era el último mensaje que Sylvia le había enviado a su hija cuando estaba en el despacho del señor Woodhouse.

Sylvia había admitido ante Molina que había ayudado a Amelia a escabullirse del despacho del director minutos antes de morir. Pero cuando ella, después, se hubo escondido en el baño, Amelia desapareció y, como todos los demás, no tenía ni idea de qué le habría hecho subir al tejado. Ni saltar de él.

—¿Estás bien, Kate? —preguntó Kelsey. Dejó de pegar saltos y se quedó mirándola fijamente, preocupada.

—Sí, perdona. Estoy distraída. —Sacudió la cabeza en señal de disgusto—. Estaba preparando café, ¿te apetece entrar y tomar uno? —La invitó por un extraño impulso. Aunque su vecina se había mostrado servicial, las dos

mujeres nunca se habían sentado solas a tomar un café. Ahora a Kate le apetecía. Quería sentarse con ella y fingir que eran amigas íntimas.

—¡Oh, claro! —contestó, a todas luces desprevenida. Consultó su reloj—. Pero tendría que ser rápido. Gabriel está con los niños y tiene que irse a trabajar en unos minutos.

Fue a por el café mientras su vecina se sentaba a la mesa de la cocina. De regreso, depositó un tazón delante de cada una sin dejar de decirse a sí misma que ese tipo de cosas se hacían así: una invitación improvisada, una conversación informal... Así era como la gente sin pareja ni hijos sobrevivía a la soledad. A lo mejor debería ofrecer magdalenas, galletas o algo así. Pero no tenía nada.

Podía sentir que Kelsey le clavaba la mirada.

—Perdona. Sé que me estoy comportando de forma rara...

—No, no. Para nada —replicó, rápida y nada convencida—. Yo soy la que ha llamado a tu puerta a las siete de la mañana.

Kate sonrió, miró hacia su taza de café e intentó no llorar. Kelsey era tan dulce y generosa como debería ser una madre. No como ella, tan distraída por su propia ambición. Si hubiera estado menos ocupada, si hubiera estado más atenta, quizás hubiera prevenido lo que le había pasado a Amelia.

—Ayer recibí un mensaje anónimo que decía que Amelia no saltó. Eso me tiene..., no sé, agitada.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la mujer, que ahogó un grito y se tapó la boca con una mano—. ¡Es terrible! ¿Quién haría algo así?

—No sé. —Y negó con la cabeza—. Pero creo que, quienquiera que sea, puede que tenga razón.

—¿De verdad? Pensaba que la policía... —Se detuvo en seco—. Oh, supongo que no conozco los detalles. Creía que no había duda alguna.

—Y no la había. —Kate pegó un sorbo al café—. Según la policía, al

menos. El detective que llevaba la investigación nunca me inspiró mucha confianza. Se lo veía con demasiada prisa por pasar a otro caso más estimulante o algo así. —Detestó su propio tono al oírlo: a la defensiva, acusador, desesperado—. En mi fuero interno, tampoco me creí nunca que Amelia se hubiese suicidado. Y ahora, con este mensaje... Anoche también encontré unas notas sospechosas en su habitación. —Se encogió de hombros—. Todo junto... es como si hubiera estado pasando algo en su vida de lo que yo no era consciente y que, probablemente, debería haber sabido. Algo malo.

—Oh —exclamó Kelsey. Bajó la vista hacia el mantel e, incómoda, cambió de postura en la banqueta—. Escucha, no te lo he contado antes porque me pareció que no tenía importancia, pero ahora no sé.

A Kate se le hizo un nudo en el estómago.

—¿El qué?

Su vecina inspiró profundamente. Luego apretó con fuerza el tazón entre las manos.

—Vi a Amelia con un chico una semana antes de que muriera. Aquí, entrando en casa.

—¿De verdad? —Su corazón se aceleró—. ¿Un chico aquí?

Metiéndose en casa para enrollarse. Seguro. No tenía por qué ser eso, pero ¿hasta qué punto podía estar ciega? ¿Cuánto tiempo se iba a creer que sacar buenas notas y ser una atleta estrella implicaba no tener relaciones sexuales? Amelia le había preguntado descaradamente unas semanas antes de morir cuándo le habían empezado a gustar los chicos y Kate se había tomado al pie de la letra su excusa de «investigación académica». No tanto porque entonces se la hubiera creído... La pregunta había disparado todas las alarmas. Pero tal vez consintiera en creérsela porque así era más fácil.

—Puede que fuera sólo un amigo. No sé —comentó Kelsey, pero era obvio que no creía eso. Hizo una pausa, bajó la vista y volvió a inspirar

profundamente—. Los vi en las escaleras cuando iban a entrar y de nuevo cuando se fueron.

—Amelia pasando el rato con un chico después del colegio en nuestra casa vacía no me suena exactamente a amigos —expresó ella—. Me avergüenza lo ingenua que he sido. Era una niña tan buena. Me he dejado engañar por un falso sentido de...

—No fue después del colegio, Kate.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Fue en mitad de la jornada escolar —aseguró su vecina en voz queda—. Lo siento. No quiero echar leña al asunto. Puede que ni siquiera sea importante, pero me ha dado la sensación de que podría serlo.

—¿En plena mañana? —preguntó Kate, con tono más airado de lo pretendido.

¿Amelia haciendo novillos? No se lo habría creído, como tampoco se tragó que copiase, si Kelsey no lo hubiera visto con sus propios ojos.

—Perdona que no dijera nada antes... Yo... —Le temblaba la voz. Parecía enferma de preocupación—. No quería molestarte si no era importante. Pero ahora que me has dicho que quizá no se haya suicidado... Había algo en ese chico... No sé, me hacía sentir incómoda.

—¿Te hacía sentir incómoda?

—No fue tanto por él. Amelia parecía nerviosa, triste o algo así. Sólo los vi unos segundos, así que es difícil de decir. Pero el lenguaje corporal de ella era inquietante.

—¿Viste a mi hija haciendo novillos y yendo a nuestra casa vacía con un chico que os incomodaba tanto a ti como a ella y no pensaste que deberías contármelo?

—Me dije que se lo preguntaría la próxima vez que viniera a casa a cuidar de los niños, que le animaría a contártelo. Pero no ha habido próxima vez. Si

te lo decía a ti directamente, podrías sentir que estaba juzgando tu forma de educarla. Perdona, Kate. —Su voz se resquebrajó y, después, sus ojos se abrieron de par en par—. Dios mío, ¿y si ese chico tuviera algo que ver con lo que le ha pasado a Amelia?

Cuando Kate se bajó del tren F en Bryant Park, estaba oscuro y nublado, como si el sol hubiera elegido no terminar de salir. Mientras cruzaba y se dirigía hacia el oeste por la calle Cuarenta y Dos, la humedad provocada por la niebla se convertía en llovizna. Oyó el sonido que anunciaba un nuevo mensaje mientras se subía a la lejana acera. Se detuvo para leerlo, cobijándose de la lluvia y mentalizándose para otro mensaje sobre Amelia.

Conozco tu secretito. Pronto lo sabrá todo el mundo.

Al llegar al trabajo y abrirse paso hasta el Departamento de Informática, todavía le temblaban las manos. Jamás había estado allí antes. Cuando tenía problemas con el ordenador, acudían ellos. Al parecer, las frecuentes operaciones informáticas de mayor importancia de Slone & Thayer se llevaban a cabo en ese cuchitril corriente y moliente de la segunda planta, junto al centro de reprografía.

Kate llamó a la puerta entornada, pero nadie respondió. Esperó un minuto más antes de volver a llamar. Luego empujó la puerta hasta abrirla del todo. Como era de esperar, Duncan tenía los auriculares Bose puestos mientras fingía estar tocando batería en el aire con salvaje abandono. Lo observó un segundo, pero él no se percató. No tuvo más elección que avanzar y darle una palmadita en el hombro.

—Pero ¡qué coño! —gritó él, pegando tal salto que se golpeó los muslos

con la mesa—. ¡Ay!

—Oh, lo siento mucho —se disculpó Kate con una exhalación—. No quería asustarte.

—Está bien, tía —dijo Duncan, con su habitual tono de porrero, alto y destemplado—. No vuelvas a hacerlo, de verdad; me alterarí el karma para siempre. Aquí abajo no estamos acostumbrados a las visitas. No puedes venir aquí a fisgar. Nunca más. —Cerró los ojos e inspiró hondo varias veces por la nariz. Por fin, volvió a abrirlos y espiró hasta quedarse sin aire. Y así, sin más, volvió a ser el relajado surfista de siempre.

Le tendió su móvil.

—Tengo otro mensaje como los que Beatrice te pidió que rastrearas. En serio, ¿no puedes decirme quién los envía?

Duncan cogió el móvil y bajó la mirada para leer el mensaje.

—Esto es francamente retorcido —comentó después de leerlo.

—Ya. Gracias —replicó ella—, hasta ahí llevo. Esperaba que pudieras ayudarme a averiguar quién lo envía.

—Ah, sí. Vale. —Pulsó varias teclas y frunció el ceño—. Usan la página web de la compañía telefónica para enviarlo.

—¿Y ya está? ¿Crees que la policía podría hacer algo más?

Se encogió de hombros.

—Por lo general, intento evitar a los maderos. Digamos que no puedo decir qué esconden bajo la manga, en plan estrategia policial, pero la compañía telefónica debería tener un registro sobre quién se conectó y desde dónde para enviar este mensaje, por si la pasma les manda una citación judicial. Imagino que necesitarían una prueba o lo que sea. Con sólo este teléfono, la policía va a ser incapaz de descubrir algo, tecnológicamente hablando. —Se lo devolvió a Kate—. Lo siento.

—Gracias de todos modos —dijo ella—. ¿Crees que tal vez podrías

ayudarme con otras cosas, como sacar todo del portátil de mi hija e imprimir los mensajes de su móvil?

—Por supuesto —replicó Duncan, ya más tranquilo. Su boca se quedó apaisada de tristeza mientras Kate le llenaba la mesa con un surtido de cables y cargadores, así como el móvil y el ordenador de Amelia.

—¿Estás segura de que quieres todo: su página de Facebook, Twitter y demás? Algunas cosas se podrían revisar más fácilmente online.

Facebook. Kate había decidido no mirar jamás el perfil de Amelia. Seguiría tan viva allí... Los amigos de Amelia —ya lo sabía— habían usado la página para rendirle un homenaje improvisado, dejándole mensajes tipo «te echamos de menos». La mera idea de verlos le resultaba insoportable.

—No creo que Amelia tuviera una cuenta de Twitter. Nunca la mencionó.

—¿Estás segura? —preguntó Duncan—. Muchos chicos de colegio se meten en Twitter, a veces, y ponen tuits sin parar. También está Facebook. El e-mail es como el nuevo correo postal. No sé si ella se tomaría la molestia de mencionar Twitter, pero para los chavales es como su segundo mundo. Vamos, que seguro que tienen.

Kate se lo quedó mirando fijamente. Aquello era demasiado. Había tantos sitios donde se podían haber almacenado cosas terribles sobre la vida de su hija... Volvió a pensar en el mensaje que había visto, el que envió a ese chico llamado Ben. «Qué suerte tengo», había comentado sarcásticamente Amelia de tener a Kate como madre. Leerlo había sido horrible y aún podía ser mucho, mucho peor.

—¿Qué te parece si nos lo montamos así? —soltó Duncan, rescatándola de su sofocante silencio—. Imprimo todos los documentos de Word y lo que tenga en su disco duro y te consigo su historial de navegación. De las demás cuentas, como Facebook, te guardo las contraseñas. Así puedes echar una vistazo rápido, ¿sabes? —siguió, y puso una mano en el ordenador—. Meterte de

lleno en el perfil de tu hija no te va a gustar. O sea, tengo veinticuatro años y soy muy cuidadoso y tal, pero mis viejos se morirían de un infarto si vieran mi página entera. Hay que poner filtros para papá y mamá. Entiéndeme... ¿Quién quiere ver a su hijo lamiendo alcohol de un cuerpo desnudo?

—¿Lamiendo alcohol de...?

—Venga, tía; no eres tan vieja. —Duncan puso los ojos en blanco—. Facebook no acababa de llegar cuando tú estabas en lo mejor de tu vida.

—¿Cuánto tardarás en hacerlo todo?

Duncan miró el reloj.

—Un par de horas, máximo. Te escribo cuando lo tenga todo.

Kate subía a su oficina cuando sonó el móvil. Era una llamada de un número oculto. Se detuvo en un tramo tranquilo del pasillo, fuera de la zona de los ascensores, y respondió sintiéndose algo indispuesta.

—¿Hola?

—Soy el teniente Lewis Thompson del distrito setenta y ocho. —Tenía el mismo acento marcado de Brooklyn que Molina, pero su tono era extremadamente cauto y educado—. ¿Es usted Kate Baron?

—¿Sí?

—Me han asignado el caso de su hija y...

—¿Qué ha pasado con el detective Molina? —preguntó, y de inmediato deseó no haberlo hecho. No es que quisiera que él volviera al caso, ni mucho menos. Se conformaría con el tal teniente Thompson, fuera quien fuera. Se conformaría con cualquiera que sustituyese a Molina.

—Ya no está en el departamento.

—¿Le han echado?

Una cosa era pensar que Molina era un incompetente, pero tener *tanta* razón habría sido escalofriante.

—Se ha ido voluntariamente. Encontró trabajo en el sector privado. Ayer fue su último día.

—Oh, ya comprendo —dijo Kate, aunque, por supuesto, no entendía nada. Se había puesto en contacto con ella un día antes.

—Tenemos los resultados del análisis de la caligrafía...

—Espere, ¿lo han hecho?

—Me han pasado a mí el caso basándose en los resultados.

—¿Cómo han podido examinar la letra si ni siquiera tienen una muestra de la de Amelia?

Ya estaba preparada para que le dijeran que el «perdón» escrito en aquella pared era innegablemente de su hija. Ya se había hecho a la idea de aceptar que la policía estaba haciendo su trabajo con el rigor adecuado.

—Tenían una muestra de la caligrafía de su hija, o de alguien. La tengo justo aquí, en mi mano. Es una nota dirigida a un tal Jeremy, agradeciéndole una recomendación. Está firmada: «Amelia». ¿Le suena de algo?

Por supuesto, Jeremy. Amelia le había escrito una carta dándole las gracias por la recomendación que había escrito para el programa estival de periodismo de Princeton. Él era un antiguo alumno y, cuando se enteró de que había echado la solicitud, se ofreció generosamente a apoyar su candidatura al prestigioso programa para estudiantes de enseñanza secundaria sin que Kate tuviera que pedirselo siquiera. Por lo visto, no había llamado sin más al comisario general de policía; le había presionado para que aceptara realizar un análisis de la caligrafía.

—Si piensa usted que existe alguna posibilidad de que esta nota no sea de su hija —continuó el teniente—, proporciéndonos una muestra para hacer un nuevo examen.

—Entonces, ¿la caligrafía cuadra? —preguntó Kate, que seguía mentalizándose para las malas noticias—. ¿Amelia escribió «perdón» en esa

pared?

—¿Puede usted responder primero a mi pregunta, señora? —cortó el teniente Thompson, no con impaciencia, pero sí con firmeza—. ¿La nota es de su hija?

—Sí, es de Amelia.

—En ese caso, quienquiera que escribiera en esa pared no era su hija.

—¿La letra no es de Amelia?

—Ni por asomo.

Kate corrió a su despacho para coger sus cosas y avisar a Beatrice de que estaría fuera el resto del día. Le había dicho al teniente Thompson que se encontrarían en el Dizzy, en Park Slope, dentro de una hora. Tenía que hacer una parada antes de salir. Bajó disparada dos tramos de escaleras. Luego torció la esquina hasta la enorme oficina de Jeremy. Cuando se detuvo en seco ante la puerta abierta, él tenía girada la silla en dirección opuesta, probablemente para quedar de espaldas y disimular que estaba leyendo la sección de deportes del New York Post.

Dio un respingo cuando Kate llamó.

—Sólo quería darte las gracias —dijo ella cuando él se dio media vuelta— por hablar con el comisario y disponer lo del análisis de caligrafía. Es sorprendente que conservaras esa nota.

—Es una bonita nota —respondió él—. ¿Es la misma letra?

Kate negó con la cabeza.

—No.

—¿De verdad? —Parecía atónito—. Vaya.

—Lo sé. Yo no creía que la hubiera escrito y, aun así, que lo confirmen... sigue siendo chocante. De todos modos, también han asignado a alguien nuevo al caso. Voy a reunirme con él en breve.

—Me alegra oír que se lo están tomando en serio —expresó Jeremy—. Puede que ahora consigas respuestas de verdad.

—Eso espero —respondió Kate, clavándole la mirada. Pensó por un segundo añadir algo más, pero enseguida comprendió que no lo haría—. Sea como sea, muchas gracias por tu ayuda.

—De nada. Si hay algo más que pueda hacer, dímelo, por favor —pidió—. ¿Me tendrás al corriente? ¿Me contarás lo que descubras?

—Por supuesto —prometió, y se volvió hacia la puerta.

—Ah, una cosa más —dijo, alzando la voz tras ella—. Sé que ahora mismo no estás para nada, y no deberías estarlo, pero quiero que sepas que he quitado a Daniel de los Associated. Serás la única socia en el caso cuando vuelvas. No corre ninguna prisa. Lo digo de verdad. Entre los demás socios y yo nos las arreglaremos, no importa cuándo regreses. Pero necesitaba darle un empuje. Daniel hizo una afortunada demanda a la citación y escribió un buen informe para la Segunda Jurisdicción de Apelación. Se ha marcado un buen tanto. Pero tú llevas seis años con el caso. Es tuyo y debería seguir siéndolo. Puede que te haga trabajar hasta la extenuación, pero creo en la lealtad. Debería contar para algo. Es un mensaje que los demás socios minoritarios del bufete necesitan oír. Cuando vuelvas, también lo voy a sacar.

Jeremy era el socio mayoritario en casi todos los asuntos de litigio fundamentales del bufete. Directa o indirectamente, había conseguido la mayoría de esos clientes, así que seguían siendo suyos, incluso sin haber hecho él nada del trabajo. Era algo tan protocolario como rentable.

—¿Qué quieres decir?

—Que el caso es tuyo... Las cantidades facturables, el beneficio, el cliente. —Jeremy tenía una expresión entusiasta en su rostro, como si le estuviera haciendo un precioso regalo modelado con sus propias manos—. Es como si los hubieras conseguido tú misma. Victor también está al tanto. De hecho,

parecía encantado de saber que me voy.

Kate había oído rumores de que Jeremy llevaba años «pasando casos» a socios que luego los continuaban, perfilando así el futuro de sus carreras. Tener un cliente sensacional como Associated Mutual Bank y considerarlo *suyo* le convenía. Antes de la muerte de Amelia, era el tipo de oportunidad que le habría hecho relamerse. Ahora le ponía ligeramente enferma. Pero no quería desilusionar a Jeremy. Él intentaba ayudar de la única manera que sabía: impulsando su carrera.

—Gracias —dijo Kate, porque se suponía que tenía que hacerlo y porque se lo agradecía de verdad—. Por todo lo que has hecho.

El Dizzy estaba casi vacío cuando entró. Recorrió con la mirada los reservados desgastados de cuero rojo y la ecléctica mezcolanza de cuadros de las paredes hasta que por fin divisó a un hombre menudo de unos sesenta y tantos años, de pelo canoso y rizado, sentado al fondo. Llevaba traje y corbata y estaba hablando con una guapa camarera que llevaba un anillo en la nariz y un pañuelo rojo anudado en la cabeza. Mientras lo observaba, dijo algo más y la camarera echó la cabeza hacia atrás y se rió con fuerza. Por fin, se dirigió hacia su mesa. Era el único que estaba solo. Aunque su aspecto no le pegaba, imaginó que debía de ser el teniente Lewis Thompson.

—¿Teniente Thompson? —preguntó vacilante una vez que estuvo delante.

—Puede llamarme Lew, de Lewis. —Le tendió una mano. De cerca era todavía más pequeño y con unos pálidos ojos azules escondidos tras unos gruesos cristales con montura metálica—. Siéntese.

—Perdón por llegar tarde —se disculpó Kate, intentando no sentirse derrotada por su aspecto, aunque costaba imaginárselo persiguiendo a los malos. Y mucho menos dando caza a alguno.

El teniente echó un vistazo por encima de ella e hizo una seña a la

camarera.

—¿Sabe ya qué quiere comer? Lo siento, pero no podía esperar.

Señaló su comida: fruta, una tortilla de verduras y una tostada de pan integral. Ni siquiera su comida era de poli. «Aunque como si con Molina, el tópico de policía por excelencia, hubiera llegado a alguna parte», pensó Kate una vez más.

—¿Qué desea? —preguntó la camarera a Lew, quien a su vez señaló a Kate.

—Sólo un café —contestó ella, pese a que tenía hambre.

—¿Está segura? —quiso asegurarse él tan pronto como la camarera hubo desaparecido—. Es muy importante comer bien.

—¿A qué departamento me dijo que pertenecía? —cortó ella, temiendo que pudiera decir Control de tráfico—. Creo que lo contó por teléfono, pero no lo oí.

—Distrito setenta y ocho. Homicidios —dijo él mientras daba otro meticuloso mordisco.

—¿Homicidios?

—Homicidios, como en un cadáver —explicó, leyéndole la mente—. Todavía no tengo ninguna prueba nueva sobre el caso de su hija, salvo el análisis caligráfico. Estoy aquí para escuchar, no para hablar. Así que, dígame, ¿por qué piensa usted que su hija no se suicidó?

A lo largo de dos tazas de café, Kate no paró de hablar. Habló de cómo era Amelia, tanto en su faceta de hija como de estudiante. De que no se creía que Amelia copiara. De que no pensaba que se hubiera suicidado. No dejó de decirse a sí misma ni por un instante que era su negativa a aceptarlo lo que le hacía hablar, que no era sólo que no pudiera vivir con la idea de que su hija se hubiera quitado su propia vida. A una minúscula parte de ella le daba miedo

que su negación fuera el verdadero motivo por el que estaba allí, sentada frente a aquel teniente bajito. Pero insistió, describiendo al chico misterioso que había visto Kelsey y todas esas notitas de «te odio». También le contó lo de los mensajes que había recibido, que ya eran tres.

—¿Y qué secreto piensa esa persona que está ocultando?

—No tengo ni idea —reconoció Kate, acallando la vocecilla que clamaba en su fuero interno: «¡Puede que sí! ¡Puede que sí!»—. Sinceramente, no lo sé.

—Y no tiene ni idea de quién podría estar enviando los mensajes...

Kate negó con la cabeza.

—Hice que el Departamento de Informática de mi bufete lo investigara. Los mensajes venían de la página web de la propia operadora; no pudieron decirme nada más. También van a sacar todos los mensajes y correos electrónicos del portátil y del móvil de Amelia. No estoy segura de que Molina revisara todo eso. —Kate se aguantó las ganas de decir abiertamente que mintió, pero no le pareció que pasara nada por insinuarlo—. Aseguró que lo hizo, pero no tenía el código de su móvil, así que no sé cómo iba a poder. Tampoco dio con las notitas que hallamos en su cuarto.

—Hmmm. De acuerdo. Pondremos a nuestros chicos a trabajar en los mensajes. No son los más rápidos, pero tal vez consigan más detalles. También podemos tomar declaración a alguien de la compañía telefónica, aunque eso tampoco va a ser un proceso ágil —dijo Lew—. He vuelto a revisar el expediente de su hija, por supuesto.

—¿Y?

—Puede que sea demasiado escaso.

—¿Puede?

—Escuche, un poli decente haciendo un trabajo decente puede mirar de muchas maneras distintas. Hay un gran abanico de posibilidades —aclaró, abarcando una distancia con las dos manos—. En un caso así, eran de

esperarse más entrevistas a testigos, más observaciones aclaratorias. Ha habido algunas, pero no suficientes, lo más probable. Además, está el informe de la autopsia.

Kate nunca había visto ese informe. No había preguntado y no se lo habían ofrecido.

—¿Qué pasa con él?

—Para empezar, no estaba en el expediente del caso. Fui a Manhattan para localizar un duplicado y todo lo que tenían en el Colegio Anatómico Forense eran las fotografías. No soy experto en analizar fotos de autopsias, pero como mínimo hay una cosa que no parece cuadrar con alguien que se tira a propósito.

Eso era lo que Kate quería: pruebas fehacientes de que Amelia no se había suicidado. De pronto, le entró el pánico.

—¿Qué quiere decir?

—Se ven largos arañazos en los antebrazos de Amelia, como de uñas. —Se detuvo ante el estremecimiento de su interlocutora—. ¿Está segura de que quiere saberlo? Quizá no sea necesario tanto detalle.

—Quiero saberlo —asintió Kate, intentando recuperar el aliento—. Tengo que hacerlo. Continúe.

—Pues bien, la posición del cuerpo no descarta el suicidio, como podría hacerlo aterrizar lejos del edificio, pero suscita preguntas. Preguntas a las que alguien debería haber dado respuestas.

—¿Podemos llamar a Molina y consultarle?

—Ya lo he hecho. —Colocó el tenedor y el cuchillo a ambos lados del plato—. Parece estar ilocalizable en este momento, a bordo de un barco de pesca en algún lugar de los Cayos de Florida. Hasta dentro de otra semana no se espera que regrese.

—¿No decía que iba a ser guardia de seguridad? —dudó Kate. Le sonaba a

alguien a quien habían bajado de categoría, no a alguien con dinero para irse de pesca en un yate.

—No me refiero a un guardia de los que cobran ocho dólares la hora en Best Buy o sitios así. Está trabajando en Industrias Carmon, una empresa de seguridad. Contratan a polis, agentes del FBI, a ese tipo de gente. Por lo que he oído, es un chollo si te va el tema.

—¿No es todo esto de lo más oportuno? El informe extraviado de la autopsia, que Molina se vaya de la policía justo cuando empiezo a hacer preguntas...

—Se acabó el tiempo. No más preguntas.

—¿Se acabó? —Ahora empezaba a mosquearse. ¿De verdad iba a ser tan olvidadizo como Molina?—. ¿Ya está? ¿Es todo lo que va a decir, que se acabó?

Lew pegó un último sorbo al café y asintió con la cabeza.

—Por ahora.

—Así que ¿vamos a quedarnos aquí sentados, esperando a que Molina regrese de sus vacaciones? —expresó, más alto de lo que se había propuesto, enfadada.

Percibió que la camarera y el mozo se giraban hacia ellos, pero le importó un bledo. Ya bastaba. Ya la habían avasallado, hecho callar e ignorado una vez. No se iba a quedar sentada para que pasase lo mismo.

—No —contestó el teniente con calma. Se puso en pie y alisó cuidadosamente varios billetes de dólar antes de colocarlos bajo el salero y el pimentero—. Vamos a empezar de cero y a volver sobre los pasos de Molina. Buscar pistas nuevas donde tengamos que hacerlo. Su hija está muerta y tenemos la frase de «lo siento» en una pared, escrita por alguien que no era ella. Disponemos de algunas conclusiones médicas cuestionables y un mensaje anónimo que afirma que no se mató. Para mí, es más que suficiente para

reabrir el caso.

—Ah —expresó Kate, aliviada y algo espantada por haberse saltado una puerta sin darse cuenta siquiera de que había que abrirla—. Bueno, de acuerdo.

—Tenemos preguntas. ¿Quién cree que tiene las respuestas?

—No lo sé —dijo con voz quebrada—. No lo sé, de verdad.

—Seguro que sí. —E hizo un gesto para que saliera con él—. Usted sabe mucho más de lo que cree.

Ir primero a hablar con Sylvia fue idea de Kate. Molina la había entrevistado la última vez y a ella siempre le había parecido que debería saber algo más. Lew estaba de acuerdo: era un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

Julia, la madre de la joven, abrió la puerta al vuelo. Vestía unos pantalones de perneras estrechas que se ensanchaban en las caderas, una ajustada camiseta sin mangas y zapatillas rojas de ballet. Era el tipo de atuendo poco favorecedor que Kate nunca se hubiera puesto, pero en ella resultaba encantador. Acentuaba su belleza natural, su estilizada y tonificada figura y una estructura ósea exótica. Con el pelo recogido en una coleta revuelta, parecía mucho más joven de lo que era, teniendo en cuenta la edad de sus hijos: el mayor estaba en segundo de carrera, en Standford.

—¡Ah, hola! —saludó Julia con su tenue acento holandés más perceptible de lo habitual. Parecía sorprendida y confusa. Su mirada iba de Kate a Lew y viceversa. Antes de que Kate pudiera explicar por qué estaban allí, un pequeño terrier asomó zumbando por el canto de la puerta y ladrando salvajemente—. No, *Beeper* —lo regañó, deslizándolo suavemente con un pie por el brillante parqué—. Perdón. Permitidme que lo vuelva a dejar fuera. —Unos segundos después, sacaba otra vez el perro a la terracita de la cocina—. Entrad, entrad —los invitó, haciendo señas con la mano—. ¡Qué agradable

sorpresa! —Intentó aparentar que estaba encantada de ver a Kate, pero resultaba obvio que no era así. A Kate le pareció normal. La mejor amiga de su hija se acababa de suicidar. Quería olvidar, no pasar tiempo con la madre de la niña muerta.

—Es el teniente Thompson —lo presentó ella—. Me está ayudando a investigar lo que le ocurrió a Amelia.

Julia le tendió una mano y Lew se la estrechó con firmeza. Ahora parecía algo más alto, aunque tampoco demasiado.

—Encantada de conocerle, teniente —dijo ella con expresión tensa—. ¿Que la policía esté de nuevo involucrada significa que el asunto ha tomado un cariz diferente?

—Estamos buscando información adicional en los entrevistados iniciales —replicó Lew con desenfado—, para asegurarnos de que no se pasó nada por alto.

—Es una buena idea. Nunca me he creído que fuera un suicidio —apuntó Julia.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Amelia era como una hija para mí —afirmó la mujer con vehemencia—. Fue siempre muy fuerte, como una desearía que lo llegasen a ser sus propios hijos.

No resultaba fácil oír a Julia hablar así de Amelia, como si tuviera algún derecho sobre ella. Lo peor era que lo tenía, por la gran cantidad de tiempo que su hija había pasado con ella. Julia era una madre de las que siempre están en casa.

—Llámelo instinto maternal. Supongo que no es muy científico, pero no por ello menos exacto.

—Gracias por decirlo —replicó Kate con una mezcla de alivio y celos— y por preocuparte tanto por ella. Consideraba esta casa como su segundo hogar.

Julia volvió a mirarla fijamente con los ojos brillantes. Por un instante pareció que iba a añadir algo; sin embargo, debió de pensárselo mejor.

—Tenemos un par de preguntas para su hija —dijo Lew a espaldas de ambas—. No tardaremos mucho.

—Ah, ya —se sorprendió, aunque era poco probable que pudiera haber pensado que estaban allí sólo para hablar con ella—. Hmm, de acuerdo. Vengan por aquí.

Les dio la espalda y los condujo con cautela hacia el interior de la casa, que tenía una gran variedad de electrodomésticos de alta gama y trastos de adolescente. Ese desorden resultaba agradable, en cierto modo reconfortante.

—Sentaos —ofreció al verlos fuera del salón, una sala luminosa de techos altos y blancos sofás acolchados. Un centro de tulipanes naranjas decoraba la mesa de café de madera maciza—. Voy..., voy arriba a buscar a Sylvia. —Miró con recelo hacia las escaleras—. Se lo advierto: no es la misma desde lo de Amelia. Creo que se siente responsable. Tal vez esa sea otra razón de que no crea que fue un suicidio. No quiero que se sienta culpable.

Lew y Kate permanecieron sentados en silencio durante lo que pareció una eternidad. Por fin, los escalones crujieron bajo fuertes pisadas. Un instante después, apareció Julia con una sonrisa tensa. Sylvia iba tras ella, pálida y demacrada. Vestía unos pitillos vaqueros y una camiseta negra y holgada, tan grande que podría considerarse un vestido. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta, idéntica a la de su madre, pero más desordenada. Sylvia siempre se había preocupado enormemente de su aspecto, era algo que la definía. Ahora tenía una pinta horrible. Resultaba desgarrador.

—Venga, cariño —la animó Julia con voz atiplada y gorjeante—. Siéntate en el sofá. Kate y el oficial necesitan hacerte unas preguntas.

La mujer se acomodó y dio unas palmaditas en el sofá, junto a ella. Luego

miró a su hija.

Sylvia ni se movió.

—Deja de hablarme como si me hubiera vuelto loca, mamá.

Julia sonrió a Kate, en parte avergonzada y en parte triste por los implicados.

—Sylvia, tenemos unas preguntas sobre Amelia y no te volveremos a molestar —dijo Lew con tranquilidad—. Pero ahora vas a tener que aguantarnos; es probable que ya hayas respondido antes a esto.

—Vale... Supongo... Me da igual. —La chica puso los ojos en blanco—. O sea..., que no tengo elección, ¿no?

—No, supongo que no —siguió el teniente—. Amelia y tú erais buenas amigas, ¿verdad?

—Sí... O sea, supuestamente... Desde la guardería, casi.

—¿Estaba deprimida o enfadada por algo? —preguntó Lew.

—Somos adolescentes —respondió Sylvia—: todos estamos deprimidos.

Kate sonrió. Era justo lo que Amelia habría dicho.

—Pero ¿algo fuera de lo normal? —insistió él, ignorando su sarcasmo.

—Últimamente intentaba averiguar quién era su padre. Recibió algunos mensajes muy raros: «¿Quién es tu padre?», de ese tipo. No sé, no me los enseñó. Y creo que venían de un número oculto. A ver, no estaba tan rayada como para suicidarse por eso. —Sus ojos parpadearon deprisa mientras miraba a Kate. Luego se perdieron en el suelo—. Me dijo que ya no se creía lo que le habías contado sobre él. Hablaba de averiguar la verdad por sí misma si no le quedaba otra.

¿Mensajes sobre su padre? Ahora tenían sentido las repentinas preguntas de Amelia. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Quién los habría enviado?

—¿Sabes si avanzó algo en la búsqueda? —preguntó Lew.

Sylvia negó con la cabeza.

—Dijo que sabía dónde estaban los viejos diarios de su madre, que los iba a revisar.

—¿Y lo hizo? —apuntó Kate.

—No lo sé. Nunca volvió a sacar el tema. Se lo iba a preguntar, pero luego, ya sabes, pasó lo que pasó...

—¿Y sabes si tenía relaciones íntimas? —inquirió el teniente—. ¿Un chico, tal vez?

—No había ningún chico —confirmó.

—Mi vecina vio a Amelia entrar en nuestra casa en pleno día con un chico unos días antes de morir —apuntó Kate—. ¿No sabes nada de eso?

—Puede que fuera ese chaval... Ben... —declaró Sylvia. De golpe se la veía nerviosa—. Todo ese rollito entre ellos parecía bastante raro. Además, Amelia me mintió, así que... ¿quién sabe?

—Sí. He visto un mensaje de un tal Ben —dijo, sintiendo que se le agarrotaba el estómago al recordarlo: «Qué suerte tengo»—. ¿Va al colegio contigo?

—No, pero también solicitó plaza en ese curso tan aburrido de verano en Princeton para idiotas que van de listillos —dijo la joven. Su tono era de asco; tal vez de celos. Con ella era difícil saberlo—. Se mandaban mensajitos todo el día y Amelia siempre estaba en plan de «es gay y vive en Albany; se siente solo». A mí todo eso me daba mal rollo.

Lew estaba tomando notas.

—¿Amelia le escribía?

—Me contó que él había conseguido su correo a través de alguien de Princeton. —Se encogió de hombros—. Como decía, todo el asunto era muy raro. Se suponía que él iba a venir aquí el día que ella murió. Amelia siempre era muy discreta con todo lo relacionado con él. Creo que le daba apuro, le hubiese pasado a cualquiera.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de dónde podríamos encontrar a Ben? ¿Un número de teléfono, un apellido, un correo electrónico? —inquirió Lew—. ¿El nombre de un colegio, quizá?

Sylvia negó con la cabeza.

—Lo tendrá en su móvil. Estaba siempre mandándole mensajes.

—Está —confirmó Kate—; lo he visto.

—De acuerdo. Bien. ¿Algún altercado o lío con alguien más? —preguntó el teniente—. ¿Tenía problemas con alguna chica?

—No.

—Sylvia, he encontrado un montón de notitas en su habitación —dijo ella, aún con la sensación de que la chica seguía ofreciendo resistencia—. En todas pone: «Te odio». Parecen escritas por personas diferentes. ¿Sabes de qué podría tratarse?

Sylvia torció el gesto y negó con la cabeza.

—Ya nadie escribe notas. ¿Estás segura de que no eran de la propia Amelia? Siempre andaba metida en algún proyecto loco.

—Es verdad —corroboró Kate con una sonrisa, recordando que, con cuatro años, recortó uno de los dos ejemplares de *El árbol generoso* para hacer una estructura articulada con las frases.

Pero era extraño que a la chica no le hubieran sorprendido las notas de «te odio». A ella le habían chocado y hubiera jurado que a la joven también le pasaría, o que le provocarían más curiosidad. A menos que, por supuesto, ya supiera todo sobre el asunto.

—¿Y qué hay de ese boletín informativo del colegio? —continuó Lew.

—Ah, sí. *gRaCeFULLY*, así se llama —añadió Kate—. ¿Sabes quién lo escribe, Sylvia?

Ella clavó la mirada en sus manos, negando con la cabeza.

—¿De qué hablan? —quiso saber Julia, inclinándose hacia su hija y

tratando de mirarla a los ojos—. ¿Por qué estás disgustada?

—No estoy disgustada, mamá.

—Es ese blog de cotilleos, boletín o lo que sea —explicó Kate—. Era... Las cosas que escribían ahí eran bastante fuertes.

—¿Fuertes? —repitió Julia—. ¿Por qué nunca me has hablado de ello?

—Porque es una estupidez —argumentó su hija—. Empezó hace un par de años, más o menos.

Kate deseó no haber sacado el tema, probablemente porque ya no era tan importante y no quería que Julia se pusiera a buscarlo y descubriese lo que habían dicho sobre Sylvia. No le desearía eso a nadie.

—¿Quién creó *gRaCeFULLY*? —preguntó Lew.

—Algún estúpido sin nada mejor que hacer —dijo la joven, encogiéndose de hombros.

—¿Estaba Amelia enfadada por lo que escribían ahí sobre ella? —continuó el teniente—. Algunas cosas son bastante personales.

—Un momento —cortó Julia—. Siento interrumpir. ¿Están colgando en el colegio un miserable *blob* de cotilleo sobre los estudiantes?

—Es un blog, mamá, no un *blob*, y se lee en el *ordenador* —bufó Sylvia—. No entiendo por qué estamos hablando de esto. Amelia se tiró. Fin de la conversación.

—¡Sylvia! —la regañó su madre—. Sé que no es fácil para ti, pero ¡piensa en los sentimientos de Kate, por el amor de Dios! Sólo quiere comprender qué le pasó a Amelia.

—Que saltó de un tejado —recalcó su hija con agresividad—. ¿Qué más hay que entender?

—El porqué —dijo Kate, tratando de no enfadarse. Sylvia también estaba mal... Estaba claro—. Quiero saber por qué. Quiero saber qué pasaba en la vida de mi hija como para ponerla en semejante tesitura, porque no me lo

creo: no creo que lo hiciera.

—¿Y qué hay de ese examen que copió, según la dirección del colegio? — observó Lew—. Dicen que se tiró por eso, porque le disgustó que la pillaran. ¿Te habló de eso, Sylvia?

—¡Bah! —bufó la chica—. Amelia era demasiado lista para copiar. Si alguna vez se le hubiera ocurrido, seguro que no habría sido en un examen de Lengua. Tenía capacidad suficiente para enseñar esa asignatura. Estaba enfadada con los que decían que lo había hecho, pero ella sabía que no era cierto. La verdad habría salido a la luz.

—Si no se trata de chicos ni de drogas ni de que la pillaran copiando... — prosiguió Lew—, entonces, ¿por qué crees que lo hizo?

—Porque era una estúpida —dijo Sylvia, iracunda. Cruzó sus delgados brazos sobre su gigantesca camiseta, como si se plegara sobre la escuálida estructura que albergaba dentro. Se volvió hacia las escaleras—. Y una egoísta. Desearía no haberla conocido jamás.



gRaCeFULLY

3 DE OCTUBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

¡Hola, zorras!

Ay, ¡los tíos son tan imbéciles! Se dice que un grupito de novatos envió fotos «guarras» a las futuras Urracas, que los engañaron y fingieron ser sus admiradoras secretas. Y se las han mandado a todas las chicas de clase. Un consejito, chavales: si recibís un mensaje de una chica que dice querer veros el tema, ¡ES MENTIRA! A ninguna le interesaría conseguir fotos de vuestras salchichas Frankfurt.

Parece que nuestra querida Jessica DEALER, con ese apellido tan inoportuno, está a punto de ser expulsada por pasar pastillas a las guapas plastas de Grace Hall. ¿Tres colegios privados en tres meses, Jessica? Tu desafortunado apellido no tiene por qué ser tu destino, ¿sabes?

Se rumorea que el asquerosamente rico (y con pocas credenciales) padrastro de una de las estudiantes de último año..., ¿cómo decirlo?, discapacitada académicamente, está haciendo campaña para colarla en una universidad de la Ivy League. Y cuando digo campaña me refiero a contactos

y un grueso y succulento talonario; nada más peligroso que un miembro de la junta directiva sin sacar tajada. Todo apunta a que planea pinchar el teléfono de la oficina de admisión o, en su defecto, romper algunas piernas.

El finde pasado echaron de Kale's Tavern a todo el equipo de Lacrosse: no por ser menores de edad y estar mamados, sino porque uno de esos idiotas ¡SE MEÓ EN EL SUELO! ¡Menudos retrasados! Si alguien es tan anormal como para atenderos, lo menos que podéis hacer es tener la amabilidad de averiguar dónde está el inodoro.



AMELIA

5 DE OCTUBRE, 23:34

Amelia

más cosas raras

Ben

oh, oh, q ha pasado?

Amelia

es tan rara y tiene tantos altibajos... a veces tengo la sensación de q no quiere ser mi amiga

Ben

perdóname, xo las chicas estáis todas locas. terminaste la misión Urraca?

Amelia

sí

Ben

incluso...

Amelia

sí

Ben

me lo imaginaba

Amelia

lo sé. dije q no iba a hacerlo, xo no tuve mucha elección

Ben

ya, ya. seguro

Amelia

no me juzgues, no seas malo

Ben

como quieras. Sabe el chico q todo es mentira?

Amelia

mañana

Ben

joder, tía

Amelia

lo sé, doy asco. ya hablaremos, tengo q irme

5 DE OCTUBRE, 23:41

Sylvia

q me hace mejor culo, los vaqueros James o el vestido vintage q me compré en el West Village?

Amelia

es una pregunta con truco?

Sylvia

jaja

Amelia

el vintage

Sylvia

lo sabía! gracias!! Bss

5 DE OCTUBRE, 23:47

Dylan

Justo estaba pensando en ti

Amelia

yo también

Dylan

cosas buenas?

Amelia

desde luego

Dylan

genial, tveo mañana

Amelia

byee

5 DE OCTUBRE, 23:52

Carter

tía, q deberes hay de Biología?

Amelia

127-47 y laboratorio

Carter

joder. gracias. vas a la fiesta de Chloe del viernes?

Amelia

no sé

Carter

ven, estará guay

Amelia

puede. nos vemos

5 DE OCTUBRE, 01:06

Número oculto

tu madre t miente. Le vas a dejar q lo haga sin más?



facebook

6 DE OCTUBRE

Amelia Baron

está lista para ser deslumbrada

Carter Rose Estoy en el 322 de Garfield. ven cuando quieras

Sylvia Golde Puajjj por los dos

AMELIA

6 de octubre

Sylvia y yo estábamos sentadas a una mesa cualquiera del Tea Lounge haciendo los deberes. Los camareros tatuados de la barra tenían puesta la radio a tope, en la que sonaba algún grupo indie, y el sitio se hallaba atestado: escritores, universitarios y madres de cháchara que ignoraban a sus renacuajos chillones. El Tea Lounge siempre estaba a rebosar y sus muebles dispares de mercadillos de garaje eran un poco agobiantes, pero seguía siendo genial. Siempre que podíamos íbamos allí a hacer los deberes a la salida de clase. Sylvia pedía un expreso que apenas podía tragarse, yo un té negro con leche, y fingíamos que estábamos en la universidad.

—«Lo que se hace por amor siempre está por encima del bien y del mal»— recitó Sylvia del libro que estaba leyendo.

—¿Ah, sí? —pregunté, escuchando a medias—. Bah.

Tenía la vista fija en mi portátil. Estaba terminando el trabajo sobre *Al faro*. Al principio me habían fastidiado los temas que Liv nos había dado. No es que me creyera un genio ni nada, pero eran muy fáciles... Ridículamente fáciles. Pero me llamó aparte después de clase para decirme que podía escribir de lo que quisiera y al final se me ocurrió una idea muy interesante. Pensé que ella se quedaría impresionada. Quería que lo estuviera.

Me gustaba Liv, y no sólo porque era joven, guapa, llevaba complementos modernos y un misterioso tatuaje que sobresalía un poco cuando se recogía el pelo en una coleta; era la profesora más guay que había tenido nunca. Y

también escribía, como yo. Hasta me había enseñado dos relatos breves que había publicado en revistas literarias de tirada corta, y eran bastante buenos. O sea, no buenos en plan *New Yorker*, pero no estaban nada mal.

Además, me animaba a que escribiera ficción. Siempre intentaba convencerme de que hiciera algo en ese sentido, como presentar relatos para que me concediesen una beca de Escritura Creativa. No obstante, eso no era lo mismo que participar en un curso de verano de Periodismo en Princeton. Escribir artículos sobre algo concreto no era lo mismo que escribir ficción. No estaba preparada para que el mundo criticara esos textos... Todavía no.

—¿Quién hubiera pensado que el bueno del viejo Nietzsche fuera tan romántico? —preguntó Sylvia. Podía sentir cómo fijaba la mirada en mí, a la espera de que mostrara algún interés, pero ni caso—. Tú no lo comprendes, Amelia. Estar enamorada es como ir más allá del bien y del mal. —Lo decía medio en broma, a pesar del tono de tragedia shakesperiana. Todo lo relacionado con los chicos era así para ella: cuestión de vida o muerte, altibajos y falsos venenos—. Ya sé que me han gustado otros chicos antes —ahora hablaba completamente en serio—, pero Ian es el definitivo. Al principio, me gustaba porque era mono y tenía ese acento tan dulce..., y también porque pensaba que algún día podría terminar siendo duquesa, pero ahora es como..., no sé... Es una persona increíble. Me ha abierto los ojos de verdad. —Me miraba como si supusiera que yo estaba incubando todas esas preguntas sobre su historia de amor.

No era cierto. Habría sido más fácil responder algo si no hubiera dicho prácticamente lo mismo de tres chicos diferentes. Y lo alucinante era que ni siquiera estaba mintiendo: Sylvia se creía lo que decía. También por eso era tan fantástica. Tenía ese gran corazón fuera de control que arramplaba con todo a su paso. Era bonito estar cerca; a veces, apenas podía sentir el latido del mío bajo el peso de mi hiperactivo cerebro.

Además, quién sabe, tal vez Ian fuera el definitivo. Era una posibilidad poco probable, pero no imposible.

—Mierda —maldije al recordar la hora que era—, llego tarde. Tengo que cuidar a los niños de Kelsey esta tarde.

Sólo me quedaban diez minutos para salir del Tea Lounge y acudir a la reunión de las Urracas, que se celebraba en la casa de Zadie. Vivía por la Octava, y no podía llegar tarde. Se suponía que iba a revelarnos a las tres lo último que debíamos hacer antes de convertirnos en Urracas de pluma en pecho; cosa que, por otro lado, yo ni siquiera estaba segura de querer. Pero haría lo que fuera por seguir siendo amiga de Dylan.

—Ni siquiera me estás escuchando, ¿o sí? —me preguntó Sylvia, hojeando distraída su ejemplar de *Introducción a la filosofía*. Luego se detuvo y me miró con suspicacia—. De todos modos, ¿qué pasa contigo últimamente? Nunca estás y, cuando sí, te comportas como un bicho raro. ¿Y todos esos estados de Facebook llenos de poesía barata? «Amelia Baron está para ser deslumbrada». Ya sabes cómo me raya que la gente se ponga supercreativa en Facebook. Es como si estuvieras enamorada de alguien o algo así.

Abrí los ojos como platos al despegar la vista de mis deberes. No pude evitarlo.

—¡Hala! ¡Lo estás! —gritó, estrellando el libro contra la mesa con tanta fuerza que el desaliñado guionista que teníamos detrás nos miró como si estuviera a punto de darle un manotazo.

—¡Cállate! —mascullé—. ¡Vas a conseguir que nos echen a patadas!

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién es? —Sonreía ampliamente, radiante—. Amelia Baron, ¿te enamoras por fin de un chico y ni te molestas en contármelo? Soy tu mejor amiga. Tienes la obligación moral de contarme estas cosas. —Parecía más entusiasmada que enfadada—. Exijo que empieces por el principio y que me lo cuentes absolutamente todo. Entonces, puede que te perdone. Es mayor,

¿no? ¡Ay, Dios! No será calvo, ¿verdad?

Por eso Sylvia seguía siendo mi mejor amiga. Ahora reaccionaba como si no hubiera deseado otra cosa que yo me enamorara. El noventa por ciento del tiempo estaba más pendiente de su ombligo, pero el diez por ciento restante era una amiga formidable.

—¡Aquí estás, cari! —dijo una voz con acento detrás de nosotras antes de que pudiera decir algo.

La cara de Sylvia se iluminó al girarse y ver a Ian Greene haciendo señas en nuestra dirección mientras cruzaba el mar de sillas astilladas del Tea Lounge. Llevaba unos vaqueros ceñidos con una camiseta negra ajustada, y su pelo rubio oscuro le coronaba la cabeza en una cresta irregular. Además, calzaba unas extrañas zapatillas, como las de los bolos. Tenía pinta de estrella del rock inglesa, en plan de «me importa una mierda» o de perdedor total. Quizás ambas cosas. En él, todo quedaba bien. Analicé su atractivo evidente, a la espera de que en mí también se produjera esa chispa..., y nada. Captaba que estaba bueno, eso saltaba a la vista. Pero no lo sentía.

Ian y yo nos habíamos cruzado en otra fiesta el finde anterior, en casa de uno de los chicos. Fue una locura. No llegué a casa hasta casi las dos, cuando, menos mal, mi madre dormía como un tronco. Para entonces ya circulaban drogas duras y la gente andaba teniendo sexo, o casi, por los pasillos. Él y yo tampoco hablamos en esa fiesta. En algún momento lo había visto con Zadie, pero, por lo poco que había entrevisto, bien podría estar intentando escaparse de ella. Tampoco comentamos nada de la fiesta después. De hecho, no habíamos hablado nunca de nuestras respectivas afiliaciones a esos clubes; era un secreto bien guardado entre nosotros que Sylvia desconocía. Por eso percibía un cúmulo de tensión. Detestaba saber algo del novio de Sylvia que ella ignoraba. Contaba con una cosa: yo estaba allí para no quitarle el ojo de encima, en especial con Zadie zumbando a su alrededor. Pero seguía dándome

la sensación de traición, de esas que mi mejor amiga jamás me habría perdonado.

Ian le rodeó el cuello con un brazo mientras la besaba. Hasta sus gestos más accidentales resultaban osados en él. Sylvia resplandecía tanto al mirarle que parecía que podía estallar en llamas.

—Te he estado buscando por todas partes —anunció él. Hizo un varonil saludo con la cabeza al frustrado guionista de al lado, le robó una silla vacía sin preguntar y se sentó a horcajadas frente al respaldo—. Creí que esta tarde íbamos a ir al parque para hacer unas fotos.

Mi amiga me sonrió de oreja a oreja.

—Quiere fotografiarme —dijo con falsa modestia—. ¿No es adorable? —Se volvió hacia él—. ¿No tenías entrenamiento de remo hasta las cuatro? Te iba a mandar un mensaje en unos minutos. Amelia tiene que irse, de todos modos.

—¿Estás segura? —Alzó respetuosamente la voz. Estaba provocando un poco a Sylvia—. No quiero chafaros los planes. Podemos apañárnoslas para quedar luego.

Intentaba ganarse mi simpatía. Esperaba, por el bien de mi amiga, que no fuera porque creyera que yo le había echado el ojo.

—No, Sylvia tiene razón —contesté, mirando el reloj. Me puse en pie y recogí mis cosas. Luego hice una señal a Ian para que ocupara mi puesto—. Tengo que estar en un sitio a las cuatro.

Sylvia inclinó la cabeza hacia un lado, coqueta, mientras Ian se sentaba más cerca. Una de sus piernas cruzadas se columpiaba de atrás hacia adelante. El resto de su cuerpo parecía de caucho. Ian tampoco podía quitarle los ojos de encima a ella. Al contemplarlos, me sentí mejor por ambos. No había visto que él mirara así a Zadie ni a ninguna otra chica. Sylvia estaría bien. Su afecto era mutuo.

—Vale, nos vemos luego —me despedí, aunque ninguno de los dos me escuchaba.

Esperé un segundo más. Luego me giré para irme. Estaba casi en la puerta cuando oí que Sylvia me llamaba.

—¡Oye, querida mejor amiga! —Cuando me volví, ella e Ian estaban agarrados de la mano—. No te vas a ir de rositas. Sé que ocultas más de un secreto... Al final, vas a tener que desembucharlos uno a uno.

Cuando salí del Tea Lounge, subí la calle Union hasta la Séptima Avenida. Mientras estábamos dentro, la temperatura había descendido. Ahora el sol estaba cubierto por una densa capa de nubes plomizas y se había levantado algo de viento. Era la primera semana de octubre y al fin se sentía el otoño de verdad. Me subí la cremallera de la sudadera y me puse la capucha. Al torcer al sur, el viento arreció, cortante. Encorvé los hombros y bajé la vista hacia el suelo con la esperanza de que el atestado mar de la Séptima Avenida se abriera en canal por arte de magia.

Pero no hubo suerte. Después del colegio, las aceras de Park Slope estaban a rebosar con riadas de escolares, madres y un aluvión de tipos convencidos de que eran escritores o artistas —ni demasiado geniales ni demasiado bohemios—, que andaban siempre haraganeando por el barrio mientras los adultos de verdad estaban currando.

Seguí caminando hasta pasar por el supermercado Ace, donde los chicos de Grace Hall birlaban chocolatinas, y por La Bagel Delight, donde venden *bagels* calientes recién sacados del horno. Dejé atrás el PS 321, un colegio para sardinas en lata. Cada vez que miraba su patio abarrotado, no entendía cómo podían caber todos esos críos en un edificio tan pequeño.

Cuando pasé por la pizzería Pino, vi que una multitud de chavales del Grace Hall seguía dentro pasando el rato. Un par de manzanas más arriba

había algunos más, sentados en un banco frente a Cocoa Bar, un local para ir después del colegio, agradable y tranquilo. Delante del Cocoa estaba el Colegio John Jay, pero a esa hora los polis ya se habían encargado de que los estudiantes se fueran a casa en tropel.

Durante las doce manzanas más o menos que quedaban, mantuve la cara agachada para resguardarme del viento; así no tendría que preocuparme de toparme con nuestra vecina Kelsey o con Julia, la madre de Sylvia. Ambas me caían bien, siempre eran agradables conmigo, pero harían preguntas que yo no quería contestar.

Y pensé en el hecho de que Sylvia creyera que me había enamorado. Me pregunté qué querría decir que tuviera la sensación de que era verdad.

Cuando llegué por fin a la calle Octava, tiritaba como una loca. Torcí rápidamente a la izquierda, hacia la casa de Zadie, con la esperanza de que el viento amainara si caminaba de dirección, pero se puso peor. Agaché la barbilla y me abracé con fuerza.

Había dado dos pasos cuando algo arremetió contra mí con tanta potencia que perdí el equilibrio. Entonces sentí una mano en mi brazo. Bajé la vista y allí estaba, tocándome. Una manaza de hombre. «Mierda, mierda, mierda, van a atracarme. O a violarme». Tenía que moverme, correr, escapar. Gritar.

—¡Suéltame, gilipollas! —grité tan alto como pude, retorciéndome para librarme de la mano—. ¡Suéltame!

—¡Amelia, soy yo! —Conocía mi nombre. ¿Cómo diablos sabía mi nombre?—. Perdona. Lo siento mucho. Fue sin pensar. No quería asustarte.

Tiré de mi brazo otra vez; ya no tenía su mano encima. Cuando retrocedí un par de pasos y alcé la vista, me topé con el señor Woodhouse en chándal, deportivas y anorak. Llevaba puesto un gorro de lana negra, como si viniera de montar en monopatín. Parecía aterrado.

—Lo siento mucho, Amelia —se disculpó, mirando a ambos lados con las manos en alto y los ojos como platos. Retrocedió un paso más, supongo que por temor de que alguien pudiera llamar a la policía—. Te he llamado un par de veces. Supongo que no me has oído, llevabas la capucha puesta. No debería haberte agarrado así. De verdad, perdóname.

Mi corazón latía tan fuerte que lo sentía en los dedos de los pies.

—Ajá, no debería. —Intentaba recuperar el aliento—. Digamos que no me hace mucha gracia que un desconocido me agarre.

—Dios, creo que llevo demasiados años enseñando al norte del estado de Connecticut —comentó él—. Uno olvida que en la ciudad la gente está siempre en guardia.

—Yo no iría por ahí agarrando a las chicas.

—Buen argumento —apuntó con una sonrisa. Luego miró confuso de arriba abajo el edificio de delante—. Tú no vives por aquí, ¿verdad?

Woodhouse me estaba empezando a inquietar un poco. ¿Acaso se sabía de memoria mi expediente? Por no mencionar la paranoia que me entraba al pensar que conocía mi barrio. Sentí mucha tensión por haberme arriesgado a guardar el nombre de Dylan en mi móvil. Revelar al director la ubicación donde iban a reunirse las Urracas costaría que me rebanaran un dedo, probablemente.

—Voy a visitar a mi tía. Vive por aquí.

¿Por qué no había dicho a una amiga? No tenía ninguna tía. Seguro que Woodhouse también lo sabía.

—Debe de ser agradable tenerla tan cerca —comentó. No podría decir si era una pulla por mentir.

Luego se produjo un largo y embarazoso silencio. Él asentía un poco con la cabeza, como si estuviera devanándose los sesos sobre qué decir. Por fin me miró, entrecerrando los ojos por el resplandor del atardecer.

—Pronto anochecerá. Ten cuidado al volver a casa. Algún loco puede abalanzarse sobre ti y asaltarte en cualquier momento. —Sonrió y señaló la dirección en la que yo iba con la barbilla—. Y dile a Zadie y a las demás que más vale que sean buenas.

Zadie abrió de golpe la gran puerta de acero antes de que tocara el timbre siquiera. Rezaba porque no me hubiera visto hablar con el señor Woodhouse.

—Llegas tarde —soltó, mirando hacia la acera por encima de mi cabeza, comprobando si me habían seguido. Luego tiró de mi sudadera y me arrastró dentro—. Dios, no te quedes ahí parada como una gilipollas.

Podríamos decir que me dejaba entrar en su edificio más que en su casa. Dentro había un gran espacio diáfano con ventanales que iban del techo al suelo en un lado y ladrillos descubiertos en el otro. Los suelos de cemento parecían aceras, aunque bruñidas, y los escasos muebles que había eran muy bajos, fríos y modernos. Salvo una estantería llena de fotos y un par de jarrones con pinta de ser caros, aquello parecía más un almacén de muebles que una casa habitada.

—Por Dios, vamos. —Pasó junto a mí hacia un conjunto de escaleras metálicas colgantes—. Todas las demás están ya abajo.

La seguí hasta un sótano acondicionado como vivienda. En la parte frontal había una pequeña habitación con estanterías vacías y unas sillas para leer. Junto a ellas, un pasillo tapizado con moqueta de diseño moderno: azules, rojos y verdes que evolucionaban juntos en espiral a lo largo de todo el corredor.

¿Acaso no acababa de decir que ya todos estaban allí? Resultaba inquietante lo tranquilo que estaba aquello. Silencioso, incluso. ¿Y si no había nadie más? ¿Y si todo ese rollo de la reunión era una especie de montaje? Zadie me odiaba. No sabía por qué, pero me odiaba de verdad. Y allí estaba yo, atrapada en su sótano, encerrada lejos del mundo, donde nadie me oiría

gritar siquiera.

—¿A qué esperas? —preguntó, agitando una mano ante mí.

—Aquí abajo está todo muy silencioso —comenté como una idiota.

—Eeeh, tal vez sea porque está insonorizado, bicho raro —soltó, como si todo el mundo tuviera habitaciones insonorizadas en sus casas. Me fulminó con la mirada—. La sala multimedia de mi padrastro está por aquí y a él le gusta el silencio. ¿Quieres que te dé más detalles de mi casa antes de que muevas el culo?

—¿Por qué me odias? —me oí preguntar. A una parte de mí le alegraba haberlo hecho; a la otra, la más lista, le daban ganas de estrangular a la primera—. Dime qué hago mal y juro que dejaré de hacerlo.

Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en tajos azules mientras impulsaba su cara hacia la mía. Percibí el olor a cigarrillos de su pelo. También vi con claridad su mechón blanco; su pelo era incoloro en esa zona perfectamente geométrica, como si se la hubiera pintado con lejía y una regla.

—¿Puedes dejar de ser tú? —susurró Zadie. Tenía la cara muy cerca, lo bastante como para habernos besado—. O sea, si *puedes*, sería genial. De lo contrario, supongo que no me queda otra que seguir odiándote.

Entonces, Dylan entró de sopetón en la estancia; venía del largo pasillo.

—¡Ya has llegado! —Sonrió.

Mi corazón pegó un brinco, pensando que se dirigía a mí. En cambio, se volvió hacia Zadie.

—La gente está harta de esperar, Zad. Un par de chicas han avisado a sus padres de que vuelven ya a casa.

—De acuerdo —dijo Zadie sin quitarme la vista de encima—, ya voy. Pero asegúrate de que Ojos de Loca se siente lejos de mí. El hedor de su perfección me pone enferma. —Giró en redondo y salió al trote por el pasillo.

Mantuve la cabeza gacha mientras avanzaba para seguirla. Tenía miedo de

echarme a llorar si miraba a Dylan. No podía seguir así. No podía tratar con una Zadie que me odiaba tanto sólo para estar con Dylan.

—Siento haber llegado tarde —farfullé al pasar junto a ella—. No pretendía haceros esperar. Me encontré con alguien fuera y...

—¡Ssshhh! —chistó, llevándose un dedo a los labios. Se asomó para comprobar si Zadie se había ido de verdad.

—¿Por qué me ha dejado entrar en el club si me odia tanto? —pregunté—. La verdad es que no lo comprendo.

—¿Dejarte entrar? —repitió ella en voz baja. Parecía confusa—. Zadie te eligió.

—¿Que ella me eligió? ¿Qué estás diciendo?

—¡Dylan! —gritó Zadie desde el fondo del pasillo—. ¡Ven aquí de una puta vez!

Dylan alzó los ojos y esbozó una sonrisa... sosegada y dulce.

—Podríamos ignorarla. —Su amplia sonrisa se tornó traviesa—. Aunque puede que hoy sí se cargue a alguien.

—Mejor no correr ese riesgo —observé mientras negaba con la cabeza, y bajé la vista a lo largo del pasillo, que me daba la impresión de conducir a la silla eléctrica. No me tragaba del todo eso de que había sido Zadie quien me había dado el toque, pero no era el momento de insistir para conseguir detalles—. Estoy casi segura de que yo sería la primera en caer.

—Probablemente.

Y luego se quedó sonriéndome un largo rato, sin más. Con su suave piel, sus pómulos marcados y sus definidos bucles caoba, era la persona más perfecta que había visto jamás. Impecable. Sin mácula. Resultaba difícil mirarla, como si ella —como si yo— fuera a saltar en añicos si ponía demasiado los ojos en ella.

Me sonrió por última vez. Luego se giró y se fue por el mismo camino que

había tomado Zadie. Contemplé cómo se alejaba y sentí que me succionaban el aire. Apenas dio un par de pasos cuando regresó para enlazar sus dedos fuertemente con los míos.

Yo no podía dejar de mirar nuestras manos entrelazadas mientras tiraba de mí por el largo y oscuro pasillo. Ahora oía voces al final. Además, una luz se derramaba por detrás y sentía la agitación distante de cuerpos reunidos. Deseaba que aquel pasillo durara eternamente, deseaba mantener nuestras manos juntas. No quería que se fuera jamás.

Dylan se quedó paralizada al borde del rectángulo de luz que procedía de aquella habitación lejana y que se reflejaba en la moqueta del pasillo. Me soltó. Estaba de espaldas a mí con los brazos estirados, formando una cruz baja, cuando tropecé con ella.

—Pues bien, el juego... —oí decir a Zadie.

—¿A qué estás esperando? —le susurré al oído a Dylan.

Zadie iba a perder los estribos cuando se diera cuenta de que yo no había entrado aún. Dylan no me contestó, sino que se giró despacio. Su cara se hallaba a unos centímetros de la mía. Percibía el latido de mi corazón y estaba segura de que ella también lo notaba. Pero el único sonido que captaba era la voz de Zadie, flotando, alta y lejana:

—Este juego no es para neuras ni acomplejadas ni nada de eso —continuó—. O habláis ahora o ya os estáis largando de aquí con todo vuestro patetismo.

De repente, la boca de Dylan estaba sobre la mía. Noté que sus labios eran pequeños, suaves y delicados cuando le devolví el beso. Nada que ver con aquel basto sabor salado del socorrista de Chatham de hacía dos veranos.

Cuando apretamos nuestras bocas una contra otra, sostuvo mi cara con una mano y, en ese preciso instante, estuve segura. No sólo quería ser su amiga. No sólo quería ser como ella. Quería seguir besándola.

Y, de improviso, Dylan se alejó, ahogando un jadeo. Y allí estaba yo, sola en la oscuridad, en el borde de aquel rectángulo de luz.

Tardé un segundo en recuperar el aliento. Mi corazón latía con fuerza al entrar en la estancia donde estaban todas reunidas. Mantuve la mirada baja con la esperanza de que mis mejillas no estuvieran tan sonrojadas como las sentía. Me pasé el dorso de la mano por la boca, pero enseguida dejé de limpiarme. En lugar de eso, presioné mis dedos contra mi labios para intentar retener el beso.

Eché un vistazo arriba para ver si alguien me estaba observando, pero todas las chicas —unas despatarradas sobre sillas de cuero estilo director de cine, otras apoyadas en las paredes o sentadas en el suelo con las piernas cruzadas— tenían los ojos puestos en Zadie, que estaba al frente, de pie. Tras ella había algún pulcro equipo electrónico y una gigantesca tele de pantalla plana.

Recorrí la habitación con la mirada en busca de Dylan mientras me deslizaba por la pared más cercana. Me aterrorizaba la idea de que se hubiera marchado, de que se hubiera escabullido de algún modo y desaparecido. Cuando por fin me fijé en Zadie, allí estaba Dylan, sentada a su derecha. Tenía la vista clavada en mí; no exactamente frunciendo el ceño, pero tampoco sonreía. Su expresión era más de sorpresa y de confusión, quizá.

«Pero me ha besado —me dije, evocando lo absurdo que había parecido cuando Sylvia comentó que no estaba segura de si había sido así en el caso de Ian—. ¿Acaso no lo ha hecho? ¿Por qué se asombra?».

—Tenemos un blog... Se llama *Pájaros de una pluma*. —Zadie parecía orgullosa de sí misma—. Yo me lo inventé. En fin, todas tienen páginas con fotos tuyas. El objetivo del juego es conseguir, ya sabéis, tantos «me gusta» como podáis.

Siguió hablando sin parar sobre las fotos y sobre cómo lograr más «me

gusta». Yo no prestaba atención, sólo podía pensar en el beso y en lo perfecto que había sido. Un instante después sentí un dolor en el pie. Tardé un minuto en percatarme de que Zadie me estaba pisando.

—¡Joder! ¿Me estás escuchando, zorra?

—¡Hum! ¡Ah, sí...! —tartamudeé. Noté que las demás chicas también me estaban mirando.

Se cruzó de brazos y sonrió de forma espantosa. Ahora estaba más cerca, cerniéndose sobre mí.

—¿Estás dentro?

¿Tenía que seguir dentro? Después de lo que acababa de pasar con Dylan, tal vez no. No había estado atendiendo, pero lo que había oído sobre el juego —blog, fotos, desconocidos— no me gustaba. No me apetecía nada.

Intenté mirar más allá de Zadie, a Dylan, por si me hacía algún tipo de seña. Pero se había agachado para hablar con Bethany. No parecía que hubiera advertido, ni mucho menos que le importara, que Zadie la tomase conmigo. Era como si hubiera desaparecido por completo.

Si se aburría de mí tan deprisa, ¿cómo podría captar su atención cuando ya no fuera una Urraca? Ya no nos veríamos ni en las reuniones ni en las fiestas. Quizá fingiera que no me conocía, quizá se tomara como un insulto personal que no permaneciera en el club por ella. Quizá se enfadara. Si me mirase, lo sabría. Pensé de nuevo en el beso, en cómo su suave mano había acariciado mi cara.

—Y bien —insistió Zadie, volviendo a propinar un empujón a mi pierna con el pie—, ¿qué va a ser, Ojos de Loca? ¿Lista para enrolarte?

Miré hacia Dylan por última vez. Ya no hablaba con Bethany, sino que miraba al suelo con expresión descontenta. ¿Y si Dylan quería en secreto que me fuera? No, eso no podía ser. No tendría sentido. Me acababa de besar, ¿no?

—Quiero quedarme —grazné con una especie de gallo. Luego carraspeé.

Me obligué a sostener la malvada mirada de Zadie—. Jugaré. —Ella me fulminó con la mirada durante otro minuto, como si intentara hacerme cambiar de idea—. Me quedo —repetí. Me temblaba la voz.

—¡Basta ya, Zadie! —gritó Dylan desde la otra punta. Se puso en pie. Cruzada de brazos, inclinó la cadera hacia un lado, una provocación que jamás había visto antes—. En serio, ¡déjala en paz de una puta vez!

Fue la primera vez que la oí así, enfadada, dura, y todo porque me estaba defendiendo. Me dio la sensación de que mi corazón iba estallar. El beso significaba algo. Ahora estaba segura.

Cuando salimos, unos veinte minutos después —tras un montón de «detalles» demasiado imprecisos sobre ese supuesto «juego»—, nos topamos con el padrastro de Zadie en la cocina. Era alto, de complexión atlética y con una densa mata de pelo negro. Llevaba un llamativo traje de marca europea y una sortija muy hortera en un dedo. Gastaba mucho dinero en ropa, era evidente; pese a ello, su estilo era cursi. No como el del resto de padres de Slope Park que de vez en cuando resultaban guais; la mayoría eran esnobs y tontainas, pero no tenían pinta de pijos al estilo europeo, ni siquiera los procedentes de Europa.

Había una botella abierta sobre la encimera y un vaso semivacío al lado. El padrastro de Zadie estaba de pie tecleando en su iPhone mientras sujetaba una Blackberry y una copa con la otra mano.

En la esquina se hallaba una mujer mayor, con el pelo rubio y canoso recogido en un moño suelto. Llevaba pantalones negros desteñidos bajo un delantal y estaba mullendo los cojines del sofá. Por un instante, pensé que sería la madre de Zadie, hasta que me percaté de que mullía como si le fuera la vida en ello. Nosotras también teníamos una asistenta —como la mayoría de la gente de Slope Park—, pero ella aparentaba estar interna. Puede que incluso

trabajara sin cobrar.

—¡Eh! —retumbó la potente voz del padrastro—. ¡Mira qué tenemos aquí! ¡Las Urracas han salido volando de su guarida secreta!

—¡Uff! ¡Cierra el pico, Frank! —gritó su hijastra, juguetona, pavoneándose a su lado y quitándole la copa de la mano. Pegó un sorbo. Y otro más.

—¡Hum! Siempre intentas pillar lo mejor cuando crees que no hay nadie más en casa. —Él le volvió a arrebatarse el vaso cuando iba a pegar otro sorbo—. Tu madre me matará si hueles a whisky cuando vuelva a casa. Venga, preséntame a tus amigas.

Yo estaba la primera. Tanto intentar salir lo más rápido posible de aquella casa para terminar así de expuesta. Zadie puso los ojos en blanco y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la encimera de granito.

—¡Uff! —exclamó, quitándole el iPhone de la mano y toqueteando la pantalla—. No son mis amigas.

—Venga ya —dijo su padrastro, pasándole un brazo por encima de los hombros. Se volvió hacia nosotras—. Espero que Zadie esté siendo buena anfitriona. Por lo que a mí respecta, siempre seréis bienvenidas en nuestro hogar. Me gusta el tema de los clubes. Una vez estuve metido en algo parecido... Lo mejor que he hecho en mi vida. Esos chicos siguen siendo mis mejores amigos. Los clubes te organizan mejor la vida, ya sabéis.

—No creo que las bandas puedan considerarse un club, Frank —comentó Zadie, y volvió a sonreírnos. Estaba tirándose el rollo—. Frank creció en el lado equivocado de Brooklyn. Considera que el propósito de la sociedad Skull & Bones de Yale consiste en cargarse gente.

Los ojos de Frank le lanzaron un destello y luego su rostro adoptó su relajada sonrisa. Se encogió de hombros.

—Puede ser —dudó—, pero una hermandad es una hermandad. Y también he sido poli, ¿recuerdas? Es el club que acaba con todos los malditos clubes,

créeme.

—Oh, claro. Parece tan imposible que te dejaran llevar pistola que casi nunca lo recuerdo. —Zadie avanzó hacia la puerta—. De todos modos, ya se iban.

—Bien, así te puedes poner con los trabajos del colegio —apuntó—. Al final, he apostado con el gilipollas de Teddy a que entras en una de esas dos universidades de élite. Y ese mierda me debe cinco mil dólares.

—Y si lo consigo, ¿quién se quedará con el dinero?

—Puedes tirar el dinero por el váter, por lo que a mí respecta. Sólo quiero tener la oportunidad de decirle a ese pijo de mierda que se vaya a tomar por culo. Perdón por mi francés.

—He aquí, señoras —anunció Zadie, moviendo dramáticamente una mano—, un padre que hace apuestas sobre si vas a entrar o no en la universidad. Esto es lo que pasa cuando tu madre se casa con uno del lado incorrecto de Brooklyn.

—Sí, así es. —Lanzó uno de los cojines recién mullidos al suelo para sentarse en el sofá y apoyar luego los pies en la mesita de café, que tenía pinta de haber costado un ojo de la cara—. Y a cambio nada en el dólar y te corres unas juergas de puta madre.

KATE

27 de noviembre.

Kate y Lew estaban sentados en el sofá ante dos cajas recién abiertas que el mensajero había entregado a su regreso de casa de Sylvia. Todas contenían hojas y más hojas. Duncan las había atado con una goma elástica —medían dos palmos de alto, más o menos— y etiquetado como: E-MAILS, MENSAJES, DOCUMENTOS DE WORD.

—Hay mucho que ver —susurró mientras el teniente sacaba la nota que Duncan había incluido.

—Pues parece que hay todavía más: aquí tiene una lista con algunas contraseñas... Facebook, Twitter —comentó él—. Por lo visto, también participaba en un blog. Tendremos que echar un vistazo. Es difícil asegurar cuál es la forma habitual de comunicación entre estos adolescentes: el chat de Gmail, Facebook, mensajes... En cada colegio es diferente, ya sabe.

Un Lew de sesenta y pico años que sonaba mucho más versado que Kate en la comunicación entre adolescentes. Ella apenas entendía el propósito de Twitter y no tenía ni idea de cómo seguir a nadie.

—¿Ya ha tratado con este tipo de historiales electrónicos en casos anteriores?

—En casos, no —Lew sonrió mientras negaba con la cabeza—, pero tengo seis nietos que se las apañan para que me meta en Facebook al menos una vez al día; me envían fotos, mensajes y demás.

—¡Seis nietos! —repitió Kate en voz baja, tratando de no pensar en los que

ella ya nunca llegaría a tener.

—Y sólo la mitad de nuestros hijos han formado una familia. A saber qué haré cuando los demás se pongan a ello —dijo, intentando adoptar un tono de fastidio, aunque quedaba claro que era una pose. Se acercó a las cajas—. Creo que deberíamos aplicar aquí eso de «divide y vencerás».

—¿Puede revisar sus redes sociales y ese blog? Hay un ordenador de sobremesa en la segunda planta, en mi despacho.

Lew señaló con la cabeza los montones de páginas.

—¿Estará bien aquí abajo con todo eso?

—No —dijo Kate, y respiró hondo—, es probable que no.

Una vez que el teniente hubo desaparecido escaleras arriba, Kate sacó la primera pila de papeles: los documentos de Word de Amelia. Parecía poco probable que la sumieran en la histeria; sabía que lo grave (y, por tanto, lo útil) aparecería con toda probabilidad en los mensajes del móvil. Y no estaba preparada para ponerse con ellos. Por fortuna, aparte de las entradas de *gRaCeFULLY* que ya había leído, los documentos eran trabajos de clase o relatos escritos por ella. Kate casi había terminado de repasar lo que quedaba de la pila cuando dio con uno titulado «*Al faro: Amistad y feminismo*», por Amelia Baron. Era el trabajo que supuestamente había copiado. Excepto que el título no sonaba igual que el del que había caído de su cuaderno.

Kate se llevó el texto abajo, a la cocina, al cajón en el que había echado todas las notitas crueles cuando Adele apareció en la puerta. Había deslizado el trabajo en el mismo cajón. Lo abrió y miró la página del título: «Representaciones del tiempo: *Al faro*», por Amelia Baron. No era el mismo ni de lejos.

Se volvió hacia la mesa de la cocina y colocó los trabajos uno junto a otro. Hojeó las páginas, leyendo por encima. A simple vista, los trabajos no tenían

nada en común. ¿Por qué haría Amelia dos trabajos diferentes del mismo libro? Se quedó mirándolos fijamente, recorriendo con las yemas de los dedos las letras del título. Era la prueba de que no había copiado. No podía explicar por qué, pero estaba segura.

Dejó los trabajos en la mesa y volvió a subir al salón, donde parecía haber montones interminables de papeles. Primero sacó los e-mails. Una nota pegada en la primera página decía: «Impresos sólo los de los últimos 4 meses. Si quieres más, avisa». ¡Todos aquellos mensajes en cuatro meses!

El primer correo era de George McDonnell: **Vas a la fiesta de Chloe este finde? He oído que alguien trae E. ¿E? ¿De éxtasis? ¿Era George McDonnell el chico misterioso con el que Amelia se había colado en casa? Todavía trataba de asimilar el tema del sexo y ahora también había drogas por medio.**

Kate desordenó la pila, rezando por que Duncan hubiera incluido la respuesta de su hija. En efecto, una vez revisadas casi las tres cuartas partes, había un indicador y una nota: «ENVIADOS». Revisó a toda prisa los mensajes hasta que dio con su respuesta: **E? Ahora eres drogadicto o qué? Eso no mola, tío. De todas formas, no puedo, tengo entrenamiento el domingo por la mañana.**

Kate cerró los ojos y apretó el correo contra su pecho. Gracias a Dios. Puede que estuviera segura sobre ciertas cosas, después de todo. Leyó el siguiente. Era para la señora Bing, su entrenadora de lacrosse: **En el campo de entrenamiento durante las vacaciones de primavera?**

Puede que no todo fueran mentiras y malas sorpresas. Pero entonces, unas doce páginas más adelante, encontró un e-mail que le heló la sangre:

Lo siento, Amelia. Me pasé de la raya. ¿Podemos hablarlo? Por favor.

Phillip

Fuera quien fuera este Phillip, algo había sucedido entre él y Amelia. Una pelea de algún tipo. Kate miró la dirección: p_woodhouse@gracehall.edu.

¿Phillip Woodhouse, el director de Grace Hall? Observó el correo sin dejar de pestañear, luego volvió a mirar la dirección. ¿Qué hacía Phillip Woodhouse escribiéndose con Amelia en ese tono? «¿Lo siento? ¿Me pasé de la raya?». ¿Desde cuándo un director se disculpa con una estudiante? ¿Y qué tipo de línea había traspasado exactamente?

Dio un respingo al ver a Lew en las escaleras. Al girarse, observó que estaba lívido.

—¿Qué pasa? —preguntó. Primero lo del director y ahora esa expresión de espanto... Aquello era excesivo. La adrenalina hizo que le temblasen las manos—. ¿Qué ha encontrado?

Esperó a que el semblante de Lew se relajara, pero él se limitó a detenerse a cierta distancia y a sujetarse en el respaldo del sillón.

—Debería venir y verlo usted misma —dijo por fin.

—¿Qué...? No. ¿Por qué? ¿Arriba? —Le entró vértigo sólo de mirar hacia las escaleras—. Dígame lo que ha encontrado. ¿Algo en su Facebook?

Él negó con la cabeza.

—Como le decía, necesita verlo.

Kate se sintió aturdida al atisbar los correos en su regazo.

—He encontrado otro trabajo —añadió ella, intentando ganar tiempo—. Dos trabajos diferentes para la misma asignatura. Ese que dicen que Amelia copió.

—Hmm —sopesó él con tono de no estar muy interesado—, eso merece que lo estudiemos.

—Y he descubierto esto. —Se puso en pie y le tendió el e-mail.

Él bajó la vista hasta el papel.

—¿Quién es Phillip Woodhouse? —preguntó—. ¿Podemos pensar que se

trata del novio misterioso?

—Es el director de Grace Hall.

Lew frunció el ceño y volvió a leer el correo.

—Que no nos entre el pánico todavía. Haremos un seguimiento para ver de qué va. Podría haber una explicación razonable. No dice nada específicamente inapropiado.

Ella se quedó mirándolo hasta que él alzó la vista. Negó con la cabeza.

—Está bien —determinó—. Estoy de acuerdo; precisa de una explicación.

Kate se sentó en el sillón de su pequeño despacho, frente a la pantalla en reposo del ordenador.

—De acuerdo —dijo, haciendo una seña a Lew para que procediera—. Terminemos con esto.

Él movió el ratón hasta que la pantalla cobró vida con un clic. Y allí estaba Amelia con unas braguitas de encaje rosa y un sujetador con *push-up* a juego. Se hallaba inclinada sobre la silla del escritorio de su dormitorio, con el trasero hacia la cámara.

—¡Dios mío! —exclamó Kate, ahogando un grito y tapándose los ojos con la mano. Quería mirar de nuevo para asegurarse de lo que había visto, pero no se sintió capaz. Aquella chica sensual que coqueteaba con el objetivo era Amelia, no cabía duda. Se estremeció de la cabeza a los pies, tratando de apartar la imagen de su mente—. ¡Apáguelo! ¡Por favor, apáguelo!

Lew alargó una mano y desconectó el monitor.

—¿Qué era eso? —gritó Kate.

—El blog en el que escribía —musitó él con desánimo. Parecía abochornado.

—¡¿Que Amelia se hizo una foto así y la subió para que todo el mundo pudiera verla?! —bramó como si hubiera sido el teniente quien le hubiera

ordenado que lo hiciera.

—No todo el mundo —dijo Lew con delicadeza—, sólo los que conocieran el *nick* de Amelia.

Kate iba a vomitar sobre el teclado. ¿Acaso su hija era una prostituta clandestina o algo así? ¿Una exhibicionista? ¿Qué diablos la había llevado a hacerse fotos medio desnuda y, lo que era peor, a subirlas en Internet? Era el tipo de cosa que... No, no era el tipo de cosa que la gente hacía.

—¿Cuántas personas lo han visto? ¿Puede decírmelo?

Porque puede que no fuera tan terrible como parecía. Diez, quince..., esas eran las cifras que barajaba. No es que fuese lo ideal, pero no era lo mismo que trabajar como chica de compañía. Además, podría tratarse de una chiquillada; a lo mejor a los adolescentes de hoy día les gustaba... verse en ropa interior. Puede que fuera una nueva modalidad de sexo seguro: desnudarse por ahí para no tener que hacerlo en la vida real. Pero no se lo creía de verdad. No había nada saludable en esas fotos que ahora tenía grabadas en la memoria.

—Tiene mil doscientas ochenta y ocho visitas.

—¿Qué? —Kate había olvidado de qué estaban hablando.

—Me ha preguntado que cuánta gente la había visto —explicó a regañadientes—. Ese es el número de personas a las que les ha gustado su foto. Algunas han dejado comentarios.

—¿Han visto esa foto más de mil personas? —Le ardían los ojos.

—Sea lo que sea, esto va más allá de Amelia —dijo Lew, ignorando su pregunta, probablemente porque la respuesta era que incluso más de lo que figuraba—. Hay más de dos docenas de chicas en este grupo.

—¿Grupo?

—*Pájaros de una pluma*. Diría que existe algún sistema de clasificación jerárquica, casi como un juego.

—¿Un juego? ¿Con fotos como estas? ¡Dios mío! Es enfermizo. —De golpe, se puso furiosa—. Tenemos que localizar a esas chicas y contarles a sus padres lo que están haciendo. Esto no está bien y no ha sido idea de Amelia. Alguien la ha impulsado a hacerlo.

—De acuerdo. Supongo que todos los nombres que aparecen aquí son seudónimos. ¿Tiene algún anuario o algo similar que podamos revisar para conseguir los nombres reales?

—Hay un directorio con fotos de todos los estudiantes. Está en la red.

Mientras Kate iba a su dormitorio para cotejar las fotos una a una en el portátil, pensó en la posibilidad de que, después de todo, Amelia se hubiera suicidado de verdad. Si se había visto mezclada en algo así, tal vez se sintiera culpable y avergonzada para seguir viviendo con ello.

Cuando regresó a su despacho, Lew estaba al teléfono.

—Sí, de acuerdo —dijo en voz queda, frotándose la frente—. Estaré allí cuanto antes. —Al colgar, su mandíbula se tensó.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate.

Ella se había estado mentalizando por si a él le apartaban del caso con una llamada telefónica en la que le dirían que su tiempo sería más provechoso en otra parte. Pero no ahora, no después de ver esas fotos. Él espiró profundamente con la mano todavía en la frente.

—Si me pasa el enlace y la contraseña del directorio, yo mismo puedo revisarlo esta noche —dijo—. De todas formas, sería mejor que no viese las demás fotos.

—¿Adónde va?

—A casa. Mi mujer tuvo un derrame cerebral el pasado verano —explicó, afligido. Movió la cabeza con expresión de disgusto y clavó la mirada en el suelo. Cuando la alzó, tenía los ojos llorosos—. Cuando tiene un mal día, sólo

me escucha a mí. La mitad del tiempo ni siquiera sé si me reconoce, pero sí me oye. Era la enfermera que la cuida en casa. Parece que hoy tiene un día muy malo.

Kate lo miró parpadeando. Deseó ser el tipo de persona que da preferencia a alguien que ha sufrido un derrame cerebral antes que a su propia ansiedad, pero lo que sentía eran ganas de agarrarlo de una pierna y rogarle que se quedara, que no se apartara de su lado hasta que averiguase las atrocidades sobre Amelia que quedaban por descubrir.

—De acuerdo —acertó a articular—, sí. O sea, por supuesto. ¿Sabe cuándo podrá volver?

—A primera hora de la mañana —dijo Lew. Se detuvo en la puerta, frente a Kate, y la miró a los ojos. Su expresión se suavizó entonces de un modo que ella jamás había visto. Tal vez mirase así a sus propios hijos ya adultos, con esa firmeza cubierta de calidez. Le entraron ganas de llorar—. Trate de no preocuparse. Vamos a averiguar lo que ocurrió.

Cuando se fue, Kate resistió la tentación de volver al blog de Pájaros de una pluma. No fue difícil. No tenía estómago para soportar esas fotos de Amelia. Ni ahora ni nunca.

Así que volvió a sus cajas. Necesitaba terminar con la revisión de los e-mails. Sobre todo, deseaba saber si había más de Woodhouse. Quizás existiera una explicación inocente para un correo, pero no para más de uno.

Cuando terminó, el sol ya se había puesto. El salón estaba a oscuras, salvo el pálido círculo de luz de la lámpara de pie junto al sofá. Proyectaba un borroso halo sobre la mesita de café en la que había desplegado todos los e-mails de Woodhouse que había encontrado.

Diecisiete en total. Los había extendido como una especie de aciaga colcha de retazos. Luego se cruzó de brazos y se quedó mirándolos. La mayoría eran

breves; una o dos frases. El director quería que se encontrasen, que pensara sobre lo que él le había dicho o sobre lo que ella estaba haciendo. En uno casi parecía amenazarla: **Piensa en tu futuro, Amelia. Esto podría salirte caro.**

Ella había respondido sólo dos veces, con casi el mismo número de palabras: **De acuerdo** y **A qué hora.**

¿Podría haber habido algo entre Amelia y Woodhouse...? ¿Una aventura, acoso sexual? Kate lo conoció el día en que Amelia murió. Por lo visto, mantuvieron una conversación de la que ella no recordaba nada. También estuvo en el funeral. Aquel día se había vuelto borroso. Cerró los ojos y trató de imaginarse a Woodhouse. Era joven, ¿no? ¿Y atractivo? Le vinieron de golpe unas gafas de pasta a lo hípster y pelo algo revuelto con aire bohemio. Si es que estaba poniendo cara a la persona adecuada... Desde luego, tenía un currículum impresionante: una beca Fullbright y un máster de Harvard en Políticas Públicas y Educación, que había conseguido más o menos cuando Kate se sacó el suyo. Se acordaba de haber leído sobre él en el boletín que Grace Hall envió cuando le nombraron director. Pero ¿quién asegura que un hombre con una gran carrera no puede ser un pedófilo?

Entonces, alguien llamó a la puerta principal. Primero, una vez; luego, tres con mucha más fuerza, de forma impaciente, casi agresiva. Kate se levantó del sofá, estrechándose con los brazos, y cruzó vacilante por la oscuridad hacia la entrada. No encendió la luz. Todavía no estaba lista para confirmar que se encontraba en casa.

¡Bam, bam, bam! Los golpes resonaron cuando ya había llegado.

Se inclinó, con un nudo en el estómago, y echó un vistazo por la mirilla. En el umbral estaba Seth, de brazos cruzados y con la mandíbula tensa. Cuando le abrió la puerta, tenía la mano alzada, como a punto de aporrearla de nuevo. Por un instante, pareció aliviado. Luego, enfadado.

—No, no está permitido, y menos en los tiempos que corren —la regañó,

entrando de una zancada y dejándola atrás—. ¿Sabes cuántas veces te he llamado hoy?

—No. Yo es que...

—Doce —masculló—. Te he dejado *doce* mensajes. Pero ¿te has molestado en contestar? No, claro que no. He tenido que hacer que Thomas se fuera del trabajo y que buscara a la niñera para que yo pudiera venir aquí a ver qué pasa contigo. ¿Sabes lo pronto que son las seis y media en McCann Erikson? Es como tomarse medio día. Digamos que Thomas se ha cabreado conmigo por importunar su adicción al trabajo y, por ende, también contigo. ¿Tienes, por algún un casual, una buena excusa para no responderme? —Echó un vistazo por la habitación—. ¿Y por qué estás sentada en medio de la oscuridad? Ya te he dicho que eso te deprime. Hay estudios modernos que... —Se calló cuando la expresión de Kate comenzó a flaquear. Un instante después, ella estaba sollozando—. ¡Oh, mi...! —Dio un paso hacia adelante y la estrechó entre sus brazos—. Está bien, está bien. Puedes sentarte en la oscuridad si quieres, cariño. Y que le den a Thomas. Lola también es su hija. Por una vez puede bajarse de su torre de marfil y atenderla. Venga, necesitas una copa.

Veinte minutos después, con copas de vino en la mano y con Seth al corriente de todo, ambos miraban fijamente las páginas que cubrían la mesita.

—Resulta un pelín *Lolita* —comentó él—. ¿Qué vas a hacer?

Kate movió la cabeza con disgusto.

—Averiguar por qué las enviaba, supongo.

—¿Y eso que importa? —preguntó Seth.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que importa.

—Escucha, Kate... Sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella lo fulminó con la mirada, a sabiendas de que iba a decir algo que no quería oír.

—Supongo que sí.

—Y sabes que quería a Amelia.

Ella asintió con la cabeza.

—Entiendo que quieras confirmar que su muerte no fue un suicidio —siguió—; pero, si ya lo sabes, ¿por qué tienes que demostrarlo? ¿Y a quién?

Era evidente que él seguía creyendo que se trataba de un suicidio. Que consideraba esa búsqueda parte del proceso de sanación, tal vez necesario, pero fútil en última instancia.

—Era mi *hija*. La única que tendré y...

—Mira, sé lo que significa eso, especialmente ahora que tengo a Lola, pero...

—Crees que debería dejarlo. Si alguien ha matado a Amelia, ¿debería permitir que quedara libre?

Seth negó con la cabeza y frunció el ceño. Su habitual conducta vivaz estaba ahora apagada casi por completo.

—Lo que digo es que deberías permitirte salir impune —susurró con voz queda—. Nada de esto te va a devolver a Amelia y puede que te lleve al límite. ¿Y si descubres algo espeluznante y terrible sobre ella y que este tal Woodhouse no tiene nada que ver con su muerte? Entonces, ¿qué? Amelia querría que te cuidaras. Yo quiero que te cuides.

Tenía razón en eso de enterarse de cosas terribles. Ya se había enterado de cosas que desearía borrar de su memoria. De repente, el móvil de Kate vibró sobre la mesita; sonaba hueco sobre la madera. Ambos se giraron. Luego se volvieron para mirarse. Ella no se movió.

Sin que se lo pidiera, Seth se levantó para cogerlo.

—Es un mensaje de voz —anunció, acercándoselo en la mano.

Era de Daniel.

—Sólo quería asegurarme de que no estás preocupada por el asunto de

Associated —dijo la voz grabada de Daniel. Intentaba sonar alegre, pero no lo conseguía. Sonaba dolido o enfadado—. Hace tiempo que vi el escrito en la pared, y nunca voy a ganarme a Jeremy... Así que me voy a Meyers & Jenkins en unas semanas. Además, me han ofrecido un increíble acuerdo de asociación de capital. Mejor no puedo estar, créeme. Entretanto, me voy a Escocia a jugar al golf, ¿te lo puedes creer? No he tenido vacaciones en dos años. Bueno, estoy seguro de que nos veremos por aquí. Cuídate, Kate. Y enhorabuena. Te lo mereces.

Mantuvo el móvil pegado a su oreja después de que el mensaje terminara. ¿Daniel en otro bufete tras todos esos años tratando de abrirse camino a sangre para llegar a la cima de Slone & Thayer? Fuera de su vida, sin más. Se sentía aliviada y algo más. Inquieta. «Te lo mereces»; de lo que había dicho, esa era la parte que menos le agradaba. Él nunca consideraba que alguien pudiera merecer algo bueno, aparte de sí mismo.

—¿Quién era? —preguntó Seth, sin tragarse que ella siguiera escuchando—. ¿Acaso Jeremy quiere que vayas a limpiarle el barro de los zapatos? —Empezó a gesticular con las manos en alto—. ¡Ay, Kate! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡No llego a tocarme las puntas de los pies con mis manos pulcras como la nieve!

—¿Has terminado?

Él pegó un sorbo de vino y suspiró.

—Supongo que sí.

—Era Daniel, no Jeremy.

—¡Vaya! —exclamó—. Pues mejor. ¿Qué tenía hoy que añadir nuestro paladín de la causa empresarial? ¿Acaso se ha hecho con unas ancianas para conseguir una gran bolsa de dinero? ¿O es que ha arrojado unos cachorritos al río a cambio de convertirse en el fiscal de un juicio?

—Creía que habías terminado.

Seth se encogió de hombros.

—Daniel se lo merece. El año pasado me lo encontré en una reunión de antiguos alumnos y me dijo que estaba estudiando una demanda colectiva para que el Observatorio de Derechos Humanos dejara de pedir donaciones en su barrio.

—Seguro que lo decía en broma —apuntó Kate.

Su amigo alzó una ceja.

—Una broma muy seria, ¿sabes? He oído rumores de que su ex, Gail, tuvo que ser internada después del divorcio.

—Te lo estás inventando.

—Puede. Pero, vamos, Daniel explota a la gente. Lo sabes mejor que nadie. Se ha tomado muchas libertades contigo desde que tú y él...

—¿Puedes no recordármelo, por favor?

—Perdona —replicó Seth con expresión de escarmiento.

El móvil de Kate vibró de nuevo, ahora en su mano.

—No te estará llamando otra vez, ¿no?

—No es un mensaje de voz, sino de texto —declaró al echar un vistazo a la pantalla—. ¿Me lo lees, por favor?

Le volvió a pasar el teléfono. Él casi se lo arrebató y bajó la vista, como si así fuera a solucionar tanta tontería. Pero, mientras leía, la expresión se le fue apagando gradualmente.

—Léelo —pidió Kate.

—Kate, no creo que... Son dos palabras. Quién sabe qué...

—Seth, por favor.

Espiró profundamente y se movió inquieto en la silla, como si tratara de ganar tiempo.

—Está bien, está bien. De acuerdo —dijo dulcemente, alzando el aparato para leer. Volvió a tomar aliento sonora y brevemente—. «Jodida puta».



gRaCeFULLY

26 DE SEPTIEMBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

Eh, parece que hay discordias en las filas del club de ajedrez...

Lo sabemos, lo sabemos: ¿quién quiere oír hablar de esos babosos? Pero escuchad, esta sí que es buena: por lo visto, cierta joven del equipo, conocida por su estilo agresivo en el arte de jugar con astucia (vale: se trata de Ainsley Brown) se retrasó en el partido Horace Mann el pasado sábado porque estaba ocupada en el baño; tenía otros asuntitos con cierto contrincante de Stuyvesant. Corre la voz de que el otro aceptó hacer tongo a cambio de algunos servicios.

Los funcionarios de la administración aseguran que están a punto de pillar al canalla de manos largas que birló dos de los nuevos iPads del colegio. ¿Serán esos lameculos de La Puerta del Lobo o el señor Hale, profe de Química, de Los Jugadores Anónimos? Si es este, espero que lo echen a patadas, a ser posible después de que evalúe mi último examen.

Y las Urracas vuelven a la carga. Esta vez hay fotos y un blog de por medio. No tengo los detalles, pero apuesto a que son deliciosos.

También parece que a Ian Greene le mola Dylan Crosby y viceversa. Ya intuíamos, pobre Sylvia, que tus días estaban contados. Y parece que AL FIN Dylan se ha fijado en alguien. Investigaré más.

Volved a visitarme más tarde, gente. Tendré más primicias.



AMELIA

13 DE OCTUBRE, 20:47

Dylan

estás libre mañana?

Amelia

claro, a q hora?

Dylan

después de clase

Amelia

q quieres hacer?

Dylan

pasar el rato: pasear por el parque tal vez, ir al cine

Amelia

en plan cita

Dylan

claro, supongo

Amelia

suena bien. nos vemos

13 DE OCTUBRE, 21:03

Ben

qué hay?

Amelia

nada. Cómo estás?

Ben

bien. has hablado con tu madre?

Amelia

todavía no. Sigo indecisa

Ben

por?

Amelia

se lo contaste directamente a tus padres?

Ben

+ o menos

Amelia

y se lo tomaron bien?

Ben

mi padre entró en razón + rápido q mi madre

Amelia

mi madre lo aceptaría, xo sigue siendo raro, como una charla extraña sobre
sexo

Ben

sí, xo t sentirás mejor, créeme

Amelia

puede. tengo q irme. bss

13 DE OCTUBRE, 21:11

Sylvia

has visto el último post de gRaCeFULLY?

Amelia

Todavía no, x?

Sylvia

Lo acabo de leer y decía q a Ian le mola alguien. WTF!!!

Amelia

El 100% de los chismes q salen ahí es mentira...

Sylvia

Espero q tengas razón



facebook

14 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Pasaban a formar parte de ese universo irreal, pero penetrante y emocionante, que es el mundo cuando se contempla a través de los ojos del amor». Virginia Woolf: *Al faro*.

Sylvia Golde puajj basta de referencias literarias pretenciosas!

George McDonnellsí, mejor cierra la boquita

Chloe Frankel A mí me parece maravilloso, Amelia. Me encanta ese libro

AMELIA

14 de octubre

Me desperté con el sol en los ojos. Estaba bajo, justo encima de las casas de piedra caliza de la otra acera. Parpadeé y alcé una mano para taparlo mientras comprobaba la hora en el despertador de mi mesilla. Eran ya casi las cinco y había quedado a las seis y media para cuidar a los hijos de Kelsey. Hasta ahí mi cita con Dylan para ir al cine. No es que realmente me molestara. Quiero decir, suponiendo que ella no estuviera evitando a propósito salir en público.

—¿De verdad te has leído todo eso? —me preguntó Dylan.

Cuando me di la vuelta en la cama, estaba sobre el baúl, contemplando los libros que atestaban mis estanterías. Sólo llevaba una camiseta de tirantes y la ropa interior. Se había sujetado el pelo en un moño prieto tras el cuello y algunos mechones le caían en rizos sueltos que le enmarcaban la cara. Parecía una princesa.

—O sea, aquí hay una biblioteca entera. —En su voz había una mezcla de asombro e incredulidad—. No he visto jamás tantos libros en la estantería de nadie.

—¿Y la biblioteca de tu casa?

—Mi padre los colecciona —contestó—, no los lee. Podrían ser placas conmemorativas o armas, por decir algo. Te los has leído todos, ¿no?

Miré de arriba abajo las largas estanterías atestadas. Ahora que las observaba desde el punto de vista de Dylan, entendí que le pareciese un poco friki. Aunque el hecho de que ella anduviera por ahí llevando sudokus en su

cinturón tampoco era lo que se dice normal.

—No todos —mentí—, eso sería una locura. Bueno, y algunos puede que sean de mi madre.

Mentir me entristeció un poco. Tras tanto esconderme y andar a hurtadillas por ahí y fingir que haría lo que fuese para quedarme en las Urracas y estar cerca de Dylan, habría sido fantástico poder ser yo misma cuando estaba a solas con ella. Pero tenía la sensación de que ella siempre estaba a punto de escurrirse entre mis dedos y no sabía cuál de mis rarezas lo provocaba. Tampoco ayudaba que se mostrara tan paranoica con la posibilidad de que la gente se enterase de lo nuestro. Como si eso fuera peor que la muerte. Y no es que yo quisiera recorrerme Brooklyn proclamando nuestro amor ni manifestarme en el desfile del orgullo ni nada de eso; al menos, aún no. Pero tampoco me importaba que se enterasen. Lo único que me importaba era ella. Y la única vez que le pregunté si le avergonzaba lo nuestro no fue muy bien:

—No —me dijo, malhumorada. Estábamos en mi dormitorio, como siempre—. Lo que pasa es que no me apetece que la gente del colegio sepa nada de mi vida privada, ¿vale?

Vida privada. Había pronunciado las palabras como si estuviera acostumbrada a esconderla. Eso me hizo preguntarme cuántos chicos habrían guardado su secreto antes que yo. Por lo poco que sabía, también podría haber habido otras chicas. Llevaba semanas evitando esa pregunta. Me daba miedo la respuesta; dijera lo que dijera, sería inconveniente. No obstante, seguía teniendo la esperanza de que cambiara de idea sobre mantener lo nuestro en secreto. Yo no sabía si estaba enamorada, pero pensaba en ella constantemente. Cuando estábamos juntas, me sentía conectada a algo más grande y mejor que yo. Eso se me antojaba semejante al amor.

Quería que se quedara, que pidiésemos la cena y fingiéramos ser un viejo matrimonio. Podía incluso llamar a Kelsey y decirle que estaba enferma.

Nunca lo había hecho. Era una falta de responsabilidad, pero lo habría hecho por Dylan. Aun así, sabía que no se quedaría. Sólo venía un par de horas después de clase. Luego siempre decía que tenía que irse a casa para cenar, para hacer los deberes, para hablar con su madre... Puede que todo eso fuera verdad, pero daba la sensación de que eran excusas.

Dylan seguía con la mirada fija en mis estanterías.

—No pasa nada si son todos tuyos o lo que sea —dijo. Siempre se me ha dado mal mentir—. Creo que es guay que te guste leer. —Se sentó al borde de la cama, junto a mí—. Sé que la gente se imagina cosas cuando lee... Mundos enteros. Para mí, sólo son palabras en una página; nada más.

—¿De verdad que no imaginas nada? —pregunté—. ¡Qué raro!

Observé cómo se hundía la expresión su boca. «Raro». ¿Por qué lo había llamado así? Como si le pasara algo malo.

—Quiero decir que está guay —añadí, pero era demasiado tarde.

—Ya, claro, da igual: no lo está. Yo no soy como tú, Amelia. No soy como nadie. —Se levantó de golpe y agarró sus vaqueros. Su rostro perdió la expresión mientras se los embutía con dificultad. En cuanto hubo adoptado ese semblante ausente, supe que nuestra cita había terminado—. Tengo que irme. El gran episodio de mi madre es esta noche y ha invitado a algunos amigos para verlo. Tengo que ayudarla a prepararse. —Hablaba como un robot.

—Claro, vale. —Me senté en la cama y volví a ponerme la camisa. Y de pronto, ahí estaban de nuevo, pugnando por abrirse paso entre mis labios, las preguntas que no tenían buenas respuestas. Pero no pude contenerme—: ¿Soy la primera chica con la que has estado?

—¿Y qué diferencia hay? —Al menos, la pregunta no le mosqueaba. Yo pensaba que le haría salir disparada hacia la puerta—. Ahora estoy contigo, ¿no? —Se puso la chaqueta y agarró su bolso. Luego se desenredó el pelo del

nudo que le colgaba sobre la cara. Una vez me contó que su madre detestaba que llevara el pelo recogido en un moño alto, que le hacía la mandíbula demasiado ancha.

—Supongo que no importa. Pero ¿estás conmigo? —Me dio como una arcada en el estómago. Era un error intentar forzarla para me hablara de ese tema. Debería haberme sentido feliz sin más con lo que había conseguido, pero no era capaz de mantener la boca cerrada. —Porque en ocasiones me da la sensación de que quizá no quieras.

Dylan sonrió; la luz volvió a irrumpir en su rostro. Se acercó y se tiró en la cama, junto a mí. Su cadera me presionó una pierna mientras me apartaba suavemente un mechón de la cara y lo colocaba detrás de mi oreja.

—Me gustas, Amelia —aseguró—, y quiero que lo que tengamos sea nuestro, sin tener que decir nada en Grace Hall ni a las Urracas. Esto es asunto nuestro y de nadie más.

No había contestado a mi pregunta, lo sabía, pero que se hubiese abierto de esa forma resultaba romántico. Nosotras contra el mundo. Y yo era una auténtica gilipollas; venga a liar lo bueno que teníamos. ¿Por qué sentía esa maldita necesidad de que la gente supiera lo nuestro? Porque era un bicho raro, por eso. No podía dejar las cosas como estaban. Eso era lo que sucedía cuando pasabas tanto tiempo sola, como yo: te volvías extraña y dependiente.

—Lo siento, es sólo que...

—No pasa nada, lo entiendo —me cortó con una sonrisa, agachándose para besarme—. Estás un poco necesitada. La mayor parte del tiempo resulta bastante adorable.

Unos diez minutos después de que se fuera, oí un ruido raro en el piso de abajo. Estaba en mi mesa terminando los deberes de Biología. Me quedé quieta y escuché de nuevo. Pero tal vez estaba imaginándomelo. Debería haber

encendido alguna luz abajo porque fuera ya casi había anochecido. Y ahora estaba atrapada ahí arriba, en mi dormitorio, en una casa que estaba oscureciéndose a toda prisa. Era un error de principiante, de los que no solía cometer porque era una experta en estar a mi aire.

Contuve la respiración, con miedo de detectar el mismo ruido. Durante varios segundos, no se oyó nada. Estaba a punto de soltar el aire, aliviada, cuando se produjo de nuevo. Dos ruidos sordos y luego un golpetazo, como si alguien chocara contra los muebles porque no conocía el camino. Mierda. ¿De verdad podía haber alguien en mi casa?

Cogí el móvil y marqué el 911, pero no llegué a llamar. ¿Y si no era nada —como seguro que era el caso— y mi madre se enteraba de que había llamado a la policía? Le angustiaría que *yo* me hubiese angustiado. Se sentiría muy culpable de que hubiera estado sola en casa y asustada. Fuera como fuera, Leelah volvería a casa, lo que supondría el fin de las Urracas. Y de Dylan.

Mantuve un dedo en la pantalla del móvil mientras me dirigía sigilosamente a la puerta. Asomé la cabeza y miré hacia las escaleras. Estaba todo muy oscuro, salvo por un diminuto resplandor procedente de la planta baja. Alguien debía de haberse dejado encendida una luz en la cocina. Una pequeña. Sobre el fogón, tal vez. O en el baño. A lo mejor había sido yo, o tal vez mi madre antes de irse a trabajar. Pero era poco probable.

No podía quedarme allí sentada sin más, temerosa de que hubiera alguien abajo, a la espera de, no sé, asesinarme o algo así. Lo mejor sería bajar y comprobar qué pasaba. Si me quedaba atrapada en mi habitación, no habría escapatoria. Empecé a bajar las escaleras, con la espalda contra la pared y con el dedo sobre la tecla de llamada. Ahora podía oír un abrir y cerrar de armarios, el movimiento de cajones que se abrían y cerraban. Definitivamente, había alguien ahí abajo y buscaba algo que no encontraba.

No podía arriesgarme más; tenía que llamar al 911.

En cuanto viese quién era —y lo descubriera—, ya sería demasiado tarde. Aún me faltaba el último tramo de escaleras que conducían a la cocina, cuando presioné la tecla. Luego contuve la respiración.

—Nueve-uno-uno, ¿cuál es su emergencia? —preguntó un operador. Si contestaba, quienquiera que estuviese en la cocina podría oírme—. ¿Hola? Nueve-uno-uno, ¿se trata de una emergencia?

—Sí —susurré por fin—. Hay alguien en mi casa y... —Entonces, por el rabillo del ojo, vi que había alguien allí, a los pies de la escalera—. ¡Joder!

Me giré deprisa y retrocedí trastabillando por los escalones. El teléfono se me escurrió y rebotó lejos de mi alcance.

—¡Amelia! Dios mío, ¿qué estás haciendo?

Ya había llegado al final cuando reparé en que era la voz de mi madre. Di media vuelta para mirar y allí estaba, con el pánico reflejado en la cara y mi móvil en una mano. Se lo acercó a la oreja.

—¿Hola? Sí, no —dijo al operador, que debía de pensar que me estaban dando una paliza de muerte—. Era mi hija. Pensó que yo era un intruso. Sí. No. Claro, espere un momento. —Me observaba espantada, alzando el móvil—. Quiere hablar contigo para asegurarse de que estás bien. ¿Estás bien, Amelia?

Me llevó un buen rato convencer al operador de que me encontraba bien y que de verdad había estado hablando con mi madre.

—¿Por qué no me dijiste que venías a casa, mamá? —le grité tras colgar—. ¡No puedes aparecer de esta manera diez horas antes de lo normal!

Entre Zadie y los escalofriantes mensajitos sobre mi padre, llevaba unos días de los nervios.

—Lo siento, Amelia. No pretendía asustarte —se disculpó, poniéndome una mano en la espalda—. Debería haberte enviado un mensaje; tienes razón.

Me hacía ilusión escabullirme pronto del trabajo. Quería darte una sorpresa.

—Pues misión cumplida. —Me estaba comportando como una imbécil; no podía evitarlo.

De golpe, mi vida entera me pareció ridícula. O sea, yo estaba en casa sola siempre. ¿Y qué si había sido yo quien había decidido que Leelah no volviera más? No era justo que tuviera que elegir entre que me trataran como a un bebé o vivir en régimen de aislamiento. Seguro que habría reaccionado de un modo más normal con Dylan si mi madre pasase más tiempo en casa. Puede que le hubiera hablado de ella y de las Urracas y el resto, cosa que habría estado bien porque necesitaba que alguien lo supiera. Mi madre se miró los zapatos durante un rato, luego alzó la vista al techo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Tienes razón, Amelia. No debería entrar por sorpresa cuando estás aquí sola. No sé qué decir. Ni siquiera lo había pensado.

Parecía tan cansada, tan exhausta... De golpe, sentí un nudo en la garganta. Me pasaba el día fingiendo que no importaba que no estuviera allí. Y la mayoría de las veces no importaba, pero, justo ahora, sí lo hacía.

—Está bien, mamá; no pasa nada —dije. Era más fácil para ambas fingir que era así.

—Oye, ¿y si intentamos no malgastar el resto de la noche? —preguntó con una sonrisa, aunque seguía con expresión triste—. Quizá podríamos celebrar hoy martes nuestra salida de los viernes. Incluso podemos ir a Ginza y comer *hibachi*, tu plato favorito.

—De acuerdo —asentí, sintiéndome mal por ella. Y el plan no pintaba mal. Además, tal vez fuera mi oportunidad de hablarle durante la cena de Dylan, de las Urracas, hasta de los mensajes sobre mi padre. De todo—. Sí, Ginza estaría bien.

—Perfecto. —Y me pasó un brazo por los hombros, estrechándome con

demasiada fuerza—. Vámonos ya, me muero de hambre.

Al coger el abrigo, me sentí como efervescente. De hecho, todo había salido bastante bien. Detestaba tener que ocultarle cosas. Confiarle por fin la verdad sería agradable. Y si ella tenía algún secreto —como lo de mi padre—, podía ser su oportunidad para aclararlo. Incluso había empezado a preguntarme si cabría la posibilidad de que el tío Seth pudiera ser mi padre. Él y mi madre —por alocado que sonara— habían salido juntos o algo así en la época en que yo nací. Y si había una causa genética de que me gustara Dylan y me hubiera desarrollado tan tarde en ese aspecto, Seth también había sido así. Tendría sentido. De hecho, la idea no me disgustaba. Seth era divertido, interesante y muy listo. Me parecería genial tenerlo como padre. Y de paso ganaba una hermanita, hermanastra o lo que fuera.

Entonces, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó mi madre.

—No lo sé —dije, preocupada por la posibilidad de que fuera Dylan.

Una cosa era contárselo y otra, presentarlas.

—¡Ah, hola! —saludó mi madre con el tono que adoptaba para intentar ser sociable—. ¿Cómo estás?

Cuando abrió la puerta por completo, Kelsey apareció en la entrada con un precioso vestido de cóctel rojo y la cara muy maquillada.

—Hola —respondió con aire confuso—. Amelia, creía que esta noche cuidabas a los chicos. ¿O me he liado?

Al día siguiente, Heather me envió un mensaje a mitad de clase: «Sesión de fotos. En casa en 1 hora». Me había olvidado por completo de que había aceptado jugar al estúpido juego de Zadie.

—¿Quién es? —quiso saber Sylvia, tratando de leerlo por encima de mi hombro.

Estábamos sentadas en el patio comiendo el Yogo Monster que habíamos comprado para almorzar en la Séptima Avenida. Hacía un día soleado; ambas llevábamos gafas de sol y chaquetas ligeras, simulando que todavía teníamos el suficiente calor para sentarnos fuera a comer yogur helado. Dejé caer el móvil en mi bolso para que no lo leyera.

—Mi madre.

—¿En plena jornada laboral? —preguntó estupefacta, con los ojos como platos—. Tranquila, cariño: si sigue a este ritmo, ganará el premio a la Madre del Año.

—Basta, Sylvia —repliqué—. No estoy de humor.

Me sentía algo susceptible con el tema después de no haber podido hablar la noche anterior. Ya se había quedado dormida cuando regresé de cuidar a los niños, con las gafas todavía puestas y un ejemplar de la revista *New York* estrujado entre las manos. No me atreví a despertarla.

Tras consultarlo con la almohada, por la mañana decidí que no estaba preparada para hablarle de Dylan. Lo haría, pero aún no. Quería a mi madre y estábamos muy unidas, pero con sólo pensar en cuando me contó de dónde venían los niños se me ponían los pelos de punta. Se esforzó mucho para que sonase normal y desenfadado, pero aun así había sido asqueroso. Y ahora se trataba de mi vida sexual. Incluso si obviaba *sexual*, seguía tratándose de mi relación con una chica. Tal vez debería haber sido igual que contarle que estaba saliendo con un chico, pero parecía mucho más complicado.

Sylvia se encogió de hombros.

—En fin, intentaba ayudar.

Eché un vistazo por el patio.

—¿Dónde se ha metido Ian hoy?

No me apetecía hablar con ella, e Ian siempre era una distracción infalible.

—¿Que dónde está Ian? —masculló—. Es una muy, pero que muy buena pregunta. Una para la que no tengo respuesta porque no he sabido nada de ese cabrón en todo el día.

—¿Cabrón? —repetí. Sylvia nunca hablaba así de él, ni siquiera en broma—. ¿Qué dices?

—¿Hola? Anoche te escribí por ese tema. ¿Es que ya no lees mis mensajes?

—Ah, ya, ¿lo de *gRaCeFULLY*? Venga, Sylvia. ¿Te vas a tragar ese rollo tan absurdo? Es pura mentira.

—No todo —dijo ella—. En ese sitio hay mogollón de cosas sobre mí que desearía que no fueran verdad y lo son.

—Me da igual, no me lo trago. Ian está loco por ti.

No me lo creía. Lo había visto en la tira de fiestas de las Urracas. Había tenido muchas oportunidades de engañarla, especialmente con Zadie, que seguía colgándose de su cuello en cuanto podía; por lo que yo sabía, no le había seguido el rollo. Yo no le había visto seguirle la corriente a nadie. Sylvia bajó la vista a su Yogo Monster natural desnatado, mezclado con Chips Ahoy!, y hundió la cuchara. Negó con la cabeza.

—Bueno, últimamente ha estado desaparecido y venga a poner excusas: que si a su padre le había salido a última hora tal expo en una galería, que si su sobrino tenía una cita médica... ¿Que su madre le había conseguido una entrevista con un representante artístico? O sea, ¿existen los «representantes artísticos»?

—Si existen —dije—, parece lo típico que Ian tendría.

Sylvia puso los ojos en blanco y luego dejó vagar la mirada. Su semblante se oscureció lentamente. Una Sylvia enfadada ya era de por sí malo, pero una Sylvia triste era terrible. Siempre se encogía como un globo arrugado.

—Sé lo que se siente cuando te engañan —respondió con voz queda.

Cuando me miró, tenía los ojos vidriosos—. Y es lo que siento yo ahora. Es un asco, joder.

—Puede que necesite un poco de espacio o algo así.

Pero tenía razón. Por lo general, tenía un buen instinto para esas cosas. Volví a pensar en Zadie: con una chica como ella, puede que fuera sólo cuestión de tiempo.

—Vale, espacio. —Y se rió, aunque no como si le hiciera gracia—. Para encontrar a una nueva zorra.

—No era lo que quería decir.

—Gracias por esta charla reconfortante, Amelia. Pero, en serio y sin ánimo de ofender, ¿tú qué sabes? Sólo has besado a un tío en tu vida, y no creo que un socorrista borracho cuente siquiera. —Me clavó la mirada un instante. Esperé a que mencionara nuestra conversación del Tea Lounge, cuando adivinó que estaba con alguien. Pero era como si jamás hubiera ocurrido. Resultaba un alivio y una decepción al mismo tiempo que no hubiera vuelto a sacar el tema—. Es difícil seguir consejos sobre relaciones de alguien que jamás ha tenido una. Y mandarse mensajitos con un tío raro de Albany no vale.

—Ben no es un tío raro —objeté con cierta desgana.

Últimamente se había estado comportando de manera diferente. Al principio me había apoyado con lo de Dylan; luego se volvió crítico de golpe. Después comenzó a hablarme como si fuera mi hermano mayor o algo así, diciéndome que debía tener cuidado con ella, que no se podía contar con una chica así. Como si la conociera. Había empezado a pensar que estaba celoso o harto de oírme hablar de ella.

—Te quiero, así que voy a decírtelo bien claro —continuó Sylvia—: Ben es *definitivamente* un tío raro. Un chico que lo único que quiere es hablar con una chica es un tío raro.

—Ben es gay, Sylvia. Te lo he dicho un millón de veces. Y soy su amiga.

No sé por qué no me crees.

—Ya, claro. Porque tú te tragas todo lo que te dice un chico al que jamás has visto. Ni siquiera sabes si es un chico. Y aunque todo lo que te hubiera dicho fuera cierto, alguien que se pasa más tiempo en el ordenador que con la gente real es raro y ya está.

—Lo que tú digas. —Me encogí de hombros.

Pero puede que tuviera razón. Puede que debiera relajar un poco las cosas con Ben por un tiempo. Entre Sylvia y Dylan tenía que hacer demasiados malabarismos para preocuparme además de lo que pasaba con él. Había estado dándole vueltas a contarle a mi amiga lo de Dylan; suponía demasiada tensión mantenerlo en secreto. Y lo de lo de las Urracas también. No creía que le fuera a importar que se tratase de una chica. Se sorprendería, seguro; también a mí me asombraba. A veces ni siquiera estaba segura de que fuera del todo cierto. Cabía la posibilidad de que se enfadara por no haberle contado antes lo de Dylan —bueno, no podría haberlo hecho, ya que yo misma todavía lo estaba procesando—, pero seguro que se mosqueaba más con el tema del club.

Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si le importaba que saliera con una chica? O sea, había estado con ella desnuda cientos de veces. Habíamos compartido cama casi con la misma frecuencia. Sylvia me habían enseñado cómo ponerme un tampón y me había explicado —con esquemas— cómo se agachaba un tío para practicar sexo oral. Hasta ahora habíamos compartido todos nuestros secretos. ¿Y si nada volvía a ser igual después de contárselo?

—¿Señorita Golde? —llamó alguien desde el otro lado del patio antes de que pudiera perder el control y soltar algo sobre Dylan. Cuando alcé la vista, me topé con la espeluznante señora Lipton, la orientadora, con su vestido negro de cuello alto y su tez paliducha. Parecía un vampiro, como de costumbre—. Habíamos quedado, señorita Golde.

—¡Oh, genial! —soltó Sylvia lo bastante alto como para que la señora Lipton lo oyera.

—¿Ha pasado algo? —pregunté.

Sylvia había tenido algunos problemas a finales del primer año. Su madre la había pillado cortándose en un par de ocasiones. No fue para tanto..., al menos, según mi amiga. Pero su madre perdió los estribos. La mandó a unos diez terapeutas, todos en el mismo periodo, y le había impuesto aguantar a la señora Lipton, que la seguía siempre pegada a sus talones. Este año ya estaba bien, que yo supiera.

—No ha pasado nada —contestó—. Mi madre comportándose como una bruja: nada nuevo.

—En serio, Sylvia, ¿seguro que estás bien? —Me sentía fatal por haber desaparecido y no haber estado allí cuando se hizo los cortes. No dejaría que se repitiese—. Es decir, con lo de Ian y tal.

—Dios, que sí. Hay que ver... —gruñó entre dientes. Luego se encaminó hacia la doctora Lipton—. Teniendo en cuenta que estás teniendo un lío con un falso gay, yo que tú me preocuparía más de tus asuntos que de los míos.

Fue muy oportuno que apareciera la doctora Lipton, porque no tenía ni idea de cómo dar esquinazo a Sylvia y llegar a mi casa a tiempo para la sesión de fotos. Todavía ansiaba librarme de aquel estúpido juego, pero no se me había ocurrido cómo hacerlo sin ofender a Dylan. Y las cosas iban tan bien con ella que no quería pifiarla.

Volví adentro con la muchedumbre que regresaba de comer, luego me abrí paso hacia el atrio que conducía a la puerta lateral. Con las Urracas había aprendido que la escalera de incendios era el mejor camino para escaquearse del colegio; en esa ala no había ni despachos ni aulas. Ya me había escabullido por ahí a plena luz del día al menos cinco veces y no había tenido

problemas. Primero a la izquierda, otra vez a la izquierda, se pasan unas puertas hasta la escalera, luego...

—Ah, hola —dijo Liv, y cerró su portátil de golpe.

Estaba encorvada sobre él, sentada en las escaleras. A juzgar por su expresión, hubiera jurado que la había sorprendido viendo porno. Yo también me sentí como si me hubieran pescado. Pensé en salir zumbando por donde había venido, pero era demasiado tarde. No se me ocurría ninguna excusa, algo que pudiera haber estado haciendo y que me hubiera llevado a la escalera, aparte de escaparme.

—Hola —la saludé con la esperanza de que se me ocurriera algo.

—Parece que nos han cazado a las dos, ¿no? —soltó Liv, leyendo mis pensamientos. Estaba guapa, como siempre, con su blusa ondeando al viento y su gran collar de cuentas macizas—. Se supone que debería estar en una reunión de profesores. Me has pillado escondida aquí trabajando en un relato.

—¿De qué va? —Hablar del cuento de mi profesora era mejor que explicar qué estaba yo haciendo allí.

—¿De qué va qué?

Ahora era ella quien se comportaba de un modo extraño.

—El, esto... el relato.

—Ah... Bueno, ya sabes... Un chico, una chica y la tragedia que se desencadena. Aún no ha tomado forma —aclaró con una sonrisa—. Y hablando de relatos, Amelia, me alegro de cruzarme contigo. Hay algo que necesito contarte.

—¿Qué?

—Pareces nerviosa. No te preocupes, no es nada malo, es... Bueno, que presenté tu relato a esa beca.

—¿Qué?

Le había dicho que yo no quería participar. ¿Qué tipo de profesora hace

algo así?

—Lo sé, me arriesgué y no te hice caso y me siento culpable desde entonces —dijo, moviendo la cabeza con gesto de pesar—. Tienes mucho talento como narradora, y trataba de ayudarte. Que yo quiera una beca de escritura creativa no significa que tú también. Estoy tan frustrada por no publicar que... De todas formas, no tengo derecho a decidir por ti y lo siento. Es todo cuanto puedo decir.

Me quedé contemplando mis zapatos, sintiéndome expuesta y algo enfadada, hasta que comprendí que me equivocaba al tomármelo así. Era molesto que Liv lo hubiera hecho, pero quizá podría aprovechar que se sentía mal para salir por la puerta trasera y llegar a casa a tiempo.

—Supongo que no importa —murmuré—. Tengo que irme. Tengo una cita con..., eh..., el dentista. Y a mi madre se le olvidó dejarme una nota, así que...

—Ah.

No sabía si me había creído; diría que no.

—Así que el dentista, ¿eh?

—Tengo caries.

Asintió muy despacio y se mordió el labio inferior.

—Digamos que por ahora estamos en paz —comentó, sonriendo—. Tú vas al dentista y yo no diré nada si me prometes perdonarme por haber presentado tu relato. Y tú tampoco le cuentes a nadie que me he saltado una reunión de profesores para trabajar en mis cosas.

—Trato hecho. —Abrí la puerta de un empujón. Cuando me volví, me sentí bien, a salvo. En buenas manos—. Gracias, Liv.

Salí corriendo por el patio trasero, sin mirar atrás. Desde allí, bajé disparada por Prospect Park West hacia la calle Primera, convencida de que de un

instante a otro la señora Pearl o quien fuera empezaría a llamarme a gritos. Al doblar la esquina, miré por encima del hombro para asegurarme de que nadie me veía. Mientras lo hacía, algo chocó contra mi frente y me empujó hacia atrás del golpe.

—¡Ay! —grité.

—Oh, lo siento —musitó una voz—. ¿Estás bien, guapa?

Mi cabeza vibró al alzar la vista.

—Soy un idiota —dijo Ian Greene—. No debería haber mirado el móvil mientras caminaba. Perdona.

—No pasa nada —contesté. El ojo me dolía mucho. Debía de haberme golpeado con su hombro o algo así—. No te preocupes. Ya llego tarde, así que... —Empecé a abrirme paso sorteándolo, intentando orientarme con mi ojo bueno.

—Sí, ya. Creo que quizá la cita a la que llegas tarde sea conmigo. —Alzó la cámara con cierta timidez—. Es uno de mis trabajos de novato. —Se encogió de hombros como un corderito—. Para ser sincero, esto ha hecho que me arrepienta de meterme en ese estúpido club. Puede que Sylvia tuviera razón: están mal de la cabeza.

Obviamente, que Ian fuera un fotógrafo fabuloso no era la razón de que Zadie lo hubiera enviado. Estaba intentando crear tensión entre Sylvia y yo o, quién sabe, entre Sylvia e Ian.

—Sí, esto de los clubes puede volverse una locura. —Soné algo forzada, nerviosa, culpable. Una cosa era no contarle a mi amiga lo que hacía con las Urracas, pero ¿ocultarle algo sobre su novio? Sin embargo, el sentimiento de culpa no me impulsaba a rendirme. Me preocupaba más lo que pasaba entre Dylan y yo—. ¿Sabes cómo deben ser las fotos? No nos han dicho nada.

—Bueno, para hacer un poco misteriosa esta sandez, me han enviado aquí con un sobre sellado que en teoría contiene las instrucciones de la sesión. Se

supone que no puedo abrirlo hasta que estemos los dos solos ahí dentro.

—¿En serio?

—Me temo que sí.

Era una auténtica estupidez. Y cuanto más dejara que la cosa avanzase, más profundamente caería en la trampa de Zadie. Pero ¿qué elección tenía? Puede que ella estuviera apostando sobre si yo cancelaría o no la sesión de fotos. A lo mejor ese era el objetivo: que le diera un motivo para expulsarme de las Urracas, lejos de Dylan. Aspiré profundamente.

—Vale, bueno, pues deberíamos ir a mi casa antes de que alguien nos vea aquí.

Él sonrió. Parecía aliviado de irse. Hizo una reverencia con un brazo e inclinó la cabeza con aire aristocrático.

—Después de vos, *madame*.

Una vez dentro, dejé caer las bolsas en el sofá del salón.

—Puedes quedarte aquí o como quieras —dije—. Yo voy corriendo a cambiarme de ropa arriba.

Imaginé que tendría que esforzarme por tener una pinta medio decente. Dylan acabaría viendo las fotos.

—¿Miramos antes las instrucciones?

—Ah, claro. Haz los honores.

Ian desgarró el sobre.

—«Echa un vistazo al blog de *Pájaros de una pluma* —leyó—. Haz el mismo tipo de fotos». —Alzó la vista hacia mí con el ceño fruncido—. La búsqueda del tesoro. Encantador. ¿Tienes un ordenador?

Conduje a Ian a mi cuarto, que estaba mucho más desordenado de lo que recordaba. Ojalá no hubiera estado tan repugnante la noche anterior, cuando vino Dylan. Pisé un montón de ropa y me senté ante el ordenador. Empecé a

revisar los resultados que me habían salido al buscar «blog *Pájaros de una pluma*». Por fin, entré en uno y apareció una foto de Heather junto al nombre de Honey Baxter. Era un plano de su cara. Había un breve párrafo junto a la foto que incluía su ciudad natal (Nueva York), su edad (dieciocho, mentira), lo que le «gustaba» (chocolate) y lo que «odiaba» (los perdedores).

Luego pulsé en la foto, que me llevó a varias tomas más. En la primera, Heather, con un sujetador *push-up* y medias a juego, estaba agachada y abierta de piernas. En la siguiente, estaba posando cubriéndose con una mano los pechos y con un dedo en la boca. Había doce fotos, todas ellas del mismo estilo: porno.

—Mierda.

—Y tan mierda —soltó Ian con los ojos como platos.

Al regresar a la página de inicio del blog, me percaté de que había una pestaña para cada una de las Urracas, con fotos de la misma índole. Cientos o, a veces, miles de personas les habían dado a «me gusta». Zadie era la que tenía más «me gusta». Entré en su foto y se desplegaron varias más de golpe en la pantalla. Eran buenas, eso había que concedérselo: en blanco y negro, con una iluminación dramática y tenebrosa, casi artísticas. Parecía estar completamente desnuda, tapada sólo con las manos, un pañuelo o una sombra.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó Ian.

No parecía interesado en las fotos de Zadie. Lo tomé como una señal, incluso como una prueba, de que no había pasado nada entre ellos.

—No tengo ni idea —respondí—. No sabía que estaban haciendo... Bueno, algo así.

—¿Qué van a hacerte?

—¿A qué te refieres?

—Cuando te niegues. —Frunció más el ceño—. Supongo que no querrás participar en este sinsentido.

—No. O sea, no creo.

—¿Que no *crees*? Suponía que esto te incomodaría. Vamos, dada tu situación.

—¿Situación?

—Es que tú eres... —Se lo veía incómodo—. No sé, más recatada que algunas de esas chicas. Sinceramente, lo digo como un cumplido.

Sylvia le había contado a Ian Greene que yo era virgen. Uuf, aquello era humillante, por no mencionar que no era cierto.

Desvié la vista a la pantalla. Contuve el aliento al pulsar en el perfil de Dylan. Estaba preciosa en las fotos, pero resaltaban por algo más: cierta tristeza impedía mirarlas y hacía imposible desviar la vista. Tampoco quería jugar a ese juego, como yo. Había sido Zadie quien la había obligado a hacerlo.

—¿Te vienes a clase? —preguntó Ian. Estaba recogiendo sus cosas—. Aunque no se me ocurre cómo volver a entrar sin que nadie se dé cuenta. A lo mejor puedes echarme un cable.

Mientras se dirigía hacia la salida con su gran cámara en la mano, sentí que algo se me escurría entre los dedos. «La estirada, estirada de Ojos de Loca». Aun en el caso de que Zadie no me expulsara de las Urracas (a saber), Dylan podría sentirse juzgada si no subía mis fotos. ¿Y si no quería seguir conmigo por eso?

—Espera —farfullé cuando se hallaba casi en la puerta. Se detuvo, pero no se volvió—. Quiero hacerlo.

Se giró muy despacio.

—No necesitas a esas chicas, Amelia —dijo con voz baja. Parecía decepcionado—. Sylvia tiene razón. Toda esta basura de los clubes es una sarta de gilipolleces.

Me encogí de hombros.

—No lo hago por ellas.

—¿Y qué pasa con Sylvia? —preguntó—. No creo que le haga gracia que yo vea a su íntima amiga en ropa interior.

—Hum, ya —dije, sopesándolo. Por supuesto, tenía razón—. Piensa que le estás engañando. Lo sabes, ¿no?

—Sí. —Asintió con la cabeza, mientras me aguantaba la mirada—. Lo sé.

Nada de «¡ni hablar!» o «¡eso es absurdo!», sólo «lo sé». Lo único que le faltaba era decirme con quién se estaba acostando. Pero no era Zadie. De eso estaba segura por su desinterés en las fotos, a menos que se debiera a que ya la había visto en vivo. Pero el gusto de Ian Greene tenía que ser mejor. Zadie era tan poco sutil...

¿Por qué, ay, por qué tenía que habérselo dicho siquiera? Ya era bastante faena que yo supiera que pertenecía a la Puerta del Lobo. Ahora sabía algo de él —posiblemente— que de verdad no quería saber. Pero estaba tan convencida de que no le engañaba que me había parecido inofensivo decirlo. Me había imaginado que ambos nos echaríamos unas risas por lo tonta que era Sylvia; eso sería todo. Ni en un millón de años me habría imaginado que me lo iba confirmar así como así.

Era un motivo más para suspender aquel disparate. Cada minuto que pasaba, tenía la sensación de que no podía continuar, aunque ninguna de las razones por las que necesitaba hacerlo había cambiado.

—A Sylvia no le importará que seas tú quien haga las fotos —afirmé. Mi mentira más gorda hasta el momento. Claro que le importaría si lo averiguaba. Esperaba que nunca lo hiciera—. Soy lesbiana, Ian. Ni siquiera me gustan los chicos.

Lesbiana. Me sentí un poco exaltada. Era la primera vez que lo reconocía ante alguien en voz alta. Ni siquiera Dylan y yo, pese a lo que hacíamos, hablábamos de ello. Al menos, no así.

—Ah. —Él echó la cabeza ligeramente hacia atrás, luego sonrió con cierto embarazo—. Vale. O sea, bien. Genial por ti.

Y así, sin más, la verdad estaba fuera, descubierta. Se lo había dicho a alguien —nada menos que a Ian Greene— y el universo no se había desmoronado. Mi cabeza no había explotado y él no se había esfumado en una nube de humo. Era sorprendente. Tenía la sensación de que podía volar.

—Sylvia no lo sabe todavía, así que no se lo cuentes. —Quién sabía, tal vez no le molestaran las fotos si se enteraba de que era lesbiana. Tal vez—. Pienso contárselo en cuanto encuentre el momento adecuado.

—Sí. Sí, desde luego.

—Por favor, Ian; necesito hacerlo —insistí. Intentaba sacarme a mi amiga de la cabeza con todas mis fuerzas porque no sólo iba a hacer eso con su novio, sino que le estaba pidiendo a él que le mintiera. Si la situación fuera a la inversa, probablemente Sylvia habría hecho lo mismo. Habría hecho cualquier cosa para conservar a un chico que le importaba, cosa que no lo convertía en algo bueno, pero sí en algo un poco menos malo—. Y no puedo sin tu ayuda.

Él tomó una bocanada profunda de aire y la expulsó con los mofletes hinchados. Luego movió la cabeza con aire de disgusto mientras clavaba la mirada en la alfombra. Al parecer, hasta el mujeriego de Ian tenía una línea roja que no deseaba cruzar.

—De acuerdo —aceptó por fin. Y no tenía pinta de que le entusiasmara la idea—. Pero me debes una.



AMELIA

18 DE OCTUBRE, 12:02

Amelia

hola! cómo estás?

Ben

es así como va a ser ahora...?

Amelia

estás enfadado. Q he hecho?

Ben

nada

Amelia

me vas a hacer el vacío?

Ben

escucha, estás muy ocupada. Lo pillo. Ahora tienes novia. Pero a nadie le gusta q le den de lado

Amelia

tienes razón, lo siento. no pretendía herir tus sentimientos. Amigos otra vez?

Ben

vale. Siempre amigos

18 DE OCTUBRE, 12:16

Amelia

se me olvidó preguntarte. Q pasa con ese chico del equipo de fútbol?

Ben

grx por preocuparte. Resulta q tiene novia en un «internado».

Amelia

sigue en el armario?

Ben

sin duda. Se lo has contado a Sylvia?

Amelia

le he dicho q tenemos q hablar, xo me ha dado plantón x Ian.

Ben

y a tu madre?

Amelia

todavía no. llegó a casa tarde otra vez

Ben

tienes q contárselo a alguien. t sentirás mejor si lo haces

Amelia

cuándo voy a verte? Creí q ibas a venir a NY. De verdad q necesito verte pronto! Tenemos q conocernos! si no, voy a empezar a pensar q me estás evitando ;(

Ben

estoy en ello. serás la 1ª en saberlo. bss

Amelia

bssss

KATE

19 de julio de 1997

Esta mañana, al despertar, estaba convencida de que todo había sido un sueño, de que me lo había inventado. No podía ser, no podía haber hecho una cosa así. Yo no. Pero fui yo. Ese yo que odio. Así que he llamado a la oficina como si estuviera enferma y me he quedado en la cama todo el día. A lo mejor ya nunca vuelvo al trabajo. Pueden hacerme una oferta en falso o ninguna oferta, ya ni siquiera me importa.

22 de julio de 1997

Para: Kate Baron

De: Daniel Moore

Asunto: ?

¿Dónde estás? Anoche te perdiste un acto impresionante para los asociados en prácticas, y ya sabes que pienso que la mayoría son una mierda. Fue una visita privada en horario no laboral a la Bolsa de Nueva York. Cojonudo. Luego, cena en Cipriani. Te lo aseguro, Kate: no había que perderse.

Que te mejores,

D.

KATE

28 de noviembre

A través de la ventana del salón, contempló el amanecer, que iba tiñendo el mundo de un gris plomizo que dio luego paso al rosa pastel. Había pasado toda la noche en vela. Cuando Seth se fue, se quedó un buen rato acurrucada en el sofá con la mirada fija en el móvil, encajado bajo el cojín del sillón al que lo había tirado después de que le leyera el último y terrible mensaje.

Hacia el alba, por fin había revisado todos los archivos que Duncan le había enviado, excepto los mensajes de texto, que había reservado para el final. Se propuso leerlos cuando se sintiera preparada, hasta que se dio cuenta de que jamás lo estaría.

Quería ver primero los que Amelia había recibido sobre su padre. No parecía una coincidencia que ambas hubieran recibido mensajes anónimos preguntando con quién se había acostado Kate. Encontrarlos era más fácil de decir que de hacer. La parte destinada a los mensajes de números desconocidos u ocultos era gigantesca. Tuvo que pasar páginas unos veinte minutos hasta dar con lo que estaba buscando:

Tu madre es una destrozahogares. Y tu padre, un putero.

Por Dios. Sylvia no había dicho nada que la preparase para algo tan horrible. No podía ni imaginarse lo que su hija habría sentido al leerlo... Vergüenza, seguramente. Vergüenza ajena.

Kate revisó más mensajes de números bloqueados u ocultos, tratando de expulsar la horrible sensación de vacío que le arrasaba el estómago. Había una mezcla de propaganda, recordatorios escolares, mensajes corrientes de amigos con número oculto... Y algunas extrañas referencias a «Urraca», por lo general con un número. Aunque en la agenda no figuraba ningún contacto con ese nombre. Tampoco recordaba que su hija mencionara jamás a ninguna. Al final, los ojos se le pusieron vidriosos de tanto leer cosas sin sentido. Apenas había indagado en los de números bloqueados y ya necesitaba un respiro.

Se centró entonces en los mensajes que había intercambiado con Ben. También eran muchos y pronto se vio abocada a revisarlos a voleo: algunos los leía enteros; otros, por encima o se saltaba un montón seguidos. Con esta forma poco metódica, se obligaba a pasar cosas por alto. Quizás una parte de ella quisiera que fuese así. Todavía temía averiguar todo, al menos de golpe. Además, había tantos que tardaría varios días en inspeccionarlos; no le quedaba otra que ser selectiva.

Los mensajes entre Ben y Amelia eran dulces, cálidos y amistosos. Al leerlos, no pudo evitar prendarse un poco de aquel chico, quienquiera que fuese. La extraña manera en que Amelia lo había conocido no importaba mucho; era un buen amigo, incluso comparado con Sylvia. Porque, si bien era obvio que las chicas se querían, su relación oscilaba en beneficio de Sylvia. Amelia compartía más secretos con él, sobre todo los relacionados con Dylan, el chico que le gustaba, o eso parecía. También era un alivio la forma en que hablaba de este último: nerviosa y un poco avergonzada, atolondrada. Juvenil. No se comportaba como una chica dura habituada a compartir sus intimidades por Internet.

Kate empezó a leer algunos que Amelia y ese chico, Dylan, se habían enviado, intentando seguir el enrevesado rastro de la vida de su hija. Desde

luego, ninguno de ellos era explícito ni esclarecedor, como había esperado. De hecho, no había detalles, pero sí muchas referencias a Urraca 1, Urraca 2 y demás. Supuso que se trataban de seudónimos, aunque no sabía a quiénes se referían ni por qué los utilizaban. Era innegable que habían compartido algo de índole romántica, aunque no quedaba claro hasta qué punto era serio. Hacían planes para verse a diario en plena jornada lectiva, lo que significaba que podría ser el chico que vio Kelsey. Era posible: eso era todo lo que Kate podía decir con seguridad. Porque cuanto más escarbaba en la vida de Amelia, más sentía que todo era posible.

—No quiero que esto acapare nuestra atención —dijo, pasándole el móvil a Lew, que había llegado un par de horas después—, pero ¿podría añadir este mensaje a los demás para que lo pueda rastrear su gente? Parece que los mensajes se van haciendo más hostiles. Además, he encontrado uno de los que Amelia recibió sobre su padre; estaría bien saber quién se lo envió.

El teniente clavó la vista en el teléfono y asintió muy despacio con la cabeza. Al estar allí en el salón, de pie, con un Lew repuesto, Kate advirtió de pronto la pinta fatigada que debía de ofrecer ella: exhausta, sin ducharse y con la ropa del día anterior. Aún no se había lavado los dientes.

—Les diré a los informáticos que echen un vistazo —dijo Lew—. También comprobaré si han hecho progresos con los otros mensajes. Van a paso de tortuga, mucho más lento de lo que querría. Lo cierto es que nuestro departamento de informática consiste básicamente en un tío con un viejo PC, que se encarga de todos los distritos de Brooklyn. Trataré de acelerar la citación para la compañía telefónica. —Respiró hondo—. Ahora bien, si tenemos en cuenta este mensaje, creo que ya es hora de que me hable del padre de Amelia.

Lew, con seis nietos y su esposa enferma a la que prodigaba tantas

atenciones, era una persona ejemplar. Seguro que nunca se había acostado con la persona equivocada. Y nunca habría mentido a sus hijos. Clavó la mirada en él por un instante, preguntándose si podría disimular su inconfesable secreto más tiempo. Sin embargo, ya sabía la respuesta: no. Debería haber sido «no» hacía mucho.

—De acuerdo —aceptó por fin, y se dejó caer en el sofá mientras se contemplaba fijamente las manos. Seth era la única persona que estaba al corriente y sabía que tendría que contárselo al teniente, cosa que no se lo ponía más fácil—. Se llama Daniel Moore —consiguió decir—. Fuimos juntos a la Facultad de Derecho y trabaja, o trabajaba, en mi bufete. No es una buena persona.

—¿Sabe lo de Amelia?

—No —aseguró Kate con tono agudo y tenso. Era la voz de una mentirosa—. Bueno, sí; sabe que tengo a Amelia, pero no que es su hija.

—¿Jamás lo ha sospechado?

—Supongo que sí, pero nunca me ha preguntado nada. Para serle sincera, de haberlo hecho, le habría mentido. —No se sentía capaz de mirarlo—. Hubiera lo que hubiese entre nosotros, rompimos antes de que yo descubriera que estaba embarazada. Después de que naciera mi hija, Daniel mantuvo las distancias durante mucho tiempo. A lo mejor tenía miedo de que cambiara de idea y le pidiera algo.

—¿Y nunca le habló a Amelia de él? —preguntó Lew.

Kate negó con la cabeza.

—Ya sé lo que puede parecer, pero Daniel no es un buen... No éramos... Yo no lo consideraba adecuado para ser su padre y supongo que me las apañé para que no lo fuera. No me siento orgullosa de lo que hice, pero jamás mantuvimos una relación. Más bien fue algo sexual entre dos personas que ni siquiera se gustaban. No podíamos tener un hijo juntos, pero yo quería tenerlo.

Y no tenía ganas de que él intentara convencerme de lo contrario; conociéndolo, seguro que lo habría hecho. Un par de años después de que naciera Amelia, él se casó, y no habría sido justo decírselo entonces. Hoy en día está divorciado, pero no se lo voy a contar ahora que está muerta.

—Bueno, supongo que, de momento, podemos dejarlo estar. Pero si hubiera algún indicio de que Amelia mantuvo algún contacto con él, necesitaremos hablar con Daniel.

—¡Oh, Dios mío! No pensaré que...

Lew negó con la cabeza.

—Hay más posibilidades de que la muerte de su hija tenga que ver con esto —reconoció, y alzó la carpeta roja—. He identificado a las chicas del grupo Pájaros de una pluma en el directorio del colegio. —Abrió su carpeta y sacó una hoja con un gráfico muy sistematizado con los nombres de las chicas, sus direcciones y los nombres de sus padres—. Todas son alumnas de Grace Hall, la mayoría de los últimos cursos. Son veintidós.

—Como las notas —apuntó Kate—. Tal vez Amelia se refería a ellas como Urracas en sus mensajes. Ese nombre, al igual que un montón de números diferentes, aparece una y otra vez.

—Puede ser. Sea como sea, ya es hora de que preguntemos en el colegio.

En el fresco vestíbulo de piedra de Grace Hall había un guardia sentado tras un gran escritorio de madera con un ordenador. Era mayor y tenía los párpados caídos. La pantalla le confería un reflejo azulado a su rostro flácido y mofletudo. En su chapa de identificación se podía leer: «Will Finkle».

—¿Puedo ayudarles? —preguntó perezosamente, con la mirada fija en el ordenador.

—Nos gustaría ver al director. —Lew le mostró rápidamente la placa, con más apariencia de policía de lo que había mostrado hasta entonces—. Es por

la chica que murió aquí hace unas semanas.

—No me diga —soltó el hombre secamente, como si se hubiera aburrido de esperar a que apareciera alguien preguntando por ella. Miró a Kate a los ojos; la había reconocido, sin duda, aunque no le costó fingir lo contrario—. Primero necesito algún documento de identificación.

Kate buscó su permiso de conducir y Lew le pasó la placa. El guardia no les quitó el ojo de encima mientras tecleaba para registrar la información.

—Firmen aquí —indicó, y señaló la casilla de la firma electrónica. Unos segundos después, la pequeña impresora escupía dos pases de visitantes.

—Mucha seguridad de alta tecnología para un colegio —comentó el teniente, y señaló el ordenador con un gesto de la cabeza.

—Cuando se tiene más dinero que formas de gastarlo —empezó el guardia—, se busca en qué emplearlo.

—¿Es nuevo?

—Puede que tenga unas tres semanas... La semana anterior añadieron esto. —Volvió a señalar con un dedo un lector de tarjetas—. ¿Sabe cuántos chavales olvidan estas malditas tarjetas? Tengo que levantarme y salir a abrir la puerta unas cincuenta o sesenta veces todas las mañanas.

—¿Y a qué se debe?

—Ustedes sabrán —dijo el guardia—. Al fin y al cabo, son ustedes los que están preguntando por una chica muerta.

A Kate le provocó náuseas el potente olor a flores del vestíbulo principal mientras se dirigían hacia el despacho de dirección. Dos grandes escaleras de madera con forma de caracol se erguían frente a una bonita y antigua cómoda, aunque tampoco de aspecto valioso, sobre la que reposaba un enorme centro de flores. Un cuadro, que bien podría ser un Picasso auténtico, colgaba en la pared de encima. En la de enfrente destacaba una gigantesca fotografía en

blanco y negro de una voluptuosa bailarina, ligera de ropa y sentada en un vestuario mugriento.

Lew y Kate se quedaron con la mirada clavada en la foto, muy juntos. La pequeña placa de debajo rezaba: «DIANE ARBUS, ACTRIZ DE CABARET, EN SU VESTUARIO. ATLANTIC CITY, NJ, 1963. OBSEQUIO DE LA FAMILIA GREENE». Era nueva. Puede que Kate no hubiera visitado muy a menudo el centro, pero no habría olvidado una fotografía así. Por un lado, el audaz emplazamiento del provocativo retrato encajaba armoniosamente con la vena progresista de Grace Hall. Por otro, parecía del todo inapropiado. En especial ahora.

—¿Qué cree que significa el nuevo sistema de seguridad? —preguntó.

El teniente frunció el ceño.

—Es difícil de decir. —Seguía con la mirada clavada en la foto. También a él le provocaba cierta incomodidad—. Es como si escondieran algo. Podría ser mera culpabilidad.

—¡Señora Baron! —la llamó alguien desde el pasillo. Una voz aguda, estridente.

Cuando se dieron la vuelta, se toparon con una mujer mayor que caminaba muy deprisa. Llevaba el pelo canoso recogido con horquillas y un traje de chaqueta *tweed* cortado a medida. La señora Pearl. Kate era incapaz de visualizar a Woodhouse, pero ella le había dejado una impresión indeleble.

—Si hubiéramos sabido que venía, habríamos mandado a alguien a recibirla fuera —dijo, y le clavó la mirada deliberadamente, antes de tender una arrugada mano a Lew—. Soy la señora Pearl, la decana de Grace Hall.

—Teniente Lew Thompson —se presentó, estrechando su mano con firmeza.

Los miró fijamente un instante más: quizás esperase una explicación sobre su visita sorpresa. Al no recibir ninguna, esbozó una sonrisa, aunque no demasiado agradable.

—Me temo que el señor Woodhouse no está aquí. Ha ido a un encuentro de colegios privados en Boston. Regresa mañana. Si lo desea, puedo darle una cita para que vuelva...

—Esto no puede esperar —dijo Kate, agarrando la carpeta que llevaba Lew.

El teniente la soltó a regañadientes. Había quedado claro que hablaría él, pero, al ver de nuevo a la señora Pearl, le entró una cólera repentina y no pudo evitar quedarse callada. Hizo ademán de tenderle la carpeta a la decana.

—Disculpe, ¿qué es eso? —inquirió la mujer. Parpadeó al ver la carpeta, pero no hizo nada para cogerla.

—Una lista de las chicas que pertenecían a una especie de club con Amelia —explicó. Le acercó más la carpeta, con insistencia, y casi le clavó el canto en el esternón. Además, sonaba enfadada; estaba mucho más molesta con la administración del colegio de lo que creía. ¿Qué había hecho para evitar que unas adolescentes se juntaran en una especie de *ring* porno? No es que anduvieran precisamente faltos de recursos—. Publicaron fotos suyas medio desnudas en un blog.

La señora Pearl retrocedió un paso, con las manos alzadas a la altura de su pecho, donde al parecer Kate había empezado a clavarle la carpeta.

—Esa información suena horrible, desde luego —dijo con suavidad—. Pero, como ya se imaginará, Grace Hall no puede controlar (ni práctica ni legalmente) lo que los chicos hagan fuera del recinto escolar.

—¿Fuera del recinto escolar? Es algo que hacen en Internet —soltó—. No está pasando en ninguna parte. Y creo que esas chicas estaban acosando a Amelia. He encontrado notas de odio en su habitación, y acabo de empezar a revisar sus mensajes. A saber qué más me voy a encontrar. El acoso tiene que ir contra las reglas, con independencia de dónde se lleve a cabo.

Kate era consciente de que el término «acoso» daría un giro automático a la

conversación. Pero se alegraba. Quería que la escucharan. Esta vez lo iba a conseguir.

—¿Acosada? —repitió la señora Pearl, con apariencia un poco sorprendida y muy escéptica—. Es una acusación muy seria, señora Baron. Supongo que tiene alguna prueba.

—Amelia está muerta —concluyó—; eso a mí me parece una prueba bastante buena.

—Teniente —la decana parpadeó al desviar la atención a Lew, como si buscara la voz de la razón—, creía que la policía había dictaminado que la muerte de Amelia fue un suicidio. De hecho, estábamos planeando organizar una enorme campaña de concienciación contra el suicidio dentro de una semana en su honor. Es para recaudar fondos mediante una línea directa nacional. ¿Me va a decir ahora que no se suicidó?

—Hay interrogantes —dijo él— considerables.

—¿Una campaña de concienciación contra el suicidio? Pedí a alguien del AMPA que esperara antes de hacerlo.

La señora Pearl frunció el ceño.

—Bueno, no sé nada de eso. El acto está programado para el próximo viernes. Si tiene más preguntas, le sugiero que hable con los del AMPA. Deberá esperar al señor Woodhouse para tratar el tema de ese supuesto acoso.

Kate estaba a punto de gritar, pero la mano de Lew descendió con fuerza sobre su brazo y la cortó en seco.

—Está bien —respondió—; podemos esperar. Entretanto, queríamos hablar con la profesora de Lengua.

La decana se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, como si calibrara cuánto le iba a costar negarse también a esa petición.

—Supongo que no hay inconveniente —asintió al final—. Si está disponible.

Diez minutos después, tres pares de zapatos retumbaban con fuerza por el pasillo de piedra mientras la decana les conducía a la sala de espera frente al despacho de Liv.

—Aguarden aquí —dijo, y señaló unos muebles, dos sillones de orejas y un par de mesitas—. Liv debería salir enseguida. Ahora, si no desean nada más, tengo que volver al trabajo. —Se volvió hacia su despacho sin esperar respuesta.

—La verdad es que hay una cosa más, señora Pearl —le gritó Lew por la espalda.

Ella se giró sobre un tacón con los labios estirados en una línea.

—¿Sí, teniente?

—¿Ese nuevo sistema de la entrada principal es en reacción a la muerte de Amelia?

—No *en reacción*, teniente, no —dijo con frialdad. Era evidente adónde quería llegar el policía—. Pero, como se podrá imaginar, la muerte de un menor, suicidio incluido, recuerda a cualquier padre la vulnerabilidad de sus hijos. En cuanto a si hay alguna otra conexión causal, eso tendrá que preguntárselo al consejo escolar. Ellos exigieron las nuevas medidas de seguridad.

—Me encantaría hablar con ellos —respondió Lew—. Necesito sus nombres.

La señora Pearl se volvió y cogió un catálogo del colegio de un montón que había en una mesita cercana. Se lo tendió.

—Sus nombres están aquí, en la parte posterior —indicó—. En secretaría pueden facilitarle sus números de teléfono. Ahora, si tiene más preguntas, le sugiero que se las dirija al señor Woodhouse. Y que pida cita.

Cuando la mujer se alejó a grandes zancadas, Lew se sentó y abrió sobre sus piernas el catálogo, cotejándolo con su cuadro de chicas de *Pájaros de*

una pluma. Recorrió con un dedo la lista de nombres mientras movía la cabeza de un lado a otro. Se detuvo hacia la mitad y alzó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate.

—Una de las chicas es Zadie Goodwin. —Lew le pasó el registro—. Mire el apellido de su padre o, más bien, de su padrastro.

Ella tomó la hoja y escudriñó los nombres. Zadie. ¿La había mencionado Amelia? ¿Había leído su nombre entre los mensajes? No le sonaba, pero lo había oído en alguna parte. Al fin, llegó al último de la lista: Zadie Goodwin. Padre: Frank S. Carmon.

—¿No es el nombre del sitio al que se fue a trabajar Molina? —preguntó ella—. ¿Piensa que el tal Frank Carmon es ese Carmon? ¿El de Industrias Carmon?

—Estoy seguro.

—¿Lo dice en serio?

—Él era policía —aclaró—. Tenía cierta reputación y no precisamente buena. Lo dejó para fundar Industrias Carmon hace más de una década.

—¿Cree que no es casualidad que Molina haya terminado ahí?

—No —respondió, y la miró a los ojos—, no lo creo.

Kate volvió a contemplar el cuadro y leyó el nombre de la madre de la joven: Adele Goodwin.

—Dios mío —susurró. Por eso le sonaba el nombre de Zadie—. Su madre vino a mi casa. Es la que quiere organizar a toda prisa esa gala de concienciación contra el suicidio.

Se produjo un clic seguido de un bip y la puerta del ala occidental se abrió. Asomó una preciosa mujer de veintimuchos años, de delicada figura y melena rubia recogida con horquillas. Llevaba botas altas de cuero y un vestido corto estilo Mod Squad. Se apoyó en la puerta para mantenerla abierta, con la tarjeta magnética en la mano.

—¿Señora Baron? —preguntó, sonriendo con timidez.

—Sí. —Kate se puso en pie de un salto, como si acabaran de pillarla copiando.

—Soy Liv. —La joven le tendió la mano libre—. Siento mucho haberla tenido esperando ahí fuera. Todavía estamos acostumbrándonos a las puertas automáticas.

—No pasa nada. Este es el teniente Lew Thompson —lo presentó—. Me ayuda a investigar la muerte de Amelia.

—Oh, no sabía que la policía se había vuelto a involucrar —dijo con aire de desconcierto—. La señora Pearl no me lo mencionó.

—¿Le parece bien? —preguntó. No sabía qué haría si la profesora se negaba—. ¿Le importa que Lew nos acompañe?

—¡Oh, no! ¡Claro que no! —Parecía un tanto avergonzada mientras tendía una mano para estrechar la del teniente—. Me ha pillado por sorpresa, eso es todo. Encantada de conocerle, teniente. Vengan por aquí, por favor.

El despacho de Liv era un espacio angosto; sólo cabía un escritorio, una estrecha silla para invitados y cuatro montones de libros. Había dos estanterías sin montar apoyadas contra una pared y otra atestada de fotografías enmarcadas, cuidadosamente dispuestas en un patrón agradable, aunque algo torcido. La profesora aparecía en la mayoría —de caminata, en bici o de viaje — con amigos o tal vez novios de sofisticadas patillas y ropa de cuadros.

—Lo sé, son excesivas —comentó Liv, y señaló las fotos—. Los chicos se ríen de mí. Siempre dicen que me comporto como si fuera una adolescente. — Se encogió de hombros y alzó la vista a las fotos—. Quizá tengan razón, pero no se puede evitar ser como se es.

Era obvio por qué a Amelia le caía tan bien.

—No —corroboró Kate—. No se puede.

—Y mis disculpas por la falta de comodidades. —Se dirigió hacia Lew, que estaba apoyado en la pared porque no había sitio para sentarse—. Los despachos se adjudican según la antigüedad. Como pueden comprobar por el cuarto de escobas en el que llevo trabajando los últimos cuatro años, no hay mucha renovación de profesores en Grace Hall.

—No pasa nada —aseguró ella—. Gracias por recibirnos.

—Haré todo lo que esté en mi mano —afirmó Liv—. Amelia era una de mis alumnas favoritas: creativa, divertida y tan perspicaz... A veces era difícil seguirle el ritmo. —Se rió un segundo por lo bajo. Luego movió la cabeza a ambos lados y frunció el ceño, como si acabara de recordar que estaba muerta. Al alzar la vista para mirar a Kate, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento. —Se secó los ojos—. Seguro que no han venido aquí para verme triste.

Y era cierto. La profesora no tenía derecho a llorar; era joven y guapa, y algún día podría tener muchos bebés. No se le había muerto la única hija que Kate iba a tener.

La observó mientras se sonaba la nariz ruidosamente y se secaba los ojos con un clínex. Se sentía incapaz de hacer nada más. Cerró la boca por temor a que pudiera escapársele algo inoportuno, como «si no hubiera acusado a mi hija de copiar, nada de esto habría sucedido». Ella no lo creía de verdad, o al menos no del todo. Aun así, habría estado bien soltarlo.

—Tal vez podamos empezar por el trabajo que supuestamente plagió —intervino Lew. Abrió su carpeta roja y sacó los dos trabajos que Kate había encontrado—. Uno de estos trabajos, el que tiene notas tuyas, estaba en la mochila de Amelia; el otro, en su ordenador.

Liv tomó los dos y los colocó sobre su mesa, uno junto a otro. Frunció el ceño mientras los comparaba. Sus ojos se abrieron de par en par y, por fin, alzó la cabeza.

—El que tiene mis comentarios es el trabajo que recibí de Amelia, el de

las partes copiadas —dijo precipitadamente y algo desesperada, como si, habiendo estado segura de tener razón, ahora le entrara el pánico por la posibilidad de no tenerla—. Quiero dejarlo claro: no era cuestión de parafrasear en exceso o de una oración calcada. Jamás habría denunciado a una estudiante como Amelia por algo así. La mayor parte del trabajo estaba sacado de una investigación académica sobre Virginia Woolf. No me quedaba otra opción.

—¿Y este otro trabajo? —preguntó Lew—. ¿No lo había visto?

—No —dijo con vehemencia, hojeándolo—. Ojalá lo hubiera hecho. Parece un buen trabajo. Es decir, no puedo asegurar si está copiado mirándolo sin más... Hay miles de fuentes sobre Virginia Woolf, pero parece original y creativo, justo el tipo de cosa que Amelia habría escrito.

—¿Reconoció el estilo de mi hija en el otro? —quiso saber Kate—. ¿Hay alguna posibilidad de que fuera una especie de malentendido?

—En Grace Hall, los estudiantes entregan todos sus trabajos por Internet —declaró Liv—. Utilizan un sistema seguro de correo, así que no veo cómo se podría haber producido un error.

—¿Y luego los imprime? —siguió el teniente.

—Sí. Bueno, la verdad es que tengo una ayudante, una estudiante. Ella los abre y los imprime para mí. Paso el programa de plagio después de haberme leído la copia en papel. Necesito días para comprobarlo, pero siempre lo hago como último recurso. De hecho, el programa jamás ha resaltado nada. ¿Y por qué no confesó Amelia que no era su trabajo? Se negó a darme una explicación cuando le pregunté por las partes copiadas. Créanme, no paré de preguntarle. Prácticamente, le supliqué.

—No sé por qué no lo explicó —dijo Lew—, pero creo que deberíamos hablar con su ayudante.

—Oh, claro —asintió Liv con ademán nervioso—. Se llama Bethany...

Bueno, antes de facilitarles el apellido, ¿puedo consultarlo con Delia, la señora Pearl? Grace Hall tiene ahora muchas restricciones ridículas sobre dar información sobre nuestros estudiantes y castigos draconianos por no cumplirlas.

—¿Ahora? —preguntó el policía.

—Digamos que recientemente nos han insistido bastante en lo que aseguran que siempre fue la política de confidencialidad de datos del alumno. En cualquier caso, me arriesgo a que me despidan. Ya me he quejado por este despacho y por algunas normas del centro, pero no estoy preparada para convertirme en una novelista muerta de hambre.

—No hay problema —replicó Lew. Le entregó su tarjeta al mismo tiempo que le pasaba a Kate la lista de *Pájaros de una pluma*, señalándole con un dedo el nombre de Bethany Kane—. Una vez que hable con la señora Pearl, ya sabe dónde encontrarme, y necesitaríamos que lo hiciera cuanto antes por razones obvias.

Bethany Kane estaba en el grupo de *Pájaros de una pluma*. Había intercambiado en el ordenador los trabajos e impreso el nuevo antes de dárselo a Liv. El grupo se las había apañado para que pareciera que Amelia había plagiado. ¿Importaba ahora lo que hubiera ocurrido en el tejado? Aunque resultara que saltó por decisión propia —cosa que Kate dudaba—, sabía que habían acosado a su hija hasta la muerte. Lo único que todavía no sabía era por qué. ¿Por qué esas chicas la habían odiado tanto?

—Sí —Liv se quedó mirando la tarjeta—, desde luego; voy a hablar con ella lo antes posible.

—¿Puedo preguntarle algo más? —La voz de Kate sonaba áspera y ronca.

—Por supuesto —dijo la profesora.

—Encontramos un montón de notas en casa, en el cajón de Amelia. En todas pone «te odio» y están escritas por veintidós personas diferentes. —No

quería contar más de lo necesario—. Y parece que mi hija estaba relacionada con un grupo de chicas que colgaban fotos suyas muy reveladoras en Internet.

—¡Muy reveladoras! —La profesora parecía tan horrorizada como se sintió ella en su momento, lo que resultó tan preocupante como reconfortante—. ¿Amelia? Me parece difícil de creer. Es decir, hay muchas chicas en Grace Hall que no tienen la cabeza muy bien amueblada..., pero ese no era su caso.

—Así que ¿no tiene ni idea de qué va eso? —insistió Kate—. El grupo de Internet se llamaba Pájaros de una pluma. Por lo visto, hacían reuniones a la salida del colegio y cosas por el estilo. Como si formaran parte de algún club.

Liv se cruzó de brazos y bajó la vista. Negó con la cabeza y clavó la mirada en su mesa. Kate esperaba que respondiese que no sabía de qué hablaba.

—Lo siento, pero no puedo —dijo ella, con apariencia de estar sufriendo.

—¿Que no puede? —repitió Lew, por primera vez con tono de fastidio.

—Como decía antes, Grace Hall restringe...

—Espere un segundo —cortó Kate, sintiendo que la compostura se le escapaba entre los dedos—. Amelia está muerta y esto, sea lo que sea, puede haber tenido que ver. ¿Y usted me dice que sabe algo, pero que no puede hablar de ello?

—Lo siento; perdería mi trabajo —aseguró Liv con voz queda. Parecía de nuevo al borde de las lágrimas—. Están haciendo las preguntas correctas, es todo lo que les puedo decir. Deberían seguir por ahí. Hablen con Phillip Woodhouse. Sé que él querría... Bueno, querrá contárselo. Hay tensión entre él, el consejo escolar y los abogados. —Movi6 la cabeza a ambos lados con disgusto y bajó la cabeza—. Perd6nenme, ya he dicho más de lo que puedo.

—Dios mío... —Kate fijó la vista en ella, con los ojos abiertos de par en par—. Lo dice en serio.

Lew volvió a poner su mano en el antebrazo de Kate. Era una orden. Y, por

mucho que lo detestara, sabía que tenía razón. Enfadarse con la profesora no les iba a llevar a ninguna parte.

—Lo comprendemos —terció el teniente—. No queremos que despidan a nadie. Hablaremos con la dirección, aunque más adelante volveremos para hacerle preguntas.

—Sí, desde luego —contestó la profesora con aire descorazonado—. Quiero ayudar, lo juro.

—¿Qué sabe de ese blog de cotilleos escolares? ¿Cómo se llama..., «grace» algo? —preguntó Lew.

—Sí... *gRaCeFULLY*. —Liv puso los ojos en blanco y movió la cabeza con desaprobación—. Por fortuna, ya no está activo; de momento, al menos.

—¿Por qué no lo cerró antes la dirección? —interrogó el teniente.

—Nunca descubrieron quién estaba detrás del asunto. Intentaron rastrear la procedencia de los textos. Supongo que quienquiera que lo hiciese ha borrado sus huellas bastante bien. He oído que han contratado a un experto en seguridad informática. Ahora que está inactivo, no estoy segura de cómo va la cosa. —Su móvil vibró entonces con un sonido que parecía de un mensaje. Lo alcanzó con una mano y leyó. Luego soltó un gruñido de exasperación—. Ay, lo siento mucho. Al parecer, tenía una reunión del departamento y se me había olvidado por completo. ¿Hay algo más que pueda contarles antes de salir corriendo? Estaré encantada de que nos veamos de nuevo si les soy de alguna utilidad. —Empezó a recoger sus cosas: un bloc de notas, su móvil.

—¿Le habló Amelia alguna vez de un chico llamado Dylan? —soltó Kate. Parecía una pregunta inofensiva. El tipo de pregunta que a una madre deberían permitirle formular—. Tal vez él y Amelia estuvieran saliendo.

Liv se quedó paralizada y su mirada pasó de ella a Lew y luego de vuelta a Kate. Parecía incómoda.

—He oído que Amelia estaba saliendo con Dylan. No me he enterado por

ella, así que no sé con seguridad si es cierto o si «salir» es el verbo adecuado para denominarlo. Tal vez «verse» sea más exacto. Pero Dylan Crosby no es un chico, señora Baron. Es una chica.



AMELIA

19 DE OCTUBRE, 21:52

Dylan

q hay?

Amelia

poca cosa. q tal?

Dylan

de mal humor

Amelia

x?

Dylan

ni idea

Amelia

hagamos algo divertido mañana

Dylan

suenan bien. alguna idea?

Amelia

cualquier cosa estará bien si es contigo

Dylan

:) t veo mañana

Amelia

OK, nos vemos. bss

19 DE OCTUBRE, 21:59

Sylvia

es una de las Urracas

Amelia

quién?

Sylvia

la chica q se está tirando Ian

Amelia

no puede ser

Sylvia

sí, una de esas zorras Urracas se lo está tirando

Amelia

quién?

Sylvia

no lo sé, xo voy a averiguarlo.

19 DE OCTUBRE, 22:05

Chloe

Fiesta en mi casa. Viernes noche a las 9

19 DE OCTUBRE, 22:12

Amelia

cuándo podré verte??? Si sigues evitándome, voy a empezar a pensar q eres un asesino en serie o algo

Ben

Vaaaya, grax

Amelia

Es broma, + o menos. Xo venga, cuándo vienes?

Ben

quizás el jueves, estoy en ello.

Amelia

sí! Ya no tendré q bloquear tus llamadas ;)

19 DE OCTUBRE, 22:25

Entrenadora Bing

corrección: el bus para el partido del sábado sale a las 7:30, NO a las 8:30. No lleguéis tarde

19 DE OCTUBRE, 22:32

Dylan

A veces odio este sitio. Quieres huir?

Amelia

Me apunto. cuándo nos vamos?



facebook

20 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Pensé en lo desagradable que era que le dejaran a uno fuera; y pensé que quizás era peor que le encerraran a uno dentro». Virginia Woolf: *Una habitación propia*.

Sylvia Golde Te lo digo con todo el cariño posible, pero de verdad que empiezas a parecer un bicho raro

George McDonnell Q empieza???

Carter Rose Tía, creo q ese barco ya ha zarpado

AMELIA

20 de octubre

—«Un poco de conocimiento nunca es falso ni verdadero, sólo más o menos útil biológica y evolutivamente hablando. Todos los credos dogmáticos son aproximaciones: dichas aproximaciones constituyen un humus en el que germinan aproximaciones mejores» —leyó Sylvia de su libro de Filosofía con gesto dramático—. Si te estabas preguntando quién lo escribió...

—No —repliqué sin alzar la vista.

Era nuestra hora libre y estábamos en nuestra recién estrenada y moderna biblioteca, con reservados de paredes acristaladas, equipo informático de alta tecnología y toques de estilo algo arcaico: lámparas antiguas, vidrieras y toscos escritorios restaurados. La habían rebautizado; ahora era la Biblioteca Rose, por la familia Rose (Carter, Bennett y Cole incluidos), quien había financiado la reforma. Mis ojos estaban clavados en los deberes de Laboratorio, pero me estaba costando mucho concentrarme incluso si Sylvia no hablaba.

Había quedado con Dylan después de clase. Me había dicho que tenía algo que contarme. Tras su mensaje sobre huir juntas, estaba casi segura de que se trataba de algo bueno. Tal vez incluso de que estaba lista para que nos dejáramos ver en público.

—Lo dijo Ernst Mach —comentó Sylvia, porque, como siempre, le importaba un bledo si yo quería escuchar o no—. ¿Y quieres saber lo que yo digo? Que te jodan, Ernst. No creo que eso sea inglés. ¿Y qué tipo de nombre

es Ernst, si puede saberse? Es como si se hubieran comido una vocal o algo así.

—¿Y por qué has cogido Introducción a la Filosofía, en primer lugar? —Alcé la cabeza para mirarla. Estaba molesta. A veces Sylvia hacía cosas muy muy estúpidas y jamás lo reconocía—. Todo el mundo sabe que es una de las asignaturas más duras. Nadie te pidió que te matricularas.

—Me gusta plantearme retos como toda hija de vecino —replicó tímidamente—. ¿Sabes?, no eres la única de aquí con curiosidad intelectual.

Entrecerré los ojos.

—Ah, espera, ahora caigo. Brian Porter está en esa clase, ¿verdad?

Sylvia cambió de postura en la silla. Brian era el chico al que había estado persiguiendo la primavera pasada durante el periodo de matriculación. Su tonto pre-Ian. Al final cayó en sus redes, pero él se escabulló a mediados de verano, como era de esperar.

—Lo peor es que lo dejó al segundo día —admitió finalmente, moviendo la cabeza a ambos lados en señal de disgusto.

—Y también tú podías haberte ido.

—¿Y que Brian se enterara de que estaba apuntada a esa clase por él? Venga, todavía me queda un poquito de orgullo.

—Espero por tu bien que Ian no se inscriba en Literatura Comparada o algo parecido el próximo semestre —repliqué—. Esa asignatura sí que es un verdadero infierno.

—Da igual. Ya no me importa lo que haga. —Intentaba hacerse la dura, pero se puso a temblar como un flan mientras paseaba la mirada por la biblioteca atestada—. No lees mis mensajes, ¿verdad? ¿Hay alguien en casa? Creo que me está poniendo los cuernos.

—Ah, ya; se me olvidaba. —Detestaba hablar de él. Llevaba intentando evitar el tema de su relación desde que él básicamente admitió delante de mí

que era cierto. Si no rompían pronto, tendría que contárselo a Sylvia. Y desde luego que no quería hacer tal cosa—. Como quieras. Entonces, es un idiota.

—¿Lo ves? Ni siquiera tú dices que esté loca. También piensas que le pasa algo. —Sylvia pareció entristecerse al escudriñar la sala, probablemente en busca de él—. Da igual. A la mierda los tíos.

Necesitaba cambiar de tema antes de que tocara fondo. Y llevaba tiempo queriendo contarle lo de Dylan ahora que Ian ya lo sabía. Nunca iba a ser el momento perfecto.

—Estoy con alguien —solté mientras ella seguía mirando a su alrededor—. O sea, creo. De todos modos, tenías razón cuando lo dedujiste.

—Joder, ¡lo sabía! —Me propinó un manotazo juguetón—. ¿Desde cuándo? ¿Quién es? Tienes que contármelo todo. Dios, ¡estoy de los nervios!

A pesar de todo, Sylvia aún se las apañaba para sorprenderme. Ni por asomo me creía capaz de conseguir que se concentrara en mí y no en Ian.

—Supongo que llevamos como unas dos semanas.

—¡Dos semanas! —chilló. La bibliotecaria nos chistó audiblemente desde el mostrador de préstamos. Sylvia le hizo un gesto irritado con la mano—. Creía que ibas a decir un día o dos. ¿Dos semanas y no me lo has contado? ¡Oh, espera...! Por favor, por favor, por favor..., no me digas que estás saliendo con Ben el espeluznante.

—No estoy saliendo con Ben —repliqué—. Y tampoco es espeluznante.

—No es gay y sí espeluznante, pero da igual. Podemos estar de acuerdo o no. De todas formas, no quiero seguir hablando del estúpido de Ben. Quiero hablar del buenorro con el que por fin Amelia Baron ha echado un polvo. ¿Quién es? Carter, George McDonnell... Te juro que esos llevan años muriéndose por entrar en tus pantalones.

Respiré profundamente y la miré fijamente. Era el momento. Iba a contarle a mi mejor amiga que estaba saliendo con una chica.

—Debería habértelo dicho antes —arranqué. Iba a salir bien. Iba a aceptarlo. Sabía que sí. Tenía que hacerlo—. No es que tenga relevancia entre nosotras ni nada, pero...

—Mierda —espetó de golpe, agachando la cabeza. Se inclinó hacia adelante para fisgar a mi alrededor, luego volvió agachar la cabeza—. ¿Ese de ahí es Ian? ¿Con una chica?

—¿De qué estás hablando? —pregunté, girando en redondo. Y tanto que estaba Ian al otro lado de la biblioteca junto a la sección de consultas y la gran esfera de madera. Estaba con una chica, que se había agachado antes de que yo pudiera distinguir quién era.

—¿No es Susan Dolan? —carraspeó Sylvia—. Oh, Dios, ¡menuda zorra!

Sólo la había visto un segundo, pero podía ser ella. Y si Ian estaba coqueteando en público, mala señal. Susan se acostaba con cualquiera y con mucha frecuencia. De forma egoísta, me producía alivio que no fuera Zadie. Por lo menos, Dolan no era una Urraca. El secreto que yo compartía con Ian no tenía nada que ver con que él estuviera con ella.

—Soy lesbiana, Sylvia —solté de improviso, pese al drama de Ian. Porque era cierto y porque ya era hora de hablar a las claras. Y había tenido la impresión de que era ahora o nunca.

Sylvia seguía concentrada en intentar cotillear sutilmente cerca de mí, como si no hubiera oído lo que había dicho. Y entonces, de sopetón, sus ojos parpadearon y se cernieron sobre mí.

—Espera, ¿qué acabas de decir?

—Creo que tal vez soy lesbiana.

—No, no —replicó despectivamente, y retornó a su vigilancia—. Lesbiana no es algo que «tal vez» se sea.

Pensé que se asombraría o entristecería o incluso que le daría algo de mal rollo, pero jamás se me pasó por la cabeza que no me creería.

—No quería decir que «tal vez» —me defendí—, sino que lo sé. Sé que soy lesbiana.

Sylvia soltó un resoplido dramático.

—Vale, ya sabrás que los homosexuales mantienen relaciones sexuales, ¿no? Ser lesbiana no es una tapadera para cubrir la abstinencia, porque... ¡Oh, Dios mío! —Agachó de nuevo la cabeza—. ¿Ha puesto la mano en su culo? No puedo mirar. Hazlo tú. Date la vuelta y compruébalo.

No quería cabrearme. Ian en público con otra —y en especial con una chica como Susan Dolan— era algo fuerte. Pero ¿después de la bomba que acababa de soltar? En fin, habría sido todo un detalle que se hubiese centrado unos minutos en mi conflicto personal. Aunque también me daba pena de Sylvia: ser rechazada así, de un plumazo y delante de todo el mundo, era horrible.

Tiré mi lápiz al suelo. Era una excusa para girarme y mirar hacia donde estaba Ian. Al principio no le vi mientras tanteaba por el suelo para cogerlo. Luego se levantó por fin de donde había estado en cuclillas tras una estantería. Un segundo después, Susan Dolan asomó la cabeza junto a él. Me quedé quieta un instante observando cómo se sonreían mientras entrechocaban los hombros en plan jugueteón. Oh, mala señal. *Muy mala.*

—¿Buscas esto? —preguntó alguien.

Junto a mi mano aparecieron unos zapatos masculinos con cordones modernos. Cuando me incorporé, allí estaba el señor Woodhouse, sosteniendo mi lápiz en el aire.

—Sí, gracias. —Alargué un brazo para cogerlo.

—Ajá, gracias —dijo Sylvia, y agitó una mano para espantar al director—. Pero estamos intentando estudiar y tal, ya sabe.

A ella no le caía bien porque seguía amenazándola con suspenderle. Woodhouse era un hueso duro de roer en cuestiones académicas. La mayoría de las chicas o le detestaban o se querían acostar con él. No había término

medio. Por un instante, él le devolvió la mirada como si intentara con todas sus fuerzas reprimir su odio y eso hizo que me cayese mejor.

—Amelia, ¿puedes pasarte luego por mi despacho, a la salida de clase? Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿Por qué? —Me salió un tono demasiado nervioso. Esos días me sentía muy culpable—. Lo digo porque tengo hockey sobre hierba.

—Ya he hablado con la señora Bing. No nos llevará mucho tiempo. — Luego se volvió hacia Sylvia—. Por cierto, señorita Golde, me encanta verla estudiar. Hoy he recibido una llamada de su profesor de Español. Sea donde sea que haya estado su concentración las últimas semanas, ya es hora de que vuelva a ponerla en sus deberes. No puede permitirse otro suspenso.

Sylvia le ignoró mientras garabateaba en su cuaderno.

—De eso no cabe duda, *director* —contestó finalmente, sin alzar la vista.

—Estupendo, señorita Golde —dijo él con desánimo—. Estupendo. En fin, Amelia, te veo luego.

Mientras se alejaba, Sylvia gesticuló como si quisiera quitarle de su ángulo de visión. Luego empezó a mirar por la biblioteca en todas las direcciones posibles. Ian y Susan Dolan ya se habían ido.

—Genial. Gracias, maldito señor Woodhouse.

Recibí un mensaje de Dylan en mitad de las prácticas de Biología:

En tu casa en la hora libre?

No teníamos mucho tiempo; nos quedarían unos veinte minutos tras el trayecto de ida, cosa que hacía que todo fuera un tanto arriesgado. Y también estimulante.

Salí disparada en cuanto terminó Biología. Al doblar la última esquina,

pude ver a Dylan sentada en la escalera de mi casa. Tenía la cabeza apoyada en la mano y vuelta en sentido contrario, como si intentara resguardar la cara del viento. Fuera hacía más bien frío, a pesar del resplandeciente sol otoñal que daba la impresión de que su pelo se hallaba envuelto en llamas.

Aún me separaban de ella unas cuantas casas cuando se giró por fin en mi dirección. Su cara se iluminó y sonrió de oreja a oreja. Al ver cómo me miraba, supe que sentía lo mismo que yo por ella. Estaba segura de ello. Y también de otra cosa: no era sólo que me gustara: me había enamorado de ella. Total e irremediabilmente.

En cierto modo, era un alivio saberlo. Ahora no había marcha atrás, ya no. Se acabó el ser cuidadosa. Y tras ser tan rara y huidiza durante tanto tiempo, por fin tuve la impresión de que algo había cambiado también en ella. Lo percibía en la forma en que me observaba. Le devolví la sonrisa y apreté el paso.

—Vamos dentro —apremié, y nos precipitamos de la mano por las escaleras.

Todo lo que quería era besarla allí mismo, en plena calle. Pero dos adolescentes liándose en la acera en plena jornada escolar llamarían la atención. Incluso cabía la posibilidad de que algún vecino considerara conveniente contárselo a mi madre.

Todavía estábamos en el vestíbulo, con la puerta entornada, cuando Dylan empezó a besarme, despojándose con manos diestras de todas las capas de ropa. En medio de aquella exhalación de manos y piel y bocas, era como si las palabras que yo estaba a punto de pronunciar, las importantes, ya hubieran sido dichas. Ella sabía cómo me sentía. Y yo también sabía cómo se sentía ella.

Nos tumbamos desnudas en el sofá del salón con las piernas entrelazadas.

—Me encanta que tu madre no esté nunca en casa —comentó, arremolinándose junto a mí y dejando que su cabeza reposara en mi pecho. Resbaló un dedo a lo largo de mi brazo—. Debe de ser genial que te dejen sola.

—A veces —contesté—, pero me gusta estar con mi madre. Sería agradable que pudiera estar aquí un poco más.

Recordé lo mucho que me había enfadado el fin de semana pasado, cuando la desperté temprano para preguntarle a gritos quién era mi padre. Acababa de recibir otro de esos mensajes la noche anterior y me cabreé. Estaba tan molesta que no me importó herir sus sentimientos. Hasta había sacado del sótano todos sus viejos diarios con el propósito de revisarlos de cabo a rabo para averiguar lo sucedido.

Había empezado a leer algunos por encima, pero no había llegado muy lejos. Un par de entradas de cuando mi madre descubrió que estaba embarazada y de justo después de que yo naciera. No decía quién era mi padre. En general, leerlo sólo me hizo compadecerme de ella. En aquella época se había sentido muy sola y asustada. No me molestaba que no le hubiera ilusionado la perspectiva de tener un bebé, pero eso no significaba que quisiera seguir analizándolo todo. Además, me sentía mal. Ella no iba por ahí leyendo mis cosas, que yo supiera.

¿Y si me estaba protegiendo de mi padre por alguna razón? Me quería. Y era capaz de hacerlo. Dejar que me cabreara con ella si ese era el precio de mantenerme a salvo. Mi madre era lo único que tenía, lo único que había tenido nunca, y yo la quería. No deseaba enterarme de nada que pudiera cambiar eso. Podía afrontar toda la vida ese vacío, siempre y cuando ella estuviera ahí para llenarlo.

—Mi madre está siempre —continuó Dylan—. Es una lata.

Había estado una vez con su madre. No sabía mucho de ella, aparte de que

era actriz y una vez creyó que sería la siguiente Marilyn Monroe —desde luego, era glamurosa, como su hija—, aunque había tenido que conformarse con un puñado de intervenciones como invitada en algunos episodios de *Ley y orden*. También era exigente con Dylan y le insistía para que fuese actriz, aunque su hija detestara la idea. Quería que llevara el pelo de un modo particular y siempre le decía que adelgazara, a pesar de que estaba muy flaca. Como si fuera una Barbie en vez de una persona real. A Dylan no parecía importarle, pero la mayoría de las cosas que me contaba sobre ella me daban escalofríos. Me alegraba de tener una madre como la mía, aunque no estuviera tanto en casa como me gustaría.

—Creía que tu madre y tú estabais muy unidas —comenté.

—Y lo estamos. Es mi mejor amiga —aclaró, como si se lo hubiera aprendido de memoria—. Ella, Zadie y mi padre son los únicos que me conocen de verdad. —Intenté no tomármelo como algo personal. Tampoco la conocía desde hacía tanto—. Sea como sea, me alegro de que tu madre no venga mucho por aquí. Eso nos permite estar a solas.

—Yo también —aseguré, con un sentimiento alado precipitándose en mi pecho—. ¿Sabes?, hoy casi le suelto a Sylvia lo nuestro.

—¿Casi? —Su tono era de sorpresa y algo nervioso.

—No te preocupes: sólo he llegado a la parte de que me gusta una chica, no qué chica.

—Pero eso es lo más importante. —Me miró. Sonreía juguetona, con un destello en sus ojos azules.

Solté el aire; no sabía que había estado reteniéndolo. Me preocupaba que se enfadara conmigo por habérselo revelado a Sylvia.

—Por supuesto que tú eres la parte más importante —aseguré, y le devolví una amplia sonrisa—. Lo gracioso es que ni siquiera me creyó. Piensa que estoy confundida sobre lo de ser lesbiana.

Dylan volvió a tumbarse y clavó la vista en el techo.

—¿Estás confundida? —preguntó.

—No. —Necesitaba que me mirara—. ¿Y tú?

—No confío en la gente —replicó como si eso contestara la pregunta. Por su tono, no pensaba que fuera algo malo, sino un hecho del que yo debía tomar conciencia—. Quieren etiquetarte, llamarte eso o aquello. Y luego ya serás sólo eso para siempre.

Tuve la sensación de que hablaba de algo más, no sólo de nosotras, como si toda su vida hubiera consistido en huir de las personas que le ponían etiquetas.

—Nadie va a decidir quién soy por mí —respondí. Y, vaya, lo decía con sinceridad. Me impresioné a mí misma y miré en su dirección. Esperaba que se volviera hacia mí, que también se sintiera orgullosa, pero seguía con los ojos clavados en el techo—. No me importa lo que piensen los demás. Sólo me importas tú.

Dylan permaneció en silencio durante un buen rato, tanto que empezó a hacerse difícil respirar. Por fin me miró.

—Vale —aceptó con voz queda, como si intentase estar de acuerdo conmigo más de lo que lo estaba. Pero era un comienzo—. A mí también.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —Sabía que era una cuestión peligrosa, pero tenía que saberlo, sobre todo ahora—. ¿Zadie y tú habéis estado alguna vez... juntas?

—¿Zadie? ¿Lo dices en serio? —Soltó una carcajada—. Eso es asqueroso. Somos como hermanas. Nos conocemos desde que teníamos cinco años. Es la única persona, aparte de mis padres, que sabe todo sobre mí. Además, siempre ha estado ahí cuando yo necesitaba a alguien, cosa que a veces tengo la impresión de que es siempre.

—¡Ah! —No me sentía ni de lejos tan aliviada como esperaba. Quería preguntarle qué entendía por necesitar a alguien siempre. En cierto modo,

entendía lo que significaba una amistad así por la que teníamos Sylvia y yo, salvo que tenía la impresión de que se refería a algo diferente—. Qué bien.

—De todos modos, a Zadie le van los tíos —continuó—. Es mi mejor amiga, ¿vale? Está pendiente de mí; eso es todo.

—Vale —dije con una sonrisa, porque, aun si no la creía del todo, deseaba hacerlo—. Bien.

Luego nos dimos un abrazo y yo cerré los ojos para aspirar el dulce aroma de su melena despeinada. Entonces me acordé de algo malo, algo en lo que llevaba días intentando no pensar.

—¡Uf! —solté.

—¿Qué?

—Me acabo de acordar de que mañana suben a ese estúpido blog mis fotos. —Tenía grandes dudas desde que Ian me las hizo. Si ya tenía a Dylan, ¿para qué diablos necesitaba a las Urracas?—. No me entusiasma la idea de que tíos gordos y repulsivos de dedos pringosos se pongan a babear en calzoncillos ante mis fotos.

—¡Hum! —se rió Dylan—, haces que suene delicioso.

—Lo digo en serio —insistí, aunque también me reí, haciendo que la cabeza de Dylan se meciera sobre mi pecho—. ¿Tú no te sientes incómoda sabiendo que hay alguien ahí fuera mirando?

Cuando observé de lado su rostro, su sonrisa desapareció.

—Supongo que sí —contestó, encogiéndose de hombros—, aunque casi todo me hace sentir incómoda.

—Unas fotos tuyas semidesnuda en Internet deberían incomodarte.

Se quedó callada. Ya habían subido sus fotos. Posiblemente la estaba insultando.

—Bueno, da igual —seguí en un mal intento por cambiar de tema, aunque sin hacerlo de veras—. Le voy a decir a Zadie que no quiero seguir con este

juego, que he cambiado de idea.

—Pero te echará a patadas de las Urracas —dijo mientras se incorporaba de golpe para mirarme con ojos nerviosos y aterrados—. O sea, te expulsará definitivamente.

—Tú eres lo único que me importa de las Urracas.

Dylan volvió a tumbarse y se quedó callada un rato todavía más largo. Eso fue una decepción. Esperaba que hubiera dicho algo así como «sí, que le den a Zadie, ¡no la necesitamos!». Pero no, no dijo ni una palabra.

Seguíamos allí, tumbadas con nuestros cuerpos enredados, cuando oí que abrían la puerta principal.

—Mierda —susurré—, es mi madre.

Las dos estábamos desnudas y el reguero de ropa llegaba hasta el vestíbulo. Una cosa era que le hablara a mi madre de Dylan y otra muy diferente, sobre todo para ella, que entrara y nos sorprendiera así. Agarré un chal que había tras el sofá y se lo lancé a Dylan. Luego crucé los brazos sobre mi pecho desnudo y me incliné hacia delante, tratando de ocultar mi cuerpo lo mejor posible. Apreté los ojos como si quisiera desaparecer, igual que una niña pequeña.

—Vaya, vaya —dijo alguien. No era la voz de mi madre—. ¡Qué romántico!

Cuando abrí los ojos, Zadie estaba allí de pie, en mi salón. En una mano llevaba nuestra ropa y con la otra nos grababa con su iPhone.

—¿Cómo has entrado aquí? —chillé—. ¡No puedes entrar así en mi casa!

—No estaba echada la llave —replicó Zadie con petulancia mientras se acercaba para captar un ángulo mejor. Dylan se subió el chal para taparse los pechos y desvió la cara—. Os ha debido de entrar un buen calentón, porque me parece que la puerta ni siquiera estaba cerrada.

Tenía ganas de levantarme y arrebatarme nuestra ropa, pero no quería que

me grabara cruzando la habitación desnuda.

—¿Qué eres? ¿Una acosadora o algo así? ¿Cómo sabías que estábamos aquí? —le grité—. ¡No puedes estar aquí, es mi casa!

—¿Acosadora? Eso es un pelín fuerte, ¿no te parece? —replicó con una sonrisita de suficiencia—. Si quieres saberlo, os he seguido. Y luego he esperado ahí fuera una eternidad. —Desvió por un instante el móvil y clavó los ojos en Dylan, que no le mantuvo la mirada—. Tengo que reconocerlo: ambas tenéis aguante. Aunque supongo que entre chicas es distinto.

Esperaba que Dylan se pusiera a chillar, que volviera a ser la chica que había visto en el sótano de Zadie aquel día, pero se limitaba a seguir allí sentada, fundida con el sofá.

—¡Fuera! —bramé con más fuerza—. ¡Lárgate de mi casa, joder!

Zadie dejó escapar un suspiro de tedio mientras volvía a enfocarme con la cámara.

—¿Sabéis? No saldrá una peli demasiado guay a menos que hagáis algo. Ya me entendéis, chicas. Algo interesante. —Se acercó hasta ponerme la cámara a medio metro de la cara—. No se consiguen dos millones de visitas en YouTube sólo con dos chicas medio desnudas. Eso ya se ha hecho hasta la saciedad. Necesitamos acción. ¿Qué tal un besito? ¿Y si alguna agarra una teta?

Entonces, algo reaccionó en mí. Pegué un salto para apoderarme de la ropa que Zadie llevaba bajo un brazo. Ella la dejó caer al instante y se apartó de un brinco para ponerse fuera de mi alcance. Siguió grabando mientras recogía la ropa del suelo y me embutía en la camiseta y en los vaqueros en una exhalación. Una vez vestida, giré en redondo y le planté cara.

—¡Sal de mi puta casa o llamo a la policía!

—Qué tierno. —Se inclinó, acercándose más—. ¡Cómo defiendes su honor! —Movió la cabeza decepcionada—. ¡Ay, ay, ay, Ojos de Loca! Se suponía que

eras lista. ¿En serio crees que a Dylan le importas una mierda? ¿Crees que significas algo para ella? Ni siquiera la conoces. No eres nada. Mañana mismo te habrá olvidado como a la rancia y barata puta que eres.

—Si no te vas —las uñas se me clavaron en las palmas de las manos al formarlas en un puño—, voy a sacarte yo.

—Ooh, qué pedazo de marimacho. —Zadie silbó, luego se reclinó para enfocarme la cara con la cámara desde abajo—. ¿Ese es tu rollo? ¿Tú llevas los pantalones? Me gusta. Es sexy.

—Zorra...

—¡Basta! —gritó Dylan de pronto desde el otro lado de la habitación. Cuando me di la vuelta, se hallaba ya vestida y se estaba poniendo las botas. Parecía a punto de llorar—. Ya basta, por favor.

—¿Qué haces, Dylan? —dije con voz aguda, como una cría asustada—. ¿Adónde vas? No tienes por qué irte. La que se larga ahora mismo es Zadie.

—Oh, claro, cariño —replicó la aludida con una sonrisa maliciosa. Dylan caminaba con torpeza hacia la puerta—. Ya me piro. Y tu novia se viene conmigo.

No sé ni cómo regresé al colegio. Quería dar con Dylan antes de que se olvidara de lo que teníamos. No recuerdo haber salido de casa; de pronto estaba sentada en clase de Liv, que hablaba desde la parte delantera del aula. La veía mover la boca, pero sus palabras se me antojaban remotas e indescifrables.

Sólo cuando todos me miraron me di cuenta de que se estaba dirigiendo a mí.

—¿Amelia? Sé que sabes la respuesta —dijo Liv—. Por favor, ilustra a los demás.

Me volví hacia el origen de su voz y tuve la sensación de que mi cabeza

estaba llena de arena mojada, como si pudiera desprendérsese con un chasquido del cuello y rodar por el suelo.

—¿Te encuentras bien, Amelia? —Su tono era de preocupación—. No tienes buen aspecto.

Por fin, mis ojos se centraron en ella. Al hacerlo, se llenaron de lágrimas. Liv me seguía mirando cuando sonó el timbre y todos mis compañeros se movieron al unísono, en una estampida de color, cuerpos y ruido. Todos menos yo. No podía ni moverme.

Al contrario, me quedé allí sentada, repasándolo todo una y otra vez en mi mente: Dylan saliendo torpemente de mi casa como un zombi, sin ni siquiera girarse para despedirse; luego, esa expresión de maldita satisfacción en el rostro de Zadie. Todo había salido como lo había planeado.

—¿Necesitas ir a la enfermería, Amelia? —El aula estaba vacía y Liv se encontraba junto a mi pupitre. Parecía asustada—. Estás del color de la cera. Puedo acompañarte abajo.

Intenté negar con la cabeza, pero no se movió ni un ápice.

—De acuerdo —no sonaba muy convencida—, pero hay algo que no va bien. Lo veo. ¿Quieres hablar de ello?

¿Quería? ¿Quería contarle a mi encantadora profesora de Lengua que la primera chica a la que había querido me acababa de arrancar el corazón de un tajo?

—Estoy con la regla —dije en su lugar—. Me dan calambres.

—Oh —replicó, algo cortada por haber insistido en que le diera más detalles—. ¿Sigues pensando en pasarte por el despacho del señor Woodhouse? Me ha pedido que te mande después de clase, pero si no te encuentras bien...

—No, estoy bien —contesté. Porque era algo que había que hacer, un lugar donde poder estar. Una dirección a la que dirigirse. Y puede que una

minúscula parte de mí albergara la esperanza de que el director hiciera algo para que Zadie desapareciera—. Puedo ir.

Me senté en el despacho del señor Woodhouse y esperé a que colgara el teléfono. Veía mis piernas presionando el asiento, veía los apoyabrazos bajo mis manos, pero no los sentía. No sentía nada.

—Perdona —dijo al colgar. Movié la cabeza hacia ambos lados en señal de desaprobación—. Los antiguos alumnos pueden ser insistentes. No te vuelvas así dentro de unos años. Es... Bueno, de todos modos, creo que tú nunca serás así.

Clavé la vista en él. Ni siquiera era capaz de fingir una reacción.

—¿Estás bien, Amelia?

«Arréglolo —grité en silencio—. Expúlsela. Haga que la arresten».

—Me duele la cabeza. Migrañas.

—Ah, vale. Entonces, no te entretengo. —Cogió aun sobre de su escritorio y me lo tendió. Me quedé mirándolo—. Es tuyo —se apresuró a aclarar—. Ábrelo.

Lo contemplé un poco más antes de alargár una mano para cogerlo, todo a cámara lenta. Sentí el peso del sobre en mis manos, vi cómo Woodhouse no me quitaba ojo de encima, como si acabara de darme un regalo. Estaba segura de que dentro iba a haber una reluciente foto mía con Dylan, enrollándonos, a tamaño ocho por diez.

—Venga. Yo ya sé lo que hay. Me han llamado —me apremió Woodhouse. Ahora su tono era de aturdimiento—. Ábrelo.

Intenté rasgar el sobre con dedos torpes y lentos. Dentro había papel normal, ni reluciente ni de foto. Respiré hondo mientras sacaba una carta dirigida a mí, con la dirección del centro. Mis ojos se detuvieron en el segundo párrafo: «Esta beca cubrirá el gasto íntegro del congreso y se

publicará un extracto de su relato “Hoy yo soy” en la antología resultante».

—Liv se siente mal por haber enviado el relato a pesar de tus objeciones —continuó—. No quería que te sintieras presionada a aceptarlo, así que prefirió no estar presente.

—¡Ah! —Mantuve la vista en el suelo. Intentaba asimilar que había ganado una beca a la que ni siquiera me había presentado.

Pero, dado que el resto de mi vida se había convertido en un montón de basura, me alegró un poco. No me sentí alegre, *alegre*; quizá menos muerta. Era un buen recordatorio de que existía una yo antes de haber oído hablar siquiera de las Urracas o de Dylan.

—Deberías celebrarlo —propuso Woodhouse—. Eres la primera estudiante que ha conseguido una Mittlebranch en Grace Hall. Es una prueba de tu talento, Amelia. De verdad. —Luego respiró profunda y cansadamente—. Pero, Amelia, la beca está supeditada a que yo escriba una recomendación. Y para poder hacerlo con la conciencia tranquila, es preciso que no pertenezcas a ese club, que no seas más una Urraca. Voy a necesitar también que me des los nombres de las otras chicas que forman parte de él. Llevo tiempo haciendo la vista gorda. En las pasadas tres semanas has abandonado sin autorización el recinto escolar un mínimo de cinco veces. No puedo escribir esa recomendación si no me ayudas.

—¿Me está chantajeando?

—Amelia, sabes que no es eso lo que quiero decir. —Frunció el ceño—. Esas chicas van a terminar haciendo daño a alguien. Sabes que lo harán. Tal vez no a ti, aún no, pero terminará por suceder. Pedirte que hagas lo correcto no es chantajearte. Si consigo sus nombres a través de ti, tal vez pueda protegerlas de sí mismas.

—¿Y qué pasará cuando ellas averigüen que he sido yo quien se los ha dado? —No es que hubiera alguna posibilidad de que le fuera a contar nada,

no con Zadie en posesión del vídeo en el que salíamos Dylan y yo—. ¿Qué pasará entonces?

—Eso no va a suceder, Amelia —contestó Woodhouse—. Lo prometo.

—Ya, imagino. —Me puse en pie—. ¿Puedo irme?

—Sí, Amelia, puedes irte. —Parecía más triste que decepcionado—. Pero piensa en lo que te he dicho. No merece la pena que te juegues tu futuro por esas chicas.



gRaCeFULLY

17 DE OCTUBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

Eh, gente:

Dylan Crosby está enamorada... Eso se rumorea. De quién ya es otra cuestión. Sé que todos esperamos que sea del señor Woodhouse. O sea, él se merece a una jovencita atractiva y sexy. Pero, por lo que sé, no es de Phillip.

Anoche, un grupito de alumnos de último curso (miembros de Devonkill, según aseguran mis fuentes) fue recogido por sus padres en el Distrito 78. Parece que confundieron la escalera de entrada de una casa con una discoteca en la manzana equivocada. Venga, tíos, todo el mundo sabe que no se puede montar una fiesta en Montgomery Place. Esa manzanita es la más preciada de todo el vecindario. Y John Turturro no tolera que nadie haga una sentada en su escalera.

Por suerte para esos idiotas, uno de sus padres es concejal. Los soltaron a todos en menos que canta un gallo. Una de ellas dejó a su cielín de diecisiete primaveras en el Standard Hotel sin blanca. Pero no te preocupes, cariño: he oído decir que en ese sitio ni siquiera te dejan llevar tiara.

Todavía nos quedan unos meses hasta que salgan las primeras notificaciones, pero todo apunta a que Zadie Goodwin confía en sus posibilidades de admisión anticipada. Una parte de mí cree que se debe a que su padrastro ha andado untando a algunos peces gordos, aunque, ahora que lo pienso, puede que fuera ella quien les untara de rodillas.

KATE

23 de julio de 1997

Tercer día seguido que llamo al trabajo para decir que no voy por enfermedad. Me he prometido que va a ser el último. Mañana vuelvo. Me parece estúpido desperdiciar toda mi vida porque haya jodido una parte.

Anoche decidí irme sola de bares a ahogar mis penas en alcohol. Tomé muchísima cerveza, y eso que yo no bebo cerveza.

Pero era lo que Rowan estaba bebiendo. ¿Quieres saber quién es Rowan? Un chico muy mono con el que terminé hablando toda la noche sobre su pasión por la enseñanza y mi entusiasmo por ayudar a la gente como abogada. Entonces recordé que fui a la Facultad de Derecho precisamente para eso: para ayudar. Iba a ser abogada de oficio o ayudar a gente sin techo. En cambio, he terminado en Slone & Thayer, un pozo sin fondo de codicia empresarial.

La culpa la tiene Gretchen. Y lo peor es que encajo a la perfección. Ellos me adoran. Gretchen también tiene la culpa de eso.

Rowan nunca encajaría. Es listo, gracioso y con principios, y tiene una bonita barba desgreñada y ojos cálidos. Sentí como si le conociera de toda la vida. Y eso fue antes de la tercera cerveza; ya estaba bastante borracha.

Así que, cuando soltó la bomba de que se iba a marchar a África para construir escuelas, enseñar a leer a poblados enteros y, posiblemente, depurar su agua en sus ratos libres, yo ya estaba colada por él.

Intercambiamos nuestros e-mails. Pero, vamos, ¿tres años? ¿Una noche?

Creo que aguantaremos dos correos: el de ida y el de vuelta.

La única decisión buena que tomé fue la de no acostarme con él. Por lo que no cuenta como otro fracaso sentimental. Pero el beso fue alucinante. Y yo lo necesitaba. Estaba casi convencida de que no sería capaz de volver a besar a nadie nunca más; al menos, sin sentirme como una puta.



KATE

SLONE & THAYER

24 DE JULIO, 1997

Jeremy: ¿Te encuentras bien?

Kate: Sí.

Jeremy: ¿Seguro ? No has venido en tres días.

Kate: Por la gripe. Estoy bien.

Jeremy: Puedo inventarme alguna excusa. No hay necesidad de que estés en la reunión. Tengo tu memoria.

Kate: No, voy a ir. Estoy bien, de verdad.

SLONE & THAYER

25 DE JULIO, 1997

Daniel: ¿Vienes esta noche?

Kate:No.

Daniel: ¿Por qué? Estás haciendo justo lo contrario de lo que deberías como asociada en prácticas en periodo estival, ¿sabes? Lo que debes hacer es no trabajar nada y salir de fiesta a su costa.

Kate: Sabes que estas conversaciones de empresa se quedan registradas,

¿verdad?

Daniel: Slone & Thayer está al corriente, igual que yo. Ven. Hay un picnic con catering y la orquesta filarmónica en el parque. Champán gratis.

Además, unos cuantos saldremos después.

Kate: Vale, voy.

Daniel: ¿De verdad?

Kate: De verdad.



KATE

15 de agosto de 1997, 04:18

Para: Kate Baron

De: rowan627@aol.com

Asunto: ¡Perdón!

¡Katie! ¡Acabo de ver tu e-mail! Ya sé que lo enviaste hace dos semanas. Y me alegra mucho que lo hicieras. ¿Qué tal tu verano? He pensado a menudo en ti desde que estoy aquí. En su momento sentí que teníamos una verdadera conexión. No lo dije en vano. Y espero que el hecho de que me envíes un correo signifique que tú sientes lo mismo.

Lo que digo suena a locura? Probablemente. Ese es el problema de los correos. No hay nada que me impida soltarlo todo...

Bueno, Ghana es genial: rara, escalofriante y preciosa. Parece que les gusta cómo toco la guitarra, lo cual es un extra. Ojalá estuvieras aquí conmigo para verlo. Y eso que no nos conocemos. Pero lo digo de verdad.

De todos modos, escíbeme con noticias de Estados Unidos y, lo que es más importante, tuyas. ¿Le has dado más vueltas a lo dejar el curro de la empresa...? Si lo haces, por aquí siempre necesitaremos otro par de manos. Tengo acceso a Internet para las próximas semanas; después estaré seis meses sin poder conectarme. Lo sé, seis meses y sólo nos conocemos de unas seis horas.

Aunque las cosas que están destinadas a funcionar tienden a hacerlo.
Todo el mundo tiene balizas, luces que le guían hacia casa.
Paz,

Rowan

KATE

28 de noviembre

Una chica. Amelia estaba enamorada de una chica. Llevaba sentada en el sofá desde que Lew la acercó a casa. Seguía con el abrigo puesto y se repetía las mismas palabras una y otra vez: «Mi hija estaba enamorada de una chica. Mi hija estaba enamorada de una chica. Su interés por los chicos no iba con retraso: estaba muerto».

No estaba disgustada porque Amelia fuera lesbiana. Lo que le hacía daño y le agitaba era no haber sido consciente de ello. No tenía ni idea. «Seguro que tenías algún presentimiento», le dirían sus amigos si se enteraran. Se supone que las madres conocen, de alguna manera mágica y cósmica, las cosas más importantes sobre sus hijos. A Kate le había preocupado desde el principio la posibilidad de carecer de ese instinto maternal especial, pero siempre había creído que la relación tan cercana y auténtica que mantenían le haría superar cualquier tipo de escasez. Pero se había equivocado tanto... Ahora era obvio.

Súbitamente, esas notitas de «te odio» habían cobrado un significado todavía más siniestro. ¿Acaso el grupo de *Pájaros de una pluma* estaba en contra de eso, de que fuera lesbiana? Parecía exagerado que ser homosexual supusiera una ofensa para un grupo de adolescentes de un vecindario tan progresista como Park Slope. Puede que el verdadero problema radicara en que dos de sus miembros hubieran tenido una aventura. También Dylan estaba en la lista. Lew había señalado su nombre nada más salir del despacho de Liv. Kate había necesitado de todo su autocontrol para no correr al ordenador al

llegar a casa y abrir las fotos de Dylan en el blog. Pero sabía que ver a las amigas de su hija posando medio desnudas era más de lo que podría soportar.

Así que sacó el móvil de la bolsa y envió a Seth un mensaje:

Amelia era lesbiana.

En menos de un minuto llamó Seth. Sabía que lo haría.

—¿Qué quieres decir con que era lesbiana? —Eso fue lo primero que dijo.

—Acabo de averiguar que tenía una novia.

—Hum.

Se produjo un largo silencio. Kate esperó a que dijera algo más.

—¿Hum? ¿Ya está? —espetó—. ¿Es todo lo que se te ocurre? ¿Es que lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó a la defensiva—. Ni que los homosexuales emitiéramos una onda especial que sólo otros homosexuales pudieran detectar.

—Pero no pareces sorprendido.

Seth respiró ruidosamente.

—Pensé que Amelia estaba en proceso de averiguar algo. Entiéndeme: era preciosa, adolescente y sin ningún chico a la vista. Eso era singular. Pero seguro que no se te pasó por alto.

Sí, le había pasado completamente desapercibido.

—¿Por qué no me lo contó? —replicó Kate con un hilo ronco de voz—. Teníamos una relación estrecha. ¿Por qué no pensó que podía acudir a mí?

—Mira, mis padres son gente encantadora. Me quieren de forma incondicional y hemos tenido siempre una relación muy cercana. Que yo experimentara sentimientos por otros chicos no iba a cambiar eso, lo sabía. Y fíjate lo que tardé en salir del armario, incluso para mí mismo. El que no

estaba preparado era yo. Esa fue mi conclusión. Nada que ver con mis padres.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—Escucha: Lola tiene cinco años y, aunque sé que ser padre es terrible el noventa y cinco por ciento de las veces, por lo que yo puedo decir, ese cinco por ciento es lo que evita que la raza humana se extinga. Cuatro quintas partes, un miedo abrumador; la cuarta parte restante, perfección. Es como meterse heroína: con saborear una vez la vida al borde de ese precipicio, te quedas colgado.

—Ya. Genial —comentó Kate—. No haces que me sienta mejor que digamos.

—Has sido una buena madre, Kate. —Se puso serio—. Querías a Amelia y ella a ti. Lo has hecho lo mejor que has podido. Te has matado del esfuerzo intentándolo. Nunca sabes cómo va a terminar: es jugártela a cara o cruz. Sólo puedes estar agradecida por cada minuto en que todo esto no se va a la mierda.

—¿Y qué pasa cuando se va?

—Te buscas un amigo de hombros anchos en los que llorar. Si quieres, puedo ir. No deberías estar sola.

—No, no. —No quería someterse a la tensión de fingir estar animada—. Gracias, pero creo que me voy a dar un baño.

—Es una idea excelente —dijo Seth, aunque era media mañana—. Pero no pongas música lacrimógena ni velitas ni nada, ¿vale? No quiero que acabes quemando la casa.

—Banda sonora vivaz y a prueba de llamas. Sí, eso servirá.

Mientras subía las escaleras hacia el baño, sonó el teléfono. Se giró y volvió a bajar para responder; podía ser Lew. El detective había tenido que regresar a la oficina para archivar información de última hora. Quería poner los puntos sobre las íes en la investigación. Pero el número del identificador de llamadas

no era el del teniente. Era un número de móvil con prefijo 917 de Nueva York que no reconocía.

—¿Hola? —Su voz sonaba brusca, como si hubiera estado durmiendo, llorando o ambas cosas.

—¿Señora Baron? —respondió con cautela una voz masculina al otro lado—. ¿Llamo en mal momento?

—Eso depende. ¿Quién es usted?

—Ah, claro. Debo identificarme. —Estaba nervioso—. Soy Philip Woodhouse, el director de Grace Hall. Siento no haber estado cuando vino. Estoy en Boston en un congreso de colegios privados.

—Sí, eso nos dijo la señora Pearl. ¿Lo está pasando bien?

Se comportaba como una zorra sarcástica. Pero entre sus inapropiados correos y su decisión de tapar ese club enfermizo, o lo que fuera, en el que Amelia estaba metida, él no tenía derecho a que lo trataran con cortesía. Debería considerarse afortunado de que Kate no le estuviera gritando.

—Hum. Bueno... No, no exactamente. —Parecía confuso—. En cualquier caso, quería asegurarme de que le proporcionaron todo lo que necesitaba.

—Bien, veamos: mi hija formaba parte de una especie de club en Grace Hall que le forzó a sacarse fotos medio desnuda y subirlas a la red. Ese mismo grupo terminó volviéndose contra ella y enviándole correos amenazantes, y parece que el centro estaba al corriente de todo. Pero no consigo conseguir que alguien me cuente algo debido a las reglas que ha establecido el colegio. Su colegio, señor Woodhouse. —Su voz tembló al subir la intensidad—. Así que no, no me proporcionaron todo lo que necesitaba. Pero a estas alturas ya debe de saberlo. Se han cerrado en banda.

Se hizo un largo silencio. Luego se oyó la respiración del director.

—Puedo imaginar su frustración, señora Baron, pero...

—¿Mi frustración? —gritó—. Mi hija está muerta, señor Woodhouse. Se da

cuenta, ¿verdad? Créame, una no se siente frustrada cuando matan a su única hija.

—¿Matan?

—Sí, matan —repitió—. Amelia no saltó. Sabemos (y, por cierto, me refiero a la policía y a mí) que no lo hizo. Ahora es cuestión de averiguar quién, de entre los estudiantes y docentes, la empujó.

—Bueno, esto es... No sabía que había nueva información. —Su tono era de tristeza, de remordimiento o de preocupación sincera. O quizá sólo fingía bien—. Con independencia de cómo me sienta, no puedo contarle nada sobre ese blog ni sobre nada relacionado con él. Me lo han prohibido por contrato. Le aseguro que nadie está más disgustado que yo.

—¿Y yo? —chilló Kate tan alto que se arrasó la garganta. Necesitaba calmarse, recobrar la compostura para conseguir que contestara a alguna de sus preguntas—. Imagino que no le habrán prohibido por contrato entablar una relación con una estudiante.

—¿Una relación? No sé de qué está hablando.

—He visto los correos que le envió a Amelia, señor Woodhouse. Todos. No sé qué pensaba que hacía, pero lo sé todo. Y si no me cuenta lo que quiero saber de ese grupo de chicas, voy a hacer públicos los e-mails que le envió a mi hija como prueba de que la estaba acosando.

—¿Acosándola? —Sonaba estupefacto—. ¿A qué se refiere? Nunca he acosado a Amelia. Quizá la presionara por ser demasiado severo, y lo lamento, pero intentaba ayudarla.

—¿Así lo llama la gente como usted? Una tutoría extraescolar especial, de esas que requieren que una chica como Amelia mantenga en secreto. —No estaba segura de lo que decía, pero no le importaba. Iba a utilizar toda la artillería en su poder para conseguir las respuestas que quería.

—Tiene todo el derecho a estar disgustada, señora Baron. Pero no le hice

ningún tipo de insinuación inapropiada. —Su voz revelaba desconsuelo—. Era una estudiante prometedora, extraordinaria. Intentaba que siguiera por el buen camino. Le pediría que no sacara de contexto mis correos. Tiene razón, seguro que los interpretan de esa manera si los distribuye. Le prometo que estamos en el mismo bando. Si pudiera tener un poco de paciencia..., estoy trabajando para conseguir...

—Se me ha acabado la paciencia, señor Woodhouse —dijo con mucha calma—. Tiene veinticuatro horas para contarme todo lo que sepa sobre ese club o mandaré sus correos a todos los padres de Grace Hall. Si eso no funcionara, iniciaré un proceso civil. Puede que incluso criminal. Soy socia de un gran bufete de abogados con recursos sustanciales y tengo mucho tiempo libre. No se trata de una amenaza, señor Woodhouse; es una promesa.

Kate colgó antes de que él pudiera replicar nada y se quedó mirando, sin aliento, el auricular en su mano. Nunca había desafiado así a nadie y jamás había utilizado su posición en Slone & Thayer de aquella manera. Tampoco tenía prueba alguna de que la hubiera acosado. Los e-mails sugerían algo, pero no resultaban inapropiados en sí mismos. Tampoco había encontrado ninguna alusión a Woodhouse en los mensajes que había examinado, ni siquiera en las conversaciones de Amelia con Ben. Además, Lew había investigado el pasado del director y estaba impoluto.

Eso no demostraba que no hubiera hecho nada. Y todavía quedaban muchos mensajes por revisar. Ni siquiera había visto todos los que se habían enviado Amelia y Ben. Sólo podía esperar a que Woodhouse entrara en razón antes de verse obligada a hacer efectiva la amenaza.

Seguía con el fijo en una mano cuando sonó su móvil. Tenía que ser el teniente, pensó. Y salió disparada. Era Jeremy. Nunca llamaba al móvil a menos que hubiera algún tipo de emergencia laboral.

—¿Va todo bien? —contestó ella sin saludar.

—Sí, sí, absolutamente. —Intentó adoptar su habitual tono jovial, pero había algo tenso en él.

—¿Se trata de Victor? —preguntó—. No tienes que protegerme; puedo apañármelas. —No es que fuera a salir volando a la oficina para ayudar. Sus días de conciliación entre Amelia y su trabajo habían terminado—. ¿Está enfadado porque no estoy disponible? No puedo decir que me sorprenda. A lo mejor deberías haberle dado el caso a Daniel. Sinceramente, creo que...

—No, no debería —replicó Jeremy, tajante—. Y no llamo por el tema de Associated Mutual Bank. Ha pasado algo, algo personal.

—¿Personal para quién?

—Para nosotros.

—¿Qué quieres decir con...? —Mientras las palabras salían de su boca, sintió un vacío en el fondo de su estómago—. Oh.

Había impulsado sus recuerdos tan lejos de su mente que en ocasiones dejaban de existir. O casi. No habían vuelto a hablar jamás de ello, claro, y eso había bastado para borrar lo sucedido durante años. Hasta ese momento.

—Lo sé, es del todo inoportuno —dijo Jeremy con una agitación en él poco común, hasta inquietante—. Es que no... Creo que tienes que saberlo.

—¿Saber el qué? —Se sentía enferma.

—Deberíamos tratarlo en persona. Quizá podríamos vernos para tomar algo por tu barrio sobre las seis.

—La verdad es que preferiría que me lo contaras ahora, Jeremy —declaró—. No sé si podré esperar a recibir más noticias malas.

—Lo sé, Kate. Y lo siento. —Su tono era sombrío, irreconocible, y eso hizo que ella dejara de discutir—. Pero de veras que creo que conviene que nos veamos.

—Vale. Quedamos en Thistle Tavern a las seis.

—De acuerdo, te veo allí —asintió Jeremy—. Y, Kate, perdona.

—¿Por qué?

—Por todo.

Lew regresó algo tarde y eran ya más de las tres cuando subían las escaleras de la entrada de la casa de Dylan.

—¿Seguro que va a estar bien aquí dentro? —le preguntó él, haciendo un alto en el camino—. Cuanto más cerca estemos de quienes se involucraron en lo que le pasó a Amelia, más se van a preocupar ellos de protegerse a sí mismos. A nadie le van a importar tus sentimientos.

Kate intentó que su rostro permaneciera inmutable.

—Lo sé —contestó—. Estaré bien; se lo prometo.

Desde luego, no sería así. No, no iba a estar bien. No estaba bien. Ya había leído todos los mensajes que Amelia y Dylan se habían intercambiado. Sabía que su hija había querido a esa chica y que estaba desesperada por conservarla. Que Dylan le había partido el corazón, aunque los añicos que había recogido no explicaban por qué.

Lew la miró con severidad, esperando que se retractara. Como no lo hizo, tomó aire con exasperación y se volvió para llamar al timbre.

Una atractiva mujer de pómulos pronunciados y cabello caoba salió a abrirles. Era mayor que Kate, de cuarenta y muchos, pero imponente y arreglada con meticulosidad. Aunque no sabía de qué, a Kate le resultó familiar.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó con una amplia sonrisa pétrea.

Lew sacó a relucir su placa, lo que sirvió para que ella se envarase aún más.

—Soy el teniente Lew Thompson y ella, Kate Baron. Queríamos hacerle unas preguntas a su hija sobre Amelia Baron, la estudiante que murió en Grace Hall hace unas semanas. Kate es su madre.

—Oh, Dios mío —exclamó con un gran suspiro dramático. Luego alargó las dos manos y asió a Kate por los antebrazos para atraerla hacia sí—. Qué tragedia tan horrible. Indescriptible, ciertamente. Entren, entren. Soy Celeste, la madre de Dylan.

El interior estaba cubierto de oscura madera barnizada, recargados muebles victorianos y pesados brocados. Todos los detalles de la vivienda original seguían intactos, incluidas las puertas correderas, las vidrieras en las ventanas y las molduras del techo. Infinidad de artículos decorativos —una colección de cajitas de rapé con estructura de cristal, pequeños jarrones y viejos cuadros de marcos historiados— cubría cualquier resquicio. Cada objeto estaba dispuesto de un modo agradable, pero el conjunto resultaba abrumador.

Seguían de pie en el vestíbulo, agobiante por un perchero sobrecargado y un alto armario de espejos. Celeste —que le soltó los brazos tan de repente como se los había asido— no parecía querer invitarles a pasar más allá.

—¿Decían que han venido para hablar con Dylan sobre Amelia? —Su voz era extraña, con una dicción demasiado precisa y sin gota de acento—. Una chica exquisita, debo decirles. ¡Tan brillante y preciosa! ¡Y con esos ojos tan excepcionales! Extraordinaria, de verdad. Le dije que debería ser actriz. Gustaría a la cámara. Sé de lo que hablo; yo actúo —explicó con excesiva modestia—. Puede que me hayan visto en *Ley y orden*. Salgo con regularidad. Interpreto a una fiscal.

—No veo mucho la televisión —cortó Kate, intentando asimilar esas extrañas palabras sobre su hija, como si hubieran sido buenas amigas.

—Ah, entiendo. Qué raro —comentó, como si Kate acabara de confesar que profesaba un extraño culto. Forzó otra sonrisa—. Entonces, supongo que no me habrá visto.

—¿Cómo conoció a Amelia? —quiso saber, y se mentalizó para encajar

que su hija pudiera haber compartido detalles sobre su despertar sexual con la madre de su novia.

—Era amiga de Dylan, claro. Por eso están aquí, ¿no? No puedo decir que la conociera. —Negó con una mano—. Nos vimos una vez.

—Creemos que su hija puede tener información relevante sobre su muerte —intervino Lew. Intentaba reconducir la conversación.

Celeste se llevó una mano a la nuca.

—Pensé... No sabía que hubiera algo que investigar.

—Siempre hay hechos que contrastar —replicó el teniente con evasivas. Tal vez fuera cauteloso porque sospechaba que Dylan estaba más implicada de lo que había dejado entrever, incluso a Kate—. ¿Está su hija en casa, señora? Prometo que no tardaremos mucho.

La mujer desplazó la mirada de Lew a Kate, luego volvió a este, como si sopesara el camino más fácil.

—Desde luego —respondió por fin, con otra sonrisa falsa—. Iré a por ella.

Cuando un minuto después bajó las escaleras, su hija iba detrás. Era una chica preciosa, con una melena de salvajes rizos pelirrojos y una fisonomía más bien adulta. Era alta y grácil, incluso con aquellos vaqueros masculinos rotos y esa camiseta lisa. Ahí estaba la chica que había roto el corazón de Amelia. «¿Quién te dio derecho? —pensó Kate—. No la merecías». Le alegraba haberse comprometido a permanecer callada. No podía ni imaginar lo que sería capaz de decir.

—Hola, Dylan. Soy el teniente Lew Thompson —saludó, y se volvió hacia Celeste mientras se dirigía hacia el atestado salón—. ¿Le importa si nos sentamos?

—Por favor —les invitó ella con ademán grandilocuente—, como si estuvieran en su casa.

La muchacha entró tras ellos arrastrando los pies y se instaló muy tiesa junto a su madre, en el borde del duro sofá. No miraba a nadie a los ojos. Su lenguaje corporal era tenso y hermético. Quizás estuviera nerviosa, pero a Kate le pareció algo más.

—Dylan, algunas de las cosas que te voy a preguntar son delicadas — empezó Lew con aire desenfadado, como si hablara con una chica mucho más joven—. ¿Quieres tomarte un minuto para preparar a tu madre antes de que hablemos de *Pájaros de una pluma*?

Kate estudió el rostro de Celeste por si la preocupación lo nublaba. Al contrario, la mujer sonrió sin esfuerzo.

—¡Oh, no se preocupe! Mi hija y yo no tenemos secretos.

—A todos los padres nos gusta pensar eso —siguió Lew con suavidad—, pero en esta situación concreta...

—Sé lo de las fotos, si se trata de eso —declaró.

—¿Lo sabía? —preguntó Kate, incrédula.

En ese caso, Celeste debería haber dicho algo en el colegio, a los demás padres, a alguien. Si no por el bien de su hija, al menos por el de las demás. ¿Qué tipo de madre era?

—No voy a decir que me parezca bien que Dylan participara, pero no es para ir detrás agobiándola. Tiene derecho a tomar sus propias decisiones, y eso incluye el derecho a equivocarse.

En ese momento, la joven apoyó la cabeza en el hombro de su madre y esta la envolvió con un brazo. Podría tratarse de una dulce muestra de afecto entre madre e hija de no resultar tan desconcertante y pueril. Cuando le pasó una mano por el pelo, parecía estar consolando a una niña en apuros.

—En ese caso, vamos al grano. —La boca de Lew se estiró en una línea—. ¿Pertenece a ese grupo de *Pájaros de una pluma*, Dylan?

Ella miró a su madre, que asintió con un gesto de la cabeza para que

siguiera.

—Sí —confirmó con inexpresividad—. Las Urracas..., así se llaman.

Urracas. Urraca 1, Urraca 2. Se trataba, sin duda, de los alias de las chicas de *Pájaros de una pluma*.

—¿Es un club o algo así? —preguntó Lew.

Dylan asintió con la cabeza. Mantuvo la mirada fija en el suelo mientras se bajaba las mangas hasta las manos y volvía a subírselas sin parar.

—Un club secreto —aclaró sin alzar la vista. Ahora trenzaba los dedos entre sí y los separaba de un tirón una y otra vez—. Con invitaciones secretas, reglas secretas y secretos secretos.

—Los clubes tienen una larga historia en Grace Hall, que se remonta a mucho antes de mi época de estudiante —intervino dulcemente Celeste—. Yo estudié allí, igual que Dylan. La idea de formar parte de un club tiene mucho encanto. Ya saben: la camaradería, la hermandad. Los prohibieron por un incidente que ocurrió antes de que yo cursara el último año. Una tragedia, desde luego, aunque fuera aislada. Fue una pena para los estudiantes que vinieron después, incluida yo, que promulgaran una prohibición tan indiscriminada.

Kate vio que el rostro de Lew se tensaba. Celeste le estaba sacando de quicio. Tal vez fuera su engreimiento o su total desinterés en lo que había estado en juego para las chicas. Era difícil discernir qué era lo que más le molestaba: había muchas opciones.

—¿Y Amelia también estaba en el club de las Urracas? —inquirió Lew, obligándose a centrarse en Dylan.

—Por un breve periodo de tiempo.

—El suficiente para que sus fotos aparecieran publicadas.

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros.

—¿Y para qué servían las fotos?

—Eran un juego —explicó. Su tono era lacónico—. La persona que consiguiera más «me gusta» ganaba.

—¿Un juego? —repitió Kate atónita. Ya no podía permanecer callada—. Chicas, ¿qué podíais haber estado...?

Por mucho que se indignara, no iba a conseguir que Dylan se mostrara más comunicativa. Además, ofendería a Celeste, que ya había dejado claro que ese asunto le parecía un mero divertimento.

—¿A quién se le ocurrió el juego? —continuó Lew.

La muchacha se agarró a ambos lados del sofá. Luego empezó a tamborilear con los dedos con un ritmo rápido, casi jovial, discordante con la sombría conversación que mantenían. Por fin, negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

Era obvio que estaba mintiendo, cubriéndole las espaldas a alguien.

—¿Qué pasaba si alguien se negaba a jugar?

—No lo sé —masculló Dylan, y clavó la mirada en sus zapatos. De pronto, sus dedos se paralizaron—. Nadie dijo nunca que no.

—¿Ni siquiera Amelia?

La joven negó con la cabeza y se desplazó por el sofá con inquietud.

—Amelia y tú teníais una relación muy íntima, ¿verdad? —preguntó Kate.

No debería indagar en su relación. Le tocaba al teniente hacerlo, así lo habían acordado, pero era insoportable tenerla allí sentada, evitando todas las respuestas.

Dylan alzó la vista hacia su madre, como si intentara transmitirle algo con la mirada. Celeste puso una mano en la de su hija y la estrechó.

—Mi hija y Amelia tenían una amistad íntima, si es lo que está preguntando, Kate —dijo Celeste con calma.

—Era más que una amistad —objetó Kate, deseando también permanecer

tranquila.

Celeste agitó una mano con una floritura teatral.

—Son adolescentes. Esas cosas son efímeras y las líneas son más difusas de lo que eran en nuestra época. ¿No está de acuerdo, Kate? —Esperaba que ella asintiera con la cabeza. No lo hizo—. No creo que los críos entiendan ni la mitad del tiempo cómo son sus relaciones y, mucho menos, por qué acaban. —Había una advertencia amotinada en sus ojos. No le gustaba el rumbo que estaba cogiendo la conversación y estaba dispuesta a hacerla retroceder y, de ser necesario, a hacerlo con fuerza.

—He leído los mensajes de Amelia —advirtió Kate, y se obligó a permanecer sentada. Deseaba pegar un salto, agarrar a la joven y sacudirla hasta que admitiera lo que esas chicas le habían hecho a su hija y por qué—. Sinceramente, no parece que hubiera confusión alguna. Amelia estaba enamorada de Dylan.

Celeste sonrió con frialdad y se cruzó de brazos.

—Tal vez deberíamos poner el freno un momento. ¿Por qué están aquí ahora, después de todas estas semanas? Nos dijeron que Amelia había copiado y que eso la condujo al suicidio. Suicidio impulsivo; así lo llamaron. Hasta nos dieron instrucciones sobre en qué síntomas debíamos fijarnos en nuestros propios hijos.

—¿Quién les dijo eso? —preguntó Kate.

—La asamblea de padres de alumnos del colegio.

—¿Asamblea?

—Justo después de que Amelia... Justo después, los padres estaban preocupados. Querían comprenderlo. También concurrieron la orientadora del colegio y un experto externo. —Volvió la mirada hacia Dylan, que se había hundido más en el sofá. Sus manos tamborileaban de nuevo, aún más rápido—. Lo siento; mi hija tiene... Esta situación puede resultar demasiado estresante

para ella. —Dirigió la mirada de Lew a Kate; parecía irritarle que lo que les había proporcionado hasta el momento no fuera suficiente—. Por si necesitan saberlo, a Dylan a veces le cuesta procesar situaciones sociales. —Apretó la mano de su hija—. Es una afección leve, *extremadamente* leve. En fin, esta conversación sería estresante para cualquiera. Tendrán que terminar enseguida con sus preguntas.

¿Una afección? Esos ruiditos que hacía con las manos, la forma que tenía de evitar mirarlos, su expresión distante... Kate no sabía a qué afección se refería, pero que le costara procesar determinadas situaciones sociales explicaría por qué a Amelia le parecía confuso el comportamiento de Dylan.

—¿Amelia era consciente? —preguntó Kate, volviéndose hacia la chica—. De tu enfermedad.

—Nadie de Grace Hall lo sabe —soltó Celeste en lugar de su hija—, sólo un selecto círculo de amigos y familiares fiables. Nunca hemos querido que la etiquetaran.

—Zadie lo sabe —replicó Dylan como un robot—. Zadie lo sabe todo.

A Kate se le puso de punta el vello de los brazos por su forma de expresarlo.

—Como decía, consideramos su situación un asunto familiar —continuó su madre, alzando abruptamente la voz. Era obvio que se refería a que era secreto y que lamentaba haberlo mencionado—. Intentamos ayudarla lo mejor posible. Les pido que respeten nuestra intimidad y que no se lo mencionen a nadie en el centro. Las solicitudes de ingreso en la universidad están próximas; no queremos complicar el tema.

—Ya, claro.

Kate seguía escrutando a Dylan. No podía apartar los ojos de ella. Había estado segura de que la chica era la mala, pero ahora era difícil no compadecerse. No sabía lo que le supondría desenvolverse dentro de sus

limitaciones ni lo que significaría para ella fingir —a petición de su madre— que no las tenía. Ella había sentido la carga atroz de los secretos de su propia hija. Y eran suficientes para que se le partiera el corazón.

—Ahora, si no les importa... —prosiguió Celeste, y se acercó a la puerta.

—Una última cosa —replicó Lew mientras se ponía en pie—. Dylan, le pidieron a Amelia que abandonara el club, ¿verdad? —Se sacó una de las notas de «te odio» del bolsillo trasero y la depositó sobre la mesa. Dylan asintió con la cabeza y bajó la vista hacia el pedazo de papel, pero no alargó la mano para cogerlo—. ¿Por qué le dieron la patada?

Se hizo un largo silencio, que inundó la habitación y pareció presionar contra los cristales de las ventanas.

—Porque yo le gustaba y ella me gustaba a mí —susurró Dylan por fin, con la vista clavada en las notas. Cuando la alzó para mirar a Kate, tenía lágrimas en los ojos—. Zadie invitó a Amelia al club por usted.

Tras salir de la casa de la joven, ambos caminaron en silencio a lo largo de algunas manzanas. Kate se sentía conmocionada. Tener aún más preguntas sin respuesta no le ayudaba. Celeste había arramblado con Dylan antes de que consiguieran que explicara por qué ella era la causa de haber inducido a Amelia a formar parte de las Urracas.

—Antes de irme —dijo Lew al llegar a casa de Kate, con las manos en los bolsillos y la vista perdida en el suelo—, es preciso que me lo cuente.

—¿Contarle el qué?

—Qué ha querido decir Dylan con eso de que usted era la causa de que Zadie le diera un toque a Amelia. —Su tono era tranquilo y serio.

—Con sinceridad, no tengo ni idea. —Se sentía culpable, aunque no tenía nada que ocultar. Pero sabía lo que parecía. Si ella fuera el teniente, también se lo habría preguntado—. Jamás he estado con esa chica. Ni siquiera sé cómo

es.

—Pero conoce a su madre. ¿O no se presentó en su casa?

—Para hablar sobre esa gala de concienciación contra el suicidio que el AMPA quiere organizar en honor de Amelia. Le pedí que no lo hicieran. Al parecer, han decidido ignorarlo y siguen adelante con el tema. Pero sí que mencioné que se habían producido nuevos acontecimientos. —Se apretó el estómago vacío con una palma. Dios, ¿por qué le habría comentado nada a Adele?—. Eso no puede tener nada que ver. A Amelia la invitaron a formar parte de las Urracas meses antes de que yo conociera a su madre.

—Entonces, será otra cosa, pero Dylan no se lo estaba inventando. Sería demasiado enrevesado, por no decir innecesario.

Kate clavó la vista en el suelo, estrujándose el cerebro.

—Pero... no sé qué podría ser.

Por un instante, Lew la miró a los ojos y asintió como si hubiera llegado a alguna conclusión.

—Tenemos que preguntarle a Zadie —añadió mientras comenzaba a alejarse—. Mañana. Necesita descansar.

—No. Podría...

—Sí, lo necesita —insistió con firmeza—. No se moleste en discutir. Tengo cinco hijos, ¿recuerda? Y mucha práctica en aferrarme al no.

A Kate le dolía todo cuando se dejó caer en la silla de su escritorio y alargó una mano para encender la lámpara. Mientras lo hacía, observó la foto de Amelia en la estantería de arriba. Tenía siete años y se impulsaba con las puntas de los pies para saltar al borde de las olas en una de sus muchas estancias en Coney Island. Besaba el aire con los brazos extendidos. Siempre había sido su foto favorita. Para ella, constituía una prueba de que habían tenido una vida feliz juntas, de que habían sido una familia con su propia

historia y sus tradiciones. Una familia minúscula, pero que había funcionado. Kate había cometido muchos errores en su vida, demasiados, y quizá no hubiera sido la madre perfecta, pero había logrado construir algo fundamental para su hija.

—¿Por qué tuviste que elegir a esa chica, Amelia? —se oyó decir en voz alta. Lo peor era que la elección de su hija no le resultaba ajena, tan parecida a las suyas propias—. Es preciosa, lo entiendo. Pero está tan..., no sé, llena de problemas. No es culpa suya... Mira a su madre. ¿No te diste cuenta? Yo hubiera jurado que lo notarías.

No se había permitido hablar en voz alta con su hija desde que falleció. Sólo de pensarlo se sentía como una desquiciada. Por alguna razón, ahora le resultaba un consuelo. Tal vez porque ya estaba destrozada.

—Más allá de quién rompiera con quién o el motivo, fue afortunada por tenerte. Cualquiera hubiera sido afortunado. Espero que lo sepas. —Hizo una pausa y se fijó de nuevo en la foto. No esperaba una respuesta; no exactamente—. Podrías haberme hablado de ella. Que la quisieras no implicaba que yo te quisiera menos.

Seguía observando la foto cuando sonó el teléfono. En el identificador se podía leer: «PAPÁ, MÓVIL». ¿Su padre llamándola? Si hubiera sido su madre, la habría dejado ir al buzón de voz, pero su padre jamás llamaba y menos desde un teléfono que apenas usaba.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó. Sus padres tenían una salud razonable, aunque ya no eran tan jóvenes. Desde el otro lado llegaba un ruido de interferencias. Se preguntó durante un segundo si habría marcado su número por error—. ¿Estás ahí, papá?

—¡Oh, sí! —dijo él por fin, aclarándose la garganta—. Disculpa. Me he distraído. Estaba paseando por el lago y juraría que acabo de ver un fiofío de cresta blanca. Es imposible, claro; es un ave típica de Sudamérica. Pero... —

Su voz rezumaba asombro. Kate le oía respirar fuerte, como si caminara más rápido—. Déjame que dé una vuelta por aquí y lo compruebe. Ten la bondad de esperar un momento.

—¿Papá? —Parecía que se había quitado el móvil de la oreja—. ¿Papá?

—¡Oh, sí! Lo siento —respondió, volviendo al teléfono. El sobrecogimiento había desaparecido—. Debo de tener visiones. Me temo que puede que la observación de aves sea para jóvenes. Desde luego, no es propio del tipo de gente que iba en ese crucero por las Galápagos en el que acabo de estar. —Se aclaró la garganta—. En cualquier caso, tu madre me pidió que te llamara y comprobara cómo estás.

—¿Te ha pedido mamá que me llamas? —Sospechaba que su padre se lo estaba inventando para guardar una distancia emocional—. Me resulta difícil de creer.

—Lo es a menudo —replicó—. Pero sí, me pidió que me asegurara de que estabas bien. Parece dolida por vuestra última conversación. No quise presionar para que me diera más detalles, ya sabes que no me gusta entrometerme. Le dije que te llamaría. ¿Estás bien, Kate?

—No. —Resistió la tentación de decirle lo que quería oír, sin ganas de darle detalles. De todas formas, sabía que en realidad no quería detalles—. No estoy segura.

—Ya, bueno. Supongo que algunas cosas nunca mejoran. —Era la primera vez que él dejaba traslucir pesar; seguro que lo había entendido mal.

—Pues no —repitió con voz trémula.

—¿Sabes? Tu madre tiene buena intención —siguió su padre, ahora más rígido. Surcaba por aguas emocionales desconocidas y su incomodidad resultaba obvia—. No siempre sabe cómo... ¿Recuerdas cuando fuimos la primera vez a Nueva York a conocer a Amelia cuando nació? ¿Sabías que tu madre lloró durante el trayecto hasta el aeropuerto porque estaba muy

preocupada por ti?

—No creo que fuese por eso por lo que...

—Lo era. No ha vuelto a llorar... No es propio de ella. Ese día... —
Respiró profundamente—. ¿Estarás bien? ¿Puedo decirle eso?

Su padre era muchas cosas, pero no un mentiroso. Kate no se tragaba del todo la historia de Gretchen carcomida de preocupación maternal, pero a estas alturas tampoco estaba segura de que le importara mucho.

—Para serte sincera, no sé si voy a estar bien, papá —contestó con los ojos llenos de lágrimas. Se sintió muy abrumada por la tristeza y el arrepentimiento que le llegaban de infinitas direcciones—. Pero puedes... Deberías decirle que lo estaré.

Thistle Tavern estaba mucho más concurrida a las seis de un día entre semana de lo que Kate esperaba, aunque nunca había estado allí. Era uno de los muchos lugares del barrio que habían ido a más, uno de esos en los que siempre había querido entrar y nunca había tenido tiempo.

El interior no decepcionaba. Era de madera oscura y tonalidades bronce. El menú figuraba en una gran pizarra que había sobre la barra y los camareros, con tatuajes de puntitos y barbas desaliñadas, parecían recién salidos del rodaje de un película. Kate vio a Jeremy sentado en la corta y atestada barra de espaldas a la puerta. Saboreaba con deleite una cerveza mientras charlaba con un camarero con patillas como si fueran dos viejos colegas de la universidad, poniéndose sin esfuerzo, como era habitual en él, en la piel de algún extraño.

—Hola —saludó Kate, interrumpiéndolos.

Él se volvió y le dedicó una sonrisa deslumbrante. Saltó de su taburete y, cortés, se lo ofreció. Ella accedió; habría resultado más violento no hacerlo. El camarero parecía decepcionado, no tanto por la interrupción como porque

la causa fuera ella, como si tuviera grandes expectativas sobre a quién esperaba ese tal Jeremy.

Kate se miró la ropa: un jersey viejo, vaqueros y zuecos desgastados. Llevaba el pelo recogido hacia atrás e iba sin maquillar. Alguien como Jeremy se merecía algo mejor, seguro, pero no se trataba de una cita. Y en ese momento ofrecía el mejor aspecto del que era capaz.

—¿Qué desea? —preguntó el camarero un poco a regañadientes.

—Una copa de vino blanco —contestó Kate, aunque no tenía ganas de beber.

—Le traigo la carta.

—Oh, no la necesito. Puedes elegirlo tú.

—El más caro, entonces —anunció, y le guiñó un ojo a Jeremy.

El taburete que estaba junto a Kate quedó libre y Jeremy lo cogió mientras el camarero traía el vino. Ambos se quedaron sentados, en silencio, hasta que volvió a marcharse.

—¿No has ido hoy a la oficina? —preguntó Kate, y señaló sus vaqueros y su camisa informal.

—He salido temprano. —Movi6 la cabeza con desaprobaci6n y peg6 un sorbo a la cerveza—. Necesitaba algo de espacio, tiempo para pensar.

—¿Sobre qu6?

—Oh, sobre muchas cosas —replic6 6l, escrutando el fondo del vaso como si buscara la manera de decir algo—. Escucha, s6 que ya es tarde, pero quisiera pedirte disculpas, Kate, por lo que pas6 entre nosotros, ya sabes..., en aquella 6poca. No fue muy apropiado establecer ese tipo de relaci6n contigo.

Ella sinti6 un arrebat6 de ira. No se pod6a creer que sacara eso a colaci6n en un momento as6.

—No me puedo creer que lo digas en serio.

Jeremy parecía confuso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Me haces salir en mitad de todo lo que estoy pasando para decirme que lamentas la única noche..., no, la única hora que pasamos juntos hace más de una década?

Jeremy parecía herido. Creía en serio que todo el mundo estaba siempre pensando en él.

—Quería asegurarme de que sabes que asumo toda la responsabilidad. Sobre todo ahora, me siento como... Es importante para mí que sepas que no fue culpa tuya.

—¿Culpa mía? —soltó una carcajada algo desquiciada. La situación era desquiciante—. Vale, ya lo sé. ¿Puedo irme ya?

Él frunció el ceño. Luego se sacó un pedazo de papel doblado del bolsillo de la camisa y se lo tendió a Kate. Ella no lo aceptó.

—¿Qué es eso?

—Estaba en dentrodelaley.com esta mañana —replicó él, y ella lo cogió de mala gana—. He mandado averiguar quién es el responsable, pero eso es más fácil de decir que de hacer.

Kate bajó la vista y leyó:

—«Jeremy Firth, de Slone & Thayer, se las tira y luego las tira».

Cerró los ojos para no seguir leyendo.

—No te menciona —prosiguió él—. Afortunadamente, no aparece ningún nombre, salvo el mío. Y muchos de los detalles no son ciertos. Hay todo tipo de sandeces sobre relaciones sexuales en salas de conferencias y ascensores. Añade que se trató de algo habitual durante años. Creo que hay suficientes indicios para que la gente adivine que tiene que ver contigo.

—Dios mío —exclamó con ella con lágrimas en los ojos—. ¿Y Vera?

—No lo ha leído. —Negó con la cabeza—. Aún no. Lo más probable es

que alguien termine por contárselo. No sé quién está tan desesperado. —Se giró para mirarla y luego volvió a hundir la vista en su cerveza.

—Me siento tan... —Se tapó la boca con una mano—. Pobre Vera. Me va a odiar.

—No es su estilo. A mí sí me odiará, pero no a ti —replicó con voz queda. Luego respiró hondo—. También deberías saber que el correo menciona a otras mujeres. Se equivocan en los detalles, pero no en que hubiera otras. Ojalá pudiera decir lo contrario.

—Ya sabía que había otras —confirmó ella, avergonzada al oírse admitirlo y molesta porque Jeremy la creyese tan ingenua para creerse la única—. Incluso en aquella época, ya lo sabía.

De hecho, saber que se había acostado —se acostaba— con otras abogadas del bufete, más o menos en la misma época en la que ellos lo hicieron, le había hecho sentirse mejor. Se sentía menos responsable.

—No estoy orgulloso de ser como era. He cambiado. Llevo mucho tiempo siendo diferente. Le he sido cien por cien fiel a Vera durante estos diez últimos años. No siempre lo he sido, pero ahora soy un buen marido.

Kate se quedó observándolo sin dejar de balancearse ligeramente por la fuerza de los latidos de su corazón. ¿Qué era lo que quería de ella? ¿La absolución? No tenía que darle ninguna. Y tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse por la conciencia desorientada de Jeremy. Necesitaba largarse de aquel bar, lejos de él.

—Tengo que irme —consiguió decir por fin, bajándose airadamente del taburete.

—Espera, ¿adónde vas? —Se puso en pie de un salto—. Hay algo más de lo que necesito hablarte, Kate.

—No, no lo hay. —Lo rozó al pasar de camino a la puerta—. Por cierto, Jeremy, no estoy enfadada ni disgustada ni nada de lo que creas, pero no

quiero volver a hablar nunca de esto.

Intentó respirar mientras se alejaba a toda prisa de Thistle Tavern hacia su casa. El escozor de sus pulmones la dejó aún más al borde de las lágrimas. Miró una vez por encima del hombro para asegurarse de que Jeremy no la estaba siguiendo. Al girarse de nuevo, la acera estaba borrosa: había empezado a llorar. Lloró con fuerza mientras bajaba por la populosa Séptima Avenida, con una mano aferrada a su mueca de dolor y un mar fluyendo por su rostro. Sorteaba en zigzag a la gente que se la quedaba mirando. Entonces, el móvil vibró en su bolsillo. Jeremy le habría enviado un mensaje en lugar de perseguirla. Por supuesto. «Perdóname. Vuelve. Necesito que lo comprendas», creía que iba a leer, y no porque le importara lo que pusiera de verdad. Nada de hablar con él; al menos, por ahora.

Rebuscó el teléfono y bajó la cabeza para leer el mensaje:

¿Qué te va a dar esta vez, furcia?



AMELIA

21 DE OCTUBRE, 20:56

Ben

t ha dicho algo?

Amelia

no

Ben

dale tiempo, volverá a aparecer

Amelia

eso no te lo crees ni tú

Ben

si no lo hace, es una idiota

Amelia

grx

Ben

lo digo en serio

Amelia

lo sé. me voy, no tengo ganas de hablar

Ben

vale, nos vemos

21 DE OCTUBRE, 21:18

Sylvia

tía, q t pasa?

Amelia

nada

Sylvia

parecías una zombi en clase

Amelia

tengo la regla

Sylvia

ah, q rollo! Hoy he seguido a Susan sin q se entere

Amelia

vaya

Sylvia

sabes? la tía se ha comprado una BOLSA ENTERA de regalices y se la ha zampado TODA de camino a casa

Amelia

asqueroso

Sylvia

debe potarlo todo esa zorra esmirriada

Amelia

tengo q irme, no me siento bien

Sylvia

vale, nos vemos luego. tómate una saldeva o alguna cosa de esas

22 DE OCTUBRE, 02:01

Número oculto

zorra

22 DE OCTUBRE, 02:02

Número oculto

furcia

22 DE OCTUBRE, 02:03

Número oculto

puta

22 DE OCTUBRE, 02:04

Número oculto

bollera

22 DE OCTUBRE, 02:05

Número oculto

zorra, zorra, zorra, zorra, zorra

22 DE OCTUBRE, 02:10

Número oculto

muere, furcia, muere

22 DE OCTUBRE, 02:11

Número oculto

puta perdedora

22 DE OCTUBRE, 02:12

Número oculto

ramera asquerosa

22 DE OCTUBRE, 02:13

Número oculto

puta

22 DE OCTUBRE, 02:14

Número oculto

chupafelpudos

22 DE OCTUBRE, 02:15

Número oculto

coño, coño, coño

22 DE OCTUBRE, 02:20

Número oculto

marica

22 DE OCTUBRE, 02:21

Número oculto

lesbiana, zorra, coño

22 DE OCTUBRE, 02:22

Número oculto

homo

22 DE OCTUBRE, 02:23

Número oculto

bollera, bollera, muere bollera

22 DE OCTUBRE, 02:24

Número oculto

guarra

22 DE OCTUBRE, 02:25

Número oculto

sucia ramera vagabunda

22 DE OCTUBRE, 02:30

Número oculto

jodida zorra, espero que mueras

22 DE OCTUBRE, 02:31

Número oculto

comecoños

22 DE OCTUBRE, 02:32

Número oculto:

puta mentirosa

22 DE OCTUBRE, 02:34

Número oculto

sabemos

22 DE OCTUBRE, 02:35

Número oculto

dónde

22 DE OCTUBRE, 02:37

Número oculto

vives

22 DE OCTUBRE, 02:38

Número oculto

y

22 DE OCTUBRE, 02:39

Número oculto

vamos

22 DE OCTUBRE, 02:40

Número oculto

a

22 DE OCTUBRE, 02:41

Número oculto

por

22 DE OCTUBRE, 02:42

Número oculto

ti



facebook

22 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Los ojos de los demás, nuestras prisiones; sus pensamientos, nuestras jaulas». Virginia Woolf: *Lunes o martes*.

Carter Rose aquí tenemos a una pichoncita deprimida

Ainsley Brown A mí me parece precioso

Carter Rose quizá eso signifique que tú también eres una pichoncita deprimida

AMELIA

22 de octubre

Los mensajes comenzaron a llegar en plena noche y cada uno incluía una foto mía en ropa interior. Los leí todos y observé las fotos. No debería haberlo hecho, pero no pude evitarlo; como si no pudiera creer lo que estaba pasando, los borré directamente. Podía forzarme a verlos una vez; después, tenían que desaparecer.

El último mensaje era diferente. Iba sobre Sylvia:

Cuéntaselo a Woodhouse o a alguien y lo pagará Sylvia. Esa furcia se morirá de vergüenza por lo que mostraremos sobre ella.

Era inteligente. Porque aunque yo decidiera que podía aguantar la humillación de las Urracas, sabía que Sylvia jamás sobreviviría a ello. Si que lo que tenía con Ian se fuera a pique no la había impulsado a buscar objetos punzantes, acabaría haciéndolo si las Urracas se le echaran encima. Y ella era la única persona inocente en todo este asunto.

Cuando, a la mañana siguiente, llegué al colegio, distinguí a Dylan en el vestíbulo. Ni siquiera me miró y, al dirigirme hacia ella, se giró a toda prisa en dirección opuesta. Si no hubiera estado contando con los dedos los minutos

para tener la oportunidad de perdonarla, no hubiera sido tan terrible. Pero cuesta mucho más perdonar a alguien que no pretende disculparse.

No era sólo que Dylan me ignorara. Todas las Urracas cuchicheaban y se reían a mi paso para asegurarse de que sabía que estaban hablando de mí. Después de almorzar, alguien escribió la palabra «tortillera» en mi taquilla con pintalabios. O eso creía que era hasta que intenté borrarlo, con la esperanza de que el resto de chicos del vestíbulo no hubieran reparado en lo que decía. Me embadurné la palma y la taquilla entera, y entonces me percaté de que era pintañas.

Cuando regresé después de Francés, me habían vaciado la taquilla. Libros, cuadernos, mis cosas de hockey... No quedaba nada. En su lugar, había veintidós notitas. Todas decían «te odio», una por cada Urraca, y había seis grillos vivos. Me tapé la boca con una mano e intenté no gritar cuando uno de los bichos me saltó encima. Encontré los libros y los cuadernos en una papelera cercana. Cuando el entrenamiento estaba a punto de acabar, localicé mis cosas de hockey: estaban desparramadas por un banco del gimnasio y habían volcado encima un cubo de basura con compresas y papel higiénico.

Aquella noche recibí de nuevo mensajes, que empezaban y paraban en el mismo punto que la vez anterior, dejando entremedias el tiempo suficiente para que comenzara a dormirme. Justo cuando iba a hacerlo, otro me despertaba con sobresalto. Al igual que el primer día, eran insultos, amenazas y cosas así, con una foto adjunta. El último, que me llegó a las 3:53, seguro que era de Zadie: incluía el vídeo que nos había grabado a Dylan y a mí cuando nos pilló por sorpresa. Yo parecía tan furiosa que hasta me di miedo.

Zadie se las había arreglado para que la cara de Dylan no saliera en ninguna toma. Había protegido a su mejor amiga. Aparecían sólo las piernas y el cuerpo de una chica desnuda, pero no se distinguía de quién se trataba.

Ahora me daba cuenta de que Zadie había estado esperando a que ella dijera basta. Sabía desde el principio que Dylan saldría por la puerta cuando pronunciara esa palabra. Además, debería haberlo comprendido: yo también tenía una de esas amistades demasiado estrechas, demasiado viejas. Sylvia había conseguido que hiciera cosas que jamás habría hecho de no ser por ella. En su caso, se trataba de tonterías, pero ya comprendía cuál era el mecanismo. Y la forma en que Dylan hablaba de Zadie, la relación que tenía con ella, era harina de otro costal. Debería haber sabido desde el principio que jamás podría competir con ella.

Cuando bajé las escaleras a la mañana siguiente, mi madre ya estaba arreglada, con el bolso colgando del hombro y la BlackBerry en la mano.

—Qué hay —dijo mientras se apresuraba por la cocina para recoger sus cosas. Parecía estresada—. Buenos días.

La observé por un momento sin decir nada. Quería contarle lo que estaba pasando. Lo necesitaba. Pero ¿por dónde empezar? ¿Por las Urracas, por Dylan, por Zadie pillándonos por sorpresa? Era excesivo. Y a nadie le apetece empezar una charla sobre sexo con su madre. Es la típica cosa que evitas. En cambio, allí estaba yo, intentando imaginar cómo podía contarle algo a medias. Era más fácil de decir que de hacer. Un lío muy complicado.

Ví que agarraba un plátano de la encimera y que se echaba varias carpetas en el bolso, luego las llaves.

—Esta noche voy a llegar muy tarde. Lo siento. Sé que es ridículo, pero este asunto terminará enseguida. Y estaba pensando que tal vez podríamos ir a alguna parte en el puente de Acción de Gracias. Algún sitio como las Bermudas, tal vez —propuso mientras se apresuraba a darme un beso y un fuerte abrazo.

—¿Qué? —Sonaba enfadada. Y lo estaba. ¿Cómo podía no darse cuenta de

que algo iba muy mal?—. ¿Lo dices en serio?

Durante toda mi vida, había asumido que no había problema en que mi madre no estuviera en casa; cuando la necesitara *de verdad*, ella se daría cuenta. Y estaría allí. Pero ahora la necesitaba y ella no se daba cuenta de nada.

—Vale, no es exactamente el «¡sí, mamá!» que esperaba, pero quizá podamos hablarlo este finde.

Era obvio que iba a marcharse de un momento a otro.

—¿No puedes estarte quieta y escucharme un minuto, mamá?

Respiró profundamente y luego exhaló.

—Sí, Amelia. Puedo escuchar un minuto. Siempre estoy dispuesta a escuchar.

—Quiero pasar el próximo semestre en París.

Lo de París había sido idea de Ben. No había pensado en los detalles: el plan era ausentarme del colegio un semestre. Cuando regresara en otoño, Zadie, Heather, Rachel y muchas de las demás Urracas ya se habrían graduado. Dylan, no; le quedaría otro año. No le mencioné eso a Ben, no quería que creyese que seguía pensando en ella. Aunque fuera así.

Una parte de mí deseaba ir a París, como si fuera la solución legítima y real a mis problemas. La otra parte albergaba la esperanza de que, si empezaba a decir que quería pasar un semestre en otro país, mi madre..., no sé, tal vez captara la indirecta de que algo iba fatal.

Si no estaba de acuerdo, que era lo más probable, lo siguiente sería decirle que quería cambiar de colegio. No quería dejar Grace Hall. Echaría de menos a Liv, a Sylvia y a mi equipo de hockey sobre hierba..., pero, si tenía que hacerlo, me iría.

—¿París? —Mi madre me miraba como si me hubiera vuelto loca. Parecía tensa. Juraría que le preocupaba llegar tarde al trabajo. También lo utilizaría,

si me veía obligada. Había aceptado muchas cosas cuando llegaba tarde—. ¿Un *semestre* entero? Y París está tan lejos...

—¿Y acaso importa? —solté. «Pregunta qué pasa, pregunta qué va mal»—. Si de todos modos nunca estás aquí.

—Vamos, Amelia, eso no es justo —dijo mi madre con aspecto dolido—. Además, pasar un semestre fuera es propio de la universidad, no del colegio.

—Será instructivo.

Me iba a ahorrar la parte de que el semestre en el extranjero ni siquiera tenía que ser a través de Grace Hall. No ayudaría mucho, en mi caso.

—Ojalá pudiera librarme de la reunión y quedarme para hablar de esto, pero de veras que no puedo. ¿Podemos hablarlo esta noche cuando regrese a casa?

Intenté tragarme las lágrimas que tenía atragantadas. ¿Por qué no me preguntaba qué pasaba?

—¡Limítate a decir que sí, mamá! —le grité. Tal vez eso funcionara—. Es muy fácil, escucha: sí. Tal cual.

Parpadeó un poco, con pinta de estar herida y algo desconcertada.

—Venga, Amelia. No estoy diciendo necesariamente que no. Ya sabes que escucharé todo lo que tengas que decir; siempre lo hago. —Ya se dirigía a la puerta principal—. Pero en este preciso instante no puedo. En cuanto sepa más sobre ese programa, quizá cambie de opinión. Vamos, que necesitamos tiempo para discutirlo.

—Necesitan mi respuesta hoy, mamá.

Se giró al llegar a la puerta.

—Entonces, si necesitan hoy la respuesta, tendrá que ser no.

—Genial, impresionante —mascullé—. Menuda ayuda.

Ella respiró hondo y se quedó mirando al techo.

—¿Te encuentras bien, Amelia? —preguntó, con una mano ya en el pomo

—. Porque yo estoy tensa por el trabajo y estaría genial que pudiera llegar. Pero, si me necesitas, puedo quedarme. Lo sabes, ¿verdad?

Ya no estaba segura de nada. Llevaba un rato allí, cabreada porque mi madre no me preguntaba qué iba mal, y ahora que lo hacía no quería contarle nada. ¿Qué podría hacer ella para arreglarlo? Nada; sólo empeoraría las cosas. Lo sabía. Tenía ganas de echarme a llorar. Sola.

—No, da igual, estoy bien. Simplemente el colegio me resulta un auténtico fastidio en este momento.

Mi madre cruzó la estancia, se acercó a mí y me abrazó. Me estrechó con fuerza, como si intentara triturarme. O tal vez fuera la postura en la que yo me aferraba a ella.

Por fin me soltó y se dirigió hacia la puerta. Se giró al abrirla.

—Todo se volverá más fácil, lo prometo. Siempre pasa.

La doctora Lipton estaba sentada en una esquina del despacho cuando llamé a la puerta. Tenía una carpeta abierta en su regazo y leía los papeles que había dentro. La luz del sol manaba a raudales por la ventana de detrás, dándole a la piel un matiz como transparente. Dio un respingo cuando llamé. Su sobresalto también me hizo saltar a mí.

—Perdón —dije, ya replanteándomelo. Nunca había ido a ver a ningún orientador psicológico. Jamás. Pero necesitaba hablar con alguien, alguien que mantuviera en secreto lo que iba a decirle—. Yo sólo, hum... ¿Quiere que venga más tarde?

—No, no —replicó. Me miraba como a una extraña que acabara de pedirle un trozo de bocadillo—. Entra. Siéntate. —Cerró la carpeta y la depositó con delicadeza sobre la mesa que había a su lado—. ¿Qué puedo hacer por ti? —me preguntó, y alargó una mano para coger su agenda—. No habíamos fijado una sesión, ¿verdad? —Recorrió la página con un dedo de arriba abajo—.

Amy, ¿verdad?

—Amelia. No, no tengo cita. ¿Debería haberla pedido? —Sin duda, estaba cometiendo un error—. Podría volver.

La doctora Lipton me clavó una mirada impertérrita, como si fuera un lagarto. Me quedé esperando a que su lengua saliera disparada de su boca para pegarse a mi mejilla.

—Bueno, ya estás aquí —dijo por fin—. Y, por lo que veo, estás inquieta.

—¿Lo que hablemos aquí dentro es confidencial? —pregunté desde el umbral.

—Sí —aseguró, ya con curiosidad—, lo es. ¿Por qué no entras y me cuentas lo que te trae por aquí, Amelia?

Me arrastré al interior de su despacho. Era bonito y luminoso, con sofás mullidos. Demasiado mullidos. Como si una especie de remolino de loquera te absorbiera nada más sentarte.

—Cierra la puerta antes de tomar asiento —me indicó. Y lo hice, aunque detestara la idea de quedarme encerrada. Por fin, llegué a sentarme. Tenía las manos congeladas cuando las junté sobre mi regazo—. ¿De qué se trata, entonces?

Guardé silencio un rato, hasta que se hizo muy incómodo estar allí dentro y empecé a hartarme.

—Supongo que alguien medio rompió conmigo.

—¿Medio rompió?

—Bueno, ella me dejó y ahora no me habla.

—El rechazo siempre es difícil —comentó la doctora Lipton apaciblemente. Ni pestañeó cuando dije ella en lugar de él. Había sido una especie de prueba.

—Sí.

Mientras la miraba con fijeza, me empezó a picar el fondo de la garganta.

La verdad es que no quería ponerme a llorar ahí mismo. ¿Quién sabía lo que pasaba cuando llorabas?

—¿Sabes por qué terminó la relación?

Negué otra vez con la cabeza, tragando saliva sobre el gran nudo que se me había formado.

—Tiene una mejor amiga que me odia —solté por fin—. Pero ni siquiera sé si ha sido por eso. Es complicado.

—Las relaciones lo son con frecuencia. Y la incertidumbre nunca ayuda. Nos hace... reflexionar mucho. ¿Lo entiendes?

—Supongo. —Y me encogí de hombros.

—Las preguntas abiertas obstaculizan el proceso de sanación.

Proceso de sanación. Sonaba como si de verdad hubiera acabado con Dylan. Como si ya sólo pudiera pasar a otra cosa.

—Y ahora las demás chicas también se están metiendo conmigo.

—¿Tiene algo que ver con esta relación?

Pensé en la pregunta un instante. Era horrible que Dylan no me apoyara. Que hubiera salido de mi casa justo cuando yo la llamaba a gritos. Que no hubiera intentado contactar conmigo desde entonces. Pero ella no me había enviado ninguno de los mensajes, estaba bastante segura. Tampoco había escrito en mi taquilla ni me había metido dentro un puñado de bichos. Ni hablar. Zadie era la responsable de todo eso. Y yo sabía mejor que nadie que no era justo responsabilizar a una persona de las cosas que hacía su mejor amiga.

—Tiene y no tiene que ver. Supongo que algunas de las que se meten conmigo son amigas suyas. Todas forman parte de un club.

—Ya. Un club —dijo la doctora Lipton—. Déjame adivinar: ¿las Urracas?

—Sí. Formé parte de él un tiempo —repliqué. Era un alivio contárselo por fin a alguien.

—Eso, en gran parte, es el propósito de los clubes: hacer que los de fuera se sientan mal y amenazar siempre a los de dentro con la posibilidad de perder su condición de especiales. Es una dinámica muy peligrosa. No me sorprende oír que otra vez se les ha ido de las manos.

Yo moví a ambos lados la cabeza con disgusto mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Pero lo que están haciendo es mucho peor de lo que pensaba.

—Ya sabes que el código de conducta prohíbe el acoso —continuó—. Si lo que esas chicas están haciendo llega a ese nivel y lo llevan a cabo dentro del recinto escolar, se las podría expulsar. De hecho, yo estaría obligada a informar al director.

Pensé en las fotos y en los mensajes y en mi uniforme de hockey sobre hierba cubierto de deshechos empapados en sangre. Pensé en los susurros y en los cuchicheos. En cómo la palabra «bollera» seguía aflorando en cada esquina. Pero ¿de verdad quería que las echaran a todas del colegio, si ese «todas» incluía a Dylan? ¿Y qué pasaba con Sylvia? ¿Cómo sobreviviría a lo que pudieran hacerle?

Miré a la doctora Lipton con el corazón desbocado.

—Pero usted dijo que era todo confidencial.

Entornó los ojos.

—Y lo es —dijo, alzando un dedo—, siempre que nadie esté en peligro.

Me miró con dureza. Peligro. Le preocupaba que me fuera a suicidar o algo así. La idea ni se me había pasado por la cabeza.

—No me voy a suicidar, si es lo que insinúa. Sencillamente, no lo haría; no es el tipo de cosa que yo haría. Pero, si cambio de idea, será la primera en saberlo.

—¿Se lo has contado a tus padres?

—Sólo tengo madre —solté. Fue un acto reflejo—. Pero no, no lo he hecho.

Detestaba haberme convertido en el t3pico de la adolescente. Seis semanas antes habr3a jurado que le iba a contar todo a mi madre, que se lo contar3a desde el principio. Pero seis semanas antes mi vida era mucho menos complicada.

—Deber3as —dijo con firmeza—. Tu madre te quiere. Est3a para ayudarte.

—Eso es lo que me da miedo. Que al intentar ayudar, mi madre acabe li3ndolo todo mucho m3s.

—Como m3nimo, necesitas confiar en alguien. Los abusones prosperan con la vergüenza y la alienaci3n. Necesitas que al menos una persona amiga te tienda la mano, contarle lo que est3 pasando. Necesitas una red de apoyo —declar3 la doctora Lipton—. ¿Puedes conseguirlo?

Asent3 con la cabeza, aunque eso me produc3a m3s que pavor. Desde luego, Sylvia era esa amiga a la que ten3a que pedirle ayuda y se iba a cabrear al descubrir lo de las Urracas. Por no mencionar que me daba mucha vergüenza. Esta era la raz3n por la que ella —y yo— pensaba que los clubes eran un asco. Su 3nico objetivo era convertir las vidas de los dem3s en un infierno.

—Entonces, quiero que le escribas una carta a esa chica, o un correo, con todas las preguntas que quieras hacerle —prosigui3—. Todo lo que quieras saber sobre lo ocurrido. Todo lo que te d3 miedo saber. Pero no lo env3es. Quiero que te imagines las respuestas.

—¿Imaginarlas? —Aquello sonaba a una absoluta idiotez.

—S3, imaginarlas. No lo env3es —repiti3 con firmeza—. Este ejercicio est3 diseñado para que adquieras control de la situaci3n y de tus sentimientos. As3 descubrir3s que ya tienes las respuestas que necesitas.

—Vale.

Todo aquel rollo segu3a pareci3ndome una estupidez.

—¿De acuerdo? —Me clav3 la mirada en espera de la respuesta.

—Ah, s3. De acuerdo, claro.

—Bien. —Se encaminó hacia la puerta de su oficina y la abrió—. Pide cita para la semana que viene. Quiero que me pongas al día. Y podremos hablar más sobre lo de confiar en tu madre.

Encontré a Sylvia con Ian en el patio a la hora del almuerzo. Estaban sentados a una mesa, rozándose con las rodillas mientras charlaban. Unos días antes habían estado al borde de la ruptura. No habían roto, pero las cosas entre ellos todavía no parecían ir bien. Ian no paraba de mirar alrededor; después, se encogía como si buscara una burbuja o un refugio donde esconderse.

Pobre Sylvia. Estaba punto de que le volvieran a partir el corazón. Pero una pequeña parte de mí se alegraba de que fuera a necesitarme tanto como yo a ella. Sylvia con el corazón partido era mucho más generosa que Sylvia enamorada. Aunque por el momento estaba tan enfrascada en Ian que ni siquiera advirtió mi presencia hasta que estuve de pie junto a ella.

—Ah, hola —dijo por fin, alzando la vista. Parecía un poco molesta por mi interrupción—. ¿Qué pasa?

A Ian pareció entusiasmarle mi llegada.

—¡Eh, ven! —exclamó, y se levantó de un salto—. Toma mi silla; de todos modos, ya me iba.

—¿Adónde? —le preguntó Sylvia—. Ni siquiera hemos hablado de este finde. ¿Y el concierto?

—Ah, sí, en el Living Room. —Se frotó la frente con una mano y aspiró un poco de aire con los dientes apretados—. Eso. Resulta que no voy a poder. Pero tú deberías ir. Pásalo bien, guapa. Ya nos pondremos al día durante el finde.

Se me hizo un nudo en el estómago al ver la expresión compungida de Sylvia. Tendría que esperar a contarle mi problema. Tenía que ayudarle a rescatar aquella conversación. Necesitaba descifrarla, para bien o para mal.

La verdad es que yo esperaba que fuera más para mal, que le presionara un poco más y él rompiera con ella de una vez por todas. Porque presenciar esas medias tintas era como contemplar los esfuerzos de una ardilla medio aplastada arrastrándose fuera de la carretera.

—No, Ian, deberías quedarte —dije, reculando—. Sólo quería saludar. Sylvia, luego te veo.

Giré en redondo antes de que él pudiera detenerme y retrocedí corriendo por el patio. Cuando miré hacia atrás, seguían juntos, todavía sin hablar. Ian daba pataditas en el suelo con uno de sus elegantes tenis. Sylvia lo observaba, a la espera.

El resto del día discurrió sin que ocurrieran más cosas malas... No me quitaron nada de la taquilla, no escribieron nada en ella. Casi ni me lo podía creer. Ni siquiera me enviaron más mensajes. Cuando llegué a casa esa noche, tras enviar a Liv por correo la versión final de mi trabajo sobre Virginia Woolf, me sentía más o menos relajada. Imaginé que Zadie se había aburrido de convertir mi vida en un infierno.

Acababa de quedarme dormida cuando llegó el primer mensaje. Y cuando mi móvil se estremeció —**furcia**—, me morí del susto. Mi corazón latía a toda velocidad. Me senté en la cama y me quedé con la mirada fija en el teléfono. Había sido muy inteligente por su parte aguantar todo el día. Pensar que todo había terminado hizo que fuera mucho peor cuando empezó de nuevo.

Tras el primero, llegaron sin parar más mensajes. Cada uno más nauseabundo que el anterior, todos con la misma foto adjunta que no había visto nunca, en la que salía besando a Dylan. Pero no se podría decir que fuera Dylan, sólo que era yo... besando a una chica con toda claridad.

—¿Nos saltamos la primera hora? —le pregunté a Sylvia cuando nos encontramos en la esquina a la mañana siguiente. Todavía estábamos a tres manzanas del colegio, lo bastante lejos como para evitar la muchedumbre sin que nadie hiciera preguntas—. Podríamos ir a tomar un muffin.

—¿Acaso Amelia Baron acaba de sugerir que hagamos pellas? —Pestañeó perpleja, se apretó el pecho con una mano y fingió atragantarse—. ¿Qué viene luego, la barra de *stripper*?

—Lo digo en serio, Sylvia. Es sólo que... —me giré para mirar hacia el edificio—ahora mismo no tengo cuerpo. Además, me pierdo arte; no puede decirse que eso sea hacer novillos.

—Yo me fumaría Español. Pero, dado que no entiendo ni jota de lo que dice nadie en esa estúpida clase, tampoco creo que sea hacer pellas. —Me enlazó por un brazo—. Ahora bien, no será una treta para pillarme a solas y así poder enrollarte conmigo, ¿no? —Puso los ojos en blanco mientras nos escabullíamos calle abajo hacia la Séptima Avenida—. Teniendo en cuenta que eres lesbiana y eso.

—¿Todavía no me crees? —le pregunté cuando habíamos caminado media manzana.

Tras decirle que era gay, Sylvia me había escrito un par de veces con mensajes tipo: «WTF!!». Pero yo había estado evitando el tema con ella. No había sido difícil. Estaba tan obsesionada con Ian que olvidaba preguntarme sobre ello cuando nos encontrábamos juntas.

—Creo que tú te lo crees —dijo Sylvia, mirando por encima del hombro para comprobar si alguien nos seguía. Había policías ociosos por el vecindario, pero tendían a ser algo racistas. Probablemente no incordiarían a dos jóvenes blancas a cuyos padres tal vez les cabreara más que nos dieran la lata que el hecho de que hiciéramos novillos—. Que no puedas ser normal con los chicos no significa que no te gusten. Puede que no seas homosexual, sólo

un bicho raro.

—Vaya, gracias.

Sin hablarlo siquiera, ambas nos encaminamos hacia Connecticut Muffin, enfrente del Colegio 321. Siempre íbamos allí cuando no estábamos en clase y los del colegio, sí. Nos gustaba sentarnos a observar a los críos de ese centro público flotando en una frenética marea de gente. Aquel caos tenía algo hermoso. Comparado con aquello, nuestro desorden matutino se me antojaba insignificante.

—¿Y qué pasa con Ian? —quise saber.

Ya habíamos conseguido un muffin cada una —el mío era de limón con semillas de amapola y el de Sylvia, de arándanos— y nos sentamos en los taburetes altos de cara a la ventana. Iba a sacar el tema de Dylan y de las Urracas, pero antes necesitaba un calentamiento.

—No lo sé —dijo Sylvia, encogiéndose de hombros—. Ya he aceptado que Susan Nolan tiene novio. He visto cómo le besaba y parecía muy colgada. Ian dice que todo va bien entre nosotros, pero sigue comportándose de forma rara. Hay alguien más. Susan, no; pero hay alguien.

Ya no me cabía duda de que tenía razón.

—¿Tienes idea de quién?

Sylvia se encogió de nuevo.

—Empiezo a pensar que ni siquiera importa. —Se volvió hacia mí—. ¿Y qué hay de ti? Estar en la otra acera debería ser más interesante que la movida con Ian.

Contuve la respiración un instante. Esa era mi oportunidad. Tenía que aclararlo todo. Como había dicho la doctora Lipton, necesitaba una aliada y Sylvia era mi mejor opción. Mi única opción. Seguro que se enfadaría por lo de las Urracas y por mis mentiras. La manera de averiguar hasta qué punto era

contárselo.

—He cometido una estupidez —arranqué—. Y te vas a mosquear conmigo.

—En realidad, no me importa que seas lesbiana, ya sabes —replicó ella—. Así tengo menos competencia.

Solté una carcajada. Una de las buenas. Sólo Sylvia podía hacerme reír en un momento así. Sólo ella podía interpretarlo como una oportunidad para conseguir más chicos. Era muchas cosas, pero nunca juzgaba. Iba a salir bien. Todo. Volví a respirar hondo y me arrellané en el taburete, apoyándome contra la estrecha barra que recorría el escaparate de Connecticut Muffin. Sólo había una forma de empezar: largar primero la peor parte.

—Un club me ha dado un toque.

—¿Qué? —Sylvia puso los ojos como platos.

—Me han dado un toque

—¿Qué? —repitió más alto esta vez, con los ojos aún más abiertos—. ¿Qué club?

—Las Urracas.

—Mierda... ¿Y no me lo has contado? —preguntó, más decepcionada que enfadada—. Apuesto a que nadie las ha rechazado antes. Menudo cabreo debe de haberles entrado, tía. Tienes que contármelo todo desde el principio.

Respiré profundamente y me quedé mirando mi muffin mordisqueado.

—No les dije que no.

La expresión de Sylvia se petrificó un instante. Luego se resquebrajó en un mosqueo profundo.

—¿Que *tú* has ingresado en las Urracas? ¿Cuándo?

Succioné una bocanada de aire.

—A principios de año —dije con voz queda.

—¡Estás mintiendo! —gritó, saltando del taburete—. ¡No puedes haber estado en un club todo este tiempo y no habérmelo contado! —Noté que el

chico de la barra nos observaba, como si estuviera decidiendo si echarnos o no—. ¿Y qué pasa con nuestro pacto? ¿Decidiste pasar de él por completo?

Sylvia tenía razón: era una gilipollas.

—No sé qué pasó. —Era una excusa lamentable, pero del todo cierta, para variar—. Me invitaron y supongo que... Tú siempre andas liada con tus novios y mi madre nunca está y eso. A veces, siento que no tengo a nadie.

—Venga, por favor. —Su tono reflejaba frialdad—. No veas qué pena me da.

Cuando alcé la cabeza para mirarla, su rostro seguía contraído y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Sylvia —me disculpé. Tenía razón; había sido una egoísta, muy desleal. Mezquina—. Sé que con pedir perdón no basta, pero no se me ocurre qué otra cosa decir.

Sylvia deslizaba la mandíbula hacia adelante y hacia atrás. Parecía gotear algo de rabia en cada movimiento. Por fin, se llevó la mano a la cara en un impulso, medio tapándose la boca.

—Dios, soy una imbécil —musitó con voz algo ahogada—. Yo sintiéndome mal porque pasaba mucho tiempo con Ian y tú venga a salir en secreto con tus nuevas amigas. Debo reconocerlo, Baron, mientes de maravilla.

Estaba en lo cierto. Había soltado muchas mentiras. Se acumulaban unas tras otras, agobiantes.

—Pasó sin más y ya no supe cómo salir —expliqué. Cuando la miré de reojo, seguía fulminándome con la mirada, pero, al menos, no había saltado hecha una furia. Eso ya era algo—. Y luego me pillé por alguien del club y me preocupaba perderla si me piraba. Ya sabes lo que es hacer algo por la persona que te gusta. No siempre se lo piensa una bien.

—¿Esa es una estrategia de autodefensa gay o algo así? —espetó ella—. ¿Se supone que puedes mentir a tu mejor amiga y comportarte como una idiota

porque eres gay? —Visto así, la verdad es que era absurdo. Dejé caer la cabeza y me encogí de hombros—. Yo hago muchas tonterías, Amelia. Tal vez sea muy egocéntrica, un poco guarra y elija mal a los chicos, pero jamás de los jamases he mentado. A ti no, desde luego.

Y era cierto. Siempre era sincera; sería más fácil para ambas que no lo fuera.

No me quedaban excusas. Me giré para observarla. Ahora Sylvia miraba fijamente por la ventana con cara de estar más dolida que enfadada. Me quedé allí sentada, con los ojos en la chica que había sido mi mejor amiga durante casi diez años, que me había ayudado a soportar burlas de tercer grado, una madre desaparecida en combate, un tobillo roto en pleno verano, cortes de pelo horribles y jerséis espantosos. Una amiga que nunca me había juzgado ni pedido que fuera diferente. Y yo no era capaz de hacer otra cosa que detestarme a mí misma. ¿Cómo había podido, por otra persona, elegir no ser sincera con ella?

—Lo siento, Sylvia; de verdad que lo siento.

Yo esperaba que me mandara a la mierda, por no decir que me retirase la palabra, pero siguió como si nada examinando el paisaje. Por fin, tomó aire con un bufido y volvió a subirse al taburete.

—De acuerdo, desembucha —dijo, todavía sin mirarme—. Porque ahora me debes todos los detalles guarros. Para empezar, ¿quién es ella?

Me sentía tan aliviada que casi rompí a llorar.

—Dylan Crosby —reconocí, rezando para que nada de lo que fuera a decir a partir de ese momento la volviera contra mí.

—¿De verdad? —Giró la cabeza hacia mí como un rayo—. Creía que se tiraba a Woodhouse.

Negué con la cabeza.

—Estoy bastante segura de que sólo se acostaba conmigo.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. —Y asintió con la cabeza—. Está buena, eso lo admito. Si eliges a otra que no sea yo, me alegro de que al menos sea guapa. Pero ¿y las Urracas? —Se metió un dedo hasta la garganta e hizo un ruido de arcada—. O sea, de verdad que ya no puedo seguir siendo tu amiga si te conviertes en una de esas zorras chupapollas.

—No tienes que preocuparte. Ya me han dado la patada. Y Dylan también me ha dejado.

—Vaya putas. —Parecía ofendida por mí—. ¿Qué pasó?

—No lo sé. Zadie me detesta y tiene un rollo posesivo con Dylan.

—Ah, Zadie. Ostras. ¿También ella es lesbiana?

—No. Eso hace que todo sea aún más raro.

Sylvia exhaló un poco de aire.

—Esa tía está mal de la cabeza, en serio. Deberías evitarla a toda costa.

—Ya es algo tarde para eso —repliqué—. De todos modos, anoche decidí que le voy a mandar un e-mail a Dylan. Espero que puedas ayudarme.

Sabía lo que había dicho la doctora Lipton de no enviárselo, pero yo iba a tener que estar de acuerdo en no estar de acuerdo en eso. No es que yo me hubiera inventado lo nuestro. Además, necesitaba que Dylan me explicara por qué lo había echado a perder así. Tal vez esperase que le hiciera cambiar de idea.

—¿Un e-mail? Hum... ¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Sylvia—. Porque me parece que la vas a liar. Si Dylan no te habla, es porque no quiere. No es una idea descabellada. Aprende de mí: es bueno escuchar a la gente cuando te aconseja algo así.

Como si Sylvia no hubiera mandado cientos de e-mails idénticos en casos de rechazo mucho peores. Me quedé mirándola un rato largo, esperando a que le pasara lo mismo por la mente. Por fin, se encogió de hombros.

—De acuerdo. Vale. —Alzó las manos—. Vuelvo después del colegio y lo

escribimos juntas. Pero que yo haya enviado mogollón de correos de esa índole no significa que alguno haya funcionado. Al menos, no como yo hubiera querido.

—Bueno —dije, sonriendo—, siempre hay una primera vez para todo.



gRaCeFULLY

24 DE OCTUBRE

Porque hay 176 definiciones de la palabra «perdedor» en urbandictionary.com.

No seas otra cifra.

¡Por fin tenemos pruebas de que Dylan Crosby no es una fanática religiosa! Y lo hemos oído directamente del hombre que dice haberse puesto con ella a lo Animal Kingdom en Prospect Park. Por iniciativa de ella. Él —vale, George McDonnell— me pidió que no mencionara su nombre, pero al tío hay que reconocerle el mérito. De todos modos, el tema no suena muy casto. Puede que Dylan no se haya estado metiendo en esa cama concreta, pero no cabe duda de que ha visitado alguna.

Vale, ¿alguien podría decirme por qué uno de los clubes la ha tomado con una pobrecilla de segundo curso del cuadro de honor? ¿Y todo ese rollo de fuego y azufre de la vieja escuela? ¿Con qué derecho? Vamos, señoras, la chica no puede estar tan mal.

Para esa joven alumna de segundo que NO QUIERE verle las orejas al lobo: que él tenga un bonito acento no implica que todo lo que sale de su boca sea cierto. Venga ya, un poco de amor propio, por favor. Empieza a dar vergüenza mirar.

Y hablando de amor propio —o carencia de él—, parece que Bethany Kane está cumpliendo su promesa de tirarse a todo el equipo de fútbol. Sólo le quedan tres tíos, y dos de ellos puede que sean gays. Sé delicada con ellos, Beth.

Hasta luego, gente.



KATE

SLONE & THAYER

22 DE AGOSTO, 1997

Daniel: ¿Esta noche? Es nuestra última noche como asociados en prácticas de verano...

Kate: No puedo

Daniel: ¿Por qué?

Kate: No estoy de humor

Daniel: Me cuesta creerlo

Kate: Que te den

Daniel: Gruñona, gruñona

28 de agosto de 1997, 22:25

Para: rowan627@aol.com

De: Kate Baron

Re: ¡Perdón!

¿He perdido el tren? ¿Estás ya en la selva y sin acceso a Internet? Espero que las cosas te sigan yendo bien. Sólo quería decirte que no te lo imaginaste: sentí

lo mismo. Puede que sea fácil comprender mejor las cosas una vez que se han acabado. O puede que no.

De todos modos, me gusta la idea de la baliza. Ahora mismo me vendría bien algo de luz.

Besos,

Katie

2 de septiembre de 1997, 02:19

Para: Kate Baron

De: rowan627@aol.com

Re: ¡Perdón!

¡No has perdido el tren para nada! Es genial tener noticias tuyas. Esta noche no puedo escribirte, empieza Koblentz..., un gran festival local. Te cuento más por la mañana.

Paz,

Rowan



AMELIA

23 DE OCTUBRE, 18:32

Amelia

mñna vienes, no?

Ben

creo q sí.

Amelia

TENGO q verte. las cosas han ido tan mal... m vendría bien un buen amigo.

Ben

todavía van mal?

Amelia

sí, xo parece q van a mejorar. Sylvia me está ayudando a escribir a Dylan

Ben

escribir q?

Amelia

un e-mail con prguntas

Ben

como x q es una zorra?

Amelia

venga, no seas malo

Ben

malo? ella es la q t trata como a una mierda. hay una línea muy fina entre entregado y sumiso

Amelia

vale, vale, hermano mayor. dónde quedamos mañana?

Ben

donde tú quieras, xo ya t he dicho q t lo confirmo mañana

Amelia

vendrás a Grace Hall? tal vez puedas ver a alguna de esta gnt a la salida.
vamos, prométeme q vendrás. no me dejes colgada como todo el mundo.

Ben

haré todo lo posible.

23 DE OCTUBRE, 18:42

Sylvia

perdón, llego tarde. voy de camino xa escribir la carta de amor entre
lesbianas

Amelia

te encanta decir lesbiana

Sylvia

pues sí, la L es genial para la aliteración sexy: lujuriosa, libertina, labios

Amelia

me estás dando asco.

Sylvia

entonces, misión cumplida; en nada tveo

KATE

29 de noviembre

Todavía estaba oscuro. Apenas eran las cinco pasadas cuando Kate bajó las escaleras en busca de su móvil. Había recibido un nuevo mensaje —esta vez de Duncan— durante la noche:

Por fin, gRaCeFULLY localizado. Casi me da algo. Ahora entiendo x q el colegio lo niega. Dirección: 891 Hoyt, Bklyn. Hogar de una chica llamada Liv Britton. Si hablas con ella, dile que un informático de Manhattan le envía sus respetos a tope. Y si es guapa, hazme el favor de pasarle mi número.

¿Liv? La sacrificada profesora que supuestamente se preocupaba tanto por Amelia, que había apoyado su escritura y que no concebía que se hubiera suicidado había escrito todas esas cosas horribles sobre esos estudiantes, sobre esos críos. También había escrito cosas sobre Amelia. ¿Qué problema tenía? Se suponía que era una persona de confianza.

Pero era una mentirosa. Una mentirosa que había acusado a Amelia de copiar.

Kate iba a asegurarse de que la echaran, tal vez demandando... por difamación, por abuso de autoridad. Daba igual. Fuera como fuera, todo el mundo se enteraría de lo que había hecho. Iba a asegurarse de ello.

Lew debía recoger a Kate un poco antes de las ocho de la mañana y, si la

espera para reunirse con Woodhouse y Liv se prolongaba un poco más, iba a terminar por desgastar el suelo del salón y dejar un agujero. El corazón le pegó un salto cuando oyó que llamaban a la puerta poco antes de las siete y media. Rezó para que fuera Lew, que llegaba pronto.

—Hola —saludó Kelsey cuando abrió rauda la puerta. Sus pantalones de chándal holgados le daban aspecto de cansancio y desaliño. Tenía encrespado el pelo rubio y corto de detrás de la cabeza, como si acabara de levantarse de la cama. Aferraba en alto el álbum del directorio que Kate le había pasado—. Lo he encontrado.

—¿De verdad?

Le había pedido a Kelsey que buscara al chico que había visto entrar en casa con Amelia, pero daba por hecho que no conseguiría localizarlo.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó Kelsey, abriendo el volumen por la página que tenía marcada con el dedo—, pero no aparece en el anuario. Me salté los perfiles de los nuevos alumnos. Esta mañana estaba repasándolo otra vez cuando he reparado en ellas por primera vez. —Señaló una de las fotos.

Kate miró el nombre del pie.

—Ian Greene —leyó con voz queda. Reconoció el nombre por algunos de los mensajes de Amelia. Era el novio intermitente de Sylvia.

—Es él —dijo Kelsey—. Sin duda.

De acuerdo, pero NO HABLE con NADIE hasta que yo llegue, había respondido Lew al mensaje de Kate. En él decía que se sentía incapaz de esperar más en casa y que pensaba ir a Grace Hall y verle allí. Kate no respondió a la advertencia. No iba a hacer promesas que no pudiera cumplir.

Le pareció que caminar despacio hacia el colegio era una solución aceptable. Cuando por fin llegó a Prospect Park West, ya había una riada de

estudiantes que llegaban, gritaban, soltaban tacos, se empujaban y reían. El apelotonamiento de cuerpos era desagradable..., agobiante y casi temible. Kate no se podía creer que Amelia nunca se hubiera quejado. Mientras caminaba junto a la marabunta, tenía la sensación de que podría estallar una cruenta revuelta de un segundo a otro. No logró respirar de verdad hasta que saltó a un lado de la avalancha, cerca de las escaleras principales del colegio.

De pie sobre el bordillo de la acera, aspirando aire fresco, Kate le divisó: Ian Greene. Lo reconoció de inmediato por la foto del álbum. Guapo y seguro de sí mismo, caminaba con paso tranquilo hacia el centro con el brazo sobre los hombros de una rubia preciosa. Observó su sonrisa fácil y su andar decidido, como si no hubiera nada en el mundo que le preocupara.

A Kate le embargó la rabia —incontrolable, devoradora, ciega— sólo de verlo. Alguien debería *pagar* por lo que le había pasado a Amelia: Liv, Woodhouse, las Urracas, Ian Greene.

Se abrió paso a bandazos entre la multitud. Amelia era lesbiana y ese chico había salido con su mejor amiga. ¿Por qué iban a estar juntos en una casa vacía en pleno horario escolar? A menos que no supiera que era lesbiana. Tal vez Greene se hubiera enfadado con Amelia al descubrirlo. Quizá se hubiera negado a aceptar un no como respuesta.

«Puede ser, puede ser», se dijo Kate, abriéndose camino entre el montón de estudiantes hasta situarse justo detrás de él. Percibía que muchos la miraban. Oía cómo se preguntaban en voz alta qué hacía ella cerrándoles el paso por delante, caminando entre ellos. Querían saber quién era esa señora rara y solitaria. Antes de que algún policía pudiera plantearse la misma pregunta, alargó una mano y le dio al chico un toque en el hombro.

—Perdona —dijo—, ¿eres Ian Greene?

Él se giró en redondo con una expresión informal e impertérrita, como la de un famoso acostumbrado a que le aborden los extraños.

—Sí, soy Ian —respondió con un impecable acento británico. Luego la miró con los ojos entornados, como si tratara de identificarla—. Perdón, ¿la conozco de algo?

—Soy la madre de Amelia Baron —aclaró Kate. Pensó que él se estremecería, pero no lo hizo—. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

—¡Oh! —Por fin parecía un poco nervioso, aunque no lo suficiente para ella—. Me temo que no puedo llegar tarde al colegio.

—Sí. Además, tenemos examen de Química —terció la chica mientras hacía círculos groseramente con un dedo en sus narices—. Así que, ya sabe, quizá otro día.

Kate apretó la mandíbula para aguantar las ganas de agarrarle el dedo.

—Por favor, Ian —dijo con más suavidad, cambiando de táctica con la esperanza de ganárselo por compasión—; sólo será un minuto, lo prometo.

—Ya, pero un minuto es demasiado y... —La chica enmudeció cuando él se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos, en apariencia espantado por su vulgaridad—. Perdón —se disculpó, obediente.

—Te veo en clase, Susan —se despidió él—. Dile al señor Hale que he ido a cortarme el pelo. ¿Qué puedo hacer por usted, señora Baron? —preguntó en cuanto la chica se fue. Se metió las manos en los bolsillos delanteros en un gesto juvenil que contrastaba con lo maduro que parecía, como si intentara parecer más vulnerable a propósito.

—¿Qué hacíais Amelia y tú en nuestra casa en plena jornada escolar?

—¿En plena jornada escolar? —repitió. Estaba fingiendo inocencia lo mejor que podía, pero no resultaba convincente en absoluto—. ¿En casa de Amelia?

—Mi vecina te vio —añadió Kate—. Sólo quiero saber qué pasó. Por qué estabais juntos.

—¿Qué pasó? —Ahora los ojos del joven estaban abiertos como platos—.

No querrá decir que...

—No creo que os estuvierais acostando, pero no entiendo qué hacías en nuestra casa en pleno horario lectivo. —Drogas. Se le había pasado por la cabeza, claro. Ahora casi todo le parecía posible. Y, desde luego, Ian poseía el tipo de sofisticación para meterse en Dios sabía qué—. Sea lo que sea, no voy a contárselo a nadie. Sólo quiero... Necesito saber qué le pasó a mi hija. Saber qué estaba haciendo.

Él cerró los ojos un instante. Luego miró a lo lejos por encima del hombro de Kate, como debatiéndose. Por fin, bajó la vista y pateó el suelo con un zapato.

—Mi club me tenía pillado para que lo hiciera y a Amelia la tenía pillada el suyo para que lo hiciera. Para ser sinceros, yo no quería. Ella insistió.

—¿No querías hacer el qué? —Su corazón latía con fuerza.

—Hacer las fotos —contestó, ahora con más desenvoltura.

—¿Las que subieron a ese blog? —preguntó Kate. Intentó frenarse, pero era incapaz de visualizar otra cosa que no fuera a su dulce niña quitándose la ropa y poniendo el culo en pompa para este ídolo de secundaria, desgrefinado y envanecido. ¿Qué diferencia podría suponer que su hija fuera homosexual si él no lo era?—. ¿Tú le sacaste esas fotos a Amelia?

Al contemplar la postura altanera y perezosa de Ian Greene, le vinieron a la cabeza todos los chicos que alguna vez la habían tratado como si fuera acorde a lo que *ellos habían decidido* que valía. Todos y cada uno de los hombres a los que había dejado creer que era cierto. Y sólo podía pensar en lo mucho que hubiera deseado algo mejor para Amelia.

—Pero, como decía, no fue nada sórdido. —Y sonrió, ajeno a la furia que debía de haberse apoderado del rostro de Kate. Porque ahora ella la sentía, notaba cómo manaba de sus poros—. De hecho, creo que las tomas son bastante buenas. No podrían ser de otra forma, supongo. Amelia estaba en

forma. No era necesario ser chica para apreciarlo.

Kate tardó un momento en comprender que lo había abofeteado, con fuerza y más de una vez. Por el semblante estupefacto de Ian, la marca roja y brillante en su mejilla y su propia mano vibrante y dolorida. Pero tan pronto como encajó las piezas, deseó pegarle de nuevo. Quería golpearle hasta que una parte de sí misma se sintiera mejor. Lo habría hecho si el alto y rollizo guardia de seguridad no hubiera corrido como una exhalación a sujetarle el brazo.

—¡Eh, señora! —gritó con pasmo—. ¿Qué coño cree que está haciendo?

—Ha abofeteado a un alumno —dijo la señora Pearl—, sin motivo y delante de doce testigos.

Estaban sentados en el despacho del director. Tras el enorme escritorio de caoba, la señora Pearl miraba con atención a Kate y a Lew, acomodados al otro lado en las sillas de las visitas. Kate, desplomada hacia atrás en la suya, se sentía como una arisca estudiante de secundaria, mientras que Lew interpretaba el papel de padre decepcionado, pero protector. Con los codos hincados en las rodillas, él se inclinó hacia adelante en una pensativa pose de escucha.

—Sí, lo comprendo —respondió con amabilidad—. Y desde luego que sería mejor que no hubiera sucedido, pero estoy seguro de que Kate accederá de buena gana a disculparse con Ian y...

—¿Disculparse? —siseó la señora Pearl—. ¿Es una broma, teniente? Ha agredido a Ian Greene. A un menor, podría añadir. Si no me equivoco, es un delito y usted, un oficial de policía. Me pregunto por qué no la ha arrestado todavía.

Lew asintió con la cabeza durante un largo instante, con la mirada fija en el suelo.

—Tiene razón —admitió por fin, como si no le importara—. Eso

implicaría un juicio, claro. Y en un juicio, la señora Baron alegaría un trastorno mental transitorio en su defensa. —Movi6 la cabeza a ambos lados como si estuviera calibrando las implicaciones—. Y ya sabe lo que eso significaría.

La señora Pearl puso los ojos en blanco.

—No, teniente Thompson. No lo sé. —Dio tres golpecitos con el lápiz en su mesa—. Por favor, ilústreme al respecto.

—La señora Baron, aquí presente, se vería obligada a exponer todo lo que sabe de esos clubes secretos, incluido lo de las fotos de semidesnudos. —Hizo una pausa y luego giró los dedos hacia delante como si fueran ruedas—. Además, su abogado se vería obligado a investigar la sesión de fotos, causa de que Amelia y el señor Green hicieran novillos. No creo que los padres del chico quieran que todo eso salga a la luz. Puede que hasta lleguen a pensar que su hijo se merece unas bofetadas. De lo que estoy cien por cien seguro es de que los padres de Grace Hall no desean que este colegio, al que pagan tanto dinero, pase de ser un dorado pasaporte a la Ivy League a ser conocido como I.E.S. Porno. —Hizo una pausa, luego miró a la señora Pearl directamente a los ojos—. ¡Ah! Y también están los periodistas. ¿Un escándalo sexual así en un colegio como este? El *Post* se volvería loco de emoción.

Kate habría agarrado a Lew para abrazarle si no supiera tan a las claras que le había defraudado.

—De acuerdo. —La señora Pearl dio tres toquitos más en su mesa y se puso en pie—. Pero es preciso que abandone el recinto escolar de inmediato, antes de que cause más daño. Y que no regrese jamás.

—Primero necesito ver al señor Woodhouse —soltó Kate con un ataque de pánico. Sabía que estaba tentando a la suerte, pero no podía abandonar Grace Hall sin verse con él. Necesitaba mirarle a los ojos para saber si decía la verdad. Y necesitaba que Liv respondiera a sus preguntas *ya*—. Cuando hablé

con él por teléfono, aseguró que podía pasarme en cualquier momento. Además, tengo que tratar otro asunto con Liv.

La señora Pearl dejó escapar una risa de indignación.

—Está de broma, ¿verdad?

—No, no lo estoy —replicó Kate con voz queda—. Comprendo que está mal lo que he hecho, pero eso no hará que desaparezcan todas las preguntas que tengo sobre Amelia.

—No obstante, tal vez yo sí debería hacer que *usted*, señora Baron, desaparezca —sostuvo la señora Pearl—. Quiero asumir que su indignante conducta es consecuencia de todo por lo que está pasando, pero ya ha excedido los límites de mi buena voluntad.

Kate echó un vistazo en derredor.

—¿Está aquí el señor Woodhouse, al menos? —Si estuviera, se encontraría en su despacho—. ¿Está o no? ¿Está aquí *alguna vez*?

La señora Pearl miró a Lew.

—Teniente Thompson, voy a decirlo por última vez: es preciso que *ella* salga del recinto escolar de inmediato.

Lew le puso una mano en el hombro a Kate y la alzó de la silla.

—Venga —dijo él—, vamos a que le dé un poco el aire.

—¡No! —gritó Kate, liberando su brazo de un tirón—. ¡No me voy hasta que me den respuestas!

—Míreme —pidió Lew, y se inclinó para mirarla a los ojos. Su voz se había transformado inesperadamente en un gruñido atemorizador—. Levántese y salga por esa puerta. Ya.

Kate bajó como un rayo las escaleras delante de Lew y cruzó rauda media manzana. Después, giró en redondo.

—¡Así que eso es todo! —chilló—. ¡Deja que se vayan de rositas! ¡Así, sin

más!

Lew se aproximó, se detuvo ante ella y tomó aliento con aire cansado. Luego se cruzó de brazos con una expresión a medio camino entre la exasperación y la pena.

—Ni siquiera he podido decirle que Liv redacta ese blog de *gRaCeFULLY* —insistió ella—. Duncan ha dado por fin con la prueba. Ha sido una profesora quien ha escrito todas esas cosas horribles de los críos a quienes da clase. Escribió cosas de Amelia. Es una embustera. Nos ha mentado en nuestras propias narices. Puede que también mintiera sobre el trabajo de Amelia.

—Eso es algo por lo que deberá responder, desde luego.

—Bien. Entonces, ¿podemos volver para hablar con ella? —Echó a andar en dirección al colegio.

Lew le puso una mano en el brazo.

—No, usted no. Ya ha causado demasiados problemas. Con un poco de suerte, los padres de ese chico no llamarán a la policía. Si lo hacen, no podré evitar que la arresten.

—Pero...

—No —repitió con firmeza—. Yo volveré para hablar con la profesora. La presionaré con lo del blog y lo del trabajo de Amelia, pero usted se va a casa y descansa un poco. Le vendrá bien para la cabeza. En cuanto acabe, me pasaré para contarle lo que haya averiguado. —Se dirigió hacia el colegio; luego se detuvo. Se sacó del bolsillo un pedazo de papel y se lo tendió—. Casi lo había olvidado: vamos a tener que esperar a que la compañía telefónica aporte las pruebas relativas a los mensajes anónimos que Amelia y usted recibieron, pero los de informática han rastreado el domicilio de Ben. No vive en Albany. —Kate bajó la vista para leer la dirección que venía en la hoja: el 968 de la Quinta Avenida, piso 6° C—. Que el chico sea de aquí y mintiera sobre su lugar de residencia le sitúa una vez más entre los primeros

puestos de mi lista.

Kate no podía despegar la vista de la dirección. ¿Por qué un chico de Manhattan iba a decir que era de Albany? Ninguna de las razones que le venían a la cabeza le parecía convincente.

—¿De su lista? —repitió con voz queda.

—De las personas a las que hay que incluir hasta que se excluyan por sí mismas. Ahí están Dylan, Zadie, el resto de Urracas, tal vez incluso Woodhouse y la profesora de Lengua. Todos siguen en la lista. Pero ¿un chico que mintió sobre dónde vivía, sobre quién era y que luego afirmó que iba a reunirse con Amelia justo antes de que ella muriera? Ese chaval tiene que dar explicaciones, desde luego —continuó Lew—. Esta mañana me dieron las señas de su domicilio. Enseguida deberían pasarme los detalles de quién vive allí. ¿Le suena de algo la dirección?

—No —respondió Kate, deseando poder afirmar lo contrario—. ¿Vamos a ir a hablar con él?

—Yo voy a ir —puntualizó Lew—. Y esta vez evite las ideas absurdas. Perseguir a un chico en Grace Hall es una cosa, pero no tenemos ni idea de quién es ese tal Ben ni qué puede estar encubriendo. Ser culpable puede volver peligroso a cualquiera.

Cuando Kate llegó a casa, un mensajero con una caja enorme subía las escaleras con cierta dificultad. Echó una firma para quedarse con el paquete y lo tomó con indecisión, como si pudiera contener una bomba. No podía soportar la idea de revisar más documentos de Duncan. Ya había tenido suficiente y todavía le quedaban un montón de mensajes y algunos e-mails. Una vez dentro, miró detenidamente la nota que llevaba pegada en la parte superior:

Para: Kate Baron

De: Phillip Woodhouse

Personal y confidencial

Transportó la pesada caja hasta la mesa de la cocina y se quedó mirándola un rato. Cuando por fin la abrió, dentro había muchísimos documentos fotocopiados, unos manuscritos y otros mecanografiados. También había una nota de Woodhouse:

Le adjunto las actas del consejo escolar y los registros de las visitas de Amelia a la terapeuta escolar. Siento no haber reaccionado antes. Me sentía con las manos atadas. Ahora tengo la impresión de que eso era una excusa estúpida. Acepté este trabajo porque se suponía que Grace Hall me ayudaría a abrir un colegio concertado en el Bronx. Ahora me doy cuenta de que eso también podría tratarse de una mentira. Siento no haber podido hacer (no haber hecho) más para ayudar a Amelia. El mundo es un lugar más oscuro sin ella.

Una hora después, Kate sabía más de lo que le gustaría sobre los clubes de Grace Hall y sobre los esfuerzos que se habían hecho (o no) para ponerles freno. En concreto, descubrió la existencia de las Urracas, término que también se utilizaba para referirse a cada uno de sus miembros y, como suponía, el mismo que aparecía en los mensajes de Amelia. Poco después de que las Urracas y los demás clubes resurgieran un año antes, el consejo escolar, tras consultar con un abogado contratado por Adele Goodwin, había dado a la administración instrucciones estrictas de hacer la vista gorda. Según este abogado, que, curiosamente, jamás estaba de cuerpo presente —por lo que enseguida sospechó que se trataba de la propia Adele—, la ignorancia

sería la mejor defensa del colegio ante una posible responsabilidad civil. La teoría que Adele propuso fue que, ya que Grace Hall no podía detener las actividades del club fuera del recinto, la única alternativa viable era que el colegio se distanciara lo máximo posible de dichas actividades.

Según las actas, algunos miembros del consejo escolar —y en especial Woodhouse— se mostraron en completo desacuerdo. Woodhouse llegó a decir que estaba dispuesto a correr el riesgo de que le pusieran un pleito si eso implicaba que se impidiera la acción de los clubes. En un momento dado, dijo que las Urracas eran «potencialmente más destructivas que cualquier droga y, desde luego, más despiadadas». Habló de los peligros de las novatadas y de los riesgos del acoso si se ocultaban bajo un velo de secretismo. Hasta amenazó con dimitir.

Sin embargo, durante una serie de reuniones que se habían prolongado hasta la primavera anterior, Adele había conseguido desgastar a los demás miembros del consejo. Su estrategia más eficaz había sido utilizar las palabras de Woodhouse contra él mismo. Si los clubes resultaban tan peligrosos, razonó Adele, se podría considerar a Grace Hall responsable de los males que causarían. Pero el colegio y su administración sólo podían ser considerados responsables si conocían su existencia. Los esfuerzos agresivos para erradicar los clubes —amenazas de suspenso académico por participar en ellos, infracciones del código de conducta para los alumnos que no revelaran la identidad de sus compañeros— que Woodhouse seguía intentando imponer constituirían, en realidad —advertía Adele—, una admisión implícita de la responsabilidad del colegio y, por tanto, responsabilidad civil.

A medida que el consejo fue cediendo, Woodhouse amenazó de nuevo con dimitir si no se le permitía actuar en contra de los clubes. La única respuesta transcrita era la de Adele. Y quienquiera que hubiese levantado acta se había asegurado de transcribir cada una de sus palabras:

Tal vez debería echar un vistazo a su contrato, Phillip. Comprobará que no es necesario que dimita; podemos despedirle por adoptar cualquier medida contraria a los deseos de este consejo escolar. Perdería su trabajo y su sueldo, y tendría que abonar los gastos por despido. Por no hablar de la cantidad por daños y perjuicios que tenemos derecho a percibir. Hemos indicado la cifra en su contrato. Debería cerciorarse, pero creo recordar que la cantidad estipulada alcanza las seis cifras. Mucho dinero para demostrar que tiene razón, en especial si es en algo que —una vez despedido— jamás conseguirá demostrar.

No había ningún detalle en las actas sobre la expresión de Adele, por supuesto, pero, tras haberla conocido, podía imaginársela: hermosa, pero envenenada. No había ninguna mención específica de Zadie ni de ningún otro estudiante, y ni falta que hacía. Era obvio que Adele no había actuado en beneficio del colegio, sino de una hija a la que no podía controlar. Kate pasó al último juego de actas, correspondiente a la reunión del día posterior a la muerte de Amelia: el consejo había decidido instaurar diversas medidas de seguridad. «Woodhouse considera que es demasiado pronto para afirmar que se trató de un suicidio», decía la siguiente observación. Después de eso, Adele pidió que la reunión se declarara extraoficial. Cuando se reanudaron las actas, el tema a tratar ya era otro y Woodhouse no había vuelto a abrir la boca.

Kate seguía con la vista fija en las actas cuando alguien llamó a la puerta.

Lew estaba en el umbral.

—¿Ha hablado con Liv? —preguntó al abrir rauda la puerta.

Él asintió sombríamente.

—Dice que pensaba que eso le haría acercarse más a los chicos, que no

intentaba herir a nadie.

—¿Eso es todo? ¿Es la única explicación?

—No me mire a mí —Lew negó con la cabeza—, la excusa no es mía.

—Pero, si estaba al tanto de todo eso, sabía lo que estaban haciendo las Urracas —siguió Kate—. Podía haberlas detenido. ¿Cómo no lo hizo? Es responsable de ello.

—Tiene razón —convino él—. Y ella lo sabe. Con eso no es suficiente, pero tendrá que asumirlo el resto de su vida.



facebook

23 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Se sentía muy joven y, al mismo tiempo, indeciblemente envejecida».

Virginia Woolf: *La señora Dalloway*.

AMELIA

24 de octubre

—Adiós, mamá —dije mientras salía a toda prisa de la cocina hacia la puerta.

—¡Eh! —exclamó ella, alzando la vista del *New York Times* que tenía desplegado en la encimera. Iba vestida con un traje y llevaba el pelo recogido y tirante hacia atrás. Una reunión importante, un juicio: esas eran las únicas razones por las que se arreglaba tanto—. ¿A qué vienen las prisas?

—A nada —contesté, jadeando al tiempo que regresaba para coger una manzana—. He quedado con Sylvia, eso es todo. —Le pasé un brazo por los hombros y le di un rápido abrazo.

—Espera un momento, Amelia. —Parecía suspicaz—. Pensaba que querías hablar de tu semestre en París. Tengo tiempo. Discutámoslo ahora mientras estoy aquí.

Tardé un segundo en recordar de qué estaba hablando. Luego me vino a la cabeza: la locura de plan que se le había ocurrido a Ben..., marcharme del colegio y esconderme en Europa. Casi lo había olvidado.

—Déjalo —repliqué, y me dirigí hacia la puerta—. No importa.

—Amelia, no seas así. Podemos hablarlo, de verdad. —Ahora parecía preocupada—. No me entusiasma la idea de que estés fuera tanto tiempo, pero estoy dispuesta a escucharte. Ayer tenía prisa, pero he comprendido lo importante que es para ti. Por favor, no me evites.

Su expresión era muy seria, como si hubiera pasado en vela la mayor parte de la noche pensando en ello. Me dio pena. Mi madre siempre se preocupaba

por las cosas equivocadas. Y ni siquiera era culpa suya. Podría habérselo contado todo; es más, probablemente debería haberlo hecho, como me había aconsejado la doctora Lipton. Pero ya no importaba. Tenía un buen presentimiento. Todo iba a salir bien.

—No tiene importancia, mamá. De verdad —dije, y la miré a los ojos—. Me parece bien no ir. Mejor que bien..., quiero quedarme.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá. Totalmente. Cien por cien.

—De acuerdo —concluyó, y me abrazó con fuerza. No se la veía muy convencida—, siempre y cuando estés segura.

De camino a la esquina donde había quedado con Sylvia, me sentí bien. Mi madre y yo volvíamos a estar en buenos términos, e incluso había apartado de mi mente el asunto de mi padre. Había decidido que no iba a seguir leyendo los diarios de mi madre y, de paso, tampoco a preocuparme por su identidad. ¿Acaso conocerlo ahora iba a cambiar algo? También ayudaba no recibir más mensajes sobre él. Hasta había aclarado las cosas sobre Dylan y las Urracas con Sylvia, y ella me había perdonado. Adiós a los secretos, adiós a sentirme mal. Hacía una mañana soleada y cálida, como si estuviéramos en la vanguardia de la primavera en vez de en la retaguardia del otoño. Todo ello se me antojaba una señal de que las cosas iban a salir bien, de que mi e-mail a Dylan podía cambiar la situación para que todo volviera a ser tan fantástico como antes.

Quizá yo misma hubiese podido reflexionar sobre las respuestas y todo eso, como la doctora Lipton me había pedido, pero me parecía más acertado acudir directamente a la fuente. No era que intentase recuperar a Dylan ni nada de eso..., en fin, si sucedía, pues bien, genial. Pero primero tendría que darme alguna explicación con fundamento.

Esa parte no se la había contado ni a Sylvia ni a Ben. Les había dicho que no iba a volver con ella así como así, porque eso era lo que ellos querían oír. De hecho, Sylvia me había hecho prometerle que no era eso lo que buscaba antes de ayudarme a escribir el correo; no se iba a quedar sentada mientras me arrastraba por una chica que no me merecía. No dejaba de insistir en eso — que Dylan no me merecía— mientras lo redactábamos. Lo repitió unas cien veces, como si fuera una especie de conjuro. Yo sabía que intentaba ayudar, pero era bastante molesto. Muy molesto, de hecho, viniendo de ella. Al fin y al cabo, durante años había permitido que un montón de tíos la trataran como a una basura.

Pero mereció la pena aguantar que Sylvia me diera la lata porque escribí un e-mail increíble. Sabía cómo ir al grano sin mostrarse como una desesperada. Y tampoco es que todo fuera agradable... Había algún fragmento más fuerte, lo que me hizo preguntarme si se habría mostrado alguna vez así de dura con algún chico. Me convenció de que lo apropiado era dar una de cal y otra de arena: si te comportabas como si no fueras a permitir que nadie te faltara al respeto, te querrían más. Al menos, eso funcionaba con los tíos, aseguraba Sylvia. Tal vez fuera diferente con las chicas, aunque lo dudaba.

Cuando se fue, añadí alguna cosita más suave sobre que Dylan había sido la primera persona de la que me había enamorado, que siempre sería esa persona. Y justo antes de darle a «Enviar», escribí una línea más abajo del todo:

**Creo que puedo olvidar todo lo malo que ha
pasado. Lo que quiero es que volvamos
a estar juntas.**

A Sylvia no le habría gustado. Tampoco a Ben. Ambos habrían dicho que

sonaba como si estuviera desesperada y necesitada. Puede que lo estuviera. Dylan había dicho que eso le parecía adorable. Y la verdad era que la echaba de menos. Ese e-mail probablemente fuera mi última oportunidad para dar una vuelta de tuerca a las cosas. No podía arriesgarme a no expresar todo lo que sentía. Cuando lo envié, crucé los dedos.

—¿Has recibido algo? —me preguntó Sylvia cuando nos reunimos.

—No sé. Es decir, antes de salir, no.

—Venga, revísalo otra vez —me apremió. Sonaba igual de nerviosa que yo.

Saqué el iPhone mientras torcíamos hacia Prospect Park West y nos sumergíamos en la frenética oleada estudiantil. Miré a mi alrededor antes de comprobar la bandeja de entrada. No quería que Dylan me viera ponerme obsesiva; todavía me quedaba algo de orgullo. Pero la bandeja de entrada estaba vacía, a excepción de un nuevo mensaje de Ben.

—Nada.

No creía que me fuera a contestar a la hora en que todo el mundo iba de camino a clase, aunque al mismo tiempo deseaba que lo hubiera hecho. Sylvia y yo seguimos andando sin mediar palabra; yo mantenía la vista clavada en el móvil y ella, en sus puntiagudos botines. Hasta que George McDonnell pasó corriendo y le propinó a mi amiga un azote monumental.

—¡Gilipollas! —le gritó, pero cuando se giró hacia mí sonreía ligeramente. Puede que la historia con Ian no se hubiera acabado del todo; no obstante, ella ya estaba barajando nuevas opciones—. Tal vez no le haya llegado todavía —concedió. No se lo creía ni ella—. Y, si no te responde, es que es una zorra. Admitámoslo, eso no sería tan sorprendente. Es la mejor amiga de Zadie, ya sabes. —Arqueó las cejas, esperanzada. Lo decía para que me sintiera mejor.

—Claro —asentí mientras subíamos la escalera principal. Porque no tenía sentido decirle que su intento no había surtido efecto—. Desde luego.

Cuando cruzábamos la puerta del colegio junto a la multitud, reparé en que Carter y George volvían la mirada hacia nosotras. Luego advertí que otros chicos de nuestra clase, Kylin, Matt S. y Raoul, también nos observaban. Y cuanto más analizaba mi entorno a medida que avanzaba, más parecía que todo el mundo nos observara. O sólo a mí. La verdad, parecía que me mirasen sólo a mí. Además, cuchicheaban y asentían como habían hecho las Urracas. Pero, cuando ellas lo hacían, era con la intención de que supiese que estaban hablando mal de mí. Esta gente parecía no poder evitarlo. Y cuanto más miraba a mi alrededor, más personas veía escrutándome, susurrando.

—¿Por qué me mira todo el mundo? —le pregunté a Sylvia, y me apoyé contra el muro de la rotonda, junto a la perturbadora foto de la stripper. Era un mal sitio para quedarse parada.

—¿A qué te refieres? —dijo. Echó un vistazo en derredor y vio lo mismo que yo, pero intentó disimularlo—. Nadie te está mirando.

Pero todos lo hacían, sin duda, y ella lo sabía. Sentí un nudo en la garganta cuando los examiné uno a uno. Soltaban risitas y sonreían con desdén. A algunos los conocía; a otros, no. Los conocidos intentaban hacerlo con disimulo, pero, aun así, captaba cómo la risa afloraba en sus ojos.

—¡Chicas de Grace! —gritó alguien entre la multitud—. ¡Fuera el amor tóxico!

Un par de personas empezaron a abuchear.

—¡Sííí, bollera! —gritó alguien.

—¡Súbelo a YouTube, tío!

—¡Chissst! —siseó la señora Pearl, que se presentó en la rotonda como un fantasma, con un dedo grisáceo estirado ante su alargada y plomiza cara—. ¡Bajad la voz! Ya estáis dentro y esto es un colegio. Un poco de respeto. ¡Y apagad los móviles y guardadlos o los confiscaré sin derecho a devolución!

—Pearly, la robamóviles —graznó alguien.

Se desencadenó una marabunta de protestas y risitas.

Los ojos de Sylvia estaban abiertos de par en par. Ya no podía negarlo: por fin lo estaba viendo. Y allí estábamos, aplastadas contra la pared, mientras la gente ignoraba los chillidos de la decana sobre los teléfonos y se los pasaban, deslizando los dedos por las pantallas mientras leían. De vez en cuando, alzaban la cabeza y me miraban directamente.

De pronto, Sylvia me agarró de un brazo.

—Venga, salgamos de aquí —me apuró, tirando de mí a través de la gente, empujando a los que se nos cruzaban—. ¡Apartaos de mi camino, pedazos de mierda!

Sentía que me pesaban los pies y que se habían vuelto enormes. Tropecé con ellos mientras mi amiga me arrastraba por el pasillo hacia las oficinas principales. Antes de llegar, se giró y llamó con fuerza a la puerta de la enfermería. La señora Appleman, la enfermera, que estaba hojeando un folleto con las rebajas de Macy, saltó de su mesa como un resorte. Luego se presionó la huesuda clavícula con una mano.

—¿Qué pasa? —Parecía aterrorizarle la idea de enfrentarse a una auténtica emergencia.

—Se siente mareada y tiene la regla —explicó Sylvia—. Necesita estar sentada unos minutos. —Después se volvió hacia mí—. Quédate aquí; vuelvo ahora mismo.

Cuando desapareció por la puerta, la enfermera se recostó aún más y se agarró al borde de la mesa, como aterrada por la posibilidad de que tuviera el ébola.

—¿Estás segura de que sólo es la menstruación?

El jaleo iba apagándose por el pasillo mientras los chavales se dirigían a su primera clase. Sabía a qué había ido Sylvia: a comprobar qué miraban en sus móviles. Había llegado a la misma conclusión que yo: estaba circulando

un mensaje, algo sobre mí. Al final, las Urracas habían cumplido su amenaza: enviar a todo el mundo una foto mía medio desnuda. Lo peor era que yo no le había contado a Sylvia lo de las fotos; me avergonzaba demasiado. Y ahora todos iban a enterarse.

De repente, me entraron ganas de vomitar... Estaba mareada, acalorada. Me sudaban las palmas de las manos y sentía un hormigueo en la cara. Me dejé caer con fuerza en la rígida camilla de cuero, arrugando la sábana de papel protectora.

—¿Vas a vomitar? —chilló la señora Appleman—. Por favor, si vas a vomitar, intenta hacerlo en el inodoro.

Negué con la cabeza y me quedé mirando la puerta. Sylvia llevaba un buen rato ahí fuera. Pasara lo que pasara, debía de ser algo muy malo, tan malo como para no volver para contármelo. Podría haberlo descubierto por mí misma. Llevaba el móvil en la mochila. Seguro que yo también había recibido el mensaje, pero necesitaba que ella me contase la versión censurada. Me quedé allí sentada, con la vista en la puerta, a la espera.

Cuando al fin se abrió, Sylvia entró muy despacio. Ni siquiera me miraba.

—¿Qué pone? —pregunté.

—Si te sientes mejor —empezó la enfermera Appleman con un repentino tono mordaz—, podéis hablar ahí fuera, en el pasillo. Esta habitación está reservada para los alumnos enfermos.

La ignoramos y nos miramos fijamente a los ojos hasta que ella se volvió y se desplomó junto a mí en la rígida camilla. Respiró hondo. Se agarró las rodillas con los brazos y desvió la mirada al suelo.

—El e-mail que le mandaste a Dylan... Alguien lo ha reenviado —musitó con voz queda—. Entero.

Una vez que la enfermera nos echó, los nerviosos ojos de mi amiga

escudriñaron el pasillo vacío, evaluando el perímetro.

—Que les jodan —murmuró—. De todos modos, para cuando actualicen *gRaCeFULLY*, todos lo habrán olvidado.

La observé mientras seguía estudiando el pasillo de arriba abajo. Estaba más nerviosa de lo que la había visto nunca. Sabía tan bien como yo que la gente no iba a olvidar tan pronto un correo semejante. Y habría resultado violento de haber tratado sobre un chico o si ya hubieran sabido que era lesbiana, pero ¿forzarme a salir del armario por mi propio e-mail, en el que quedaba claro que estaba desesperada? La gente de Grace Hall se alimentaría de eso durante años. Quería morirme. Quería que mi corazón dejara de latir. Cerré los ojos y esperé que pasara.

—Estaré bien —la tranquilicé un minuto después. Era mentira, obviamente; quería que se fuera. Necesitaba estar sola—. Deberías irte a clase. Te suspenderán si llegas tarde otra vez.

—¡Eh! ¿Qué os creéis es que esto, unas vacaciones? —nos gritó Will por el pasillo—. Largo a clase o vais directas al despacho de la señora Pearl. Vosotras veréis.

Lo siguiente que recuerdo es estar sentada en la clase de Liv, que explicaba *El ruido y la furia*. Ni siquiera sé cuándo salí del pasillo, pero allí estaba yo y allí estaba la profesora, comentando la siguiente novela que íbamos a leer. Decía algo sobre la estructura narrativa. Lo peculiar era cómo lo hacía: como si se tratase de algo muy importante, no de otro estúpido libro.

También estaban Heather y Bethany, sentadas al otro lado del aula, junto a las ventanas. Noté sus miradas mientras Liv hablaba. Yo recé durante toda la hora para desaparecer.

Había escrito que quería a Dylan, que deseaba que ella me quisiera a mí. Ese no era el caso, obviamente. Y ahora todo el mundo lo sabía.

Necesitaba salir de Grace Hall. Necesitaba huir y no regresar jamás.

Ben. Tal vez él podría ayudarme. A hacer qué, no lo sabía. Se suponía que iba a venir. Prometió que lo intentaría. Si pudiera convencerle de presentarse ahora, me ayudaría a olvidarlos a todos. Ben tenía la habilidad de conseguir que nada pareciera demasiado malo... Triste, sí, pero de una tristeza graciosa, no de una tristeza trágica.

Entonces caí en la cuenta de que los demás se levantaban para irse. La clase debía de haber terminado. Ni siquiera me había percatado de que Liv había dejado de hablar. Me quedé en mi sitio para responder deprisa al mensaje de Ben, para ver si podía bajar a Brooklyn. Cuando alcé la vista, Heather y Bethany estaban pasando junto a mi pupitre. Se paseaban cogiditas del brazo, pronunciando en silencio la palabra «bollera» y pavoneándose hacia la puerta. Me sentí incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarme allí sentada y contemplarlas.

Tenía la sensación de que me había deslizado fuera de mi cuerpo, como si estuviera allí de pie, junto a mí, y moviese la cabeza con desaprobación. ¿Cómo había llegado a convertirme en aquella persona, en esa persona que estaba en el centro de ese huracán de cotilleos de mierda? Porque luego estaba esa otra, la que jamás se habría metido en un club ni habría perseguido a una chica que no quería que le dieran caza. La que jamás habría dejado que la tomaran por estúpida.

Estás en NYC? —le escribí a Ben.

Me quedé ahí, esperando que él, mi plan de huida, respondiera. Tardó muchísimo.

Ben

Estoy en Times Square!! Es una pasada!!! Me encanta NYC!!!

Amelia

Cuándo vas a poder venir a Bklyn?

Ben

No sé. Creo q no voy a poder. Sabes q me gustaría, xo...

Amelia

X FAVOR, tienes q venir.

Le mandé la dirección de Grace Hall y añadí que lo entendería si no podía. Deseaba tenerlo allí, aunque no quería que se sintiera mal por pasar un buen rato con su padre. No tenía la culpa de nada; no era su problema. Ni tampoco el de Sylvia, por mucho que albergara la esperanza de que tal vez ella pudiera salvarme.

Yo había sido estúpida por meterme en las Urracas. Yo había sido quien había soltado aquel rollo en el e-mail, aunque Sylvia me había avisado de que era una idea muy mala. Y en el fondo había sabido que ella tenía razón. Aun así, en lo más profundo de mí, ahí, en aquel mismo punto, seguía rezando para que hubiera algún tipo de explicación mágica y que Dylan no fuera la responsable de que el e-mail hubiera salido a la luz.

—¿Amelia? —me llamó Liv.

Moví la cabeza con disgusto y alcé la vista. Estaba en mi mundo, sentada en medio del aula, con el móvil expuesto. Y ya era bastante que la profesora pasara por alto que hubiese enviado un mensaje; debería haberme guardado el teléfono. No quería que pensara que me estaba aprovechando de ser como amigas o lo que fuera.

—Lo siento —me disculpé, y volví a meter el teléfono en la mochila—. Un mensaje de mi madre. Me ha pedido que responda ya.

Liv negó con la cabeza.

—No se trata de tu móvil. —Parecía alterada mientras se sentaba en la silla que había frente a mí. Por un instante, me entraron muchísimas ganas de

contárselo todo—. Es sobre tu trabajo de *Al faro*.

—Sé que no he escrito sobre lo que habíamos hablado. —Me sentía algo mejor al conversar de aquello, pues hacía que lo de Dylan, lo del mensaje y todo lo demás pareciera una extraña pesadilla disparatada—. Pero pensé que serviría si estaba, ya sabes, bien.

Liv frunció el ceño.

—El problema no es el tema.

—¿No está bien? —No podía ser que se refiriera a eso.

—Está perfecto, Amelia. Esa tampoco es la cuestión. —Aspiró profunda y agitadamente—. El trabajo no es tuyo, ese es el asunto.

—¿Qué dices?

—Lo he pasado por un programa diseñado para detectar reproducciones de obras ya publicadas. Todos los profesores de Grace Hall lo hacemos. Es obligatorio desde este curso. En cualquier caso, a tu trabajo le ha saltado la alarma en varios puntos. El trabajo que me has entregado es un plagio, Amelia.

—¡No, no lo es! —Se me iba a salir el corazón del pecho—. ¡Yo lo escribí!

Liv frunció el ceño. Parecía triste.

—Esto no es propio de ti, Amelia. Sé que no —dijo mirándome, como si quisiera que confesara—. Si me cuentas lo que ha pasado, estoy segura de que podremos resolverlo, pero tienes que empezar por admitirlo.

Durante un instante, creí que tal vez me estuviera volviendo loca. Que había copiado partes del trabajo de otra persona y que simplemente no recordaba haberlo hecho.

De pronto, me vino a la cabeza: las Urracas, claro. Eran las Urracas. Bethany era la ayudante de Liv. Le habría dado el cambiazo de alguna manera.

Pero ¿cómo iba a contárselo? Ellas —Zadie— habían amenazado con martirizar a Sylvia, con arruinar su vida si lo hacía. Sabía de primera mano lo

terrible que podía ser la tortura de las Urracas. Jamás sobreviviría. Y, después de todo lo que ella había hecho —en especial, por lo mucho que me había apoyado, a pesar de que me había comportado como una pésima amiga—, no podía arrojarla al matadero. Tenía que tragar, dejar que la gente pensara que yo era una tramposa.

—Quiero verlas —dije—. Las partes copiadas.

—De acuerdo, Amelia —asintió Liv con suavidad al tiempo que se levantaba para buscar el trabajo.

Volvió con un juego de páginas grapadas. Aunque tenía mi nombre, no era el mío. Ni siquiera el título coincidía. Lo leí a toda prisa pasando las hojas sin levantar la cabeza. Había partes resaltadas, como sombreadas por un programa de ordenador. Las fuentes reales figuraban en los márgenes.

¿No había sido suficiente con enviar a todo el mundo mi carta de amor? ¿Zadie tenía también que hacerme esto? Me sentía como si me hubieran perforado el centro del cuerpo, como si no tuviera nada en esa parte, sólo un espacio vacío. Y aun así, de alguna manera, me mantenía erguida.

—Amelia, por favor, cuéntame qué sucede —dijo Liv—. Si no puedes darme una explicación, voy a tener que informar al señor Woodhouse; es una infracción del código de conducta. No quiero hacerlo, créeme, pero me arriesgo a perder mi trabajo si no doy parte. Si me lo aclaras, tal vez pueda encontrar una solución para ambas. Tú no eres así. Sé que no. Amelia, mírame.

Me limité a negar con la cabeza, con la mirada aún clavada en el suelo. Eso era todo. Las Urracas habían ganado. Zadie quería destrozarme la vida y lo había conseguido. Ahora sólo podía aceptar la derrota. Yacer en el suelo de la clase y aguardar a que vinieran a llevarse mi cuerpo sin vida.



AMELIA

24 DE OCTUBRE, 12:02

Amelia

x favor, dime q estás de camino

Ben

no tiene buena pinta, xo sigo intentándolo.

Amelia

x favor, x favor, t necesito.

Ben

lo intento...

Amelia

eso es todo? q lo intentas? digo q t necesito y eso es todo? WTF? también estás mintiendo tú ahora?

Ben

eh! mintiendo? te aseguré q lo intentaría, eso es todo. no puedo mandar a la mierda a mi padre

Amelia

perdona, tienes razón. ha pasado algo horrible

Ben

qué?

Amelia

las Urracas me la han jugado con mi trabajo de Lengua. creen q he copiado

Ben

cómo lo han hecho?

Amelia

ni idea

Ben

q les den a las Urracas. ojalá estuviera ahí xa ayudarte

Amelia

no quiero q tengas problemas con tu padre.

Ben

tú eres + importante q un padre mosqueado; eres + importante q la mayor part de las cosas

Amelia

gracias. :) necesitaba oír algo así.



facebook

24 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Solo, condenado, abandonado, como están solos aquellos que van a morir, encontraba cierta belleza en ello, un aislamiento lleno de grandeza: una libertad que las personas con vínculos no pueden conocer». Virginia Woolf: *La señora Dalloway*.

George McDonnell y que lo digas, Lexapro



KATE

19 de octubre de 1997, 03:56

Para: Kate Baron

De: rowan627@aol.com

Asunto: Un último intento...

Hola, Katie:

Se me ha ocurrido mandarte un último saludo antes de salir de la ciudad... Espero que estés bien. Y no te preocupes, no me voy a poner pesado ni raro si no me contestas. Lo entiendo. Tómate las cosas con calma y cuídate. Y si alguna vez te encuentras por esta parte del mundo, búscame.

Me mantendré alerta y con la luz encendida.

Paz,

Rowan

20 de octubre de 1997, 09:15

Para: rowan627@aol.com

De: Kate Baron

Re: Un último intento...

Rowan:

Siento no haber mantenido el contacto. Gracias por escribir. Me ha encantado conocerte y hablar contigo. Pero ha sucedido algo, algo inesperado. En cualquier caso, me ha cambiado la vida. Tengo que tomarme un respiro y centrarme en mí misma por un tiempo.

Te deseo lo mejor. Tienes un espíritu grande. Y me siento afortunada de haberte conocido.

Un beso,

Katie

KATE

29 de noviembre

Estaba sentada en un banco húmedo del parque, situado frente al número 968 de la Quinta Avenida. Eran las ocho de la tarde pasadas y estaba oscuro. Quizá no fuera el mejor sitio para estar sentada sola en las lindes del parque a esas horas, pero lo cierto es que pasaba desapercibida y tenía una buena perspectiva de la entrada del edificio. Todavía no estaba segura de lo que iba a hacer, aunque enseguida supo, una vez que Lew se marchó instándola a que se quedara en casa, que acabaría desobedeciéndole una vez más.

Unos minutos después, Kate cruzó la calle y un portero alto y elegante le hizo gestos para que pasara al vestíbulo, lo que le hizo creer por un instante que tal vez podría subir directamente las escaleras sin tener que dar explicaciones a nadie. Fue una idea efímera.

—¿A qué apartamento va? —preguntó él, cortándole sin esfuerzo el paso mientras se dirigía hacia el teléfono.

—Ah. —Tenía la sensación estar poniendo cara de culpabilidad—. ¿Sexto C?

El portero le echó una ojeada al tiempo que cogía el auricular y tecleaba con vehemencia algunos números.

—¿Nombre?

—¿Perdone?

—Su nombre. —Estiró la palabra al pronunciarla, como si ya considerarse la posibilidad de volverla a poner de patitas en la calle.

Tal vez fuera lo mejor, porque... ¿qué haría en cuanto se hallara arriba? ¿Decir que quería ver a un chico llamado Ben? ¿Y si le decían que allí no vivía ningún Ben? No era que importase mucho; en cuanto el portero consiguiera contactar con quien viviera en el 6º C y le dijera que no tenían ni idea de quién era, no le quedaría otra que ir a su propia casa.

—Kate Baron. —Forzó una sonrisa—. Mi nombre es Kate Baron.

A él no pareció convencerle su confianza recién recuperada. No le quitó ojo mientras anunciaba su presencia a quienquiera que hubiese respondido al otro lado.

—De acuerdo —dijo él, bajando la vista—. Sí, sí; ya comprendo.

Kate contuvo el aliento. Ya se disponía a encajar la humillación de que la mandasen que se fuera por donde había venido. En cierto modo, sería un alivio: una mediación del destino para salvarla de sí misma. En cambio, el portero le señaló el final del vestíbulo.

—Tome el ascensor del fondo.

Su corazón latía con fuerza cuando las doradas puertas del ascensor se abrieron ante un lujoso pasillo. Al salir, se topó con un pulcro aparador sobre el que pendía un gigantesco espejo con un marco de hojas doradas. Kate acertó a ver su reflejo: tenía la cara macilenta y demacrada, el pelo descolorido. ¿Cuánto tiempo llevaba en semejante estado? ¿Desde la muerte de Amelia? ¿Más, quizá?

Puede que el dolor también le hubiera afectado al cerebro, porque presentarse de esa forma en la casa de ese tal Ben no estaba bien. Hubo un tiempo en que había sido una persona racional. En el fondo, aún seguía siéndolo. Por mucho que el apartamento fuera excepcionalmente bonito, era consciente de que podía tratarse de la vivienda de un psicópata. Necesitaba a Lew. No tenía nada que hacer allí. Nada en absoluto. Era perturbador y

carente de sentido.

Se dio media vuelta y pulsó el botón para bajar. Por suerte, el ascensor volvió a abrirse como un resorte. Estaba a punto de entrar cuando oyó la puerta del apartamento.

—¿Kate? —la llamó una voz de mujer desde el otro lado del pasillo—. ¿Adónde vas?

Cuando se giró, descubrió a Vera al final del corredor. Estaba en forma y fibrosa, con una camiseta sin mangas, pantalón de yoga y la melena recogida en una coleta. Caminaba hacia ella, descalza y silenciosa, con su fuerte y bonita barbilla inclinada hacia un lado y sus enormes ojos pardos entrecerrados de preocupación.

Vera. Jeremy. Su apartamento nuevo; ese en el que Kate no había estado jamás.

Los mensajes procedían de uno de los hijos de Jeremy. Amelia podría haber conocido a alguno en algún sitio. El mundo de los colegios privados de Brooklyn y Manhattan no era tan grande. Hasta podría ser que se hubieran cruzado en el picnic del bufete un año antes. Sin embargo, ¿por qué ocultar su identidad?

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Vera con dulzura. Ahora se encontraba frente a ella y apoyó la mano en el antebrazo de Kate.

Kate hizo un gesto de asentimiento con demasiada vehemencia durante un rato demasiado largo. No recordaba que Jeremy hubiera mencionado alguna vez que uno de sus hijos fuese homosexual. Puede que nunca lo hiciera. O, como ella, que no lo supiera.

—Tengo que serte sincera: no tienes pinta de estarlo —comentó Vera, y la acompañó hacia su piso—. Entra y siéntate. Te traeré un vaso de agua.

Abrió la puerta de un empujón y se internaron en el gran salón. Un ventanal que ocupaba toda la pared mostraba la oscuridad del parque y, en la lejanía,

las luces del Upper West Side. En un extremo había una chimenea, que separaba la estancia de un comedor enorme; en el otro, un piano. En el medio se extendía un espacio lo bastante grande para jugar al baloncesto y sólo la mitad adecuadamente amueblado.

—Venga, sentémonos en la cocina —dijo Vera—. Es más acogedora. Esto de fuera ni siquiera está acabado.

—Había olvidado que os mudasteis —comentó, y se sentó en un taburete junto a la gigantesca isla de granito de la cocina, que medía lo mismo que las cocinas de las buenas urbanizaciones.

No sabía si sería capaz de hablar con ella. No sabía si Vera había entrado en dentro delaley ni si, de haberlo hecho, lo iba a relacionar con ella.

—¿Sabes?, en ocasiones a mí también me gustaría poder olvidar que nos hemos mudado. No quiero parecer desagradecida, pero a veces «grande» resulta demasiado grande. ¡Jeremy! —Alzó la barbilla para llamarlo, luego volvió a bajarla y sonrió a Kate—. Ha ido a cambiarse; vendrá ahora mismo.

—Oh, siento molestaros —se disculpó Kate. Su voz no sobrepasaba el susurro. Le costaba hablar con la garganta agarrotada por la tensión—. Sé que es tarde.

—Por favor —replicó la mujer, agitando una mano—, teniendo en cuenta que Jeremy os hace trabajar hasta tan tarde, le vendrá bien que le molesten en algún momento.

—Gracias por el agua. —Intentaba no hablar de Jeremy. Quería salir cuanto antes de aquel apartamento. No se sentía capaz de formular una excusa de por qué estaba allí y, mucho menos, de explicar por qué tenía que marcharse tan de repente—. Estaba un poco mareada.

—No me sorprende. Cuando Jeremy me contó que habías vuelto ya al trabajo... —Hizo amago de cerrar los labios—. Espera, perdona, no... No

debería meterme en lo que no me incumbe. Los chicos siempre me dicen que soy la madre clueca que mata a la gente a picotazos. Así que voy a intentar mantener la boca cerrada. Sólo asegúrate de no pasarte. Y te lo dice una mujer que corrió la mitad de una maratón seis meses después del parto y que presentó una moción en el Segundo Circuito del Tribunal de Apelación al día siguiente. La distracción es la mejor medicina. Esa es mi opinión. —Hizo una pausa y pareció entristecerse—. Pero hay cosas de las que no puedes escapar por muy rápido que muevas las piernas.

Jeremy apareció en la puerta. Estaba pálido. «Cambia esa cara —quiso gritarle Kate—. Pareces culpable».

—Tengo reservada una clase de yoga Bikram a última hora —explicó Vera—. ¿Estaréis bien aquí los dos solos?

Kate se puso tensa por un instante, pero Jeremy se apresuró a llenar aquel incómodo silencio:

—Sí, vete, vete —la apremió, besándola—. Kate sólo necesita mi firma para una cosa.

Vera pareció tragárselo, aunque la había visto llegar con las manos vacías. Le dio una palmadita a Kate en una mano mientras se dirigía hacia la puerta.

—Cuídate —se despidió— e intenta tomarte un tiempo. El trabajo siempre estará ahí.

Cuando se fue, Jeremy volvió al salón. Se sirvió un chupito en el bar de la pared próxima a la cocina americana. Whisky puro de malta o escocés, algo ámbar. Le ofreció una copa a Kate, pero ella la rechazó con un gesto. Él se acomodó en el sofá, apoyando la cabeza en una mano. Respiró con fuerza varias veces.

—¿Todavía no lo sabe? —preguntó ella.

—No lo tengo claro. —Negó con la cabeza—. Se ha estado comportando

de un modo un poco raro; al menos, eso me ha parecido. Puede que hayan sido imaginaciones mías, a no ser que esté pensando en volver pistola en ristre.

Kate se quedó mirándole con los ojos muy abiertos.

—Es broma.

—Muy gracioso.

Él se encogió de hombros.

—¿Podrías sentarte? Me estás poniendo nervioso.

Ella se dejó caer en el borde de una gigantesca y redonda mesa turca que no estaba segura de que sirviera para sentarse.

—Ni siquiera sabía que era tu casa —murmuró.

—¿Qué quieres decir? —Se terminó lo que quedaba del vaso y lo dejó en un extremo de la mesa—. ¿Llamaste por casualidad a la puerta de nuestro apartamento?

—Vine aquí, a este apartamento, a propósito —respondió Kate—. No sabía quién vivía en él.

Seguía tratando de encontrarle sentido a todo aquello. Si uno de los hijos de Jeremy había estado fingiendo que era Ben, significaba que también podría —al menos, en teoría— haber tenido algo que ver con lo que le había sucedido a Amelia en el tejado. ¿Cómo iba a decirle que uno de sus hijos era ese chico sin que sonara a que estaba acusándolo de haber herido o incluso matado a su hija? De todos modos, dudaba que fuera así. Las culpables eran las Urracas. No obstante, como había dicho Lew, Ben —quienquiera que fuese — había mentido y necesitaba saber por qué.

—No entiendo de qué hablas, Kate —dijo Jeremy con tono y aspecto exhausto—. ¿Puedes ir al grano?

—Amelia era amiga de un chico —comenzó con cautela— que también se inscribió en ese curso de verano de Princeton, supuestamente. Su relación se basaba sobre todo en mensajes, correos y esas historias. Parecían tener

bastante confianza. Hemos intentado seguirle la pista —se apresuró a aclarar—, no porque pudiera haber hecho algo malo, sino porque podría saber algo. Le dijo a Amelia que vivía en Albany y que se llamaba Ben. La policía rastreó los mensajes. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Vive aquí, Jeremy. En este piso. Uno de tus hijos debe de haberle enviado esos mensajes a Amelia.

Él cerró los ojos y volvió a agarrarse la cabeza, ahora con ambas manos. Se quedó así, sentado, por un instante. Inmóvil. Por fin, comenzó a agitarla de un lado a otro. ¿De verdad iba a ponerse a discutir, a asegurarle que no podía tratarse de ninguno de sus hijos? A lo mejor la había entendido mal. Exoneración de responsabilidades aparte, quizá creyera que estaba acusando a uno de sus hijos de haber hecho algo horrible.

—Jeremy, no estoy insinuando que hiciera nada malo. Ben era un buen amigo de Amelia. Un amigo muy...

—No era uno de mis hijos —cortó con voz queda. Cuando alzó la vista del suelo, sus ojos estaban vidriosos—; era yo.

—¿Qué? —Se puso en pie de un salto—. ¿Qué estás diciendo?

—Yo escribía a Amelia. Yo era Ben, Kate.

—No —dijo, negando con la cabeza. Aquello no podía ser. Porque había un montón de explicaciones para un montón de cosas, pero sólo una para que un hombre adulto entablara correspondencia por Internet con una adolescente y mintiera sobre su identidad—. No —repitió.

Entonces pensó en cómo ella y Amelia habían coincidido con él en su despacho un sábado no muy lejano, en lo extrañamente fascinado que pareció sentirse por ella y en cómo le clavó con intensidad la mirada, maravillado por lo mucho que había crecido. En aquel momento lo ignoró: Jeremy siempre se esforzaba por aparentar interés. Ahora le dieron náuseas sólo de pensarlo.

—No debería haberle mentado —continuó él, ahora en voz más baja. Miró al suelo y negó con la cabeza—. Estuvo mal. Yo sólo... Mientras redactaba

aquella recomendación para Princeton, no dejaba de pensar en Amelia, en la persona tan sorprendente en la que se había convertido. Quería tener la oportunidad de llegar a conocerla, al menos un poco, y pensé que tal vez pudiera hacerlo sin perjudicar a nadie. Como le había escrito la recomendación, ya tenía su e-mail. Todo lo que tenía que hacer era abrir una nueva cuenta de correo con nombre de chico, conseguir una línea de teléfono con prefijo de Albany e inventarme una breve historia de fondo. A lo mejor fue egoísta, pero no pude evitarlo.

—¿Que no pudiste evitarlo?! —La voz de Kate vibró. La cara le ardía. Intentaba contenerse y no llegar a la peor e inevitable conclusión, aunque resultó inútil. Su mente ya había llegado a ella—. Era mi *hija*, Jeremy. Era una *niña*.

—Espera un momento, Kate. —Se puso del color de la cera y la miró, agitado—. No pensarás que... Hay una explica...

—No, no puedes camelarme para escurrir el bulto. No voy a permitirte. ¿Es así como se consigue en la actualidad ser buen marido? —gritó, señalándolo con el dedo—. ¿Mandando mensajitos a adolescentes en lugar de acostarse con mujeres? ¿O los mensajes son sólo el principio? ¿De verdad que pensabas que llegarías a conocerla?

—Kate, venga. Eso es ridí...

—¿Qué le hiciste, asqueroso?! —gritó, arremetiendo contra él.

—¿Hacerle? ¡¿Estás loca?! ¡Intentaba ayudarla! —Alzó las manos para protegerse la cara—. De todos modos, ni siquiera quedamos. Quiero decir, yo..., yo pensaba verla, contarle la verdad, pero sabía que no me correspondía a mí tomar esa decisión, así que, en vez de eso, me hice amigo suyo. ¿Por qué crees que le dije que era gay? Quería asegurarme de que no hubiera nada raro. Y no porque acabara teniendo importancia, después de lo de Dylan y lo demás. Me alegraba poder estar allí para ayudar con ese disparate de las Urracas.

—Dios mío. Tú lo *sabías*. —Kate tuvo la sensación de que iba a vomitar—. Joder, tú... ¿Te contó lo que esas chicas estaban haciéndole y no le pusiste fin? Podrías habérselo contado a *alguien*. Podrías haber hecho *algo*.

—Te comportas como si la cuestión fuera muy sencilla. Todo habría salido a la luz, Kate. Tampoco tú querías eso, obviamente; no después de haberte tomado tantas molestias para ocultar la verdad. —Ahora también parecía enfadado. «La verdad», era la segunda vez que decía esas palabras. Kate no estaba segura de querer saber qué significaban—. Claro que me planteé contártelo cuando la cosa empezó a írsele de las manos a esas chicas. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Amelia pareció haberlo resuelto todo por sí sola. Me aseguró que estaba bien. Y entonces, ese último día... —Bajó la mirada—. Ahora, con lo que ha pasado... Kate, no sabes lo mucho que desearía haber hecho algo.

—¿Fuiste a ver a Amelia ese día? —preguntó, preparándose. Jeremy había mentido tanto que podía haber más cosas, algo más atroz de lo que cabría imaginar—. En tus mensajes decías que ibas a ir.

—Por segunda vez, Kate: no. —Su voz ya no denotaba ira, sólo resignación. Sabía exactamente de qué le acusaba y tenía pinta derrotada—. Pasé todo ese día con tres de nuestros abogados asociados en la oficina. Puedes comprobarlo si quieres. De todos modos, creía que habías leído sus mensajes. Al final le dije que no iba.

—¡Todavía no los he revisado todos!

—¿Papá? —dijo una voz desde el umbral. Uno de sus hijos se hallaba de pie allí, con aspecto juvenil y guapo y asustado—. ¿Estás bien?

Jeremy se levantó a toda velocidad y sonrió de manera tan rápida y convincente que a Kate se le pusieron los pelos de punta.

—Sí, sí, Andrew; estoy bien. Nos ha surgido un problema con un caso, nada preocupante. Vuelve a hacer los deberes. Intentaremos bajar la voz.

—Vale —contestó el chico con escepticismo y dejó que sus ojos se posaran en Kate un instante antes de arrastrarse hacia la puerta—. Te veo luego.

—Claro, claro, Drew. Hasta luego.

Una vez que desapareció, ambos se quedaron mudos e inmóviles durante un rato. Kate no se había percatado de que los hijos de Jeremy estaban en casa. Y quería gritarle más. Sabía que no podía hacerles eso a los niños; ya se les avecinaba mucho sufrimiento. En cuanto Vera se enterase de lo de los correos de dentrodelaley.com —cosa que sucedería tarde o temprano—, querría dejarle. No era de las que se tomaban la traición a la ligera. De todas maneras, tenía otras formas de averiguar si Jeremy decía la verdad: llamar a esos asociados, comprobarlo con su secretaria o, aún mejor, enviarle a Lew. Pero había una cosa que necesitaba saber por todos los medios.

—¿Ocultar la verdad sobre qué? —preguntó. Todavía le perturbaban las palabras de Jeremy.

—¿Qué? —farfulló con aire desorientado y confuso.

—Has dicho que yo me había tomado muchas molestias para «ocultar la verdad». ¿La verdad sobre qué?

—Venga, Kate. Lo sabía, lo he sabido durante años.

—¿Que sabías qué? —soltó, a pesar de que intentaba no perder los estribos—. ¿Que era una chica confiada, que sería...?

—Que era mía —respondió, mirándola fijamente—. Sabía que Amelia era mi hija.

—¿Tuya? —Kate casi se atragantó—. Amelia *no* era hija tuya, Jeremy.

—Las fechas encajan a la perfección —prosiguió, como si ella estuviera disimulando.

¿Cómo se atrevía a reclamar a Amelia, o intentarlo, como si fuera otra cosa más a la que tuviera derecho?

—Estás de broma, ¿verdad? —No quería seguir con aquella conversación.

Ella sabía lo que sabía, más allá de los delirios de aquel hombre—. Nos acostamos una vez, Jeremy. Una vez. Y tú no eras el único que se acostaba con más de una persona. Créeme, Amelia no era hija tuya. Sé quién es su padre y no eres tú.

Pero él negó con la cabeza. No parecía escuchar ni una palabra de lo que estaba diciéndole.

—Nada más enterarme de que estabas embarazada, me lo pregunté, claro —siguió—. Pero en cuanto los ojos de Amelia cambiaron de color, no me quedó la menor duda.

—Basta ya, Jeremy —le pidió con un crispado hilo de voz. Si ella sabía la verdad, ¿por qué le empezaba a entrar el pánico?—. En serio.

—Venga, Kate. —La miró con ojos cristalinos, sin rastro de culpabilidad y manteniendo la voz serena. Aunque se equivocaba, seguía convencido de que era hija suya. Se atusó el pelo plateado con una mano e inclinó la cabeza hacia Kate, como si fuera a decir algo crucial—. Mírame. No me digas que no sumaste dos y dos: mi pelo, sus ojos.

¿Su pelo? Desde que lo conocía, Jeremy siempre había tenido el pelo gris. Tendría casi cuarenta cuando lo vio por primera vez: joven todavía para que todos sus cabellos fueran grises, aunque tampoco de un modo incongruente.

—No sé qué crees que sabes, Jeremy —dijo con una exhalación. Debería haberse ido antes de que él añadiese una palabra más—, pero te equivocas.

—Yo no supe que tenía el síndrome de Waardenburg hasta que el pelo se me puso gris en el primer año de universidad. Con Amelia deberías haberlo sabido en cuanto sus ojos cambiaron de color.

En eso tenía razón. A Amelia le diagnosticaron ese síndrome a los nueve meses, en cuanto sus ojos dejaron de ser de un gris azulado y se volvieron azul uno y el otro, avellana. Era una enfermedad genética y Kate no era portadora. Le hicieron un análisis. Siempre había supuesto que era cosa de Daniel y que

ese trastorno suyo se había manifestado en una de las muchas modalidades menos perceptibles en las que podía presentarse. Y no porque lo hubieran hablado alguna vez: eso habría implicado hablar de Amelia.

A Kate le temblaban las manos y le sudaban las palmas. ¿Y qué si Jeremy tenía el mismo trastorno? Podía ser una coincidencia. Tenía que serlo. Había tenido relaciones sexuales con Daniel una docena de veces; con Jeremy, sólo una.

No, él no iba a reescribir la historia. No había sido fácil, pero ya había aceptado que Daniel era el padre. Era una de las cosas que definían su vida. Amelia había sido concebida con un hombre al que nunca valoró mucho como persona, así que había evitado que lo conociera. Además, el sexo con él había sido intenso y salvaje, lo opuesto al amor con el que había engendrado a su hija. Y había sido positivo evitar que ella lo supiera, que conociera a un padre que no representaba ni una fracción de la persona en la que ella se estaba convirtiendo.

Para empezar, Kate se acostó con Daniel en un intento de paliar la culpabilidad que sentía por pasar una noche con Jeremy, con quien se había acostado... ¿por qué? Al cabo de tantos años, ni siquiera lo sabía. ¿Para recuperarse de la pérdida de Seth? ¿Porque se sentía sola? ¿Porque le había seducido su personalidad? ¿Porque él le había hecho sentirse especial durante un par de horas? Desde luego, no lo había pensado con detenimiento, como evidenciaba que, además de otras estúpidas decisiones, se pusiera el diafragma con menos regularidad. Sí, había usado otros métodos que cualquiera de séptimo curso que prestara un mínimo de atención en Educación para la Salud habría comprendido que distaban de ser infalibles.

—He cometido muchos errores, Kate —continuó Jeremy—, pero juro que trataba de ayudarla. Tienes que creerlo. Pensé que podría ser su amigo sin que se enterara de que yo era su padre. Ahora desearía habérselo dicho.

—No —replicó Kate, apartándose de él. Siguió retrocediendo hasta chocar con la pared del fondo—. Basta. No te voy a creer. Tienes que... —Negó con la cabeza—. Tengo que irme.

Miró a su derecha, luego a su izquierda. ¿Dónde había ido a parar la puerta principal del apartamento? Parecía estar sumida en un laberinto sin escapatoria. Había estado segura todos esos años de quién era el padre de Amelia y de por qué había mentido sobre él. Estaba protegiéndola. Sin embargo, ahora tenía la sensación de que la única persona que se había escudado en sus mentiras era Jeremy. Y, por supuesto, ella misma.

—Kate, debemos hablarlo.

—No, no debemos. Jamás lo hacemos. Tengo que... No puedo estar aquí.

—Daniel sabe lo nuestro, Kate. Llamó antes desde el aeropuerto para decirme que iba camino de Escocia y fanfarroneó con avisar a los de dentro delaley. Estaba tan borracho que apenas le entendí, pero sí pillé que alguien le había enviado un e-mail sobre nosotros. Creo que dijo que fue hace un par de meses. Ha adivinado igual que yo de quién se trata. Al parecer, que yo te diera el caso de Associated Mutual Bank, que por supuesto ya era tuyo, le puso al límite y provocó que lo hiciera público. Personalmente, creo que el hecho de que acabe de aceptar ser socio mayoritario de Meyer & Jenkins ha contribuido también a ello. —Movió la cabeza a un lado y a otro, asqueado—. También me contó lo vuestro, Kate. No tenía ni idea. He de admitir que al enterarme me sentí como un cabrón.

Y se atrevía a adoptar un aire dolido.

—Me alegro —farfulló ella. Luego se impulsó hacia adelante, rezando para encontrar el camino hacia la puerta—. Ya era hora de que te sintieses como un cabrón por algo.

—Espera, Kate —la llamó—. Necesitamos decidir lo que vamos a hacer. Y hay algo más que deberías saber. Es sobre Amelia.

—No quiero saber nada más. —Apretó el paso por el pasillo, con el corazón golpeándole el pecho y lágrimas en los ojos—. Quiero que me dejes en paz.

—¡Kate! —gritó por última vez mientras ella se colaba a toda prisa por la puerta—. ¡Todavía tenemos que hablar! Hay algo más que debo contarte. Es importante. ¡Es sobre otra chica de Grace Hall!



AMELIA

24 DE OCTUBRE, 13:47

Amelia

dónde estás? xfa, no me digas q t has pirado.

Ben

lo siento. soy lo peor, xo no voy a poder hacerlo.

Amelia

en serio?

Ben

mi padre está hecho polvo y bajo de moral. si voy, me mata. xo no me odies, vale? xq t quiero.

Amelia

vale. lo entiendo, no es problema tuyo. yo también t quiero.

Ben

me siento como un imbécil. prométeme q vas a estar bien.

Amelia

prometido. voy a estar muy bien.

Ben

no dejes q esas locas t venzan, eres alucinante. además, me tienes a mí.

Siempre

Amelia

bss

24 DE OCTUBRE, 13:49

Sylvia

dónde estás?

Amelia

en el despacho de Woodhouse

Sylvia

x?

Amelia

x copiar

Sylvia

quién ha copiado?

Amelia

se supone q yo

Sylvia

WTF!? Vale, ya he tenido suficiente mierda x hoy. no t muevas. Voy a buscarte.

AMELIA

24 de octubre

Di un respingo y volví a meter el móvil en la mochila cuando Woodhouse abrió la puerta del despacho.

—Fingiré que no lo he visto —dijo mientras volvía hacia su mesa. Llevaba una carpeta con el canto golpeándole la palma de la mano, como si fuera una regla con la que pensara azotarme. En lugar de eso, la lanzó al centro de la mesa vacía e impoluta. Luego se sentó y se cruzó de brazos. Parecía muy enfadado. Nunca lo había visto así—. ¿Y bien, Amelia?

—Y bien... —respondí.

—Liv y yo pensamos que debe de haber alguna explicación lógica, tal vez hasta excusable, para que copiaras tu trabajo —continuó con un tono de «estamos entre amigos» que me enervó. Si de verdad fuéramos amigos, para empezar, yo no estaría ahí—. Y creo que la aclaración tiene algo que ver con las Urracas. Necesito que me digas la verdad, Amelia. Luego podemos resolver esto juntos.

—Vale —seguí—. Suena muy fácil.

Su cara dejó traslucir inquietud, cierta desilusión, mientras se llevaba un dedo a los labios y me miraba durante un rato.

—No he dicho que lo sea. No dejarse pisotear nunca es fácil, pero te aseguro que contarás con protección. Te doy mi palabra. Pero tienes que poner de tu parte, Amelia. Tienes que contarme qué pasó.

—No he copiado mi trabajo; es todo lo que sé.

—Tu trabajo se entregó por correo electrónico. —La cara se le llenó de arrugas cuando se frotó la frente—. La propia Liv pasó el programa anticopia.

Y, por supuesto, eso excluía a Bethany y el hecho de que fuera *ella* quien abría los correos primero y podía hacer lo que le diera la gana con ellos, incluido dar el cambiaso a los trabajos que iban adjuntos. Pero no podía contárselo a Woodhouse: eso hubiese equivalido a acusar a las Urracas, y Sylvia pagaría por ello.

Me encogí de hombros.

—Entonces, no sé qué decirle —repliqué. Mi tono era de pasota, pero no podía evitarlo. Todo eso era injusto y muy ridículo—. No he copiado y ese no es mi trabajo. No tengo nada más que decir. ¿Puedo irme?

—No, Amelia, no puedes irte. Esto no es vaselina en el pomo de una puerta. Copiar no es algo que se pueda pasar por alto, da igual lo valiosa que seas para la comunidad de Grace Hall. Es una violación del código de conducta del colegio, Amelia. Podríamos perder nuestra acreditación oficial si se hiciera público que no adoptamos las medidas adecuadas; eso sin mencionar la reacción de los demás estudiantes. Bastantes quejas han llegado este año por las dispensas disciplinarias que se han concedido a los alumnos potencialmente destacables.

—¿Potencialmente destacables? —repetí—. Suena a enfermedad.

—¡No estoy de broma, Amelia! —gritó Woodhouse, dándome un susto de muerte. La cara se le había puesto roja. Nunca lo había visto así—. Puede que tengamos que expulsarte si no explicas lo que ha pasado; así de grave es. Vamos, ¡déjame ayudarte!

Inspiré hondo y cerré los ojos. Los mantuve cerrados, como si el secreto residiera en el interior de mis párpados.

—No puedo.

Él soltó un suspiro profundo y audible.

—Puedo darte unos días para que lo pienses, Amelia. Mientras tanto, no me queda otra elección que expulsarte unos días con efecto inmediato. Esto es innegociable. Tu madre ya está de camino para buscarte.

—¿En serio? ¿Ha llamado a mi madre al *trabajo* para que venga *aquí*? ¿Ahora? —Me la imaginé con el traje que se había puesto. Si tenía que venir a buscarme, seguro que se iba a perder algo importante. La simple idea hizo que me sintiera fatal y me molestó muchísimo—. ¿No pueden expulsarme a última hora?

—No, Amelia, no podemos —contestó—. Y deberías tener en cuenta, mientras reflexionas sobre qué vas a hacer, que las universidades más prestigiosas del país no pasan por alto una expulsión. Ni aunque se produzca en el último curso. —Woodhouse parecía todavía más disgustado que yo—. Hasta podrían quitarte la beca... No sé.

—Genial. —Tenía la sensación de que iba a romper a llorar de un momento a otro.

Primero, Zadie me había quitado a Dylan; ahora también iba a arrebatarme mi futuro.

—Amelia, voy a darte una última oportunidad. ¿Algo que quieras añadir?

—¡Ese no es mi trabajo! —grité tan alto como pude con la voz quebrada.

Woodhouse ni siquiera se inmutó. Al contrario, bajó la vista a la primera página, donde estaba escrito mi nombre.

—Aquí pone tu nombre —replicó con voz queda—. Si no me dices nada más, esto es todo lo que necesito para proceder.

Odié su forma de mirarme, como si yo constituyera una decepción descomunal. Un fraude. Una mentirosa. Como si hubiera algo de lo que debiera avergonzarme. Pero no iba a sentir vergüenza. No había hecho nada malo. Y no iba a afligirme por no querer ser la chivata del colegio ni nada por el estilo. De todos modos, la verdadera razón por la que no podía hacerlo era

Sylvia. Entrar en las Urracas me había hecho sentirme de maravilla hasta que la tomaron con ella. Además, en su caso iban a tener mucha artillería para humillarla en público. Por mucho que se las diera de dura, nunca sobreviviría a aquello. Con todo lo que le había pasado en el último año, a veces me preocupaba que no fuera capaz de sobrevivir sin más.

No iba a delatar a las Urracas a sabiendas de que corría el riesgo de que le hicieran algo. No podía. Y ese no era mi trabajo. Si el centro quería deshacerse de ellas, que lo hiciera. Por lo que yo sabía, Woodhouse conocía la identidad de muchas de sus integrantes. ¿Para qué me necesitaba? Me quedé mirándole con dureza, deseando taladrarle la cara con los ojos, pero sólo conseguí que se me saltaran las lágrimas.

El malestar que iba tomando cuerpo en la boca del estómago tampoco era de ayuda. Por mucho que intentara reducirlo, ahí seguía, agujoneándome el interior. La verdad: eso era. Porque no sólo estaba protegiendo a Sylvia, también a Dylan. Puede que en mi fuero interno supiera que Woodhouse iba a asegurarse de que no le pasara nada a Sylvia si entregaba a las Urracas, pero no podía estar tan segura de lo que le fuera a pasar a Dylan.

Aunque ¿en serio estaba dispuesta a que me expulsaran por su culpa? Tal y como seguía recordándome Sylvia, su comportamiento no era el de alguien que se preocupara por ti. ¿Cómo podía empeñarme en creer que no era cierto? ¿Sólo por el hecho de que era una chica? ¿Porque la quería?

Amor. De pronto, la palabra me sonaba rara. Como si la pronunciara mal.

No, no iba a hacerlo. No iba a ser tan patética. Yo era buena estudiante. Había trabajado duro toda mi vida. No iba a renunciar a todo por una oportunidad para volver con ella.

—Creo que sé lo que ha pasado —solté por fin, con un hilo de voz, mientras me contemplaba las manos.

Podía hacerlo. Podía.

Pero llamaron a la puerta antes de que añadiera algo más.

—Pase —dijo el director, estresado. Sabía que había estado a punto de confesar.

La señora Pearl asomó la cabeza.

—Siento molestar, señor Woodhouse —se disculpó, con un tono tan pelota que me dieron ganas de vomitar—, pero hay un asunto en la cafetería que me temo que requiere su atención.

—¿No puede apañárselas usted sola? —Y me señaló. Le preocupaba que yo cambiara de opinión, y tenía sus razones. Estaba a punto de hablar, aunque no del todo—. ¿No ve que estoy en plena reunión con una alumna?

—No le habría interrumpido si no fuera imprescindible —replicó la decana con impaciencia—. Una estudiante ha visto una rata, una grande. Y parece que ahora no se la puede localizar.

—¿Y qué quiere que haga yo? ¿Ir de caza? Delia, estoy en medio de una conversación muy importante. —Jamás había visto que nadie le hablara así a la señora Pearl, como si tuviera la peste. Fue fantástico—. ¿Por qué no llama a mantenimiento?

—Por desgracia, la chica se niega a moverse hasta que no hable con usted —explicó con voz agria—. Se lo aseguro; lo hemos intentado todo. Por algún motivo, está empeñada en hablar con usted en concreto.

Woodhouse cerró los ojos.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Vuelvo ahora mismo, Amelia. Estás haciendo lo correcto. No te muevas.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, mi móvil me alertó de que tenía un nuevo mensaje. Albergaba la esperanza de que fuera Ben, que, después de todo, iba a conseguir venir a Brooklyn. Seguía fantaseando con escabullirme y quedar con él. Mientras sacaba el teléfono, miré a mi alrededor para ver por dónde podría escabullirme, pero el mensaje era de Sylvia, no de Ben:

Sal pitando. Yo te cubro.

KATE

30 de noviembre

—Lo siento —insistió Kate. Ella y Lew estaban en la calle Octava, en la acera, justo delante de la casa de los Carmon—, tenía que ir. Sé que no es una excusa muy buena, pero necesitaba averiguar quién era ese tal Ben.

—Hmm —soltó el teniente sin mirarla; no lo había hecho desde que ella le había contado su visita a la dirección de Ben y su descubrimiento de Jeremy—. Eso ha dicho.

—Al final fue bien la cosa, ¿no? —aventuró. Le costaba concentrarse en sus excusas y, mucho menos, sonar convincente cuando se sentía tan agitada y culpable por tantas cosas diferentes—. Al menos, ahora sabemos que él no está implicado.

—Hmm —repitió él, indiferente. Lo único que a Kate le alegraba era haber hecho hincapié en el disgusto que se había llevado al enterarse de que Jeremy era el padre de Amelia. Sospechaba que era la única razón por la que Lew no le había echado una bronca monumental—. Hemos conseguido que la compañía telefónica acelere el proceso de proporcionarnos datos. —Buscó en su pequeño bloc de notas—. Los mensajes que recibió usted sobre el padre de Amelia proceden de un móvil registrado a nombre de Daniel Moore.

—Oh, Dios —murmuró Kate.

Que Daniel se hubiera enfadado tanto como para avisar a los de dentro delaley —lo cual se podría haber rastreado con facilidad hasta llegar a él— le restaba importancia a los mensajes anónimos. Aun así, era

escalofriante pensar que había escrito cosas tan mezquinas. Aquello iba mucho más allá de un simple intento de humillar públicamente a Jeremy. Era intimidatorio.

—Entonces, ¿por qué escribiría que Amelia no saltó?

—No fue él. Esos dos primeros que recibió usted sobre su hija proceden de otra parte. Espero una llamada para que me lo aclaren. Pero los mensajes de Amelia sobre su padre... —Lew asintió con la cabeza en dirección a la casa—, todos ellos vienen de aquí.

—¿Los envió Zadie Goodwin?

—Eso creo. —Levantó la cabeza hacia el edificio—. Aunque sólo sabemos con seguridad que fueron transferidos a través de un ordenador de esta casa. Aquí vive más de una persona. —Se giró hacia Kate y por primera vez la miró—. Hay algo más que debería saber: los de informática han descubierto algunos mensajes más en el móvil de Amelia. Los borrados. Hacen que esas notitas de papel parezcan, bueno, un juego de niños.

—¿Qué dicen? —Se dio la vuelta—. Quiero verlos.

Él negó con la cabeza.

—Una madre nunca debería ver este tipo de cosas.

Llamaron a la puerta y esperaron. Kate alzó la vista y entrecerró los ojos porque la fachada de acero y cristal pulido de aquella fábrica reformada refulgía. El sol brillaba en lo alto, salpicando de destellos los gigantescos ventanales del edificio.

—¿Estamos seguros de que esto es una vivienda? —inquirió Lew.

—Creo que sí —contestó ella, pero era exageradamente grande, incluso comparada con las casas de piedra caliza más grandes de Park Slope—. Sólo hay un timbre.

Lew tuvo que llamar tres veces antes de que alguien abriera una rendija de

la puerta y pegara su globo ocular a ella. Por la abertura, Kate distinguió a una mujercita encorvada y de ademán receloso.

El teniente bajó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Hemos venido a ver a Zadie Goodwin y a sus padres.

—Un momento; voy a ver —respondió con un marcado acento procedente de Europa. Entornó su único ojo visible y luego cerró de golpe.

Un instante después, la puerta volvió a abrirse. Al otro lado se hallaba un tipo imponente. Vestía un llamativo traje gris y una camisa rosa con puños franceses. Sus gemelos de plata reluciente tenían forma de dado y en la mano derecha llevaba un anillo con una estridente joya roja en el centro. Era guapo, pero iba re peinado y bronceado en exceso. Delataba que tenía dinero de sobra sin la correspondiente sofisticación. Hasta sus dientes eran demasiado perfectos y blancos, más propios de alguien que se hubiera pasado de rosca resarciéndose de un largo historial de mala higiene dental.

—¿Qué tal? —saludó con una sonrisa a medio camino de la afabilidad y un «que te jodan»—. Soy Frank Carmon. ¿Y ustedes son...?

—Soy el teniente Thompson y ella, Kate Baron —anunció Lew, rompiendo el hielo—. Queríamos hacerle unas preguntas a su hija sobre Amelia Baron. Murió al caerse del tejado de Grace Hall. Era la hija de Kate.

Carmon frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Qué lástima. Siento su pérdida, señora —le dijo. Luego se volvió hacia Lew—. ¿De qué quiere hablar con mi Zadie?

«Mi Zadie», como si fuera un bebé o una muñeca de porcelana. Sonaba inquietante.

—Las chicas pertenecían al mismo club o algo similar —soltó el teniente con desenvoltura—. Intentamos reunir información de todas las fuentes posibles sobre el estado mental de Amelia.

Carmon dejó vagar la vista más allá de sus cabezas mientras se pasaba la

lengua por los dientes. Por fin, miró por encima del hombro hacia la mujer que había abierto la puerta, que ahora se recortaba entre las sombras tras él.

—Ve a por Zadie —masculló—. Dile que es importante.

Abrió la puerta y les condujo a un enorme salón comedor con cocina americana, iluminado por la luz natural que entraba a raudales por los ventanales que iban del suelo al techo. Frank agarró un vaso bajo de una encimera de granito en la que no había nada más.

—¿Puedo ofrecerles una copa?

—No, gracias —rechazó Lew—. Usted estaba en el distrito Setenta y Ocho, ¿verdad? ¿Aquí, en el vecindario?

Carmon soltó una risita mientras se sacudía una mota invisible del pantalón.

—Sí, unos cinco minutos hace un millón de años, antes de que decidiera que había mejores formas de ganarse la vida que palmarla de un disparo.

—Al parecer, tenía razón —dijo el teniente, señalando con una mano la vivienda—. No sé si son más fáciles, pero parece que pagan mejor.

—Por ahora, bastante bien —aseguró, guiñando un ojo. Pegó un sorbo.

—¿Consigue a sus chicos en el distrito Setenta y Ocho?

Por un instante, Carmon clavó una dura mirada en el policía. Luego sonrió.

—Algunos.

—¿Incluido el detective Molina?

—Hace tiempo que no contrato a nadie —aclaró con soltura—. Ahora tengo gente que lo hace por mí.

—Molina fue el detective que asignaron al caso de Amelia Baron. Parece que, como mínimo, cortó por lo sano y dictaminó suicidio. Un par de días después, dejó el trabajo para irse con usted —comentó Lew, resuelto a ir al grano—. Parece una coincidencia bastante grande, ¿no cree? Dado que su hijastra y Amelia no aparentaban hacer muy buenas migas en ese club.

Carmon asintió, como procesando la información.

—No sabría decir nada de eso. No me suelo implicar en los dramas escolares de mi hijastra. Si quiere hablar con Molina, teniente, seguro que consigo que se ponga al teléfono. Ahora mismo, si quiere. Suponiendo que siga trabajando para mí.

Zadie irrumpió en el salón a zancadas. No se detuvo hasta que llegó a la isla de la cocina y se lanzó sobre un taburete.

—Estaba haciendo los deberes, ¿sabes? —gruñó. Llevaba una falda de cuadros no mucho más ancha que un cinturón y unos cuantos piercings en las orejas, además de un anillo en la nariz. Le quedaban bien con el negro intenso del maquillaje de ojos y el pelo crespo y azabache, con un tupido mechón blanco a un lado, como una mofeta con la veta descentrada. Kate no podía despegar la vista del mechón—. Por mucho que tu amigo diga que probablemente me dejen entrar, eso no significa que Columbia lo vaya a hacer seguro. No estaré dentro hasta que no esté dentro de verdad.

—Columbia... —repitió Lew—. Impresionante. Seguro que no quieres jugarte el ingreso.

—Qué me va a contar. —Carmon movió la cabeza a ambos lados con exagerado escepticismo—. Por suerte para ella, no tiene mis genes. Ven, querida Zadie. —Le hizo señas para que se aproximara y luego dio unas palmaditas en el sofá, a su lado—. Esta gente tan maja necesita hacerte un par de preguntas sobre esa chica del insti, la que murió.

La joven puso los ojos en blanco. Después, se acercó en dos zancadas y se acomodó junto a su padrastro, resoplando con fuerza.

—Una cosa antes de que mi Zadie responda a sus preguntas —dijo, fingiendo desenvoltura—. No necesita un abogado, ¿no? Es de carácter informativo, ¿verdad?

—No está arrestada —respondió Lew, evitando su pregunta—, si es eso lo

que quiere saber.

No estaba prometiendo nada, cosa que a Carmon no le pasó desapercibida. Le clavó una dura mirada al teniente durante un buen rato.

—Ella no está involucrada en lo que le pasó a esa chica, así que puede preguntarle lo que quiera. Pero detendré esto si nos acercamos a algo que pudiese impedirle ingresar en Columbia. Ella se lo está currando y yo me estoy dejando una pasta.

Entonces, la puerta principal se abrió. Se oyeron voces por el pasillo. Una, acerada, como una ráfaga de disparos; la otra, balbuceante y pesarosa, probablemente del ama de llaves. Después sonó un enérgico repiqueteo de tacones sobre el suelo de cemento.

—¡Oh! —exclamó Adele al doblar la esquina. Su preciosa cara dejó traslucir contrariedad, pero se recuperó grácilmente y sonrió mientras se dirigía hacia Kate. Llevaba un moderno vestido ajustado negro y unos grandes pendientes de aro con el pelo recogido en un perfecto moño bajo. Se inclinó hacia adelante para presionar la mejilla contra la de Kate y besó el aire cerca de su oreja—. ¡Qué agradable sorpresa, Kate! Pero no tenías que haber venido hasta aquí para hablar del AMPA. Sé lo ocupada que estás.

—No estamos aquí por eso —aclaró ella, preparándose para que Lew no la dejara hablar, pero se lo permitió—, sino por lo que pasó entre Amelia y las Urracas.

—¿Las Urracas? —Se humedeció los labios color carmín y miró hacia Carmon, que se encogió de hombros y pegó otro sorbo a su copa—. No estoy segura de que yo...

—He leído las actas de las reuniones del consejo escolar —replicó Kate con la esperanza de que las cosas marcharan mejor si le ahorraba el bochorno de tener que mentir abiertamente—. Sé que Woodhouse intentó terminar con los clubes y que el colegio le cortó las alas.

Adele arrojó su bolso a uno de los taburetes de la cocina, luego se dio la vuelta muy despacio. Se cruzó de brazos y se reclinó contra la encimera.

—También sabrás, entonces, que el consejo sólo velaba por el interés del centro —quiso aclarar.

Kate intentó no enfadarse, pero no lo consiguió.

—El colegio tenía la obligación de...

—El colegio no puede controlar lo que hacen los alumnos cuando no están dentro del recinto escolar —dijo la madre de Zadie con frialdad. Si estaba a la defensiva, lo disimulaba muy bien—. Práctica y legalmente hablando, resulta imposible llevar a cabo ese tipo de supervisión, sobre todo en la era de los *smartphones*. La responsabilidad de vigilar el comportamiento cibernético y la conducta fuera del centro recae en las familias.

Se lo tenía bien ensayado; esperaba desde hacía tiempo que Lew y ella aparecieran con sus preguntas; probablemente, desde la noche en que se presentó en su puerta. De hecho, esa podía ser la auténtica razón de su visita aquella primera noche.

Entonces, Kate se dirigió a Zadie con la esperanza de que estuviera menos preparada:

—¿Fue porque era lesbiana? ¿Por eso lo hiciste?

—Zadie, no contestes a eso —espetó Adele.

—¿Por qué? Quiero hacerlo —saltó la muchacha, devolviéndole rauda el golpe. Giró la cabeza hacia Kate—. No iba a dejar que Amelia convirtiera a Dylan en una especie de bollera porque a ella le diera la gana. —Parecía como si intentara hacerse la dura, aunque sus mejillas estaban sonrosadas y comenzaba a temblarle la voz—. Amelia pensó que acostándose con ella sería más importante que yo. Pero follar es fácil. Con Dylan no significa nada prácticamente. Créame: se acuesta con cualquiera que no sea del colegio. Lo sé todo porque llevo doce putos años siendo su mejor amiga. Eso sí que

importa, no lo que quiera que... fuera eso que tuvo con Amelia durante dos semanas o a así. —Sus ojos revelaban que no era tan sencillo; intentaba disimular, moviendo el cuello, frunciendo con violencia los labios, pero también con cierta desesperación. Como si Dylan fuera todo lo que había tenido en su vida.

—Zadie, necesitamos saber qué pasó en ese tejado —añadió Lew con calma—. Ha llegado la hora de la verdad, de toda la verdad.

—No voy a dejar que mi hija se involucre en una conversación que pueda incriminarla —soltó Adele con una mano en alto, interponiéndose entre el teniente y su hija—. Si quiere seguir con las preguntas, será en la comisaría y en presencia de nuestro abogado. Pero le aseguro que, pasara lo que pasara en ese tejado, fue un accidente.

—¿Un accidente? —dudó Zadie, y fulminó a su madre con la mirada—. Te comportas como si yo hubiera estado allí. Como si *yo* hubiera hecho algo.

—Sabemos con seguridad que alguien de esta casa le hizo algo a Amelia. —Lew se sacó del bolsillo dos hojas impresas y las lanzó sobre la mesa de café—. Recibió mensajes hostigadores sobre su relación con Dylan y sobre la identidad de su padre. Proceden de esta casa.

La joven dio un paso adelante y cogió las hojas.

—¿Y qué coño tengo yo que ver con su padre? —Si trataba de aparentar que no había visto esos correos en su vida, hacía un buen trabajo.

—Esperábamos que tú nos lo dijeras —dijo el teniente—. Sabemos que salieron de aquí, de esta casa.

—Yo no lo hice... Mierda, mamá, ¿qué relación tenías con esa chica? —Los ojos de Zadie estaban abiertos como platos cuando se enfrentó a Adele—. Me dijiste que tuviste una movida con su madre en la universidad, que querías compensárselo. —Señaló a Kate con el pulgar—. Por eso querías que yo le diera un toque a Amelia. Pero ni siquiera fuiste a la universidad con ella,

¿verdad, mamá?

—¡Zadie! —Le arrebató las hojas de las manos y las dobló por la mitad. Después intentó recuperar la compostura, pero no lo consiguió del todo—. Cállate, cariño, por favor.

Kate detectó un estremecimiento dolido en el rostro de Zadie y luego la rabia apoderándose de su mirada. ¿Por qué diablos pediría Adele a su hija que invitara a Amelia a que se uniera a las Urracas? Los ojos de Kate se desplazaron de la cara de Zadie al mechón blanco de su pelo. Eso podía deberse a muchas cosas, incluido el síndrome de Waardenburg.

«Además, tenía unos ojos preciosos, fuera de lo común —recordó que comentó Adele cuando estuvo en su casa—. ¿Es cosa de familia? ¿Dos colores diferentes? —¿Por qué no preguntó entonces sobre el síndrome? ¿Por qué no mencionó que su hija también lo tenía?—. De hecho, todavía conozco a algunos abogados ahí». Era demasiada información para procesarla de golpe.

—¿Lo que pasó entre vosotras en el tejado fue un accidente como ha dicho tu madre, Zadie? —Parecía que Lew estaba intentando provocarla adrede—. ¿Quizá discutisteis sobre Dylan? ¿Se os fue de las manos?

—¡Basta! ¡Cállese! —le gritó Adele— No tiene una orden de arresto. Si la tuviera, nos la habría enseñado.

—No, señora, no la tenemos. Intentamos que nos aclaren algunas preguntas. Está en su derecho de no cooperar. La gente inocente no tiene necesidad, por lo general, de esconderse tras un abogado.

—Inocente —bufó ella—. Sabemos que es un concepto relativo, teniente. Creo que mi hija estará mejor atendida si juega bien sus bazas y consigue ese abogado.

—¿Mis bazas? —saltó Zadie—. ¿Qué coño estás diciendo, mamá? ¿Por qué hablas de mí como si fuera una criminal? Yo no he hecho...

—Zadie —siseó Adele como si perdiera la paciencia. Un mechón del

cabello meticulosamente recogido hacia atrás le colgaba suelto y parecía tirar del resto de su persona. Agitó un dedo ante la cara de su hija—. Lo digo en serio, ¿no podrías dejar de arruinarlo todo por una vez en tu vida?

La muchacha reculó, parpadeante. Sus labios se tensaron una vez: luego, otra, como si estuviera a punto de llorar, pero enseguida recuperó su expresión pétrea.

—Venga, Adele, tranquilízate —intervino Frank Carmon por fin. Se levantó de la silla con un impulso y se metió a regañadientes en la refriega—. No hay necesidad de perder los nervios.

—¿Perder los nervios? —gritó la aludida, regañándole ahora a él con un dedo—. ¿Es anormal que una madre quiera proteger a su hija de sí misma?

—Claro, porque sólo estás intentando salvarme —se metió Zadie, y soltó una carcajada. Las lágrimas habían disuelto el maquillaje de sus ojos—. Yo no te importo; sólo te importas tú.

—Zadie, esto no es un juego —replicó Adele, ahora en voz más baja—. Si dices lo que no debes, podrías acabar en la cárcel el resto de tu vida.

—Hum. Claro. ¡A menos que yo no haya hecho una puta mierda! —Clavó la vista en su madre por un instante, pero lo comprendió en un repentino destello de lucidez. Soltó una carcajada de maníaca—. Dios mío, mamá... ¿En serio piensas que yo la empujé?

—No —replicó Adele, aunque quedaba claro que sí—. Eso no es lo que...

—Joder, lo crees. Crees que yo maté a Amelia. Que yo he *asesinado* a alguien. —Se volvió hacia Kate—. Era ella quien no dejaba de hablar de Amelia. Estaba obsesionada. «Es la hija de una amiga mía que desapareció hace mucho tiempo». Bla, bla, bla. Hasta me hizo averiguar dónde trabajabas para poder recuperar el contacto contigo. Obviamente, todo era una puta trola. Ni siquiera te conoce. Eres una puta mentirosa, mamá. Quién sabe. Puede que *tú* empujaras a Amelia.

—Vale —repitió Frank, dirigiéndose hacia ellas y depositando el vaso en la encimera—. Queridas, creo que necesitáis respirar profundamente.

—Yo no me pondría de su parte si fuera tú, Frank —le advirtió Zadie—. Tú sabes que la única persona que siempre le ha importado de verdad es él. —Señaló las fotos enmarcadas de la estantería—. Cuando va por el tercer vaso de Merlot y tú no estás, suele decir que no quiere quedarse estancada con un trepa mafioso de Bay Ridge. Le encanta tu dinero, pero ¿y tú, Frank? No estoy tan segura. ¿A que es cierto, mamá?

Kate clavó la mirada en las fotografías de la biblioteca que había señalado y cruzó despacio la habitación.

Adele se había girado hacia su pareja, que propinaba a su copa otro trago largo.

—Frank —le imploró—, sabes que eso no es verdad.

Los labios de él se detuvieron mientras asentía con la cabeza.

—Por supuesto, Adele. —Alargó una mano para agarrar la botella de whisky y volvió a llenarse el vaso—. Lo que tú digas.

Mientras Kate se acercaba a las fotos, vio en la parte inferior de una de ellas un estandarte que le resultaba familiar, así como la postura de los doce universitarios que figuraban retratados. Desde lejos comprendió que ya había visto esa imagen en alguna parte.

—Frank, lo digo en serio. —La voz de Adele sonaba frenética—. No hagas caso a Zadie. Siempre está mintiendo y lo *sabes*.

Kate estaba junto a la estantería. Daba por sentado que alguien la detendría antes de que apoyara las manos en la instantánea. Nadie lo hizo. Todos estaban pendientes unos de otros.

—No sé lo que le pasó a Amelia en ese tejado —le aseguró Zadie a Lew. Su voz era baja y su tono tranquilo, casi irreconocible—. Puedo demostrar que yo no estaba allí arriba.

Kate alzó la foto de la repisa y pasó una mano por el cristal. Luego recorrió con un dedo los lados del pesado marco de plata. Era de la ceremonia de entrega del Premio al Servicio Público del Colegio de Abogados, diecisiete años atrás. Y allí estaba, en el centro, Jeremy, estrechando la mano de Adele mientras él aceptaba una placa.

Había visto muchas veces esa foto en la estantería de detrás de Jeremy en las reuniones de su despacho. Hasta ese momento, no se había fijado en la mujer que le entregaba el premio.

—Yo estaba aquí cuando Amelia murió —continuó Zadie.

—¿En plena jornada escolar? —preguntó Lew.

Se dio la vuelta con la foto en la mano. Contempló a Adele, que todavía tenía los ojos clavados en su hija y se había llevado una mano a la boca. Por primera vez, parecía disgustada en lugar de enfurecida.

—Y no estaba sola. —Se encogió de hombros—. Puede preguntárselo si quiere, aunque supongo que podría mentir; es un poco capullo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Lew.

—Ian Greene —dijo la chica.

—Si quiere, puede comprobar las cintas de las cámaras de vigilancia. Todas detallan la fecha y la hora —le comentó Carmon al teniente. Pero Zadie decía la verdad. Kate ya estaba convencida de ello—. Por lo que respecta a Molina, debería preguntarle a ella. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Adele—. La última vez que revisé nuestro registro de llamadas... aún no se había resignado a hablar con él a diario.

—Su pelo —consiguió por fin decir Kate. Señaló el mechón de Zadie—. Es síndrome de Waardenburg, ¿no?

Adele se dio la vuelta muy despacio. Vio la foto en sus manos; luego, alzó la vista hasta ella. Cuando lo hizo, tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Tengo que reconocerlo: eres una gran mentirosa —soltó con voz

entrecortada—. Fui a tu casa porque Molina me había contado que habías recibido un mensaje sobre Amelia. Quería averiguar por mí misma qué pensabas hacer al respecto. Casi te creí cuando me dijiste que no teníais antecedentes familiares de Waardenburg, aunque tú y yo sabemos que es imposible. Jeremy debe de estar muy complacido con tu manera de protegerlo. Es muy convincente.

—Lo dije porque era cierto —alegó Kate—. *Yo* soy la familia de Amelia y no padezco esa enfermedad.

Adele negó con la cabeza como si estuviera segura de que seguía encubriéndole.

—Supongo que por eso te ha mantenido a su lado todos estos años. No quiso tener nada que ver conmigo. Le preocupaba que fuera a exigirle algo. Lo gracioso es que yo también habría guardado su secreto si él hubiera prometido que mantendría a su *otra* hija ilegítima lejos de la *mía*. —Movi6 la cabeza a ambos lados con disgusto y luego se sec6 los ojos—. ¿Sabes?, hablaba de dejar a Vera por mí. Y lo habría hecho si no hubieras aparecido tú. Ahora me doy cuenta de ello. En aquel momento me dijo que había decidido dejar de engañar a Vera, pero la verdadera razón eras tú. No tenía ni idea de que tuviera *otra* hija hasta que vi a Amelia en Grace Hall este otoño pasado, cuando trabaj6 de voluntaria para el Festival de la Cosecha. Me fijé en sus ojos, pero nunca la habría relacionado con Jeremy si Julia Golde no hubiera mencionado lo increíble que era que Amelia fuese tan fantástica, teniendo en cuenta que había sido criada por una madre soltera y abogada con un horario muy exigente. —La miraba fijamente, con las manos entrelazadas, tensas, casi al borde de las lágrimas—. Sólo necesité una llamada para averiguar lo tuyo con él. Es un secreto a voces. No iba a permitir sin más que Jeremy se alejara con mentiras que han durado tantos años. Me hizo pensar que yo era la única, que lo que habíamos compartido significaba algo. Al menos, debería haber

tenido la decencia de mantener a Amelia lejos de Grace Hall y de mí.

Kate intentó respirar; tenía la sensación de que alguien se había sentado en su pecho. Era más responsable de lo que le había pasado a Amelia de lo que jamás habría podido imaginar.

—¿Fuiste tú la del correo a Daniel Moore?

—Estamos juntos en el Comité Ético del Colegio de Abogados. Daniel lleva años quejándoseme de Jeremy. Buscaba una forma de vengarse de él. Por supuesto, ha esperado meses antes de hacer algo. Ya pensaba que no iba a hacer nada.

—¿Y metiste a mi hija en esto?

—Ya iba siendo hora de que alguien le pidiera responsabilidades a Jeremy —siguió Adele—. Hacía tiempo que me había dejado claro que, si abría la boca, lo pagaría caro. Juega al golf con el director de mi empresa. Podría haber destruido mi carrera antes del primer lanzamiento. —Se encogió de hombros—. Él jamás le habría hecho nada a Amelia. Obviamente, yo no tenía forma de saber —añadió, moviéndose hacia Zadie, que volvió a fulminar con la mirada a su madre— que las cosas con ella y el club, con Dylan, se iban a desmadrar tanto. ¿Cómo podría haberlo previsto?

Estaban sentados en el coche de Lew, en silencio. Kate había salido de casa de los Carmon con la foto aún en la mano. Se hallaba en el asiento del copiloto con la vista clavada en ella.

—¿Está bien? —le preguntó él, después de llevar así al menos cinco minutos.

—Cada vez que pienso que las cosas no pueden empeorar, resulta que sí. —Sacudió la cabeza—. Si le hubiera contado a Amelia quién era su padre o, al menos, quién creía yo que era, puede que nada de esto hubiese pasado y quizá seguiría viva.

El teniente negó con la cabeza.

—No habría sido muy distinto.

—Eso no lo sabe.

—Puede que no —dijo él con voz queda. Luego la miró intensamente a los ojos—. Pero usted necesita creerlo.

Sonó su móvil. Respondió y colgó tras unos lacónicos síes. Fijó la vista en el volante y recorrió con un dedo su contorno.

—¿Quién era? —preguntó Kate.

—Tenemos la dirección de esos primeros mensajes que le enviaron sobre Amelia —respondió mientras arrancaba.

Julia no pareció alegrarse de verles. Abrió la puerta y forzó un amago de sonrisa que ni siquiera se aproximaba.

—Sylvia no se encuentra bien —explicó—. Y no creo que esté dispuesta a recibir visitas.

—Me temo, señora, que se trata de una conversación ineludible —replicó Lew—. Ojalá no lo fuera.

Julia le clavó la mirada con dureza y luego la desplazó hacia Kate.

—En ese caso, pasen. —Desvió la mirada y se apartó a regañadientes—. Voy a ver si está despierta.

En cuanto entraron, se encontraron a Sylvia de pie en el umbral de la cocina con la apariencia de un espectro grisáceo.

—Oh, estás ahí —dijo su madre con nerviosismo. Fue hacia ella y la estrechó, pasándole un brazo por los hombros. Luego cerró los ojos y la besó en la coronilla—. Kate y el detective quieren hacerte algunas preguntas más. Si no estás dispuesta, no pasa nada, cariño. —Se giró hacia Lew, como dándose cuenta de algo—. Por cierto, ¿qué ha querido decir con eso de que se trataba de una conversación ineludible?

—Su hija omitió algunos hechos sobre la muerte de Amelia —explicó este, yendo al grano—. Necesitamos que nos los proporcione ahora. Kate ya ha esperado mucho tiempo para averiguar qué le pasó a su hija. Sylvia, creo ya es hora de que Kate lo sepa.

Julia desvió la mirada de Lew a Kate y después de nuevo a la joven, sopesándola. Por fin, asintió con la cabeza.

—Mi hija no tiene nada que esconder. Queríamos a Amelia como si fuera de la familia. También nosotras deseamos saber lo que le pasó.

—Sabías que Amelia era una Urraca, ¿no es así, Sylvia? —preguntó el teniente. Su tono no era agresivo, pero sí mucho más enérgico de lo habitual.

Por un instante, la niña clavó la mirada en sus manos. Cuando alzó la cabeza, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Sabéis lo que le hicieron? —gritó—. Me daba miedo que... Pensaba que a mí me harían lo mismo si os hablaba de ellas. Esas cosas... ni siquiera importa si son ciertas, la gente no las olvida.

—¿Crees que una de las Urracas la empujó del tejado? —dudó Kate.

Su corazón latía con fuerza. «Sí, di sí; que tú viste cómo ocurrió».

Sylvia negó con la cabeza.

—Como ya dije, creo que lo hizo ese tal Ben. ¿Lo habéis encontrado? En teoría, iba a visitarla ese mismo día.

—Lo localizamos —declaró Lew con voz queda—. No fue él.

—¡Ah! —Se abrazó con sus delgados brazos—. Entonces, da igual.

—Esos clubes... —intervino Julia, cruzándose de brazos—. Voy a llamar por teléfono hoy mismo para hablar de esto. ¿Pagamos miles de dólares para enviar a nuestros hijos a Grace Hall y obtenemos *El señor de las moscas*?

—Estoy de acuerdo, señora. Debería contactar con el colegio. Todos los padres deberían. —El teniente respiró hondo, como aliviado de que hubiera terminado la parte más difícil. Kate se preguntó si lo hacía de verdad o si sólo

intentaba que Sylvia se relajara—. ¿Y qué pasa con Dylan? ¿Hay alguna razón por la que no nos la mencionaras antes?

Kate la miró fijamente, esperando que mostrara desconcierto, preocupación. Algo. Pero sólo parecía agotada.

—Ni siquiera me habló de ella hasta que rompieron —reconoció por fin—. Le dije que esa chica no la merecía, pero se puso como una energúmena. Estaba obsesionada con recuperarla. No quería escucharme.

—¿Que se puso como un energúmena? —repitió Kate.

—Como una loca. —Agitó la cabeza a ambos lados con disgusto.

—¿Y no se te ocurrió que tal vez deberías contárselo a alguien? ¿Por ejemplo, a un adulto? —soltó. Sonaba a acusación; no había podido evitarlo ¿Y si Amelia se había suicidado de verdad? Porque, de repente, parecía posible—. A lo mejor necesitaba ayuda.

—Kate, eso no es justo —contraatacó Julia—. No voy a permitir que culpes a *mi* hija de *tus* descuidos. No era su obligación ser la madre de Amelia. Era la tuya.

Cerró los ojos y trató de no llorar. Porque tenía razón. Desde luego. Era la única que de verdad le había fallado a Amelia.

—Creo que se metió en ese club porque se sentía sola. —La voz de Sylvia se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su madre le puso las manos en los hombros, intentando calmarla, pero ella se zafó de un empujón—. Necesitaba una familia. Puede que, si hubieras estado más en casa en lugar de pasarte la vida en tu estúpido trabajo, todavía siguiese viva.

—Vale, vale. —Lew dio un paso adelante—. Echemos el freno un momento. Sólo intentamos atar algunos cabos sueltos. Creo que sabes más de lo que cuentas sobre lo que le pasó a Amelia. Creo que estabas allí.

—¿Qué? —Julia abrió los ojos como platos—. ¿De qué están hablando, Sylvia?

—No. —Negó con la cabeza—. La ayudé a escapar del despacho de Woodhouse. Cuando después salí del baño, se había ido. No sé adónde.

El teniente asintió con un gesto de la cabeza y bajó la vista hacia su bloc de notas, sin escribir nada, hasta que el peso de su silencio se hizo insoportable.

—De verdad que no sé nada más —añadió la muchacha, cediendo a la presión. Tenía los ojos hinchados y la voz ronca—. Lo juro.

—Yo creo que sí. —Lew se sacó una hoja del bolsillo de atrás y se la mostró a Julia—. Creo que sabes mucho más.

La mujer bajó la vista para leerla, confusa.

—No entiendo. ¿Qué es esto?

—Un informe que rastrea algunos de los mensajes anónimos que su hija le envió a Kate —aclaró él—. Los mensajes decían que Amelia no saltó. ¿A que sí, Sylvia?

Ahora las lágrimas manaban a borbotones por el rostro de la joven. Intentó hablar, pero sólo acertó a absorber aire. Luego se dejó caer en una silla de la cocina y apoyó la cabeza entre las manos mientras sollozaba. Julia se acercó y se arrodilló junto a ella.

—Sea lo que sea, ya lo resolveremos —dijo, acariciándole los brazos—. Pero tienes que contárselo, cariño; tienes que contarles por qué escribiste eso.

Por fin sorbió con fuerza y alzó la mirada. Sus ojos marrones se hallaban húmedos y enrojecidos, y las mejillas con churretes.

—Tras la muerte de Amelia, empecé a ir por tu casa de vez en cuando al salir de clase. Me quedaba al otro lado de la calle para que no pudieras verme —le confesó a Kate. Ahora se abrazaba a sí misma—. Una vez, ya muy avanzada la tarde o así, estabas en el umbral de tu puerta en bata, allí de pie, sin más, con la mirada fija en algún punto. En la nada. Estabas petrificada. Y fue —se quedó mirando un espacio en blanco del suelo, como si reviera lo sucedido— horrible; mucho peor que verte llorar en el funeral. Y eso en sí ya

fue horrible. —Sacudió la cabeza con tristeza y, de un impulso, tomó aire trémulamente—. Pensé que si no creías que ella había saltado, si no creías que era tu culpa, puede que te sintieras mejor.

—Así que fingiste que lo sabías —murmuró Julia con tono de alivio— para que Kate se sintiera mejor.

—No —negó Sylvia, que seguía penetrando con sus ojos húmedos los ojos de Kate—. Amelia no saltó. Sé que no lo hizo.



facebook

24 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Como el fantasmal redoble de un tambor que midiera implacable el ritmo de la vida (...) le advertía de que había consumido sus días con un quehacer tras otro y que todo era tan efímero como un arcoíris». Virginia Woolf: *Al faro*.

Carter Rose Tía, demasiada información

Sylvia Golde Cierra el pico, Carter, so imbécil

AMELIA

24 de octubre

Cuando asomé la cabeza por la puerta del despacho de Woodhouse, vi a Sylvia plantada en la puerta de al lado, frente a la oficina de la señora Pearl, para teparle la vista del pasillo, de modo que pudiera escapar.

—Lo que digo es que me incomoda un poco que Grace Hall no ofrezca alternativas a la evolución. —Sylvia hablaba muy alto y con cierto tono de superioridad, agitando el dedo índice en el aire—. ¿Qué pasa con el debate intelectual si sólo se admite un punto de vista?

—¿Es esta la razón por la que no has ido a Biología para bajar aquí? —preguntó la decana.

—Resulta que me tomo mis creencias religiosas *muy* en serio —dijo Sylvia con tono escandalizado.

Ví que se llevaba la otra mano a la parte de abajo de la espalda. Me hacía señas para que saliera. Agaché la cabeza y eché a andar hacia la puerta.

—Lo siento, señorita Golde, debo de haberme perdido la circular que anunciaba que había vuelto a nacer —replicó con sarcasmo la señora Pearl—. Hasta ahora pensaba que era judía.

—Soy judía y también he vuelto a nacer —prosiguió mientras yo me deslizaba y pasaba de puntillas por la puerta de la decana—. ¿También está en contra del matrimonio mixto?

Me aplasté contra la pared, rezando para que Sylvia se diera prisa antes de que alguien reparara en que yo andaba deambulando por los pasillos en mitad

de la tercera clase.

—De acuerdo, por decreto: ya basta, señorita Golde —concluyó la señora Pearl—. Es preciso que vuelva a clase y...

—Vale, vale. De todas formas, estaba a punto de irme. Pero esto no ha terminado aquí; nadie me va a marginar por mis creencias. —Cuando por fin salió volando por el pasillo hacia donde yo estaba, iba con una sonrisa de oreja a oreja que me contagié. Y en ese momento habría jurado que jamás volvería a sonreír—. Venga —me apremió, agarrándome de la mano, y me arrastró por el pasillo.

—No puedo irme —susurré—. Woodhouse va a regresar y, si no estoy allí, se va a mosquear de verdad.

Sylvia me miró fijamente.

—¿Y qué? Pues que lo haga. Tú no has hecho nada malo.

—Pueden echarme a patadas del colegio.

—¿Cómo? Tú eres la víctima de esta historia. Woodhouse se retractará en el instante en que le cuentes que Zadie y sus amigas te estaban acosando por ser lesbiana. A fin de cuentas, es la verdad. —Y era un buen argumento, salvo que omitía el hecho de que las Urracas iban a por ella—. Venga —dijo, tirando de nuevo de mi brazo—; las dos necesitamos animarnos y tengo un plan.

La primera parada fue en el auditorio de Grace Hall, tan sofisticado y enorme, compartido por los de secundaria y los de primaria del edificio de al lado. Con sus cómodos asientos recién tapizados y su escenario de caoba reluciente, era más bonito que muchos teatros de Broadway.

—Ojalá hubiera sabido que existía este sitio y que siempre estaba abierto —comentó Sylvia, golpeando el respaldo de los asientos con la mano izquierda al atravesar el pasillo central—. Habría echado un polvo ahí arriba.

—Puaj, Sylvia, qué asco.

—Venga, por favor —soltó ella, acercándose al escenario—. No te atrevas a hacerte la estrecha conmigo: tú y yo sabemos que es sólo una fachada.

La seguí, pero más despacio. A mi faceta de chica formal seguía sin hacerle gracia encontrarse en un sitio en el que se suponía que no debía estar. Y, claro, no se nos permitía permanecer en el auditorio sin supervisión. Había un motivo para que aquel sitio estuviera tan bonito. Sylvia subió corriendo y se situó en el centro, entre las sombras. El fulgor de las pocas luces encendidas le hacía parecer espectral, pero hermosa.

—¿Qué hacemos aquí, Sylvia? —le grité desde la primera fila.

Intenté no mostrarme nerviosa porque Sylvia me habría hecho quedarme allí más tiempo, pero fracasé en el empeño.

—Vamos a hacer un recorrido por algunos de nuestros momentos más estelares, mi querida doncella —recitó con un funesto acento británico y una dramática floritura de manos—. Digamos que ambas necesitamos un recordatorio de lo fabulosas que somos. Esta, hermosa dama, es tu primera parada.

Yo sonreía y movía incrédula la cabeza a ambos lados. Sylvia estaba pirada, a veces de la mejor manera posible. También era una amiga fantástica. A pesar de todo lo que yo había hecho, a pesar de todas las trolas que le había metido, ahí estaba ella, justo cuando más la necesitaba.

—¿Cómo puede ser esta una de mis paradas? —le pregunté—. ¿Qué tiene que ver el auditorio conmigo?

—Señora, suba al centro del escenario —me invitó con voz de director de circo— y se lo enseñaré.

Subí por las escaleras, sintiéndome cohibida aunque no hubiera ni un alma en el patio de butacas.

—Ya está —anuncié cuando estuve junto a ella y bajo las luces

fantasmales. Miré al frente y me fijé en los asientos vacíos—. Creo que tal vez me confunda con otra persona; esto no me suena de nada.

—Espere. —Puso las manos en mis antebrazos y, por encima de mi hombro, clavó la vista en una multitud imaginaria—. Aquí fue donde decidí que tenías que seguir siendo mi mejor amiga para siempre. Segundo grado, clase de la señorita Ritter, el tercer lunes de febrero: la representación del día del cumpleaños del presidente George Washington y de Abraham Lincoln. Estabas muerta de miedo por tener que subir al escenario, aunque ibas a estar acompañada, y eso que lo único que tenías que hacer era sostener tu cartel con la letra G. Pero ni una cosa ni la otra. La cuestión es que antes tuviste que ir y vomitar. Tienes que recordarlo.

—Ah, sí —reconocí, y me puse enferma sólo de pensarlo. Casi todo se me había borrado de la cabeza, pero me vino una imagen vívida de la señorita Ritter pasándome un clínex y preguntándome si vomitaba siempre que me ponía nerviosa—. Ahora me acuerdo. Gracias. Sí, fue una época alucinante.

—Para mí fue un momento de esos que te marcan.

—¿Mi vomitona te parece un momento estelar? Patético. —Al mirar hacia los asientos vacíos, empecé a sentirme vacía. El subidón que me había dado salir disparada del despacho de Woodhouse se estaba desvaneciendo. Terminara donde terminara el viajecito de estudios de Sylvia, todo el follón (el plagio, las Urracas, Dylan, mi bochornoso e-mail) seguiría esperándome allí—. Por cierto, me sigue dando pánico salir a escena. Incluso ahora me estoy poniendo nerviosa y eso que no hay nadie.

—No fue por la vomitona, estúpida —replicó Sylvia. Se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco—, sino por lo que hiciste después.

—¿Y qué fue?

—Volviste del baño con un taco de clínex y cara de *Valor de ley* y te subiste con el resto de nosotros. Ni un gimoteo ni un temblor. Nada. Fuiste mi

heroína.

—Gracias, Sylvia. Sigo pensando no me deja en muy buen lugar, pero gracias.

Y luego recordé algo más de ese día. Tan pronto como subí a escena, empecé a temblar otra vez. Volví a mirar a la señorita Ritter y, ya que me ignoraba, busqué una salida con los ojos al otro lado del escenario. Fue entonces cuando vi a mi madre entrando como una exhalación por una puerta lateral, quince minutos tarde, como siempre, con aire aterrado y apariencia reventada y perdida. Pero estaba allí y, cuando al fin me divisó —en la fila de atrás, en el extremo de la izquierda, apretando aquella gran G contra el pecho—, en su rostro se dibujó esa expresión... Como si yo fuera lo más sorprendente que había visto en su vida. Fue su manera de mirarme lo que me mantuvo en pie allí arriba.

Seguía sumida en mi recuerdo cuando se produjo un ruido al fondo del auditorio: las puertas se abrieron.

—Mierda. Venga —me apuró Sylvia mientras me agarraba de la mano y tiraba de mí—, vamos a la cafetería.

La cafetería vacía, excepto por dos conserjes que fregaban el suelo.

—No podéis estar aquí —ladró uno de ellos sin alzar la vista.

—Investigamos para hacer el informe de un libro —replicó Sylvia, haciéndole un gesto con la mano para restar importancia—. Aquí fue donde le dijiste a Whitman que se fuera a la mierda. Lo recuerdas, ¿no?

Tardé un segundo en rememorarlo, pero lo hice. En sexto, Whitman era una especie de cabecilla de un hatajo de chicos que la tenían tomada con todas las niñas. Se metió con una por tener los tobillos demasiado grandes y con otra por una verruga que tenía en el cuello. Nos decía que estábamos demasiado gordas o demasiado escuálidas o contrahechas. Por supuesto, él tenía

sobrepeso y la cara sembrada de acné, pero a todo el mundo le daba demasiado miedo para decírselo. Afortunadamente, se cambió de colegio en sexto, cuando sus padres se divorciaron. Llevaba años sin pensar en él.

Pero ahora recordé el día en que se dirigió a la mesa a la que yo estaba sentada con Sylvia y algunas de las chicas menos populares. Whitman se acomodó en un extremo y empezó a darnos una puntuación a cada una por lo guapas que éramos. Según él, la mayoría de nosotras no lo éramos. Luego nos contó qué hacía que obtuviésemos una cifra tan baja. Decía que intentaba ayudarnos. Cuando llegó mi turno, dos de las otras chicas estaban llorando y media docena de chicos más se habían acercado a cotillear.

—Y tú —empezó, señalándome—, tú tienes cara de caballo. Larga y plana; el triple de grande de lo normal.

Nunca había sido de las que defienden a la gente, pero ese día, con Whitman analizándonos una a una como si fuéramos peces en una pescadería, algo saltó en mí.

—¡Y tú estás gordo, Whitman! —exclamé—. Así que vete a la mierda.

Jamás había insultado en voz alta, ni mucho menos con algo así. Tuve la sensación de que mi boca iba a estallar en llamas.

—¡Vaya hostia! —vociferó uno de los otros chicos.

—Hala, Whitman, te está desafiando —comentó alguien más.

Y él parecía tan enfadado que por un segundo pensé que iba a soltarme un puñetazo, pero luego se dio media vuelta y desapareció entre la multitud. Volvió a la carga unos días después, aunque no al siguiente. Al siguiente se quedó solo, apartado en la otra punta de la cafetería.

—Venga —dijo Sylvia, encaminándose hacia la puerta—, tenemos que salir de aquí. Creo que uno de los conserjes ha ido a llamar a alguien.

Seguimos así por el colegio: esquivando, andando en zigzag o agachando la

cabeza al pasar cerca de los profesores, el personal o la secretaria. Sylvia me llevó al sitio donde gané el concurso de Ciencias con mi proyecto sobre plantas y magnetismo, y al mismo lugar en el que, en cuarto, Chris Mellon me confesó que le gustaba. Nos detuvimos en la segunda planta, donde le dije a Sylvia —en séptimo— que algún día sería escritora, por difícil que fuera.

Ninguna de las paradas podría cambiar nada. No iban a conseguir que Dylan me quisiera ni a sustituir mi buen trabajo de *Al faro* por el plagiado. Ninguno de aquellos recuerdos iba a deshacer las atrocidades de Zadie ni a borrar la vergüenza que me produjo que todo el mundo leyera mi e-mail.

Pero el recorrido sí que me recordó que mi vida había sido más importante que ese momento. Una chica. Un conjunto de palabras en un papel. Que antes ya había pasado por más cosas —buenas y terribles, graciosas y desagradables— y había sobrevivido.

Estábamos de nuevo en el pasillo cuando sonó el timbre. Nos metimos volando en el cuarto del conserje para escondernos durante el cambio de clases, aplastándonos contra la pared junto a la fregona y el cubo. Contuvimos la respiración todo lo que pudimos para no ahogarnos con el olor a lejía.

—Gracias —le dije a Sylvia cuando el pasillo se sumió en el silencio y estábamos a punto de asomar la cabeza—. Lo necesitaba.

—Todavía no hemos terminado. Ahora me toca a mí.

Mierda. Debería haber pensado adónde llevarla. No se me ocurría nada. ¿Qué momentos le habían hecho destacar?

—No te preocupes. —Me leyó la mente—, no tienes la culpa. Ya lo tengo todo pensado y sé adónde vamos a ir.

De la taquilla fuimos a parar a un aula vacía del ala norte; luego, a la biblioteca y al patio, visitando los lugares más importantes para Sylvia —la mayor parte de los cuales, no todos, tenían que ver con chicos— y soltando risitas nerviosas mientras esquivábamos a profesores y al resto del personal.

Teníamos la sensación de ser unas crías, enfrascadas en un mundo propio ficticio.

Hacia su cuarta parada, las cosas empezaron a cambiar para peor. Cada sitio en el que nos deteníamos no sólo tenía que ver con un chico; era donde había roto con ella. Al principio pareció que no le importaba, pero después, de golpe, fue como si hubiera tocado una especie de punto de no retorno y se la veía temblorosa y triste.

—Ninguno te merecía —dije mientras nos dirigíamos a la escalera de incendios—. Estás mucho mejor sin ellos.

—Lo sé. Por eso me hago este recordatorio.

Pero no la creí. Era como si hubiesen apagado de un soplo el brillo de su interior.

—Y ahora... ¿adónde vamos? —pregunté mientras nos aproximábamos a las escaleras, con la esperanza de que fuéramos a acabar enseguida con su desgraciado desfile de tíos.

—Al tejado —sentenció ella con una sonrisa triste, caminando fatigosamente hacia adelante—. Y ánimo: será la última parada de la ruta lacrimógena de Sylvia Golde.

Me detuve. Eso era justo lo que me temía. Estaba muy disgustada, aunque intentara tirarse el rollo y aparentar que no.

—Venga, Sylvia. De todas formas, ¿qué sabrán esos estúpidos? —Mi mente iba a la carrera, tratando de pensar en algún lugar donde tal vez pudiera llevarla, donde ella hubiera hecho algo extraordinario. Tenía la mente en blanco. Tenía que haber cosas notables que ella hubiera hecho. Momentos grandes, impresionantes que hubiera tenido. Pero no me ocurría ninguno—. Eres muy creativa y tienes muchísimo talento. Como un alucinante icono de la moda. Algún día serás una diseñadora increíble, lo sé. Tú y Steve McQueen juntos en la semana de la moda.

—Es Alexander McQueen. —Puso los ojos en blanco—. Y está muerto, igual que Steve McQueen.

—Vale, entonces Donna Karan.

—¿Donna Karan? ¿En serio? Puede que también esté muerta.

—Venga, Sylvia.

—Lo sé, lo sé; intentas que me sienta mejor, pero la verdad es que se te ve un poquito desesperada, ¿sabes? —comentó mientras seguía subiendo fatigosamente sin mirar atrás. Se encogió de hombros—. Y no importa; sé quién soy. Y lo acepto. No tienes que tratar de disfrazarlo. Ahora vamos.

Cuando por fin llegamos, abrió la puerta del tejado de un empujón y entramos en la parte sur del edificio.

—¿No pillaron fumando una vez a un grupo de chicos aquí arriba? —Las copas de los árboles nos rodeaban. Más arriba, un cielo prístino, de un azul sin nubes. Hacía un poco de fresco, agradable bajo los rayos del sol vespertino. Al norte, en la distancia, se atisbaba el Empire State despuntando entre edificios—. Creía que habían puesto un cerrojo después de aquello.

—Y lo hicieron, pero los tíos que trabajan en la obra del edificio anexo de música se lo quitaron para poder tomarse el almuerzo aquí arriba. —Miró a su alrededor. Luego esbozó una sonrisa agrídulce—. ¿Sabes? Ian y yo hicimos el amor aquí una vez.

—¿En serio?

Sus locuras nunca dejaban de sorprenderme.

Asintió con la cabeza, luego bajó la vista y se mordió el labio inferior, reprimiendo el llanto. Algo había pasado. Algo malo.

—Sylvia, ¿qué...?

Entonces oímos a alguien en las escaleras, el eco de un tintineo de llaves.

—Mierda —susurró, y me hizo una seña con la mano para que la siguiera

—. Ven.

Anduvimos sigilosas y nos agachamos para meternos en un angosto hueco de la otra punta del tejado. Nos quedamos en cuclillas. Un minuto después, Liv apareció por una esquina. Sylvia y yo nos miramos, articulando al unísono un «HALA» mudo mientras la profesora se sacaba el móvil para llamar a alguien.

—Hola, sí, soy Liv Britton —dijo—. Oh, gracias. Me alegra mucho. Viniendo de usted, es un cumplido fantástico, Pero creo que voy a tener que retirar el manuscrito. Las cosas se han complicado en mi colegio y... —Se quedó en silencio un minuto, tal vez mientras hablaba la otra persona, y se mordió una uña—. Sí, por supuesto que ya me había hecho a la idea de cambiar los nombres, pero aun así... —Asintió con la cabeza durante otra pausa—. Sí, soy consciente de ello. De acuerdo, sí, lo pensaré. Gracias por su tiempo. Seguiremos en contacto.

Colgó y bajó la vista al móvil un minuto. Respiró hondo y soltó el aire audiblemente antes de volver a las escaleras. Nos quedamos agachadas hasta oír que la puerta se cerraba tras ella. Por fortuna, hacía un rato que se había marchado cuando mi teléfono vibró al recibir un mensaje.

Ben

no estarás enfadada? Sé q doy asco...

Amelia

no pasa nada, de verdad

Ben

segura?

Amelia

totalmente.

Ben

estarás bien?

Amelia

Sí. Claro. Pásalo bien. Bss. nos vemos pronto! ya me aseguraré yo ;)

—¿Quién era? —preguntó Sylvia.

—Ben. Está en la ciudad —expliqué. Sabía de antemano cuál iba a ser su reacción.

—No estarás pensando en verle, ¿verdad? Porque tendrás que pasar por encima de mi cadáver antes de quedar con ese psicópata.

Entonces se dirigió al borde del tejado, que tenía un inquietante pretil en la parte más alta. Me dio vértigo verla tan cerca del borde. Estaba de pie de espaldas a mí.

—¿Puedes alejarte de ahí? Me estás poniendo de los nervios. ¿Y si tropiezas?

Sylvia dio un minúsculo pasito hacia atrás, cosa que no me hizo sentir mucho mejor.

—Ian ha roto conmigo —soltó—. Me trajo aquí hace una hora. Puede que pensara que la vista suavizaría el golpe.

Mierda. Tarde o temprano tenía que pasar, pero eso no mejoraba mucho la situación.

—¿Estás bien? O sea, seguro que ha sido horrible. Es un imbécil...

Sylvia ladeó la cara para que le diera el sol. Bajo aquel resplandor, se me antojó todavía más triste. Pobre. Si yo lo había visto venir, ella también debería haberlo hecho. Pero, aun así, me daba mucha lástima. Deseaba tener algo más que decir, algo fantástico, el tipo de cosas que ella me había dicho sobre Dylan, pero todo lo que se me ocurría me sonaba falso y manido. Hasta en mi cerebro.

—¿Quieres saber lo que me ha dicho?

—¿Y a quién le importa lo que haya dicho ese idiota?

Pero a ella le importaba. Necesitaba que yo lo supiera.

—Me ha dicho que yo no le atraía *sexualmente*. Y cuando le respondí: «¿De qué hablas? Si tenemos sexo todo el tiempo», él va y me larga: «Sí, claro, porque me das pena».

Cuando se volvió hacia mí, estaba llorando a más no poder. Me acerqué a ella y la abracé por los hombros.

—Eso es lo que dice él —repliqué, sepultando la cara en su cuello—. Lo sabes, ¿verdad? Eres preciosa.

Negó con la cabeza y sollozó.

—No soy tan guapa como antes; soy consciente de ello.

—Eso es ridículo, Sylvia. ¿De qué hablas?

Lo peor era que tenía algo de razón. Había sido una niña que destacaba, de esas fuera de serie, del tipo que hacía que la gente se parase por la calle y mirase pasmada desde los restaurantes. Y no es que ahora fuera fea ni mucho menos, sino más corriente.

—Yo no soy como tú —me susurró mientras la estrechaba con más fuerza—. La belleza es todo lo que tengo.

Retrocedí y la miré a los ojos.

—Sylvia, eso no es cierto —dije y, de golpe, me vino todo lo que la hacía tan increíble—. Eres graciosa y leal, solidaria y sincera. Ojalá yo fuera la cuarta parte de lo apasionada que eres tú. Sylvia, eres mi mejor amiga y no sé qué haría...

Su móvil avisó de que había recibido un mensaje. Recé para que no fuera de Ian. Por malo que fuese, peor sería que volviera con ella para romper luego otra vez, cosa que acabaría sucediendo. Y por el frenesí de Sylvia al buscar el teléfono, juraría que un mensaje de él era justo lo que esperaba.

—¿De quién será? —preguntó, bajando la vista al aparato cuando por fin dio con él—. Número oculto... —Arrastraba la voz mientras tocaba la

pantalla para abrirlo.

—¿Qué es? —pregunté.

—No sé... Una especie de foto. Dice: «Mira en el espejo». —Dio otro golpecito en la pantalla y puso cara de desconcierto—. Eres tú. ¿Por qué estás en ropa interior? ¿Es alguna cosa morbosa que hiciste con Dylan? —Sonaba divertida—. Me estás impresionando, Baron. Tienes más agallas de lo que creía.

Me tendió su móvil. Como era de esperar, allí estaba yo con una pose sexy. Era la toma en la que había llegado más lejos, con las piernas abiertas, inclinada hacia la cámara. Detestaba ver la foto otra vez. Era tan humillante... Le devolví el teléfono.

—Puaj, qué asco —comenté—. Es una larga historia. Créeme, no tuvo nada de erótico.

—Mira en el espejo —murmuró Sylvia, y bajó la vista hacia el móvil—. Es una clave o algo así. —Agrandó la foto con los dedos—. Mierda —susurró mientras observé que se ponía lívida. Alzó la vista para mirarme con ojos febriles, enloquecidos—. ¡Qué cojones!

—¿Qué? —pregunté, inclinándome hacia adelante para intentar descubrir lo que había visto. Pero ella agitaba el móvil en el aire como una loca—. ¡Sylvia, cálmate! ¿Qué pasa?

—¡Asquerosa zorra! —gritó, de pronto tomándola conmigo.

—¿Quién es una zorra? ¿De qué hablas, Sylvia?

—¡Tú! —aulló como un animal. Jamás había oído a nadie soltar un rugido así—. ¡Tú eres una puta zorra!

Por fin, me plantó el móvil en la cara. Al ampliarla, se veía un reflejo: era Ian Greene.

—¡No, Sylvia! —exclamé, con el corazón latiéndome con fuerza. Di un paso atrás como si, de alguna forma, pudiera hacer retroceder el tiempo a una

latitud en la que ella jamás habría visto la foto—. No es lo que parece.

—¿Ah, no? —Tenía la cara toda roja y las venas hinchadas. Se contenía como si estuviera a punto de cruzarme la cara con el teléfono—. ¡Porque lo que parece es que *tú* eras la Urraca que andaba tirándose a *mi* novio!

—Zadie es quien ha montado todo este lío. Venga, piénsalo, Sylvia.

—¡Te lo tiraste porque te lo pidieron las Urracas!

—No, Sylvia, no —dije jadeando. Había retrocedido tanto que mis piernas se estamparon contra el pretil—. No me he acostado con Ian. No ha pasado *nada* entre nosotros.

—¡Excepto esta mierda! —Esta vez blandió el aparato hacia mí con más fuerza y me incliné hacia atrás, tratando de que no me diera—. ¡Fotos tuyas desnuda, joder! ¿Te van siquiera las chicas o es una trola para quedarte con mi novio?

Entonces, se impulsó con el brazo hacia atrás y me estampó el móvil en la clavícula con fuerza. Hice una mueca de dolor y retrocedí; me vibraba la parte del pecho en la que había recibido el golpe. Aquello era demasiado. Más que demasiado. Nunca iban a parar. Nunca iban a dejarme en paz. Intenté moverme, alejarme de ella antes de que tratara de golpearme de nuevo.

Y de repente, fue como si algo hubiera cedido detrás de mí. Saqué las manos para agarrarme a la pared y me mentalicé del dolor que me iba a producir el rasponazo en la espalda, pero allí no había nada, ni dolor siquiera; sólo la fuerza de la gravedad. Seguí cayendo y cayendo.

Y fue en ese momento cuando vi la expresión de Sylvia. Vi en sus ojos el horror que ya había sucedido. Lo que ya no podíamos detener.

—¡No! —gritó, tratando de agarrarme—. ¡Dios mío, Amelia!

Y lo intenté. Intenté aferrarme a ella. Intenté resistir con todas mis fuerzas.



facebook

24 DE OCTUBRE

Amelia Baron

«Tengo raíces, pero floto». Virginia Woolf: *Las olas*.

EPÍLOGO

7 de marzo

—Está haciendo más calor —comentó Kate, agachándose sobre una parcela de césped cuidado y frío. Hacía una temperatura muy moderada para principios de marzo, pero todavía suficiente para llevar abrigo. Sin embargo, no había hecho más que pronunciar estas palabras cuando se levantó un viento cortante —. Vale, puede que un pelín más de calor, pero si estuvieras aquí, pensarías que ya habría llegado el verano. Así eras siempre: pidiendo permiso para llevar manga corta cuando se fundía la nieve. «No voy a tener frío, mami». — Sonrió, pensando en la carita redonda de Amelia haciendo esas promesas infantiles, tan vehemente y confiada—. Lo gracioso es que yo siempre me llevaba tu abrigo. Esperaba que cambiaras de idea y te lo pusieras, pero nunca lo hacías. Ni una sola vez. Tan cabezota. Tan perfecta.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas mientras dejaba vagar la voz. A veces se prometía que no lloraría más cuando fuera a visitar a su hija al cementerio. A veces, sencillamente, aceptaba que lo haría. En cualquier caso, siempre acababa llorando.

Aun así, paso a paso, la oscuridad de su pena había comenzado a aclararse o tal vez a cambiar, dejando atrás su añoranza. Hasta había comenzado a aceptar que, por muy fuerte que se aferrara a los detalles de su hija, no podía impedir que se desvanecieran progresivamente. Sólo podía llorar su pérdida.

En los pocos meses que habían transcurrido desde la muerte de Amelia, había cosas que ya no recordaba. Cómo olía, aunque no hubiera dejado de

buscar un indicio impregnado en su almohada. También era incapaz de acordarse del gesto que hacía cuando estaba ansiosa por terminar una conversación. ¿Eran dos chasquidos de dedos y pulgares abajo, o tres chasquidos y señalar con un dedo? Había olvidado los años que tenía cuando aprendió a montar en bici, qué diente se le cayó primero y cuánto dinero le había dejado bajo la almohada.

Pero lo que recordaba estaba esculpido a la perfección. Aún sentía el peso de su cabeza de recién nacida reposando sobre su hombro mientras ambas dormían muy tías en la mecedora. Recordaba haber dado un grito de júbilo cuando dijo su primera palabra, «perro», tan alto que la niña rompió a llorar. Recordaba la vez en la que la mandó sin pañales a la guardería. Y la expresión horrorizada de una Amelia de ocho años cuando trató de hablarle de sexo una mañana de camino al colegio. Recordó la dulce e infrecuente dicha cuando la abrazaba de adolescente. Y lo que ella había sentido al verla llorar a esa edad, casi lágrimas de adulta.

Al final, recordaba todo lo necesario, lo que de verdad había importado. Sobre todo, lo muchísimo que había querido a su hija y cómo se había esforzado por intentarlo. El resto —las deficiencias, los errores, las cosas que habría hecho de forma diferente— procuraba olvidarlo. Porque Seth tenía razón: gran parte del resultado parecía haber dependido de la suerte, tanto buena como mala.

—Hoy he visto a Julia —siguió—. Sylvia quiere venir a verte para disculparse. Le dije que creía que no habría problema en ello. Espero no equivocarme al creer lo que asegura que pasó en el tejado, que fue un accidente. Eso creo. Pero todavía no estoy segura de lo que va a hacer la policía. Aunque ahora esté diciendo la verdad, ha mentido mucho y durante bastante tiempo. —Kate respiró y pasó una mano por el césped bien cuidado—. Al final, a Zadie la han metido en un internado para chicas conflictivas al

norte de Connecticut. Su madre ya no forma parte del consejo escolar y, además, han cerrado los clubes. Al menos, que se sepa. No es suficiente. Nada será suficiente, pero supongo que por algo se empieza.

Le gustaría poder contarle a Amelia que Dylan había escrito confesando que, a pesar de todo, la había querido. Pero no había tenido noticias suyas, ni una sola palabra. Kate se embutió más en su abrigo y miró desde lo alto de la colina donde estaba enterrada, sobre las onduladas colinas del cementerio de Greenwood, más allá de la fea hilera de bodegas desgastadas y del complejo comercial de Home Depot, hacia el norte de la bahía de Nueva York.

—Tengo la sensación de que te debo una disculpa. De que te la debo desde hace mucho. Debería haberte contado lo de tu padre desde el principio. — Llevaba un tiempo dándole vueltas a este discurso, pero seguía costándole encontrar las palabras—. Tenías derecho a enterarte de lo que yo sabía, aunque luego me equivocara. Resulta que tu padre es Jeremy Firth. Sí, *ese* Jeremy. Nos acostamos una vez; estaba casado y fue un error. Yo estaba confusa y me sentía sola. Fue algo que sucedió sin más. Pero originó algo grande: a ti.

Kate sacudió la cabeza con desaprobación y retorció algunos hierbajos entre los dedos. Entonces pensó en Phillip. Hasta ahora sólo habían compartido una taza de café y dos correos electrónicos. Con su pelo corto entrecano, las suaves marcas de expresión que rodeaban sus ojos y su cara recién afeitada, físicamente no se parecía en nada a Rowan. Pero le recordaba tanto al apasionado chico con el que había estado tan poco tiempo hacía tantos años... Se preguntaba si Amelia le daría el visto bueno. Tenía que creer que lo haría. Gretchen llevaba razón en una cosa: su hija hubiera querido que fuese feliz.

—Conocí a un chico en un bar..., en eso no mentí —continuó—. Puede que tú ya lo sepas. Puede que leyeras todos esos viejos diarios míos; nunca lo

sabré. No dejo de pensar que deseaba que hubiera sido tu padre. Ni siquiera él de verdad..., en fin, apenas le conocía..., sino la idea de alguien como él. Y, durante años, esa idea se convirtió en las partes más fantásticas de ti. Creo a Phillip cuando dice que sabe que eras única en tu especie. Descubrió en ti lo que yo siempre he visto; y ahora mismo necesito estar con gente que sepa que el mundo es un lugar más oscuro sin ti. —Respiró trémula y profundamente y trató de no llorar—. Además, quiero que sepas que, aunque Jeremy fue un error —su voz se quebró, disolviéndose en el viento—, *tú* nunca lo fuiste, Amelia. Eras lo mejor que me ha pasado y siempre lo serás.

Era demasiado tarde para cambiar nada. Demasiado tarde para tomar otras decisiones. Para ser mejor madre de lo que había sido. Kate sólo podía ser la madre que era, la madre de Amelia: la salvaguarda de su recuerdo, la custodia de sus secretos, la preservadora de su corazón. Eso lo sería siempre.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profunda gratitud a mi agente y superheroína personal Marly Rusoff: la abogada más abnegada y compasiva que un autor puede desear. No puedo agradecerte lo suficiente el apoyo prestado durante las muchas iteraciones de este libro y de los manuscritos que lo han precedido. A Michael Radulescu, por toda tu ayuda y tus apreciadas frivolidades; y a Julie Mosow, una elegante editora, una aliada creativa estupenda y una amiga maravillosa.

A mi increíble editora, Claire Wachtel: tu incomparable perspicacia ha mejorado no sólo esta novela, sino también a mí como escritora. Trabajar contigo ha sido un honor. Gracias a Jonathan Burnham por darme esta increíble oportunidad. Gracias a Elizabeth Perrella y a todos los miembros del departamento promocional de HarperCollins por vuestro entusiasmo y vuestro duro trabajo.

A Megan Crane: gracias por predicar con el ejemplo, por mostrarte deseosa de leer otro borrador más, por decirme la verdad cuando era importante y por mentirme cuando necesitaba que lo hicieras. Y, sobre todo, gracias por tu extraordinaria amistad. Si no te hubiese llegado a tener durante tantos años para hablar de la escritura y de la vida, este ocasionalmente angustioso viaje habría terminado hace mucho tiempo.

Gracias a Victoria Cook por su excelente tarea de animadora y por interceder para alegrarme el día tantas veces. A Elena Evangelo, por su calidez y su optimismo sin límites; y a Clara Cragan, por su fe.

Gracias a mis abnegados lectores y amigos tan preciados, cuya respuesta y

ánimos han sido inestimables: Cindy Buzzeo, Heather Frattone, Nicole Kear y Tara Pometti.

Para todos los que estáis ahí y que me habéis brindado palabras tan generosas durante la pasada década: Catherine y David Bohigian, la familia Cragan, la familia Crane, Jeremy Creelan, Joe y Naomi Daniels, Larry y Suzy Daniels, Charmaine De Grate, Dave y Joannie Fischer, David Kear, Merrie Koehlert, Hallie Levin, Brian y Laura Mayer, Diane Mehta, Brian McCreight, la familia Metzger, Jason Miller, Sarah Moore, Frank Pometti, Jon Reinish, la familia Thomatos, los talentosos miembros de mi grupo de escritores de Park Slope, y a todos a los que haya olvidado mencionar..., gracias por creer en mí, especialmente en esos momentos en los que yo no creía en mí misma.

Gracias también a mis padres, padrastros y familia, así como a los Prentices —Martin, Clare, Becky, Mike y Steve—, a quienes me siento afortunada de poder considerarlos ahora familia.

A mi marido, Tony: este libro es tan tuyo como mío. Sin ti jamás habría tenido el coraje de escribir ni una sola palabra y, mucho menos, la esperanza de hacerlo. Gracias por tu generosidad y sinceridad, por tu paciencia y tu confianza. Por hacerme reír, por desafiarme a pensar y por conseguir que me sienta comprendida. No podría tener mejor marido ni mejor amigo.

Y para mis hijas absolutamente perfectas. Gracias, Harper, por tu sorprendente empatía, por tus formidables abrazos y por decirme que estabas orgullosa de mí en días en los que yo tenía la sensación de que nadie lo estaba. Gracias, Emerson, por estar a mi lado como impresora, por contar las páginas, por confesarme que algún día te gustaría ser artista y por esa increíble sonrisa que podría iluminar hasta el día más oscuro. Sabed, chicas, que, por mucho que crezcáis, no importa adónde vayáis ni en qué os convirtáis, siempre os querré con todo mi corazón. Y vuestros secretos, sean cuales sean, siempre estarán a salvo conmigo.